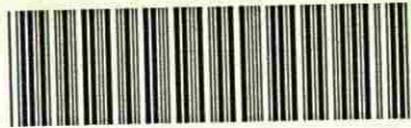


J. SAND

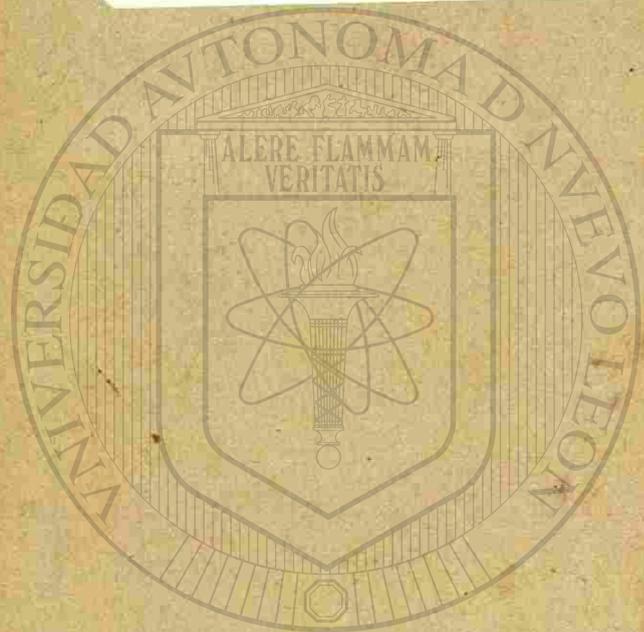
EL
ULTIMO
AMOR

N

PQ2A01
DA
S6



1020026791



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE FONDO RIGARDO COVARRUBIAS DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



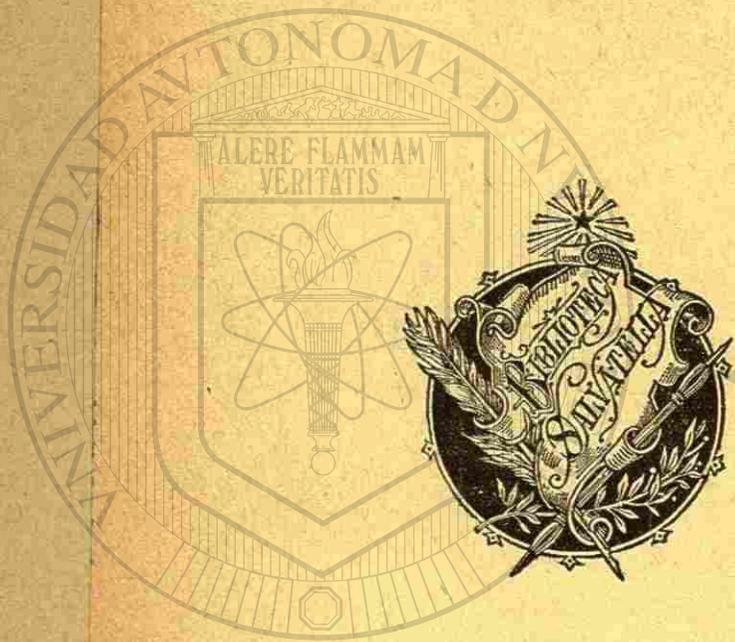
EL ÚLTIMO AMOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
RICHARDO GONZÁLEZ TORRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. Autor 2130
Núm. Adg. 30725
Procedencia 8-
Precio
Fecha
Clasific.
Catalogó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JORGE SAND

Lit.-Tip. de J. Aleu, Santa Teresa, 10. — Barcelona-Gracia.

BIBLIOTECA SALVATELLA

EL
ULTIMO AMOR

POR

JORGE SAND

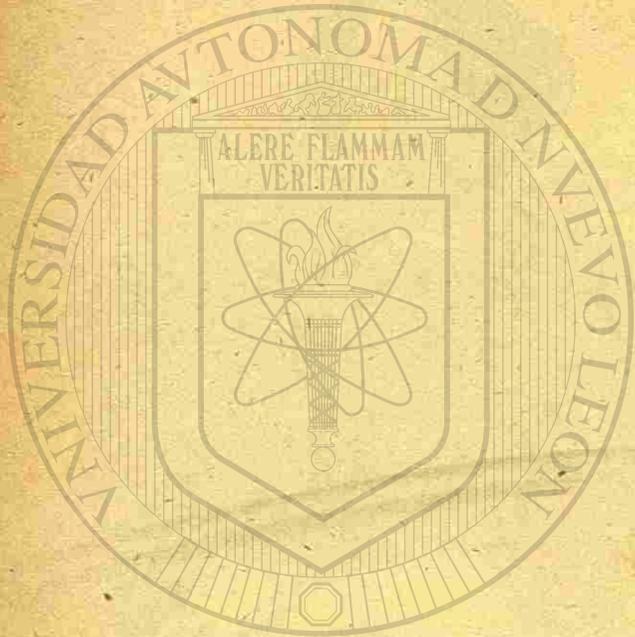
VERSION ESPAÑOLA DE

J. A. R.

ILUSTRADA CON GRAN NÚMERO DE GRABADOS

FOR

MARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

ADMINISTRACION: NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 Y 13

100363

30725

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

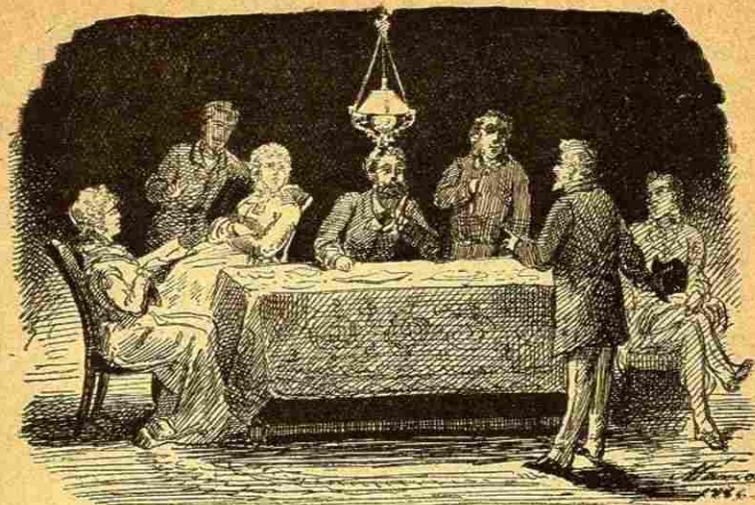
843
Dd
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

A mi amigo Gustavo Flaubert.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Jorge Sand.



EL ÚLTIMO AMOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625-MONTERREY, MEXICO

INTRODUCCION



STAMOS en una reunion de campo durante la velada de una noche de invierno.

La comida, alegre al principio como suelen serlo siempre las que reúnen algunos amigos verdaderos, acabó tristemente á causa del relato de uno de nosotros, médico, que habia tenido que ir á comprobar por la mañana una muerte violenta y dramática.

Un Labrador de las cercanías á quien conocíamos todos por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CON GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre de bien, había matado á su mujer en un arrebato de celos harto fundados.

Después de las atropelladas cuestiones que produce ordinariamente un suceso trágico, después de las suposiciones y de los comentarios, vinieron naturalmente las explicaciones sobre la naturaleza del hecho, y quedé verdaderamente sorprendido al ver la distinta manera de apreciar el suceso por ingenios que parecían tener, sobre la mayor parte de los casos, las mismas ideas, los mismos sentimientos y los mismos principios.

Decía uno, que el matador había obrado con toda la lucidez de su juicio, puesto que tenía la conciencia de su derecho; afirmaba otro, que al hacerse justicia por sí mismo, un hombre de costumbres morigeradas, había de estar bajo el imperio de una demencia pasajera. Otro se encogía de hombros, considerando una cobardía el matar á una mujer, por culpable que sea; y otro veía aun, como una indignidad, el dejarla con vida después de una traición flagrante.

No he de decir todas las teorías contradictorias que se removieron y debatieron con motivo de un hecho eternamente insoluble: el derecho moral del marido sobre la mujer adúltera, bajo los diversos puntos de vista legal, social, religioso y filosófico; todo fué afirmado con apasionamiento ó discutido con audacia, sin que nadie lograra convencerse. Alguno llegó á pedir, riéndose, al horror, que no le obligase á matar á la mujer con quien se asociare cualquiera que fuese la forma: acompañándolo una proposición harto especiosa.

—Haced una ley, decía, que obligue al esposo engañado á romper públicamente la cabeza de su culpable mitad, y entre los que os mostráis implacables en teoría, apuesto que no habrá quien semejante ley no le haga poner el grito en el cielo.

Uno solo, de los allí reunidos, no tomó parte alguna en la

discusión. M. Sylvestre, un anciano muy pobre, muy sencillo y estimable; optimista de corazón sensible, y socialista platónico; un vecino honrado y discretísimo, de quien nos reíamos un poco, respetándole mucho por su carácter absolutamente respetable.

Este anciano había estado casado y tenido una hija muy hermosa; su mujer había muerto después de despilfarrar por vanidad una gran fortuna.

La hija hizo algo peor que morir.

Después de haber procurado inútilmente arrancarla al desorden, M. Sylvestre, quien rayaba á la sazón en los cincuenta años, le abandonó los últimos recursos de que podía disponer al objeto de quitarle todo pretexto de indigna especulación. Inútil sacrificio que ella desdeñó, pero que creyó él necesario á su propio honor.

Partió para Suiza, donde no conservó de su nombre más que el apelativo de Sylvestre, pasándose diez años completamente perdido de vista por cuantos le habían conocido en Francia.

Se le encontró más tarde en las cercanías de París, en una ermita en la cual vivía con una frugalidad fenomenal, de una renta de trescientos francos anuales, fruto de su trabajo y de sus economías en el extranjero. Dejóse persuadir, no sin mucha dificultad, á pasar los inviernos en casa de los señores de ***, que le estiman y veneran en alto grado; pero siente él tanta pasión por su querida soledad, que se vuelve á ella en cuanto asoman en los árboles los primeros botones de primavera. Es el más humilde de los anacoretas y pasa por ateo; siendo, al contrario, un espiritualista obstinado que se ha creado una religión conforme á sus instintos y una filosofía recogida en todas partes. En fin, á pesar de la admiración que se le concede por la familia ***, no es una inteligencia de primer orden, ni completa del todo, pero es un carácter simpático y notable que tiene su parte seria, razonable y cuerda.

Obligado por la mayoría á dar su parecer y formular su opinion, despues de haberse excusado cuanto pudo, bajo el pretesto de ser incompetente como solteron, acabó por confesar que se habia casado dos veces y que habia sido muy desgraciado en sus matrimonios. No pudo conseguirse que dijera una palabra más respecto á su historia; pero, queriendo sin duda escapar á la curiosidad general, con una conclusion moral cualquiera, dijo así:

—Es ciertamente el adulterio un crimen, puesto que es la violacion de un sacramento. Yo aprecio la comision de semejante crimen, de tan grave para un sexo como por otro; pero es en realidad muy difícil de evitar por uno y otro en ciertos casos que no tengo necesidad de especificaros. Permitidme, pues, ser casuista en el rigorismo del hecho, y de no llamar adulterio sino á la traicion no provocada por quien es de ella víctima y realizada á sabiendas por quien la comete. En este caso, la esposa ó el esposo adúlteros merecen castigo; pero ¿qué pena impondreis á aquel que infringe no siendo fatalmente solidario? Debe haber, para el uno como para el otro, distinta solucion.

—¿Cuál? se oyó preguntar de un lado y otro. ¡Si la habeis encontrado, sois indudablemente habilísimo!

—No la habré encontrado tal vez, dijo modestamente el viejo Sylvestre, pero la he buscado mucho.

—¡Decid, decid lo que habeis apreciado ó creido mejor!

—He procurado buscar el castigo que moraliza; jamás he concebido otro.

—¿Cuál es? ¿El abandono?

—No.

—¿El desprecio?

—Menos.

—¿El odio?

—¡El afecto!

Todos se quedaron mirando; los unos reian, los otros no acertaban á explicárselo.

—Os parezco necio ó insensato, repuso tranquilamente M. Sylvestre. Pues bien, con la amistad considerada como castigo, se pueden moralizar los caracteres accesibles al arrepentimiento; pero esto pide explicaciones muy extensas; y como han dado ya las diez y no quiero incomodar, pido permiso á todos para retirarme.

Y diciendo y haciendo, no hubo medio de detenerle un minuto más.

No se concedió gran importancia á sus palabras. Creyóse que lo que él queria, era salir del compromiso con una paradoja cualquiera, ó que, como una antigua esfinge, queria enredarnos en un enigma del cual no poseia la clave.

Mas adelante, me expliqué yo áquel enigma de M. Sylvestre. Es tan sencillo, que casi puede calificarse de tan pueril como posible, y sin embargo, para explicármelo, debí entrar en consideraciones que me han parecido instructivas é interesantes. Por esto es por lo que he escrito la relacion que hizo M. Sylvestre un mes despues á los señores de*** en presencia mia.

Ignoro cómo obtuve de él la extraordinaria prueba de confianza de poderme contar en el número de sus oyentes íntimos.

Tal vez me le hice simpático por los deseos de saber su opinion sin oponerle otra personal y preconcebida; tal vez sentia la necesidad de dar expansion á su alma distribuyendo, entre algunas manos fieles, los granos de circunspeccion y caridad que habia logrado salvar del desastre de su vida.

Como quiera que sea, y fuese cual fuere la importancia de su revelacion, va aquí tal como he podido reanudarla uniendo y enlazando las horas empleadas en las diversas sesiones de su largo relato.

Más que una novela, es una exposicion de situaciones analizadas con paciencia, y dibujadas escrupulosamente. No es

poética ni interesante bajo el punto de vista literario. Sea lo que fuere, no se dirige sino al sentido moral y filosófico del lector. Pídole por lo tanto perdon de no poder servirle hoy otro manjar más sabroso y nutritivo.

El narrador, cuyo fin no es hacer gala de su talento, pero sí de comunicar sus pensamientos, es como el botánico que trae de sus excursiones, no las plantas raras que ha tenido la suerte de encontrar, pero sí los pimpollos ó briznas de las yerbas que le han permitido recoger los rigores de la estacion. Estas pobres yerbas no deleitan la vista, el paladar ni el olfato, y ello no obstante, quien ama á la naturaleza encuentra en ellas mucho que estudiar y las aprecia.

La forma del relato de M. Sylvestre parecerá tal vez monótona y harto despojada de adornos; pero tiene, cuando menos para sus oyentes, el mérito de la buena fe y de la sencillez; y yo por mi parte confieso, que me parece á cada paso más deliciosa y sorprendente. Recordaba al oírsela contar, en la admirable definición de Renan que dice: "la palabra es el simple vestido del pensamiento, dependiendo toda su elegancia de la perfeccion de sus proporciones con relacion á la idea que se quiere expresar;," y que en materia de arte, "el gran principio es que todo debe servir de adorno, pero que es malo, todo lo que se añade expresamente para adornar;,"

Tengo para mí que M. Sylvestre estaba penetrado de estas verdades, porque supo cautivar nuestra atencion y tenernos absorbidos y atentos con la simple narracion de una historia, sin peripecias ni frases de efecto. No soy, desgraciadamente el estenógrafo de su palabra. La he recogido y dado la forma que he podido, pensando únicamente en seguir las ideas conducidas por los hechos, haciéndole perder indudablemente su color particular y su mérito positivo.

Empezó su relato en estilo liso y llano, casi risueño, porque, despues de las grandes crisis de su vida, su carácter habia vuelto á su primitiva jovialidad. Puede ser igualmente que calculase no darnos cuenta del fondo de las cosas, creyendo tambien suprimir los hechos que no juzgase necesarios á su demostracion. Sin embargo, á medida que iba avanzando en el relato, fuese arrastrado por la fuerza de la verdad, ó por la intensidad de los recuerdos, es lo cierto que nada absolutamente omitió, cercenó ni dulcificó siquiera.

Que habeis preguntado, dijo M. Sylvestre dirigiéndose á los señores de ***, qué es lo que he hecho en Suiza, de los cinco años de mi vida de que no os he hablado jamás, y que deben, segun vuestra opinion, encerrar algun misterio, alguna obra importante ó alguna pasion grave. No os habeis equivocado. Ha sido para mí el tiempo de emociones más dolorosas y de el más rudo trabajo intelectual. Ha sido la crisis final y decisiva de la vida de mi personalidad, la más ardiente y la más dura de las experiencias; ha sido, en fin, mi último amor, que he sepultado en el mutismo que vengo observando con relacion á estos cinco años.

Quando salí de Francia, á pié, con sesenta y tres francos en el bolsillo por todo capital, no contaba todavía los cincuenta años, y mi semblante no revelaba más allá de cuarenta, á pesar de los graves disgustos que ya sabeis desde hace mucho tiempo, y de los cuales no he de volver á hablar. Una vida sencilla, un fondo de resignacion filosófica, el recogimiento y las ocupaciones del campo me habian conservado la salud y las fuerzas.

En mi frente no se veía aun una sola arruga; mi morena tez ostentaba todavía una solidez uniforme, y mis ojos aparecian



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Codo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tan puros como siguen siéndolo. He tenido siempre muy pronunciada la nariz para ser un mozo cabal; pero tenía la fisonomía simpática, la barba y los cabellos negros, el carácter abierto y la sonrisa franca, cuando conseguia olvidar mis penas. Además, yo he sido siempre fuerte: ni grueso ni flaco, ni gracioso ni bello, pero muy firme sobre mis piernas como un soldado viejo de infantería, que conserva la regularidad y fuerza del paso y la tiesura del cuerpo.

En fin, en semejante estado y sin andar en busca de aventuras, ni pensar siquiera en ello, no dejaba de ver claramente en las miradas de las mujeres que se reflejaba todavía en ella, un hombre, que durante algunos años aun no debía abrigar el temor de que se le venerase exclusivamente como padre.

A ello debía pues reducirse mi humilde ambición.

Había yo amado á mi mujer á pesar de sus defectos, porque si me había tenido siempre disgustado, me había por otra parte sido fiel. No tenía, pues, en mi concepto, el derecho, ni jamás tuve la menor tentación, de faltar á los deberes impuestos por la fidelidad.

Viudo hacia muchos años, permanecía austero; se lo debía á mi hija. Nada sin embargo bastó á llenar mi objeto; resultaron inútiles mi ejemplo y mis consejos. Empeñólas ella por la mala senda, y cuando me obligó á desterrarme, huyendo la responsabilidad de sus ligerezas, hacia ya veinte años largos que no había yo tenido un día de dicha ni de libertad.

Pero yo no aspiraba á ser feliz, ni me parecía permitido pensar en ello. Afligido, humillado, y además la pérdida voluntaria de por vida de todos mis recursos, lo cual me obligaba á pensar en ganarme lo indispensable, que no es tan fácil como parece, para el que sale de la opulencia, resuelto como estaba á no buscar ayuda en ningún amigo, ¿qué digo? resuelto á desaparecer de la escena del mundo, y á vivir desconocido como un hombre que habiendo cometido un crimen, se viese obligado á esconder su pasado.

Mi primera intención fué la de irme á Italia para ejercer una profesión cualquiera, pero me detuve en la frontera de Suiza. No poseía aun la ciencia económica, y estaba ya á lo último de mis sesenta y tres francos. Traía un poco de ropa blanca en mi mochila; pero como he sido siempre amante de la propiedad, no supe decidirme á venderla.

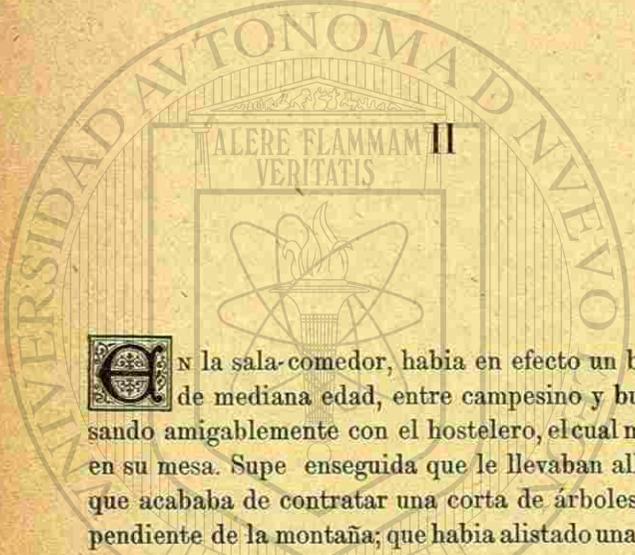
Pasé la noche en la posada del Simplon, donde apenas

dormí; me preocupaba mucho del mañana. Tenía lo justamente necesario á pagar mi hospedaje; pero ¿y después?

No me preocupaba sin embargo por nada más. Las cosas materiales de la vida me han sido siempre favorables, en el sentido de que mis necesidades no han ido nunca más allá de mis recursos. No he, por lo tanto, sufrido desastres irreparables más que en la esfera de los sentimientos. Hubiera de buena gana cambiado de destino, pero esto ya no dependía de mí. Tampoco tenía mi insomnio nada de desesperado. Hacía mil proyectos, buscaba medios con que vivir, estaba encantado de la belleza del país que recorría, y me hubiera costado muy poco no seguir adelante y buscar una ocupación en los alrededores.

Derramaba la luna límpida claridad. Desde mi cama sin colgaduras, veía yo el cielo puro y frío. Pensé entonces en lo que había amado, lloré y recé.—¿A quién? al espíritu desconocido del hombre que habla al corazón y llena el pensamiento de sensaciones de lo bello y lo bueno. Nosotros llamamos Dios á este espíritu inaccesible á nuestro entendimiento que nos lleva en sí y nos conmueve sin revelarse. Nada de sí mismo nos dice, ó si nos dice algo, está muy por encima de nuestra inteligencia; pero el niño que no entiende todavía las palabras de su madre y que duerme sobre su pecho, conoce aquel dulcísimo calor, y saca de él los elementos de una existencia completa donde conoce lo que ignora.

Vuelta la calma, me quedé dormido. Al despertar me pareció oír en los bajos una voz fuerte de buen augurio, cuyo timbre revelaba la franqueza y la cordialidad. Vestíme de prisa, y bajé inmediatamente en la certeza de que iba á encontrar un amigo.



An la sala-comedor, habia en efecto un buen montañés, de mediana edad, entre campesino y burgués, conversando amigablemente con el hostelero, el cual me ofreció plato en su mesa. Supe enseguida que le llevaban allí sus negocios; que acababa de contratar una corta de árboles á mitad de la pendiente de la montaña; que habia alistado una docena de braceros suizos, que no le bastaban aun, y que se proponia pasar á la parte italiana del Simplon en busca de otros. Me le ofrecí; habia yo tenido que vigilar bastantes trabajos de aquel género, para saber cómo se maneja un hacha y de qué manera se derriba y destroza un árbol. Mi traje y mi aire solano en nada desmentian la condicion por la cual me ofrecia; Juan Morgeron aceptó mi ofrecimiento y me puso en lista.

Mi aspecto ha tenido siempre la ventaja de inspirar confianza, así es que no me dirigió la menor pregunta que pudiera comprometerme, ni tuve siquiera necesidad de decirle que carecia de lo indispensable para comprar las herramientas del oficio. Me hizo para ello un anticipo de veinte francos y me condujo al borde de un precipicio, mostrándome á lo lejos

bajo de nuestros piés, el bosque donde habia de encontrar acampados á mis compañeros.

Pasé allí seis semanas trabajando mucho y bien, viviendo en la mejor inteligencia con todos mis camaradas, cualquiera que fuese su carácter. Era amado de unos, y adquirí cierta influencia sobre los otros. Estaba bien, y satisfecho de mí mismo. El país era verdaderamente admirable. No acertaba á darme cuenta de ser tan dichoso despues de todas mis desgracias, y sin tener detrás de mí otra cosa que recuerdos amargos, y delante, una vida separada del pasado por grandes abismos. Encontraba un verdadero goce, pudiendo disfrutar al fin de un presente soportable.

Juan Morgeron, que venia con frecuencia á vigilar los trabajos, me tomó desde luego gran cariño; y un día en que sacaba con él y por él la cuenta de sus gastos y el cálculo de sus beneficios:

—Vos no ocupais aquí vuestro lugar, me dijo. Vos habeis recibido diez veces más educacion que yo, y veinte veces más de la que necesita un leñador. Yo no sé qué es lo que habeis sido, ni teneis ninguna necesidad de decirlo: tal vez pesa sobre vuestra conciencia alguna cosa....

—Señor, le interrumpí diciendo: miradme bien: aquí donde me veis he tenido ochenta mil libras de renta, y nada tengo; y lo que es mucho más grave todavía, es que he perdido ¡desgraciadamente! todo cuanto amé. No se ha pasado todavía bastante tiempo para que pueda olvidar, y sin embargo, me estais viendo comer alegremente y dormir en paz sobre la hojarasca, trabajar sin disgusto ni tristeza, sin manifestar jamás despecho ni cólera contra nadie, ni tener necesidad de atontarme con la bebida ni temor de hacerme traicion al echar un brindis en vuestra amable compañía. ¿Creeis posible que un hombre que

se encuentra en semejantes condiciones de fortuna, posición y espíritu, pueda tener algo que echarse en cara?

—¡No! exclamó el montañés levantando al cielo su fornido brazo: es tanta verdad como hay un Dios en lo alto, ó en otra parte, que os creo un hombre honrado y bueno á toda prueba. No hay necesidad, para estar seguro de ello, de otra cosa, que de ver el fondo de vuestra mirada; y vuestra misma conducta actual patentiza bien á las claras que, si lo habeis perdido todo, habeis conservado lo mejor, que es la conciencia satisfactoria de vuestros actos. Veo que sois instruido, que conocéis las matemáticas y otras muchas cosas que yo no he podido aprender. Si quereis ser mi amigo, os ofrezco un porvenir tranquilo. Os pondré para siempre al abrigo de toda necesidad y os quedaré todavía obligado; porque podeis, á vuestra vez, prestarme grandes servicios y ayudarme á hacer mi fortuna.

—Quiero ser y soy ya vuestro amigo, Juan Morgeron; y por eso os pregunto: ¿Creeis trabajar para vuestra felicidad haciendo fortuna?

—Sí, respondió: yo no comprendo la dicha sino en la actividad, la lucha y el éxito. No soy, de mucho, un filósofo como vos, ni soy tampoco filósofo, si la sabiduría se concreta á la moderación de los deseos; pero á mí se me antoja que existe otra sabiduría, que consiste en atraernos todo lo que ella pueda dar buenamente de sí.

—Si lo tomáis de esta manera, perfectamente. Obedeceis á un instinto, del cual podeis hacer un deber, si es que pensais dedicar vuestra energía en beneficio ajeno.

—Un hombre emprendedor, repuso, es siempre útil á los demás. Hacer trabajar; y sabido es que el trabajo aprovecha, de prójimo en prójimo, al mundo entero. Vos no ignorais cómo trato yo á mis jornaleros y lo que ellos ganan trabajando conmigo. Me siento activo; tengo muchas ideas, pero me

falta instrucción. En compañía vuestra creo que haria grandes cosas.

Entonces sometió á mi parecer un proyecto harto ingenioso.

Poseia él una vastísima extensión de terrenos estériles en uno de los valles alpinos que van á parar al lecho del Ródano. El fondo de las tierras no es malo; pero cada año, el torrente de Brame lo cubre de arenas y guija. Eran necesarios grandes trabajos de encauzamiento cuyos dispendios habian de resultar enormes para él. Habíase imaginado sacrificar una parte de aquellos terrenos para salvar la otra, rodeando su propiedad de un canal que recogiera las aguas, convirtiéndola en una isla asegurada de las avenidas. Las tierras arrancadas del canal y rebatidas sobre la isla, debian formar una colina que no llegarían jamás las aguas á cubrir. La idea era buena; faltaba saber si despues de una inspección de las condiciones del terreno, era realizable.

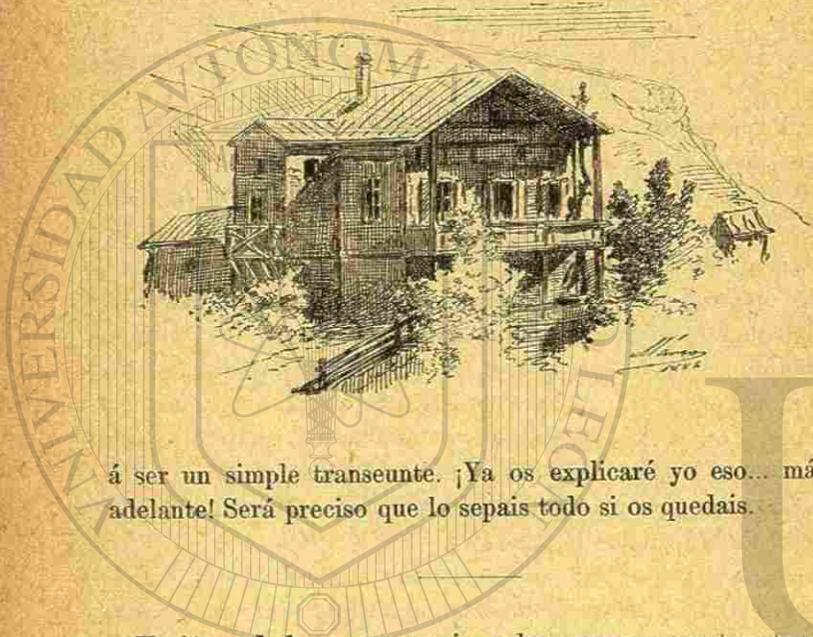
Cruzamos una cresta de la montaña al través de un ventisquero, y á algunas millas más abajo, nos paramos en la ladera de una hermosa colina de la que pertenecía una parte á mi amo. Poseia éste, además, una gran casa de labranza rica aunque rústicamente construida, y rodeada de dependencias bien provistas por los rebaños, las abejas y las cosechas.

Al aspecto de esta hermosa y pintoresca morada, situada en la parte más bella de una región templada y circuida de riquísimos pastos, sentí un vivo deseo de ser verdaderamente útil á mi amigo, y de fijar mi vida junto á él.

Al ponderarle la belleza y comodidades de aquella vivienda pareció como que una nube cruzara su frente.

—Sí, dijo, ¡es una residencia de príncipe para un hombre

de mis condiciones! Uno podría ser aquí dichoso teniendo mujer é hijos; sin embargo, mi vida de soltero hace que venga



á ser un simple transeúnte. ¡Ya os explicaré yo eso... más adelante! Será preciso que lo sepais todo si os quedais.

Un jóven de buena presencia, color moreno y acento extranjero, de fisonomía inteligente y distinguida, vestido de lugareño pero con extremada pulcritud, se presentó á nosotros manifestando grande alegría.

—El ama ha ido á vender unas cabras, dijo á Morgeron. ¡Pues no va á quedar poco sorprendida y satisfecha en cuanto vuelva!... Y ¿cómo estais de salud? Y ¿cuánto tiempo tendremos el gusto de que nos hagais compañía esta vez?

—¡Bien, bien, Tonino! respondió el amo en tono rudo pero benévolo. Veremos. Basta, basta de cumplimientos, y danos de comer, si puedes.

III

LA comida fué excelente y servida con extremado aseo. Tonino parecía, á la vez que un mozo de labranza, un buen camarero. Mostraba gran destreza en manejar la vajilla y daba órdenes á la criada con el mismo acierto que hubiera podido hacerlo un ama de casa; pero el ama de verdad llegó á tiempo de servirnos el café.

—Allá viene mi hermana, dijo Morgeron, viéndola bajar por un sendero que nos venia enfrente.

Miré á aquella mujer. Yo esperaba ver una matrona robusta y respetable; pero quedé sorprendido al mirar su figurilla delicada, elegante, vivaracha y que parecía muy jóven.

—Cuenta treinta años, quince menos que yo, dijo el amo; es hija del segundo matrimonio de mi padre. Hemos mancomunado nuestros intereses, porque ella sabe manejarlos aumentándolos, y porque no nos hemos de casar el uno ni el otro.

Temi ser indiscreto preguntando la causa de semejante restriccion. Entraba en lo posible que creyese él ser ya demasiado

entrado en años para el caso, pero cuando ví á la hermana más de cerca, quedé completamente convencido de que no podia ser así, con relacion á ella.

Tenia ésta el semblante algo fatigado é impresionable; pertenecia al número de los que no reflejan claramente la edad.

Diez veces en una hora parecia más ó menos jóven de lo que lo era en realidad; pero más ó menos entrada en años, era notablemente hermosa. Presentaba un tipo con el cual no he encontrado nunca analogía.

Diminuto sin ser flaco, y extremadamente bien formado; pasaba el cabello de castaño-oscuro; eran los ojos de un azul bellissimo y blanco el cutis; regular en sus trazos como los perfiles griegos, resplandecia en todo su sér un algo anormal y misterioso. Era tan graciosa como incisiva; de fisonomía seria y simpática; cumplida, hospitalaria, y pródiga en atenciones y cuidados; unia á estas cualidades cierta rudeza singular; distinguida, espiritual, amable y al mismo tiempo intencionada, comentadora, escéptica y casi sangrienta en la discusion. Hizome una acogida bastante fria, lo cual no la impidió de colmarme de atenciones, como si hubiese sido yo un señor y ella una criada. Yo estaba turbado; siempre que le hacia algun cumplimiento, parecia no entender y bajaba los ojos. No manifestó la menor extrañeza por mi presencia; y sin preocuparse para nada, fuése acompañada de Tonino á preparar mi cuarto.

Juan Morgeron, que me estaba observando, vió desde luego que aquella originalidad me chocaba, y que me tenia al mismo tiempo algo turbado.

—¿Mi hermana os admira? me dijo. Tiene efectivamente algo de admirable. Pertenece á una raza distinta de la mia; su madre fué italiana y Tonino es su primo. Es un carácter difícil de llevar y que no se inclina jamás al parecer de nadie;

pero tiene tal valor, tanta inteligencia, tantísima actividad y abnegacion, que resulta sin par en el mundo para cuanto sea de utilidad. Si se me antoja hacer cualquier innovacion ó cambio, es preciso sostener una lucha para que lo acepte; pero una vez aceptado, vale por diez hombres en la ejecucion.

—Y ¿si no acepta?

—Desisto desde luego. Quiero la paz á todo trance. Ahora mismo estoy pensando en dejar que ella dirija esto como mejor le parezca, y levantar en otra parte otro establecimiento donde pueda yo satisfacer las exigencias de mi imaginacion y realizar mis proyectos por mí solo... en la condicion, sin embargo, de que vos me ayudareis, si os parece que yo tengo razon.

IV

AL día siguiente, en cuanto amaneció, pasé á inspeccionar la propiedad de los Morgeron. El proyecto de Juan era realizable y muy acertado en sí mismo; pero él no sabia calcular bastante; y como toda persona de imaginacion viva, arreglaba los números á medida de sus deseos y de sus esperanzas. Yo basé friamente y sin pasion alguna mis cálculos, haciéndome dar explicaciones precisas hasta de los detalles más insignificantes, y saqué en limpio, que el negocio iba á comérsele cuanto tenia antes de realizar el menor beneficio positivo.

Esto le disgustó en extremo; y al convencerse de que no me equivocaba, maldijo los números con indignacion. Discutimos un buen espacio, acabando por rendirse á la evidencia.

Entonces exclamó casi desesperado:

—¡No se puede hacer nada bueno en este mundo! ¡Es preciso dejar las cosas tal como están aun cuando uno sepa el remedio! He de ir viendo, pues, ese maldito torrente destruyendo mi hacienda de día en día y hora por hora, sin que pueda salvarme ningun sacrificio! Ya que ha de arruinarme forzosamente dejándole hacer, ¿no seria mejor que me arruinase resistiéndole? ¿No es por ventura humillante para un

hombre, permanecer cruzado de brazos ante un peligro estúpido, cuando con un esfuerzo de su voluntad puede vencerlo?

—Me habeis pedido si queria ayudaros á hacer fortuna, le dije entonces. Si no es este vuestro objeto podeis aventuraros. Me habeis dicho que no teneis mujer ni hijos. Si es sólo el amor propio el que os empuja á emprender una obra atrevida y famosa, emprendedla; pero tened tambien presente el hocorno que ha de acompañar vuestra ruina, dado que no obtengais la victoria, lo cual iria seguido del calificativo de loco con que os adornarian los mismos que se aprovecharian de vuestro desastre.

—Sí, repuso; veo bien todo eso. ¡Cuando habré yo convertido este pantano en una isla floreciente, pronta á recompensar mis sacrificios, me veré obligado á vender á bajo precio para pagar mis deudas, y otros se enriquecerán en mi lugar y se reirán de mí! Pero, despues de ellos y despues de mí, vendrán otros á establecerse y prosperar, y estos dirán: “¡Vaya una obra! *aquel* que la llevó á cabo y la concibió, no carecia por cierto de inteligencia ni de valor, y no podia ser por lo tanto un hombre vulgar.”

¡Y este monton de piedras y arena que ahora estais viendo, seria una magnifica propiedad que se llamaria *la isla Morgeron!*

Estaba tan bien enmedio de su justificable orgullo, que yo le disuadia con dolor de sus propósitos; pero le fué preciso confesar por fin, que sin la ayuda de su hermana, en semejante empresa, le seria indispensable dejar las obras á medio hacer, y me habló entonces de tomar á préstamo los fondos necesarios. Al llegar aquí fué cuando resueltamente le atajé.

—No os aventureis de ninguna manera, le dije, en un negocio cuyo éxito es cuestion de honor, no solamente por vuestro amor propio, sino tambien por vuestra conciencia. Buscad accionistas; dadles vuestro proyecto, vuestro trabajo perso-

nal, vuestras tierras; dejadles dirigir los trabajos; encargaos de ellos si os parece, asociándolos á los beneficios que puedan resultar; pero no tomeis sobre vos el compromiso de hacer ganar dinero á nadie, y mucho menos el de tomar á préstamo, para un negocio problemático, la menor cantidad: dada vuestra imaginación y vuestro valor, estariais perdido irremisiblemente.

Convencióse, y resolvió someter su proyecto á los colindantes á quiénes pudiese interesar para que le secundasen.

Yo debía trazar el proyecto apoyándolo en todos los cálculos necesarios; pero quise acompañarlo también del cálculo de todas las eventualidades que pudiesen doblar y aun triplicar los gastos: las crecidas inesperadas que podían inutilizar los trabajos comenzados, la dureza de ciertos terrenos y la falta de solidez de otros, etc., etc. Estas previsiones tan naturales le consternaron.

—No, no saldremos en bien, dijo; no encontraremos nadie que sea bastante rico ó bastante confiado para aventurarse. Dejemos dormir el proyecto hasta que acierte á dar con los accionistas que me son necesarios. Mañana os hablaré de otra cosa.

V

DASÁRONSE á todo esto unos ocho días. Estaba yo perfectamente; tenía buena cara, buena cama, y todo lo necesario propio de una casa bien ordenada y mejor conducida. Admirábame á cada paso el orden y actividad de Mlle. Morgeron, y la inteligencia y sumisión de Tonino. Me parecía que á tener Juan menos ambición, podía ser el hombre más feliz del mundo; porque su hermana cuidaba de todo con mayor inteligencia que satisfacción propia: la necesidad de *hacer que se hablase de él*, justificaba una afección real ó una solicitud continuada.

Mi papel frente á frente de aquella joven hubiera podido ser difícil, si ella hubiese desconfiado de mí; pero comprendió enseguida, que si yo tenía cierta influencia sobre su hermana, no la utilizaba sino para moderar su exaltación; así es que me trató desde luego con deferencia singular, dejando que le desengañara pacíficamente.

Al terminar la semana, creyendo haber obtenido la victoria, pensé en dejar mis huéspedes, porque Juan no me hablaba de otro proyecto alguno, y no sabía yo ver en qué podía serles útil en aquella no extensa propiedad, perfectamente llevada

nal, vuestras tierras; dejadles dirigir los trabajos; encargaos de ellos si os parece, asociándolos á los beneficios que puedan resultar; pero no tomeis sobre vos el compromiso de hacer ganar dinero á nadie, y mucho menos el de tomar á préstamo, para un negocio problemático, la menor cantidad: dada vuestra imaginación y vuestro valor, estariais perdido irremisiblemente.

Convencióse, y resolvió someter su proyecto á los colindantes á quiénes pudiese interesar para que le secundasen.

Yo debía trazar el proyecto apoyándolo en todos los cálculos necesarios; pero quise acompañarlo también del cálculo de todas las eventualidades que pudiesen doblar y aun triplicar los gastos: las crecidas inesperadas que podían inutilizar los trabajos comenzados, la dureza de ciertos terrenos y la falta de solidez de otros, etc., etc. Estas previsiones tan naturales le consternaron.

—No, no saldremos en bien, dijo; no encontraremos nadie que sea bastante rico ó bastante confiado para aventurarse. Dejemos dormir el proyecto hasta que acierte á dar con los accionistas que me son necesarios. Mañana os hablaré de otra cosa.

V

DASÁRONSE á todo esto unos ocho días. Estaba yo perfectamente; tenía buena cara, buena cama, y todo lo necesario propio de una casa bien ordenada y mejor conducida. Admirábame á cada paso el orden y actividad de Mlle. Morgeron, y la inteligencia y sumisión de Tonino. Me parecía que á tener Juan menos ambición, podía ser el hombre más feliz del mundo; porque su hermana cuidaba de todo con mayor inteligencia que satisfacción propia: la necesidad de *hacer que se hablase de él*, justificaba una afección real ó una solicitud continuada.

Mi papel frente á frente de aquella joven hubiera podido ser difícil, si ella hubiese desconfiado de mí; pero comprendió enseguida, que si yo tenía cierta influencia sobre su hermana, no la utilizaba sino para moderar su exaltación; así es que me trató desde luego con deferencia singular, dejando que le desengañara pacíficamente.

Al terminar la semana, creyendo haber obtenido la victoria, pensé en dejar mis huéspedes, porque Juan no me hablaba de otro proyecto alguno, y no sabía yo ver en qué podía serles útil en aquella no extensa propiedad, perfectamente llevada

por su hermana. Sin embargo, me pareció que Juan se había disgustado después de haberle dicho que yo debía irme. No me contestó nada; y sujetando su frente con ambas manos, procuraba ahogar grandes suspiros. No comió y continuó silencioso todo el resto del día, y observé además en la manera que su hermana le miraba, sin interrogarle, que no dejaba de estar inquieto por ello.

Al ponerse el sol, fui á sentarme en una roca para contemplar el admirable paisaje que nos rodeaba; de súbito, y sin que yo lo hubiese advertido, alguien se acercó hasta mí, caminando cautelosamente sobre la yerba y sentándose á mi lado.

Era Felicia Morgeron.

—Oid, me dijo, vos sois altamente honrado y razonable; es preciso que me ayudeis un poco á distraer y evitar, en lo que quepa, la locura de mi hermano. Lo conozco, está enfermo, es capaz de morirse de pena, dada la manera como se ha puesto desde hace tres días. Yo no puedo soportar esto sola. Habeis visto que he hecho cuanto me ha sido posible para volverle á la razón. He procurado valerme de los medios que me han ofrecido la vanidad, el ridículo y la compasión; nada he conseguido. Sigue enamorado de su ideal aun más que antes. Hace diez años que no se alimenta ni sueña en otra cosa que en ganar el dinero que ha menester para emplearlo en su obra. No creo humanamente posible conseguir ahora disuadirle; es ya muy tarde. Es pues indispensable hacer lo que él quiera; así es que he venido principalmente para deciros que ya no me opongo. Sin embargo, no se lo digais, porque envanecido por su victoria, se adelantaría inmediatamente en sus proyectos, yendo mucho más lejos de lo que buenamente podemos uno y otro. Poneos vos al frente de su empresa, ya que así lo

desea, empleando solamente vuestro talento y vuestra habilidad, en hacer durar la obra mucho tiempo: diez años, doce ó quince, si es esto posible.... Cuando ya nada tendremos, le será indispensable detenerse; pero habrá vivido dichoso diez, doce ó quince años, y esto bien vale la pena de que yo me sacrifique.

Admirábame de la abnegación de Mlle. Morgeron, pero creí de mi deber asegurarla de las consecuencias del disgusto de su hermano. No se me hacía posible que tomara él las cosas tan á pecho como pudieran llevarle á la muerte.

—¿Sabeis, repuso ella, que temo todavía algo peor? Puede realmente volverse loco; no sabeis aun lo exaltado que es. No se ha atrevido aun á manifestárnoslo, pero hace ya ocho días que no duerme. Pasea por su cuarto ó por el campo, habla sólo, y tiene calentura. Y yo no quiero esto; os lo aseguro. Cuando con el dinero se puede impedir una gran desgracia y salvar la persona á quien más se ama, no sé explicarme que haya quien vacile.

—Teneis un gran corazón, la dije tendiéndole la mano y apretando la suya con emoción. Lo que me acabais de decir me agrada muchísimo y me reconcilia con vos por completo.

—Me creiais interesada ¿no es verdad? repuso ella en tono indiferente.

—Cuando se trabaja como vos trabajais con febril actividad para realizar proyectos que aseguran un porvenir, cualesquiera que ellos sean, el abandonar semejantes proyectos, es siempre, tratándose de un carácter positivo y sensato como el vuestro, un gran sacrificio.

—No sé si soy ó no sensata, pero sí soy en efecto positivista. He trabajado siempre por el gusto de trabajar; no sabia vivir de otra manera. Gusto de los trabajos acabados. Proyectos, no los he acariciado jamás por cuenta mía. Ya veis pues como el sacrificio no es muy grande.

—Lo que estais diciendo me admira; pero aun cuando no tengo el derecho ni la intencion de interrogaros, permitidme solamente que os diga, que yo no puedo en conciencia, prestarle á vuestra ruina, ni quiero fomentar la temeridad de vuestro hermano para dulcificar en manera alguna las verdades que le he dicho y demostrado. No soy ingeniero, pero tengo bastante experiencia y sentido práctico para estar convencido de que no me he equivocado. ¿Cómo quereis que vuelva ahora sobre mis asersiones?

—No os desautoriceis, enhorabuena, pero aceptad el prestarle vuestro concurso jugando el todo por el todo. Hacedos cargo de la necesidad, M. Sylvestre. No creais que vuestra prevision vaya á desviarle de sus ideales. Cuanto más difíciles y peligrosos se le presentan, más se entusiasma y encariña. Si vos le abandonais, buscará, de seguro, otro consejero que resultará positivamente menos escrupuloso y menos sincero que vos, y que, en lugar de economizar el tiempo y retardar la decepcion, absorberá brevemente todo nuestro haber con las ilusorias esperanzas de mi hermano.

La insistencia de Felicia Morgeron me apenaba en verdad, pero yo procuraba rechazar el papel que se empeñaba ella en que aceptara. Como tenia el carácter imperioso, exaltábase en la discusion, animándose hasta la impaciencia.

—¡Cómo! exclamaba, ¿quereis decir que yo no tengo el derecho de arruinarme por un capricho de mi hermano? Atended; es preciso terminar. Lo que vos no sabeis todavía, lo sabreis el dia menos pensado, si continuais solamente un par de semanas en la comarca: prefiero pues deciroslo yo misma desde luego.

“Sabed que yo se lo debo todo á mi hermano, y que no vivo sino para él. El me perdonó lo que nadie en la familia ni de

la comarca me perdonará jamás. A los quince años fui seducida por un forastero que me abandonó luego.... Mi padre, rígido protestante, me echó violentamente de su lado. Mi madre murió del disgusto.... ¡He vagado errante por los caminos! he pedido limosna! Rechazada por todas partes, con mi



hijo en brazos, pude llegar á Italia en busca de mis parientes maternos. Eran pobres, y, por esto sin duda, me acogieron. Trabajé, pero fué tanta mi fatiga, que caí enferma perdiendo á mi desgraciado hijo! Yo esperaba y deseaba la muerte, cuando se acercó á la cabecera de mi lecho de agonías, un pobre soldado. Era mi hermano Juan que nada habia sabido de mi des-

gracia, estando en el ejército. Acababa de saberlo; y habiendo terminado el tiempo del servicio, venia á buscarme. Sus bondades y su cariño me salvaron. Ayudóme en mi restablecimiento y me condujo aquí. Nuestro padre se indispuso con él porque me habia perdonado. Su novia, que esperaba su regreso, le dijo terminantemente que no se casaria con el hermano complaciente de una mujer perdida; y que si yo continuaba en la comarca, tomaria por marido al rival de Juan.

„Juan me ocultó todo esto; cuidando de mí y prodigándome su cariño por espacio de dos años que tardé en restablecerme por completo, es decir, en estar en disposicion de hacer algo. Si él no ha recibido la bendicion de su padre meribundo, ni se ha casado, ni ha sido bien mirado por ninguno de sus convecinos, y si es tenido todavía por un mala cabeza y por hombre sin religion, todo es por causa mia.

„¿Qué quereis? las gentes son así en este religioso país. ¡Católicos y protestantes hacen gala de su intolerancia!

„Yo soy por lo tanto una mujer perdida y sin porvenir alguno, que he matado igualmente el porvenir de mi hermano. Somos sin embargo bastante ricos para poder encontrar, él una mujer y yo un marido; pero para ello deberíamos, en nuestro concepto, descender demasiado, y nuestro orgullo no nos lo permite. Lo único que separa á mi hermano de ese pantano de disgusto y fastidio, es precisamente lo que vos creéis que debe desechar, es decir, el hábito de la fe en sus emprendedores ideales. Ya hubiera indudablemente realizado los grandes proyectos en que sueña, si hubiese tenido mayor instruccion y más paciencia. Está convencido de lo que le hace falta, y esto le mortifica. Sabe que tiene ideas, pero que luego resultan impracticables.

„Yo sé contar, pero no inventar; y al ver que sus invenciones resultan estériles, pues le hago la contra sin poderle dar explicaciones bastante claras, nos disputamos, naturalmente

sin dejarle jamás convencido ni satisfecho. Mi trabajo regular y metódico le impacienta; y sin embargo yo no trabajo más que para él; no amo á nadie más que á él, no procuro adquirir sino para el fondo comun; y el orden que aquí se ve, hace que cualquiera nos haga la justicia de confesar que es productivo. Reconócese que conseguimos utilidades, y que, si somos impíos, como por ahí se dice, no somos avaros ni miserables.

„Ahora, señor mio, ya lo sabeis todo; y veis de seguro, que, si mi hermano insiste en su ideal, yo debo, bueno ó malo, aceptarlo, viendo como desaparece todo nuestro patrimonio y todos nuestros ahorros, aunque deba pedir limosna ó escarbar el suelo con las manos „

—Y bien, respondí yo vivamente impresionado por lo que acababa de saber, ¡no hay necesidad de llegar á tal extremo! Es preciso emplear noble y útilmente vuestra fortuna, alimentando la ambicion de vuestro hermano con proyectos realizables. Ya le conozco ahora bastante para saber que tiene la pasion de la inventiva; es preciso pues hacer que encuentre él mismo el alimento necesario á la actividad de su espíritu. Es imposible que no encuentre en vuestra casa ó á vuestro alrededor alguna cosa seria que emprender. Yo sé que él ha acariciado otra idea acerca de la cual no he querido que me diera explicaciones. He temido disgustaros y alentar algun nuevo desvarío; pero ¿quién sabe si anda él por mejor camino, y si no me será posible acaso alentarle esta vez, sin faltar á mis convicciones ni haceros correr grandes peligros?

—Dejádmelo probar; y si es indispensable de todo punto que perdais dinero, procuremos que obtengais al menos alguna gloria.

—No hay que preocuparse por la gloria que pueda á mí caberme, dijo Felicia; ya no me inquieto por nada de este mundo. Todo está roto completamente entre la opinion y yo. Ya tengo hechas todas mis resoluciones, y nada me incita ya

ni mortífica. Estoy demasiado ocupada para soñar; pero mi hermano tiene necesidad de que se hable de él, y á pesar de haber vituperado y censurado esto que llamamos su debilidad, comprendo su energía.

„Hacedlo pues todo por él, nada por mí, si quereis que yo os bendiga y estime.“

Y al decir esto, se fué precipitadamente, sin esperar mi contestación, despues de haber pronunciado con acento rudo y bastante frio dichas palabras, á la vez enérgicas y tiernas.

VI

No sabia, pues, ó creia saber todos los secretos de la familia, lo cual no dejaba de espantarme un poco, no por la dificultad de serles útil, pero sí por verme precisado á fijar mi vida en el seno de aquellas existencias conturbadas.

Sentíame necesitado de reposo despues de mis propios desastres; mi puesto estaba en la libertad y el aislamiento; es decir, en trabajar todo el dia fuera de toda responsabilidad. Temíame que al atarme á la vida agitada y harto excepcional de los Morgeron, no habia de encontrarme mejor ni más dichoso que con mi propia familia, y no sin cierto miedo me veia investido por la confianza de Felicia de un deber grandísimo que podía sujetarme para siempre.

No obstante, yo acababa de aceptar el compromiso ineludible de este deber, bajo el efecto de la emoción. El breve y descarnado relato de aquella jóven desgraciada y estóica, me la habia hecho interesante en alto grado, casi tanto, como á su hermano. Existía en la mansion de aquellos dos seres, á falta de atractivo y candor, cierta grandeza de ideas y sentimientos que se imponian á mi veneración.

Envidiados por su fortuna, criticados por su excentricidad,

infamados por la falta que sobre ellos pesaba, tenían necesidad de un amigo. El primer paso que yo había dado dentro la libertad de mi incógnito, me ponía en las manos un trabajo, por cierto, delicado.

No creí, pues, deberme sustraer; empujado por mi corazón como por mi conciencia, me dejé deslizar por la pendiente que debía arrastrarme á un nuevo abismo de tormentos y dolores.

Lo que acabó de decidirme por completo, fué el descubrimiento que hice al día siguiente del medio fácil y seguro de realizar el ideal de mi huésped.

Al despuntar la mañana, vagaba yo por los senderos de su propiedad, examinándolo todo, bajo una impresión nueva que me llamaba á escudriñar todos los accidentes del terreno. Era aquella, á decir verdad, una propiedad casi tan rara como los que la explotaban. Componíase, por cierto, de dos regiones superpuestas.

La parte situada á la ladera de la montaña componíala una zona de tierras excelentes, sustentada á trechos por contrafuertes de rocas naturales. Ricos pastos, viñedos, hortalizas y cereales, todo prosperaba espléndidamente en aquella región, al nivel y mucho más allá del chalet; pero en la parte baja todo era desorden y desolación. Dos torrenteras que se daban la mano en una estrecha y profunda garganta, iban al torrente principal á revolver las tierras y á amontonar los pedregales. Llena de hendiduras y quebrantada por mil puntos diversos, presentaba una especie de laberinto de destrozos, de pedruscos perdidos en los pantanos, de árboles arrastrados de las alturas, de zanjas misteriosas, de escondrijos selváticos y de abismos impenetrables.

Este caos de rocas, de arenas y de verdores, hubiera hecho

la delicia de un pintor; y sin ser pintor, ni mucho menos, no hubiera yo querido variarla en nada, si aquella fantástica posesión hubiera sido mía.

Pero al explorar, no sin riesgo de la vida, la garganta en la cual se desviaban con gran ruido ambas torrenteras, descubrí algo que se hubiera podido llamar impunemente una mina de tierra: era una acumulación soterrada de tierra vegetal de primera calidad.

Arrancar aquella tierra al abismo donde se había ido amontonando á fuerza de años, en una hendidura profundísima entre rocas, hubiera sido un trabajo gigantesco; pero obligar á las aguas, que habían enterrado allí su contingente, á llevárselo nuevamente por otro camino, entregándola al cultivo, no me parecía ser muy difícil. No se necesitaba más que volar una roca de la mina que les cerraba el paso, dirigiendo su curso hácia la casi isla formada por el espacio que Juan ambicionaba aislar. Aquel bajo suelo que el río inundaba de continuo, debía llenarse y subir pronto á cierta altura capaz de resistir las avenidas, si se conseguía enriquecerlo con todos los restos y residuos fecundantes que aportaban los pequeños torrentes. Necesitábase saber, por lo tanto, si aquellos restos procedían de una región bastante extensa y rica, para no exponerse á la falta de alimento necesario á la acumulación que era indispensable.

Fuí en busca de Juan; le encontré sombrío y taciturno; no había dormido en toda la noche ni se había desayunado aun.

Cuando le hube interrogado acerca de lo que yo deseaba saber:

—¡Ah! Señor mío! exclamó amargamente, ¡se os ha ocurrido lo mismo que á mí! Ya había yo descubierto la mina de tierra; y como forma parte de mi propiedad, había también pensado

en los medios necesarios á extraerla del abismo; pero aquel lugar ha sido excavado sin duda por el mismo diablo, así es que para facilitar el acarreo se necesitan recursos de los que yo carezco.

—Tambien, le dije, he pensado en que no hay que soñar en ello. Pero falta antes saber si la verdadera mina, es decir, la procedencia de las tierras que el agua conduce se encuentran á cielo abierto. ¿Dónde están situadas? Vos debéis saberlo.

—Sí, lo sé; pertenecen á un pobre pelele que no puede aprovecharlas, pues carece de medios para cerrarles el paso; pero si sospecha que yo pretendo explotarlas en provecho mio, pedirá por ellas tres veces más de lo que valen.

—No importa, dejad que yo haga mis cálculos; y si resulta que dichas tierras pueden venirse á nuestro campo sin dispendios, puesto que el torrente se encargará de ello, aumentarán su valor, al estar abajo, en veinte veces del que arriba puedan tener. No temais, pues, emplear mal vuestro dinero.

—Pero ¿qué haremos de estas tierras acarreadas cuando estén abajo, puesto que se irán enterrando en abismos que no podrán llenarse en cien años?

Estaba viendo que Juan no habia acogido mi plan, ni manifestaba deseos de acogerlo. No se encariñaba más que con sus propios pensamientos. Era pues indispensable, no solamente hacerle aceptar mi idea, sino persuadirle de que era suya.

—Señor Morgeron, le dije, advierto que os estais despreciando á vos mismo. Me habeis estado hablando metafóricamente, creyendo que no adivinaria vuestro proyecto, pero yo no he olvidado que vuestra principal idea consiste en conducir el torrente hácia vuestra proyectada isla.

Un rayo de luz iluminó su frente, y vaciló un momento para penetrarse de mi aserción.

—¿Es verdad que os he dicho, exclamó, que creia poder hacer lo que estais diciendo?

A mi vez, yo vacilaba tambien en mentir; pero era preciso hacerlo para salvarle, y pretendí probarle que me lo habia dado á entender. Al propio tiempo le insinué diestramente la idea que habia tenido de volar la roca, lo cual nada ofrecia de difícil.

Pude observar en el fondo de su mirada una lucha bastante seria, trabada entre su orgullo de inventor y la lealtad propia de su carácter.

Esta le arrastró.

—Vos me engañais, díjome echándose en mis brazos; jamás he soñado en lo que estais diciendo; pero es tan honrosa la adopcion de una buena idea como su misma concepcion. Haremos saltar la roca, compraremos los terrenos de la y.... ¡No! Compraremos desde luego el prado, y cuando lo poseeremos, le ayudaremos á precipitarse con el pico y la zapa.... ¡No! Procuraremos prudentemente no embarazar la rasante del torrente que es muy peligroso, é iremos viendo crecer y crecer la isla proyectada como por encantamiento!... En diez años se habrá hecho una montaña, ó una colina cuando menos, que podremos cercar fácilmente. Tengo estacas enormes, soberbias; la corta de árboles que hice en el Simplon, y en la cual habeis trabajado por mi cuenta, no está destinada á otra cosa.

No dirá ahora mi hermana, que es esto dinero perdido para guardar guijarros.

Tendremos cada año un metro de espesor de buenas tierras de brezo; ten....

—¡Cuidado, cuidado, no os precipiteis! Calculemos antes los gastos y perjuicios que pueda ocasionar anualmente desde su origen. Esto es muy fácil de averiguar; subámonos un día paseando.

—Está bien, pero yo sé otra cosa; sé cuál era la estension

de la pradera hace veinte años. Hace todo este tiempo que las aguas no pasan por allí. Desde que se ha abierto este otro paso, han disminuido una cuarta parte. En la actualidad, va trocándose en pedregal; la roca que la conduce está minada por debajo, se la puede ayudar fácilmente. ¡Vamos, vamos allá!

—Vamos pues, dije yo volviendo á entrar en la casa, acompañándole; pero desayunaos antes y rogad á vuestra hermana que nos acompañe. Cuando ella haya visto por sus propios ojos, se convencerá y, no sólo os dará su aprobacion, sino su ayuda.

—Ignoro de lo que se habla, dijo contestando Felicia, que entraba nuevamente sirviendo el almuerzo; pero desde luego estaré á vuestro lado Juan, si M. Sylvestre se encarga de ser el ingeniero, y si vos atendeis á lo que él os diga.

—¡Lo juro por Ruffi! exclamó Juan.

Y almorzó en mi compañía con gran apetito.

VII

FELICIA fué á ponerse su guardapié corto, su sombrero redondo y sus zapatos ferrados. Iba generalmente vestida de señorita de campo, y estaba bien, pero el traje de montañesa le sentaba á maravilla. Las trenzas sueltas de sus oscurísimos cabellos le llegaban hasta las corvas. Sus piernas finas y nerviosas eran un modelo de forma elegantísimo. A los hábitos de fuerza y de trabajo de las suizas, su naturaleza italiana hermanaba la gracia y la distincion.

Adelantósenos ella, acompañada de Tonino, quien habia vestido tambien los arreos montañeses necesarios á emprender el sério y escarpado paseo que nos proponiamos.

Tonino era un muchacho de formas torneadas, de fisonomía simpática, delicado, atento, de bastante penetracion y cariñoso. Demasiado delicado y demasiado moreno tal vez para el gusto de las gentes del país, parecíame á propósito para ejercer un dia, sobre otras naturalezas de gusto más exquisito, verdadero ascendiente.

—Cedamos el paso á esta linda pareja, me dijo Juan, con aire placentero, y tomando su palo ferrado, me entregó á mí

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30725

de la pradera hace veinte años. Hace todo este tiempo que las aguas no pasan por allí. Desde que se ha abierto este otro paso, han disminuido una cuarta parte. En la actualidad, va trocándose en pedregal; la roca que la conduce está minada por debajo, se la puede ayudar fácilmente. ¡Vamos, vamos allá!

—Vamos pues, dije yo volviendo á entrar en la casa, acompañándole; pero desayunaos antes y rogad á vuestra hermana que nos acompañe. Cuando ella haya visto por sus propios ojos, se convencerá y, no sólo os dará su aprobacion, sino su ayuda.

—Ignoro de lo que se habla, dijo contestando Felicia, que entraba nuevamente sirviendo el almuerzo; pero desde luego estaré á vuestro lado Juan, si M. Sylvestre se encarga de ser el ingeniero, y si vos atendeis á lo que él os diga.

—¡Lo juro por Ruffi! exclamó Juan.

Y almorzó en mi compañía con gran apetito.

VII

FELICIA fué á ponerse su guardapié corto, su sombrero redondo y sus zapatos ferrados. Iba generalmente vestida de señorita de campo, y estaba bien, pero el traje de montañesa le sentaba á maravilla. Las trenzas sueltas de sus oscurísimos cabellos le llegaban hasta las corvas. Sus piernas finas y nerviosas eran un modelo de forma elegantísimo. A los hábitos de fuerza y de trabajo de las suizas, su naturaleza italiana hermanaba la gracia y la distincion.

Adelantósenos ella, acompañada de Tonino, quien habia vestido tambien los arreos montañeses necesarios á emprender el sério y escarpado paseo que nos proponiamos.

Tonino era un muchacho de formas torneadas, de fisonomía simpática, delicado, atento, de bastante penetracion y cariñoso. Demasiado delicado y demasiado moreno tal vez para el gusto de las gentes del país, parecíame á propósito para ejercer un dia, sobre otras naturalezas de gusto más exquisito, verdadero ascendiente.

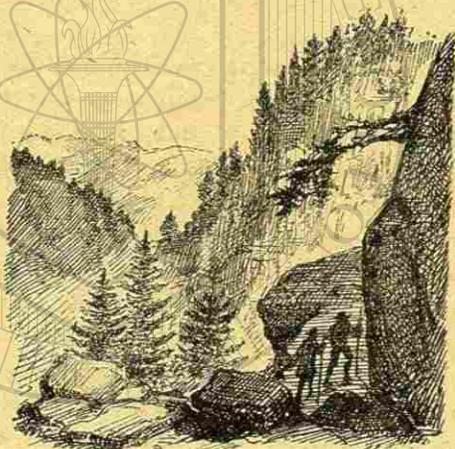
—Cedamos el paso á esta linda pareja, me dijo Juan, con aire placentero, y tomando su palo ferrado, me entregó á mí

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30725

otro parecido. Nos iremos por el atajo, es decir, por la torrentera. Esto nos será muy fácil, os lo advierto; pero vos ya teneis buenas piernas y buen ojo, y es necesario que conozcais las revueltas y saltos de *nuestro torrente conductor de las tierras*.

La ascension fué efectivamente bastante penosa, y en muchos pasos peligrosa tambien. Si nos hubiese sorprendido allí una



de estas lluvias de la estacion, llamadas torrenciales, estábamos perdidos; pero el tiempo era soberbio, y el torrente superior llevaba poca agua. Pudimos convencernos de que en ninguna parte encontraba obstáculos sérios, y que desembarazándole el paso aquí y allá de algunas rocas, podria traernos en sus dias de furia grandes cantidades de tierra.

Ambas riberas pertenecian á los Morgeron; á Felicia la una

y la otra á Juan. Aquella especie de zanja casi vertical, servia de límite á entrambas heredades.

Juan estaba radiante y exaltado. Hablaba con los rápidos y trémulos murmullos y con las cascadas espumantes que saltaban cantando sobre nuestras cabezas y bajo nuestros piés.

—Podrás ahora incomodarte, diablillo, decíale al agua armoniosa y límpida que nos envolvía entre la bruma irradiada de sus cristalinos saltos que nos rodeaban; cuanto más gruñas más contentos nos harás; más daño te crearás hacernos, y nos harás más bien.

Casi ya en la cumbre, tuvimos que trepar por una vertiente escarpadísima, para no ser arrastrados por la corriente principal que media una decena de metros.

Allí detenidos, cogiéndonos á los alerces que crecian en la roca, pudimos examinar la hendidura hecha por las aguas que iban precipitándose, y su lecho desnudo nos permitió asegurarnos de que habia allí un magnífico espesor de tierra de brezo, descansando sobre la roca compacta é inespugnable.

Cuando hubimos alcanzado, no sin gran trabajo, la cresta, nos encontramos á Felicia acompañada de su jóven primo, que nos estaban esperando en la pradera llamada del *Bolo*, á causa de un pelado y enhiesto diente calcáreo que se levanta en ella. Nosotros estábamos chorreantes de sudor.

—Descansad aquí, al sol, nos dijo Felicia; despues nos sentaremos á la sombra del *Bolo*, donde podreis tomar leche que nos hemos proporcionado en el chalet de Zemmi.

—¿Está ahí, por casualidad, el propietario? preguntó Juan.

—No, apenas viene; le tiene muy poco apego al lugar viendo el daño irremediable que le causan las aguas. No hemos encon-

trado más que su pastor. Es un muchacho sin malicia; podreis examinarlo todo á vuestro sabor, sin que tenga ello consecuencias.

Fuimos allí, despues del medio dia, sobre la loma cubierta de césped que domina una postrera cima de roca. El torrente procedía de un ventisquero próximo cuyo pié se unía casi á la cumbre de la montaña relativamente baja, en que nos hallábam. Pude, pues, cerciorarme de que, al menos por algunos años, seguiría aquella fuente de nieve, el curso que últimamente se habia trazado. Ví tambien que la loma que venia nevando, minándola más y más, era bastante rica, y formada casi toda por los compactos restos de una antigua selva. Todo iba, pues, á medida de nuestro deseo.

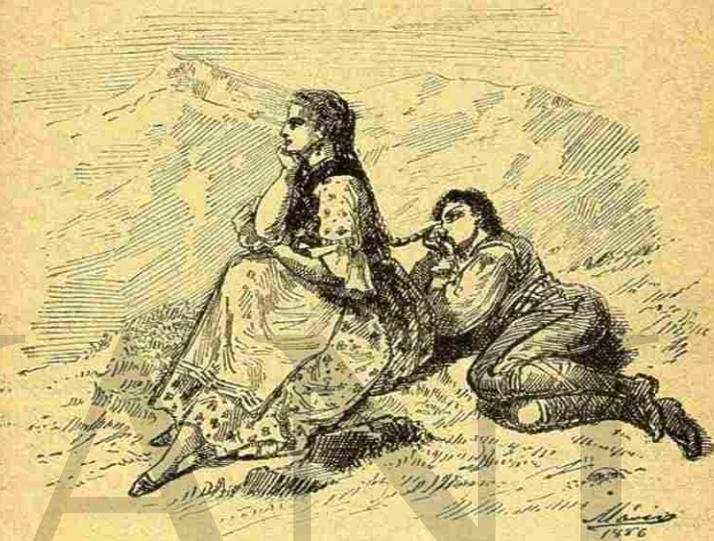
Juan Morgeron, loco de alegría y entusiasmo, se afanaba tanto en caminar y hablar, que llegó á embriagarse bebiendo leche, y tuvo que irse á dormir, fatigado por la lucha, en el chalet de Zemmi.

Más tranquilo yo, pude resistir mejor, y fuíme todavía á dar una vuelta alrededor del *Bolo* donde estaban descansando Felicia y Tonino, bien guarecidos del aire y del sol, en una cavidad abierta, sin duda al objeto, por los pastores.

No se me habia ocurrido por cierto el observarles. La casualidad me hizo sorprender una sencilla escena íntima, que no dejó de llamar mi atencion.

Felicia Morgeron estaba sentada en la yerba, y sus grandes ojos azules parecían llenar el horizonte. Tonino, echado junto á ella, en actitud de dormir, tenia abiertos los ojos contemplándola con cierta expresion extática y alterada al mismo tiempo. Habia tomado en sus manos una de las sueltas tren-

zas de Felicia, y en el momento en que yo pasaba junto á ellos, llevó Tonino sus rojos labios á la negra trenza que conservó en su poder.



Ella no lo habia notado desde luego, pero en cuanto lo advirtió, retiró bruscamente la trenza, señalándole un bofeton que el paró con las manos. Felicia insistió en dárselo en la cara, llamándole imbécil. Me pareció no obstante que aquella severidad no era real del todo, y que una sonrisa mal disimulada aligeraba su simulada indignacion.

En cuanto á él, se reía, sin parecer arrepentido ni ruborizado por haber sido descubierto, procurando detener la mano que le castigaba.

No sé si Felicia vió que yo estaba allí, pero súbitamente pareció incomodada, y mandó al jóven al chalet, á ver si su hermano dormia aún.

TONINO obedeció, y Mlle. Morgeron me llamó después invitándome á descansar.

Dióme entonces las gracias emocionada por haber vuelto á su hermano la energía y las esperanzas, preguntándome si la empresa me parecía realmente buena.

—Si ello hubiera sido lo contrario, no le hubiera yo instigado.

—Pues hubierais faltado, repuso ella; era preciso satisfacerle distrayéndole á cualquier precio.

No tenia yo ganas de empezar de nuevo la discusion de la víspera. Y díjele con firmeza esta vez, que yo no me ocuparia jamás en despojarla de su fortuna; y sin querer le hice entender tal vez, que la encontraba demasiado jóven para renunciar á todas las esperanzas de un porvenir personal.

Adivinó ella mi preocupación, ó interpretó, después de la suya, lo que decia yo.

—¿Creeis que puedo yo pensar en casarme? dijo mirándome fijamente.

—No creo nada; pero sé y veo que teneis treinta años, que sois hermosa, y que podeis y debeis inspirar amor.

—Se puede siempre inspirar amor, repuso Felicia, pero ¿y estimacion?

—Si no teneis otra cosa que echaros en cara, que la desgracia de que me hablastes ayer, que habeis ya expiado ruda y excesivamente me parece, seria una indignidad el reprochársela.

La abnegacion que manifestais por vuestro hermano debe realzaros á los ojos del hombre justo; y en cuanto á mí, si sois tal como os manifestasteis ayer; si es vuestra vida un desprendimiento absoluto, un trabajo incesante para saldar la deuda de vuestro reconocimiento, creo que teneis derecho á la consideracion y al respeto.

—¿Sí?... ¡Sabeis bien lo que decís, sí! Es decir que, si yo tengo algun pensamiento, si lo tuviera, si alimentase la más ligera esperanza de dicha futura para mi persona, no mereceria ya ésta el respeto y la consideracion que me concedeis?

—Toda prueba tiene su término. Vuestra falta,—me sirvo de esta palabra, no pudiendo apreciar un hecho, que se califica así generalmente, y que, en muchos casos, puede ser simplemente una desgracia,—ha traído consecuencias tan graves para vuestro hermano, que hubiera dado una mala opinion de vos, si no la hubieseis reparado con un arrepentimiento serio y una conducta rígida. Ahora, siendo así, ofreceis garantías completas y sólidas á la opinion que pueden y deben satisfacer á un hombre honrado.

—Yo no quiero casarme, repuso ella; ni quiero ser amada ni feliz, porque no debo serlo. Cuanto yo tengo es para mi hermano; un marido no lo entenderia así, y me privaria de sacrificárselo todo; pero quiero saber si soy digna de aprecio como vos habeis dicho. Quiero contaros mi historia con todos ó la mayor parte de sus detalles.—Vete, díjole á Tonino, que volvía diciendo que Juan dormía aún. No le despiertes y vuélvete á casa.

—¿Sin vos, señora?

—Sin mí; tengo que hablar con el señor. ¿No me has entendido? ¡Pues, ya estás despachado!

Tonino hizo algunas manifestaciones de disgusto por tener que irse solo. El chico quería á lo menos llevarse una sonrisa, pero no pudo conseguirlo.

Esta vez me pareció que le consideraba como á un niño, y que lo que yo habia visto ó creído ver antes en los ojos de Felicia, no era trascendental.

Cuando estuvimos solos, contóme ella lo siguiente:

„Mi nacimiento es tan singular como mi vida.

„Soy noble por parte de mi madre. Mi abuelo fué conde, y Tonino es baron. Nuestra familia se encontró reducida á la miseria durante el siglo anterior, á consecuencia de pérdidas en el juego, de mi bisabuelo el conde del Monte. Su hijo Antonio tuvo necesidad, para vivir, de dar lecciones de música bajo el pseudónimo de Tonio Monti. Este casó con una jóven noble y arruinada como él, de la que tuvo muchos hijos, y reducido durante su vejez á la más espantosa necesidad; tocaba el violin por las calles y plazas de los pueblos, acompañado de su hija menor Luisa Monti (mi madre), que era muy guapa y cantaba muy bien.

„Este, mi pobre abuelo, que no tenia vicio alguno más que la falta de orden y prevision, era, sin embargo, un hombre dignísimo y de excelente trato. Le recuerdo perfectamente; veo aún su magnífica cabeza triste y resignada; su luenga barba blanca, su traje anticuado, sus hermosas y cuidadas manos y su violin, cuyo arco tenia incrustada una agata en la que estaba grabado su blason.

„En una de sus escursiones á la Lombardía, atravesó la

frontera, y al volver á Génova, tuvo que detenerse algunos días en Sion, donde habitaba Justo Morgeron, campesino afortunado, que habia llegado á burgués, propietario de diversas granjas, quien vivia acompañado solamente de Juan, su hijo único. Habia perdido á su mujer poco tiempo despues de su matrimonio, y contaba á la sazón unos cuarenta años. Era toda su familia de las más respetables, y él mismo, protestante rígido, llevaba la vida de un hombre grave.

„Pero por grave que se sea, llega un dia en que se siente el acicate de las pasiones. Dió hospitalidad á Tonio Monti y á su hija. El viejo artista ambulante estaba herido en un pié. El burgués caritativo le cuidó y dió asilo por espacio de un mes, al fin del cual, estando verdaderamente prendado de la bella Luisa, se la pidió por esposa.

„Esto produjo un terrible escándalo en la familia Morgeron, así como en el pueblo y la comarca. En vano probó mi abuelo la nobleza de su raza y de su carácter. ¡Era artista! Se le habia visto vagar cojeando, acompañado de su hija y de su violin á las puertas de los ricos; y esto evidenciaba á sus ojos que aquella hermosa jóven no podia ser pura. Se la llamaba bohemia; nadie la saludaba, y todo el mundo volvia la cabeza al verla pasar. Los protestantes la despreciaban otro tanto porque era católica, y los católicos la odiaban porque se habia casado con un protestante.

„Mi padre llegó á encontrarse abandonado por todo el mundo; su orgullo, sufrió por ello tanto, que se volvió medio loco, es decir, infame é inicuo, por la pobre mujer á la cual debia aquella reprobacion general que él no habia querido prever. Devorábale una envidia tétrica, y trataba al anciano Monti con dureza extremada.

„En cuanto á mí, único fruto de aquel matrimonio, no me tenia el menor cariño. Fuí pues educada entre disgustos y

lágrimas. Sin embargo, era sumisa y laboriosa. Aprendía fácilmente todo lo que querían. Mi abuelo Montí, que era instruido, me daba una educación muy superior á mi clase, creyendo hacerme así simpática á mi padre. Este, en vez de lisonjearse por mis progresos, suponía que quería yo suplantar á Juan en su estimación, puesto que Juan carecía de facilidad para aprender, y á pesar de todos los desvelos prodigados en instruirle, permanecía ignorante.

„Yo estaba muy lejos de querer entrar en rivalidades con mi excelente hermano, que ya nos protegía, así á mi abuelo como á mi madre y á mí, contra la tiranía y las injusticias de su padre; pero nos dejó. Juan gustaba mucho de viajar, y aquellos prolongados disgustos domésticos le molestaban.

„Mi madre, viendo que mi presencia era insostenible á mi padre, obtuvo que se me mandase á pasar los veranos en una de nuestras granjas en compañía del abuelo Montí. Estaba yo con él muy contenta y alegre, pero el pobre enfermó y murió al poco tiempo.

„Entonces me encontré sola en el mundo. Mi padre, en lugar de calmarse, se volvía diariamente más exaltado y sombrío. Una devoción insaciablele absorbía. Hubiera querido hacerme abjurar de la religión de mi madre, y esto fué lo único que no pudo obtener de ella jamás. Mi madre me hacía permanecer en el campo, á fin de escapar á la persecución religiosa.

„Esto fué el origen de mi desgracia. Yo tenía quince años, me veía abandonada de una parte, odiada de la otra; y mal guardada, y peor vista por los colonos á los cuales se me había confiado. Sentía necesidad de ser amada y de tener á quien á mi lado que me compadeciera y consolara. Un viajero que andaba por los alrededores del cortijo, me hizo entender que

me adoraría, que yo sería su mujer y que me arrancaría de aquella triste vida. Esta persuasión trocóse luego en seducción, que terminó en infamia. El forastero me abandonó.

„Ya sabéis lo demás, pero nada os he dicho de Tonino, y es necesario que os hable de él.

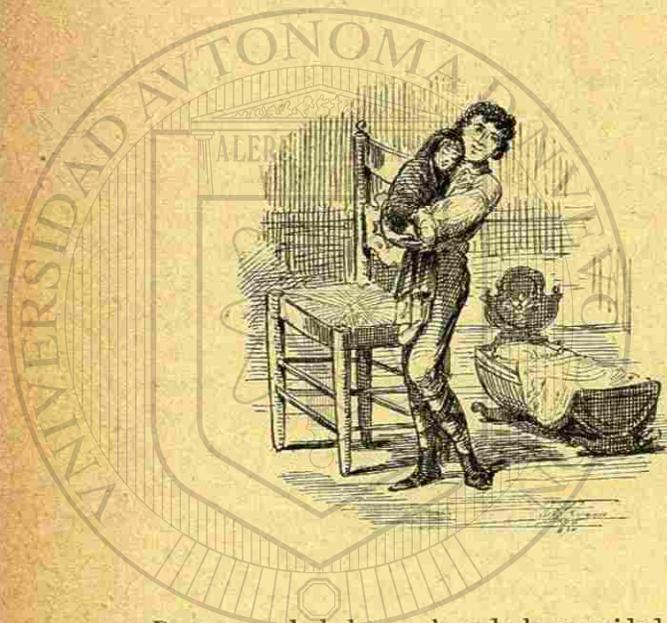
„Cuando me refugié en Lugano, donde mi abuelo me había dicho tener un hijo casado y establecido, encontré á éste reducido á la mayor miseria. Mi tío, el mismo que debía haber heredado el título de conde, era tejedor. Cargado de una familia numerosísima, ganaba apenas lo bastante á evitar que se muriesen de hambre. Me acogió sin embargo con singular bondad, y su esposa, que hacía de lavandera, me empleó como ayudanta. ¡Qué oficio para una joven débil, extenuada de fatiga y privaciones, debiendo alimentar á sus pechos una criatura!

„Se me hizo pasar por viuda; y Tonino, el mayor de los hijos de mi tío—tenía entonces nueve años—se encariñó conmigo ardientemente. Convirtiéndose por voluntad propia, en *nñera* de mi pequeñuela. Todo el día la llevaba en brazos, la mecía ó la hacía reír mientras yo trabajaba. De rodillas sobre la paja húmeda y los brazos metidos en el agua, estaba yo viendo todo el día junto á mí á aquellas dos criaturas jugando al sol, para las cuales sólo pedía á Dios que me dejara conservar la una y recompensar á la otra.

„Cuando la mayor de mis desdichas, la de perder á mi hija, me anonadó, fué Tonino mi *enfermera*. Lloraba en silencio junto á mi lecho, y me daba las bebidas sosteniendo mi desvanecida cabeza con sus pequeñas manos. Así fué que, cuando vino mi hermano á buscarme, le pedí que me permitiera llevar á Tonino conmigo y él consintió. Le he educado como hijo mío y como hijo le quiero. ¿Creéis que he hecho mal?„

La señorita Morgeron interrumpió su relato esperando mi respuesta.

—Creo que hiciste bien, le dije; ¿por qué me haceis esta pregunta?



—Porque puede haberos chocado la severidad con que me veis tratar á este pobre muchacho. Es preciso, como tambien podeis haber visto; es demasiado expansivo, tiene el defecto de su naturaleza, es cariñoso como un perro. Sigue siendo tan niño, que hay necesidad de recordarle á cada instante que es ya hombre. Es muy italiano, es decir, muy aficionado á esta tierra. Debo enseñarle á tomar el tono y maneras del justo medio en que debe vivir. Es preciso que haga de él un hombre arreglado, un labrador inteligente, á fin de que pueda sostener á su familia, sobre la cual, entre tanto, velo yo. El día no está lejos; mi hermano le ha asociado, en cierta proporcion, á

los productos de nuestros trabajos. Yo le voy haciendo un fondo, hace diez años, y pronto tendrá con que llamar á sus padres, despues de lo cual podrá casarse como Dios manda.

—Ahora, hablemos solamente de mí. Desde hace trece años que vivo aquí; puede decirse que he vivido sola; no he mirado jamás si eran los hombres jóvenes ó viejos, grandes ó pequeños, altos ó bajos, rubios ó morenos. No he amado, ni deseado amar, ni sentido la falta del amor. No he pensado más que en mi deber; es decir, en la felicidad de mi hermano y en el porvenir de Tonino. Y regaño al uno y contrario al otro. La desdicha me ha hecho ser amarga y tal vez dura con los demás, como he venido siéndolo conmigo misma. Si no sé ser amable, no es culpa mia; pero comprendo perfectamente mi deber y me consagré á él.

„Decidme ahora, si álguien puede estimarme.“

—Sí, y respetaros, respondíle. Ya veis como no me equivoco

—¿Pero habeis dudado, sin embargo?

—No; pero, si así fuese, nada significaría. Ya no dudo.

—¿Y creéis que podrá amárseme siempre? Porque yo no sé que nadie ame á quien no se ama á sí mismo, y que por consiguiente, no sepa encontrar la manera de agradar.

—Esto ya es otra cosa, le dije yo; no puedo responder; tengo cincuenta años, pero Tonino tiene veinte y uno, y, penseis lo que querais de él, sentirá, tal vez á no tardar, por vos un sentimiento más vivo y más trascendental para sí, que el amor filial.

—¡No digais esto, M. Sylvestre! ¡No es del caso, ni que lo penseis! Tonino no pasa, por la reflexion, de los quince años; y en cuanto á la moral, tengo edad suficiente para ser su madre.

—Pero no sois en realidad más que su prima, y no teneis

más que ocho ó nueve años sobre los suyos. Si él os amase, no veo el porqué no pudierais casaros; ninguna ley se opone á ello.

—Pero me seria imposible amarle con semejaute amor, y encontraria, cuando menos ridículo, el escoger para *señor mio* á este muchacho á quien he mandado y regañado tantas veces. Esto no podrá entrar jamás en mi cabeza; desechad pues semejaute suposicion, M. Sylvestre, porque me affige y mortifica. A Dios gracias, Tonino ignora todavía lo que es amor.

—Entonces no hablemos más, y perdonadme un rasgo de franqueza, indiscreto tal vez; pero soy viejo, y creo poder hablaros de estas cosas delicadas como pueda un padre hablarle á su hija. Para tranquilidad y satisfaccion de ese buen Tonino, me alegro mucho de haberme equivocado. A vos os toca pues velar sobre este muchacho, cuidando de dar el alimento necesario á sus pasiones cuando las veais aparecer.

Juan Morgeron vino á juntársenos, y ya no se habló de otra cosa que de la pradera y el torrente.

IX

DURANTE quince dias no nos ocupamos de otra cosa. Era necesario explorar el lecho del torrente queriendo, como yo queria, preverlo todo, por lo que pasé otras distintas veces á la pradera del Bolo para sondearla en todos sentidos asegurándome de la profundidad del suelo. El agua debia, de fijo, arrastrar restos de roca en acabando de arramblar la tierra; era por lo tanto preciso pensar en el porvenir y evitar que viniesen los pedruscos á cubrir la tierra en un momento dado.

Despues de muchas reflexiones y observaciones, acerté á dar con un medio sencillo y económico; pero no es la historia del torrente lo que me habeis pedido, y debo por lo tanto haceros gracia de los detalles. Pero sí debia decir todo lo que he contado para haceros saber de qué manera se encontró enlazada mi existencia á la de los Morgeron, é igualmente cómo supe desde luego los secretos resortes de su destino y el carácter de la persona menos expansiva del mundo: Felicia Morgeron.

más que ocho ó nueve años sobre los suyos. Si él os amase, no veo el porqué no pudierais casaros; ninguna ley se opone á ello.

—Pero me seria imposible amarle con semejaute amor, y encontraria, cuando menos ridículo, el escoger para *señor mio* á este muchacho á quien he mandado y regañado tantas veces. Esto no podrá entrar jamás en mi cabeza; desechad pues semejaute suposicion, M. Sylvestre, porque me affige y mortifica. A Dios gracias, Tonino ignora todavía lo que es amor.

—Entonces no hablemos más, y perdonadme un rasgo de franqueza, indiscreto tal vez; pero soy viejo, y creo poder hablaros de estas cosas delicadas como pueda un padre hablarle á su hija. Para tranquilidad y satisfaccion de ese buen Tonino, me alegro mucho de haberme equivocado. A vos os toca pues velar sobre este muchacho, cuidando de dar el alimento necesario á sus pasiones cuando las veais aparecer.

Juan Morgeron vino á juntársenos, y ya no se habló de otra cosa que de la pradera y el torrente.

IX

DURANTE quince dias no nos ocupamos de otra cosa. Era necesario explorar el lecho del torrente queriendo, como yo queria, preverlo todo, por lo que pasé otras distintas veces á la pradera del Bolo para sondearla en todos sentidos asegurándome de la profundidad del suelo. El agua debia, de fijo, arrastrar restos de roca en acabando de arramblar la tierra; era por lo tanto preciso pensar en el porvenir y evitar que viniesen los pedruscos á cubrir la tierra en un momento dado.

Despues de muchas reflexiones y observaciones, acerté á dar con un medio sencillo y económico; pero no es la historia del torrente lo que me habeis pedido, y debo por lo tanto haceros gracia de los detalles. Pero sí debia decir todo lo que he contado para haceros saber de qué manera se encontró enlazada mi existencia á la de los Morgeron, é igualmente cómo supe desde luego los secretos resortes de su destino y el carácter de la persona menos expansiva del mundo: Felicia Morgeron.

En cuanto á éste, llegué á conocerle mejor de lo que he indicado, cuando hube fundado bien mis cálculos y adquirido la certeza de ellos, fué preciso ocuparse de la compra del terreno del Bolo. Juan esperaba esta decision con febril impaciencia. Quería correr á casa Zemmi desde luego; Felicia se lo impidió.

—Os hariais robar, dijo ella; dejad que yo arregle el negocio. Y salió inmediatamente para el pueblo donde vivía Zemmi.

Regresó al anochecer de aquel mismo. Todo estaba arreglado; habíase adquirido la pradera por un precio ínfimo. Juan estaba demasiado apasionado para pararse en escrúpulos de monja, y daba gracias y prodigaba elogios á su hermana, completamente enajenado. Yo no tenía la conciencia tranquila del todo. Zemmi era un labrador muy pobre, así es que hubiera preferido que se le asociara, de un modo ó de otro, á nuestros futuros beneficios; pero como el negocio no me pertenecía lo bastante, no me atreví á decir nada.

—Vos meditais, me dijo Tonino al dia siguiente con su familiaridad infantil y cariñosa. ¿Qué os preocupa?

—El pobre Zemmi, le dije. Siento que no pueda participar en algo.....

—¡Chiton! exclamó Tonino; hablemos bajo, porque mi prima anda siempre pisándome los talones, y tiene muy fino el oído. No se encolerizaría poco, si os dijera lo que ha hecho.

—Entonces no me lo digas.

—Quiero decíroslo á pesar de su prohibicion. Quiero que sepais cuánto es ella generosa y equitativa. ¡Es preciso que la ameis como la amo yo! Sabed pues, que ha pagado la pradera á un precio elevadísimo y sin regatear. Zemmi ha quedado tan

sorprendido como locamente satisfecho; pero el ama no quiere que su hermano lo sepa, puesto que paga toda la diferencia. ¡Ahí teneis quién es ella! Y sin embargo, sabeis tambien que regaña diariamente al amo por sus ligerezas. Le dice que se deja engañar siempre; y cuando ella se mete en un negocio lo paga doble que él, tanta es su generosidad. Solamente que, dice ella: "A mí no se me engaña cuando yo quiero.....", Guardadme el secreto, sobre todo, M. Sylvestre; si llegara á saber que le he hecho traicion, me sacudiría de veras.

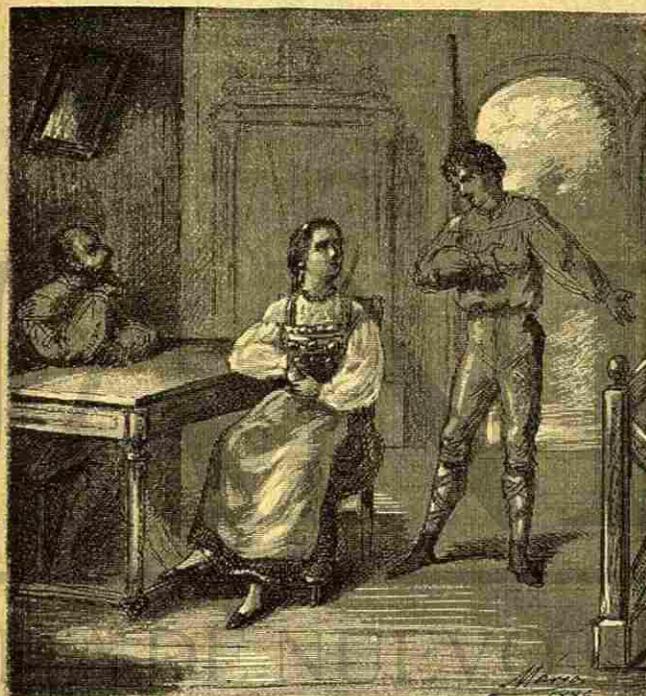
Entonces pregunté á Tonino si temía *de veras* á su prima.

—No para mí solamente, respondió con natural sencillez. Cuando me sacude, tiene muy ligera la mano; pero en cuanto me ha sacudido, se disgusta mucho, y llora á escondidas. Por esto, es decir, para no disgustarla, para que no se ponga mala, es por lo que me hago el prudente como una señorita y el escorredizo como una anguila.

ESTÁBAMOS ya á mediados de julio y por lo tanto podíamos empezar ya los trabajos, así es que comenzamos á tomar jornaleros. Juan salió para alistar algunos más y hacer que se trajeran los árboles cortados en el Simplon. Era preciso prevenirse para que no nos sorprendiera el invierno en medio de las obras de encauzamiento. No quedaba ya más tiempo para reflexionar; debía permanecer durante un tiempo indeterminado en la *Diablalette*; era éste el significativo nombre de la propiedad de mis huéspedes, de aquel oasis lanzado en medio de los horrores de la montaña.

Durante las ausencias de Juan, yo vigilaba la obra y trabajaba también, al mismo tiempo que dirigía á mis operarios. El trabajo corporal, á más de ser saludable, le hace á uno justo y sufrido á los ojos de aquellos á quienes manda. Así se da uno cuenta por sí mismo de lo que se puede exigir de su energía sin abusar jamás. El lugar en donde trabajábamos estaba situado en el fondo de una estrecha y rápida garganta, donde se hacía de noche muy temprano.

Comia á eso de las siete, acompañado de Felicia y Tonino, y para emplear el resto de la velada me entretenía dando lecciones de geología práctica al joven baron. Este poseía una organización especial; inteligente hasta lo maravilloso por



todo lo que hablase á los sentidos; obtuso é inaccesible á lo ideal. Sin embargo, tenía voluntad para ello. Su atención y docilidad eran perfectas; y si nada exacto le enseñaba, abría, al menos un poco, su espíritu al raciocinio. Jamás encontré un

carácter más simpático ni más afectuoso. Llegué á tenerle verdadera amistad, entregándome á ella hasta desvirtuarle; Felicia me lo echaba en cara; pero en realidad, con todo y tratarle rudamente, ella le desvirtuaba aun más, y á pesar de su pretension de no amar sino á su hermano, vi entonces bien claro que ella amaba á Tonino, al menos otro tanto.

Semejante afeccion me parecia legítima y santa. Y viendo cuán añorado era Tonino y atraído por afecciones cándidas, llegué á olvidarme por completo y á reprocharme casi las suposiciones que habia yo concebido acerca de su intimidad con Felicia. Era Tonino igualmente cariñoso conmigo que con ella, y cuando yo me incomodaba al darle leccion, venia á besarme las manos á pesar mio. Yo perdía el tiempo diciéndole que aquello no era conveniente; á lo que respondia: que *aquello* se hacia en Italia; y al acompañarme á mi cuarto, besaba mi sombrero y mi libro antes de entregármelos.

Felicia atareada siempre en cuidados y atenciones, aparecia ordinariamente seria y fria, así para conmigo como para con él. Yo deseaba mucho saber el secreto de su existencia, la causa de su ceño, y de su amarga sonrisa, admirándome cada día más, como un problema del que ignorase la solucion. ¿Todo aquello no era anormal en su destino? Aquella jóven, de raza de artistas y de sangre noble, mezclada con sangre rústica, nacida y educada en un centro opuesto á sus instintos, destrozada, aunque niña, por la vergüenza, la miseria y el dolor, transplantada despues á la vida campestre y trocada en labradora activa y económica, con sus sentimientos de generosidad caballeresca y una naturaleza delicada, todo lo cual no podia asimilarse, formaba un conjunto indescifrable para mí, como tambien probablemente para ella misma. Cuantos la rodeaban, criados infelices, se preocupaban muy poco del enigma. La costumbre

les hacia aceptarlo como una fuerza de la que no pensaban en buscar la causa ni el objeto. Las gentes sencillas no buscan generalmente el origen de los sucesos.

Juan, á pesar de su espíritu activo é ingenioso, era un verdadero aldeano; Tonino hubiera podido analizar mejor, pero se contentaba amando.

En cuanto á mí, que no sentia la menor atraccion particular hácia aquel carácter *desclasificado é incalificable*, entreteníame en examinarlo cuando no tenia otra cosa que hacer, presintiendo en él una especie de puerto seguro ó peligroso. Cuando brillaba en ella un rayo de alegría, un momento de descuido, era segurísimo que seria tanto ó más sombría ó reservada despues, y, cuando se manifestaba irritada ó exigente, era tambien seguro que iba á prodigar sus atenciones y cuidados, para reparar su injusticia, sin hacer que la reconocia ni manifestar arrepentimiento. Habia siempre en ella cuerdas rotas ó flojas; el instrumento escogido por ella misma no podia afinarse. Su desgarrador sonido me apenaba. No obstante, surgia de él alguna nota pura, que producía una deliciosa impresion. Sentia yo cierta necesidad de compadecerla, pero ella no toleraba amistades, ni, por otra parte, parecia comprender este afecto. Su apego á los suyos tenia el carácter de un deber apasionado, pero nunca tierno.

Era buena, sin embargo, bonísima por decirlo mejor, equitativa y maternal como encarnacion previsorá de las necesidades ajenas, adivinándolas é inquietándose hasta alcanzar el cambio de la pena en bienandanza, incomodándose siempre que álguien le escondia un pesar, é incomodándose más aun, cuando se le daban las gracias por haberlo evitado.

Tenia mucha comprensión, y bastante ingenio, nociones generales y vagas de muchas cosas; ninguna instrucción sólida, ninguna idea filosófica, ni ninguna creencia.

Amaba lo bueno, lo justo y lo bello, sin saber apreciarlo mucho ni conocerlo del todo, sino de oídas, por la sorpresa reveladora de un instinto delicado. Parecía carecer, como Tonino, de la facultad razonadora. Las amonestaciones que dirigía á éste, estaban llenas de gracia, sin que ella supiese decirle jamás el porqué; y si por casualidad se lo preguntaba el chico alguna vez, le respondía:

“Solamente los necios y los haraganes llevan *el porqué* en boca.” Como Tonino tampoco tenía arraigado *el porqué* en su espíritu, se contentaba con semejante respuesta.

Poseía, sin embargo, dos cosas hasta la perfección: la lengua italiana y la música. Hablaba con gran facilidad é incorrectamente el francés y el alemán; pero la lengua de su abuelo se conservaba pura y llena de elegancia en su memoria; hablando el italiano no me hubiera cansado de oírla jamás. La música nos la enseñaba admirablemente á Tonino y á mí; porque á pesar de mis cincuenta años, tenía yo afición á aprender, y había deplorado toda mi vida el no pasar de simple aficionado y no haber tenido tiempo ú ocasión, de conocer la parte científica de este divino arte.

Tonino tocaba con bastante soltura y gracia el violín, sin haber tenido nunca otro profesor que su prima. Tuve yo curiosidad de saber si ella se lo había enseñado por pura teoría ó si conocía el instrumento; pero se me alcanzaba perfectamente que si se lo preguntaba me había de contestar con rudeza que ella no entendía de nada.

Cierto día en que ensayaba Tonino un motivo de Weber desnaturalizándolo con esa pasmosa facilidad italiana, amos-

éose ella, y arrebatándole el violín, con indecible gracia tocó como un maestro consumado. No supe yo abstenerme de aplau-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dir, y entonces tiró ella el instrumento como disgustada, y encogiéndose de hombros; pero habiendo ido Tonino por otro violín, se le acercó presentándosele con aire suplicante.

—¿Por qué te has permitido tocar este? le dijo.

Era efectivamente una reliquia; era nada menos que el violín de Crémone, del abuelo, con su arco blasonado. No pudo sin embargo resistir al deseo de afinarlo y tocar: durante una hora larga estuvo arrebatándonos. No sabía, indudablemente, introducir variaciones, ni buscar dificultades, pero poseía el arte despejado y puro de los músicos de buena ley. La natu-

ralidad de sus movimientos y la majestuosa sencillez de su actitud, correspondían noblemente á la verdadera y sana intuición musical. Parecía crecerse teniendo el violín en sus manos; su correcto perfil se iluminaba con cierta llama interior, apareciendo rodeado de una aureola misteriosa. Cuando estaba en lo más sublime de su inspiración y como en contacto con el espíritu de los grandes maestros, interrumpióse de súbito, y devolviendo el violín á Tonino:

—Guarda esto, le dijo: tengo que ir á la lechería, y no puedo perder el tiempo en distracciones.

Y se fué corriendo á ver sus vacas, volviendo á tomar instantáneamente el aire atareado y solícito de la prosaica mujer de gobierno.

XI

SEMEJANTES contrastes seguían alimentando mi perplejidad. Y preguntábame yo si aquella existencia llena todavía de calor y vida, había terminado realmente; si ella me había dicho la verdad al asegurarme no haber amado á nadie más después de la catástrofe de su juventud, y si en el caso de presentársele ocasión de amar noble y legítimamente, carecería de la fe y entusiasmo suficientes para asirla.

Me preguntareis tal vez por qué me hacía yo semejantes ratiocinios: puedo aseguráros con verdadera sinceridad, que me guiaba un interés puramente filosófico. Tampoco podía, por otra parte, preocuparme muy asiduamente; tenía demasiado trabajo sobre mis hombros y muchísimos cálculos materiales en mi espíritu para filosofar ó soñar largamente. Solamente podía ocuparme algo en ello, cuando el mal tiempo interrumpía nuestros trabajos. Debía limitarme á hacer continuadas observaciones sobre la fuerza de las avenidas, ó los caprichos de la corriente y sobre las devastaciones que el Brame, este era el nombre de nuestro torrente, producía aun

en perjuicio nuestro en los terrenos del Bolo. No estaba yo menos despechado que Juan; pensaba en la posibilidad de volar otras rocas á fin de descubrir el abismo de cieno fertilizable que nos guardaba el torrente en el fondo de sus abismos.

Como, en resumen, todo iba á pedir de boca, y como hácia el mes de Enero nuestro dique ligeramente comenzado prometía tener feliz término, llevábamos una vida tranquila y casi alegre. Juan que no podía estarse quieto, iba y venia para atender á todo, de Sion á Martigny y de Brieg á Diablerette. Veíamosle frecuentemente pasando á veces semanas enteras á nuestro lado. Felicia me felicitaba por ello, porque, parece ser que durante los inviernos anteriores no se le había apenas visto.

Nuestras veladas eran largas y entretenidas; jamás había estado Juan de tan buen humor. Estaba natural y francamente alegre siempre que no tenia la cabeza demasiado llena de cuidados. Entonces lo veía todo de color de rosa, y se divertía en mortificar á Tonino, puesto que sus chanzas eran siempre dardos lanzados al objetivo de sus esperanzas.

—¿Sabes, le decía, que cuando nuestra isla produzca lo que nos prometemos, voy á comprar tu título de baron? Quiero ser el baron de *Nueva Isla*. ¿Para qué quieres tú ser baron, tú que no estás enamorado más que de tu violín y tus animalitos? Tú no puedes ser jamás un hombre vigoroso, y por lo tanto no podrás pasar nunca de pastor de la Arcadia.

—¡Que no soy fuerte! exclamaba Tonino; sé trabajar la tierra como el primero. Esperad á que tenga, como vos, estas barbas hasta los ojos, y ¡ya vereis si puedo ó no empujar un arado!

—Creo que el arado surcará nuestra montaña de guijarros

y que el trigo nacerá en ella, mucho antes de que nazcan las barbas en tus carrillos; pero lo que jamás nacerá en tu cabeza, es el ingenio indispensable á un agricultor.

Entonces venia la discusion; porque, á pesar de la resolucion por la cual Felicia y Tonino secundaban las aficiones de Juan, pertenecian ambos á distinta escuela, y no dejaba él de tener razon al decir que eran de raza de pastores. Si ellos hubieran tenido libertad de accion, de seguro hubieran dado al diablo, es decir, al desastre de las inundaciones, la parte baja de Diablerette, y no hubieran pensado más que en estender su dominio en las alturas donde alimentar bien sus rebaños. Había en ello, en realidad, como procurarse buenos rendimientos sin aventurar nada.

Juan amaba el riesgo. Felicia al contrario; sin embargo esta jóven, de carácter tan opuesto, le ayudaba é impulsaba á satisfacer su pasion por las aventuras, encontrándose á mí demasiado prudente, y no obstante, nada en el mundo podia contenerla de luchar con la palabra diciendo á su idolatrado y adulado hermano que estaba loco.

Pero sus discusiones no degeneraban nunca en disputa. Mi presencia servia para poner de acuerdo las partes, obligándolas á hacerse mútuas concesiones hasta los límites donde llegaba la razon de cada cual. Tonino se allanaba como yo. Felicia volvía sobre sí, no diré por su mal humor, porque no lo tenia jamás, pero porque no sabia abstenerse de comentar y chancearse, dada su aficion á llevar la contraria.

Directamente conmigo, parecía neutral ó cortada, y esta diferencia se traducia en preguntas cuyas respuestas escuchaba con atencion. Yo intentaba entonces darle nociones de la vida colectiva que su característica individualidad aceptaba difícilmente. Yo escusaba, embellecía y aun poetizaba a ardiente manía de su hermano al hablar de la solidaridad que reina entre los hombres y del progreso general con que cada uno

debe contribuir al bien comun. Esta fruslería á la que Juan llamaba gloria, procuraba yo trocirla en gloria verdadera y natural. Así es que Juan, que poseía una vanidad harto noble, se embriagaba por las idealizaciones que yo presentaba.

Tonino escuchaba todo lo que se decía con sus grandes y hermosos ojos admirados y vueltos hácia Felicia para saber lo que debía opinar sobre mis teorías. Felicia no podía decírselo puesto que estaba más admirada que él, y, despues de mis vanos discursos, decía ella:

—Todo esto cae sobre mí. Los hombres no me han hecho sino daño, no puedo por lo tanto bendecirles ni amarles, y no siento la menor necesidad de servirles. Que digan lo que quieran, les daré mi vida: y no me la agradecerán. Yo no creo que haya nadie que sirva al progreso de buena fe. Es este un gran nombre inventado para cubrir ambiciones personales y hacer pasar un vicio por virtud.... Sin embargo, no os incomodeis contra mí, M. Sylvestre; ¡estoy segura de vuestra sinceridad! de que creéis lo que decís, de que teneis un gran corazón, que teneis necesidad de amar, y que tal vez no habeis encontrado nadie que fuese digno de vuestra amistad: y por esto habeis resuelto amar á todo el mundo. ¡Ojalá fuera yo como vos! esto me haría olvidar de que todo el mundo es injusto y malvado; pero yo no puedo perder la memoria, y por esto me adhiero á quienes debo y les amo por egoísmo, olvidando por ellos todo lo que de mí resta: esta es mi manera de amar. Ya sé yo que no vale ello para nada; pero haríais un gran milagro si lograis cambiarme.

XII

Los aguaceros en el mes de Febrero, fueron terribles; arrastraron las aguas una montaña de piedras en la parte alta sobre nuestra isla; pero nuestra barrera no cedió, y los guijarros se vieron precisados á deslizarse contra ella sin penetrar en nuestro cercado.

Lleno de alegría, me dijo Juan:

—¿Sabeis, M. Sylvestre, que es ya hora de arreglar nuestros negocios? Vais á decirme qué parte quereis en mis beneficios; y como no es del caso que espereis, estoy dispuesto á adelantáros lo que querais.

—Partireis, le dije, vuestros beneficios en cuatro partes: las dos principales para vuestra hermana y para vos, y las dos restantes para Tonino y para mí. Arreglad esto en el tiempo y forma que mejor os parezca y no me adelanteis nada. Pagadme solamente mis jornales, como venís haciéndolo desde que trabajamos.

—Se me hace un tanto cuesta arriba, eso de pagarle jornales á un hombre de vuestras condiciones, como si se tratara de un simple bracero, y de que no tengais á la vista algo en que fundar la menor esperanza.

debe contribuir al bien comun. Esta fruslería á la que Juan llamaba gloria, procuraba yo trocirla en gloria verdadera y natural. Así es que Juan, que poseía una vanidad harto noble, se embriagaba por las idealizaciones que yo presentaba.

Tonino escuchaba todo lo que se decía con sus grandes y hermosos ojos admirados y vueltos hácia Felicia para saber lo que debía opinar sobre mis teorías. Felicia no podía decírselo puesto que estaba más admirada que él, y, despues de mis vanos discursos, decía ella:

—Todo esto cae sobre mí. Los hombres no me han hecho sino daño, no puedo por lo tanto bendecirles ni amarles, y no siento la menor necesidad de servirles. Que digan lo que quieran, les daré mi vida: y no me la agradecerán. Yo no creo que haya nadie que sirva al progreso de buena fe. Es este un gran nombre inventado para cubrir ambiciones personales y hacer pasar un vicio por virtud.... Sin embargo, no os incomodeis contra mí, M. Sylvestre; ¡estoy segura de vuestra sinceridad! de que creéis lo que decís, de que teneis un gran corazon, que teneis necesidad de amar, y que tal vez no habeis encontrado nadie que fuese digno de vuestra amistad: y por esto habeis resuelto amar á todo el mundo. ¡Ojalá fuera yo como vos! esto me haría olvidar de que todo el mundo es injusto y malvado; pero yo no puedo perder la memoria, y por esto me adhiero á quienes debo y les amo por egoísmo, olvidando por ellos todo lo que de mí resta: esta es mi manera de amar. Ya sé yo que no vale ello para nada; pero haríais un gran milagro si lograis cambiarme.

XII

Los aguaceros en el mes de Febrero, fueron terribles; arrastraron las aguas una montaña de piedras en la parte alta sobre nuestra isla; pero nuestra barrera no cedió, y los guijarros se vieron precisados á deslizarse contra ella sin penetrar en nuestro cercado.

Lleno de alegría, me dijo Juan:

—¿Sabeis, M. Sylvestre, que es ya hora de arreglar nuestros negocios? Vais á decirme qué parte quereis en mis beneficios; y como no es del caso que espereis, estoy dispuesto á adelantáros lo que querais.

—Partireis, le dije, vuestros beneficios en cuatro partes: las dos principales para vuestra hermana y para vos, y las dos restantes para Tonino y para mí. Arreglad esto en el tiempo y forma que mejor os parezca y no me adelanteis nada. Pagadme solamente mis jornales, como venís haciéndolo desde que trabajamos.

—Se me hace un tanto cuesta arriba, eso de pagarle jornales á un hombre de vuestras condiciones, como si se tratara de un simple bracero, y de que no tengais á la vista algo en que fundar la menor esperanza.

—La verdad es que resulta vergonzoso para vos, Juan, dijo Felicia que nos estaba oyendo. Yo misma me sonrojo, y si me atrevo.....

—No tengo ni me hago ilusiones, repuse yo, y vos prevenís todas mis necesidades. Vivo como un príncipe en su palacio; buena cara, buena casa, buen fuego, y limpieza exagerada. Tengo con que arroparme bien en invierno, bien cuidada y conservada mi ropa interior. Creo que si sacáramos cuentas sería yo quien saldría debiendo. Dejemos pues la cuestion de dinero, que á nada bueno conduce jamás y que me desagrada.

No se habló más de ello; y al llegar la primavera, reemprendimos los trabajos con nuevo ardor.

Habiendo ya dejado trabajo largo á Juan y á su brigada de obreros, subíme yo al *Bolo* y me instalé en el chalet abandonado de Zemmi, que habia resistido perfectamente las injurias del invierno. Tonino por su parte me ayudó á asegurarlo del todo. Felicia quiso traer por sí misma todo lo que pudiese hacerlo más soportable, y yo me alojé en él por unos quince dias al objeto de observar el deshielo de las nieves y la formacion del Brame, detenido todavía en aquella época del año bajo los hielos, y estudiar los medios de darle la direccion necesaria á nuestra pradera.

Es sabido que los chalets de la montaña, los verdaderos chalets, porque se da impropriamente este nombre á las ricas casas de madera de los valles, son verdaderas chozas de pastores ingeniosamente construidas sobre un plan bastante exíguo, al objeto de dar el menor pasto posible al paso de los huracanes. No hay más que el sitio indispensable para dormir bajo techo y sin ahogarse. Pero el chalet de Zemmi, que con-

serva aún el nombre de su antiguo propietario, se componía de dos cuerpos de edificio, estando el más espacioso destinado á cobijar las cabras jóvenes. De éste hice yo mi oficina, poniendo un cristal al tragaluz, pertrechándome de dos sillas, y de una mesa rústica, destinando uno de sus rincones á tocador.

Cada dos dias recibia mis provisiones de boca; estaba allí como un sibarita.

Hacia ya tiempo que deseaba tener un claro vacante para pasar enteramente solo algunos dias, lo cual ha sido siempre en mí una especie de manía, ó tal vez una necesidad de mi carácter. Cuando estoy entre mis semejantes, mi imaginacion se ocupa de ellos exclusivamente, así sea para ayudarles á vivir, como para averiguar el por qué viven mal, olvidándome en absoluto de vivir por mi cuenta. Cuando advierto que he hecho por ellos todo lo que me ha sido posible y que ya no les soy necesario, ó lo que es más frecuente, que ya no les sirvo para nada, siento la necesidad de vivir con este yo interior que se identifica con la naturaleza y con el sueño de la vida eternal en lo infinito. La naturaleza, lo sé bien, habla dentro del hombre más que dentro los árboles y las rocas; pero habla como una loca, delirando con mayor frecuencia que raciocinando, porque está llena de ilusiones ó de mentiras. Los mismos animales salvajes se ven acosados por la necesidad que nos impide saber lo que piensan y si sus desconocidas manifestaciones son tal vez erróneas. Desde que sienten necesidades y pasiones, deben satisfacerlas á toda costa, y toda la lógica de su instinto de conservacion, debe ceder á la lógica salvaje del hombre y el amor. ¿Dónde pues encontrar, ó dónde sorprender la voz de la verdad absoluta en la naturaleza? ¡Ay! en el silencio de las cosas inertes; en el mutismo de lo que no miente; en el impasible semblante de los peñascos

en que bebe el sol, en la frente sin sombras de la nevera que refleja la luna, la triste altura de los lugares inaccesibles ejerciendo en nosotros una severidad inexplicable. Nos sentimos allí como suspendidos entre el cielo y la tierra, en una region de ideas donde no puede encontrarse más que Dios ó la nada, y, si es la nada, sentimos naturalmente que nada somos, y que ni aún existimos, porque nada no puede pasar de su razon de ser.

El misterio resulta impenetrable cuando se le quiere someter á los cálculos de la experiencia. Asimismo se escapa á aquellos de la más razonadora lógica; pero Dios se prueba precisamente en la falta de pruebas á nuestro alcance. No sería nada superior á nosotros, si cupiera en el criterio de nuestras demostraciones. Las nociones que tenemos de su existencia en una esfera, en la que no entramos sino á condicion de sentirnos superiores á nosotros mismos, donde la fe es una intrepidez del corazon, una sobreescitacion del espíritu ó una hipótesis del génio; este ideal del sentimiento, y donde todo razonamiento se encierra en dos palabras: Dios es, porque le siento.

Extraviábame yo en estas contemplaciones de una sencillez tan extremada como deliciosa, cuando vinieron á llamarme á la tierra ciertas emociones tan extrañas como inesperadas.

XIII

CUARTA mañana, llegué á creérmelo el más feliz de los hombres, puesto que habia olvidado mis penas y me encontraba completamente solo y libre. La vasta pradera del *Bolo* empezaba á brillar entre las doradas irradiaciones de los primeros besos de la aurora. Aquel lugar que parecia á propósito para ser considerado mortalmente triste á unos ojos distraídos, parecíame admirable del todo. Ni un árbol, ni una breña, interrumpia la solemne uniformidad de sus tintas verdes, ni disminuian la gracia de sus curvas atrevidas ó suaves. Los picos cercanos más elevados, limitaban el horizonte con sus atrevidas cresterías de espléndidas nieves. Las alondras cantaban sobre mí, no sé donde, en alguna region que sería un zénit para los habitantes del llano y un nadir para mí. El ventisquero que se interponia aún, entre el sol y la parte baja de la pradera, aparecia como coronado de rosas en la cumbre y guarnecido de esmeraldas en su base. La atmósfera estaba despejada y límpida, ni aún el más ligero soplo de la brisa rizaba el dócil verdor de la rociada yerba. Toda aquella calma habia penetrado en mi espíritu; nada pensaba; vivía,

por así decirlo, una vida latente, como las masas de hielo y de granito que me rodeaban...

La aparición de Felicia en aquella hora matinal, y en medio de aquella solemnidad de la aurora, me sorprendió como un



acontecimiento de imposible prevision. ¡Y, sin embargo, nada más natural! Admiróse ella, más fundadamente, de mi admiración.

—No he dormido en toda la noche, me dijo; sentia un gran

dolor de cabeza; he querido dar un paseo, y, al objeto de estar de vuelta para servir el almuerzo á mi hermano, he salido cuando alumbraba aún la luz de la luna. Me he traído este cesto, porque Tonino se olvida siempre mil cosas necesarias. He venido á buen paso, porque se sentia aún bastante frio á la salida. Ahora siento calor; descansaré un momento y me volveré luego. No os incomodeis por mí.

Dándole gracias por su galantería, intenté decirle que no me incomodaba, puesto que me habia sorprendido sin hacer nada.

—Sí haciais, dijo ella; ¡pensabais! Y es una dicha para vos el pensar, ya lo sé. No teneis necesidad de otras personas para ser feliz. La dicha agena es una de vuestras ocupaciones, pero no vuestro tormento, y la satisfaccion de vuestra conciencia os basta.

—¿No sois vos como yo?

—No, y mil veces no: os equivocais. Vos no me conocéis. Yo quisiera que alguien, aunque no fuese más que una sola persona en todo el mundo, me hiciera justicia y comprendiese lo que yo sufro.

—¿Sufrés pues, á veces? Ya me lo he figurado, y creído adivinarlo; pero vos no quisisteis nunca dejar que lo manifestara, y es esta la primera vez en que convenís en ello.

—Es preciso que convenga ya que disimulo.

El valor tiene sus límites, vos lo habeis dicho. ¡He llegado al término del mío!

Y como yo permaneciera silencioso, añadió ella con cierta graciosa amargura:

—Pero esto á vos no ha de importaros, ¿es cierto?

—No, es verdad, respondí, y yo quisiera hacer os algun bien; pero os creo muy recelosa y pronta á recoger vuestra confianza, y llevada por vuestro espíritu de contradecir á los demás, aún á vos misma, que no me atreveria nunca á interrogaros.

—¿Es decir, que soy un sér imposible? Decidlo, á ver, he venido expresamente á encontraros para hacer que me lo dijerais.

Y así diciendo, ocultó su cara entre ambas manos y rompió á llorar.

Era la primera vez que la veia llorar, tanto que habia llegado á creer que no lloraba jamás. Aquella debilidad femenil que se manifestaba por fin, me enterneció tambien. Tomé sus manos entre las mias, le hablé como un amigo verdadero, ofreciéndole toda la benevolencia de mi corazon y todos los servicios de que yo fuese capaz.

—No, no, respondió ella sin dejar de llorar; vos no me amais; ni me amareis jamás. ¡Nadie me ama, nadie puede amarme!

Intenté probarle que estaba injusta con respecto á su hermano, que le hacia completa justicia, y sobre todo con Tonino, quien sentia por ella una especie de adoración.

—¡Ah! dejemos tranquilo á Tonino, exclamó interrumpiéndome con acritud; ¡no se trata de este niño ahora!

Advertí que volvía ella á caer en la necesidad de luchar contra la propia amistad, de la cual imploraba socorro con sus lágrimas.

Intenté por vez primera dominar aquella naturaleza rebelde, y la regañé paternalmente.

—Teneis enferma el alma, la dije, y vuestras pasadas no pueden ser una excusa. Yo he sido más desgraciado que nadie, os lo aseguro; porque cuento veinte años más que vos, y no he tenido como vos la compensacion de poderme sacrificar útilmente. Mi trabajo ha sido estéril, y además yo soy un hombre bastante débil, mientras que vos sois una mujer fuerte. Yo soy pacífico y sensible, no sabiendo tampoco combatir la

desgracia con mis propios recursos. Yo no lucho; el primer pesar que intenta aplastarme, me aplasta; mientras vos permanecéis impertérrita en medio de vuestra valerosa altivez, yo caigo derribado rodando por el suelo como un chiquillo. Sin embargo, no me permito arrogarme el derecho de llamarme desesperado, porque no soy malo, y despues de sucumbir al peso del dolor, me levanto y me marchó. Y eso no es que yo tenga una gran virtud, ni es tampoco que os haga falta; no es sino que sois demasiado estóica y dura para con vos misma. Lo que yo tengo es lo que vos no quereis tener: es fe.

No es esto que pretenda hablaros de creencias religiosas, no me permito bajo ningún concepto interrogaros acerca de ellas; pero vos no creéis en la humanidad, puesto que quereis reunir la en dos ó tres personas á las cuales amais y á las que la costumbre de negarlo todo os impide creer. Esta especie de ruptura que habeis realizado en el fondo de vuestro corazon con toda idea de union moral con la sociedad, os ha precipitado en la misantropía, y la misantropía no es sino orgullo.

Habeis hecho cuestion de honra la resistencia al horror del aislamiento, mientras que deberiais haberla hecho únicamente de arrancar y perdonar la intolerancia, y sufrir el perjuicio de las heridas que habeis recibido. En fin, estais viviendo en medio del odio de un resentimiento eterno contra el mundo, sin advertir que conservais su alejamiento con el vuestro y su tiranía con vuestra rebeldía. Este lugar en el que os obstináis en permanecer, agría vuestros raciocinios y trastorna vuestro juicio. En él apareceis exigente hácia los mismos á quienes acariciáis, y si no poneis en ello mucho cuidado, vuestro afecto tomará el carácter de despotismo. Hay en vuestra manera de ceder á las fantasías ajenas, cierto desaliento y menosprecio, y cien veces al dia levantais la mano para romper vuestros ídolos, cuando os seria tan fácil dominarlos como yo los domino, con la persuacion.

No sé qué más le dije aún sobre el mismo tema.

Escuchábame ella con melancólica atención, como si mis palabras la agobiaran sin convencerla, y sin embargo, cuando me detenía me decía enseñada: "Proseguid, seguid hablando, haced que yo os comprenda," y cuando yo iba á cambiar de actitud: "Guardad, guardad mis manos entre las vuestras frias, decía; tengo calentura y vos me las templais.."

Cuando le hube dicho todo lo que yo creí ser el análisis de sus males, pidióme ella un remedio pronto y miraculoso, como si fuese yo un brujo ó un santo.

—Vais á indicarme lo que es preciso hacer para cambiar mi manera de ser, dijo. ¿Quereis que yo sea alegre, amable, que invite á los vecinos, que dé conciertos, que asista á fiestas, que vista con lujo y elegancia y que aparezca coqueta? Es esto lo que me aconsejais? Puedo hacerlo; pero el secreto de encontrar placer en todo esto, ¿dónde está? puesto que no me lo....

—Pero si yo no os aconsejo nada de lo que estais diciendo! Ignoro completamente qué clase ni número de relaciones podriais entablar y las ventajas que os produciría el retirarlas. Yo os he hablado de reanudar el lazo social, sin permitirme ninguna alusion particular á la manera de reanudar este lazo; yo no soy en manera alguna un hombre de mundo, y por los hechos, yo he roto con él mejor que vos. Sin embargo, existen reconciliaciones que se hacen en el corazon cuando quiere uno curarse, y en el único órden de cosas sobre el cual puedo y quiero aconsejaros, es en el órden puramente moral é intelectual. Vos sois noble, mi querida Felicia, pero no resultais suave. Os es imposible serlo con el partido que habeis tomado de despreciar todo lo que no seais vos. Pues bien, reflexionad de una

vez, una sola vez en vuestra vida; ¡pues creo que jamás lo habeis hecho!

—Es verdad, dijo; creo que ni sé ni puedo reflexionar. Haced que reflexione; ayudadme á ello. Demostradme que los demás valen más que yo.

—Individualmente es muy probable que la mayor parte de las gentes no os aventajan, pero la humanidad tomada en conjunto tiene un valor inmenso que el individuo no puede reunir en sí, sino á condicion de comprenderla. Amaos á vos en la humanidad, amad á la humanidad en vos. Decid, por ejemplo, que la humanidad sufre porque vos sufrís, y que vos sufrís porque ella sufre. La condena que habeis sufrido, ¿de dónde procede? De la falta de caridad agena. Esta es la causa de todos vuestros males y de los contratiempos que han turbado la union de vuestra familia.

Ahora bien, si la caridad está en vos compadecereis á los demás de no poseerla, y desde el momento que uno compadece, perdona. ¿No perdonais? Pues bien, falta la caridad en el espacio de tierra en que vivís, y como allí falta, falta para vos en todo el mundo; y vos no quereis hacer que penetre en vuestra casa, ni en vuestras creencias, ni en vuestra alma; vos la víctima de un mal del que deberiais apreciar la enormidad, no pensais en las numerosas víctimas que dicho mal produce; sin más que ellas á compadecer y amar, bastarian á enternecer y llenar vuestro corazon.

Pues bien, sabed que los que hieren son aún más desdichados que los heridos, porque carecen del placer de ser inocentes. El que se casa con el mal no puede dormir. La humanidad es pues un caos de errores y un abismo de sufrimientos. Dichosos únicamente aquellos que sienten la piedad en sus entrañas, porque de ellos es de quienes puede decirse, que serán consolados en este mundo. ¿Cómo? preguntareis. Voy á contestaros desde luego: no odiando.

—¿Esto es todo? exclamó Felicia emocionada. ¡Puede no haber odio y sí indiferencia!

—¡No, no! repuse; la indiferencia no existe ni puede existir. La indiferencia es la negación del alma y el vacío del espíritu. Los pobres salvajes de la montaña son tan indiferentes cuanto dejan de ser hombres. Cuando se es hombre verdadero, cuando se ha sufrido, cuando no odiamos, es cuando amamos inmensamente á nuestra raza.

—¿Y por qué, en conclusion, hemos de amarla, cuando somos desgraciados por culpa suya?

—Y vos, Felicia, ¿no habeis sido desgraciada por culpa vuestra?

—¡Hé aquí una palabra terrible, M. Sylvestre! ¡Cómo! ¿vos que todo lo perdonais, me la echais en cara?

—¡Nunca! vos pecasteis, por ignorancia, porque erais una niña. Pues bien, la humanidad es niña también, y es la ignorancia el origen de todos sus errores y de todos sus infortunios. Amadla por su credulidad, por su ceguera, por su debilidad, por su necesidad inherente de amar y ser feliz, por todo lo que os dé derecho á vos misma de ser amada.

—¿Es decir que tengo derecho de ser amada? Hé aquí lo que me pregunto yo á cada paso, lo cual me apena de continuo, puesto que el mundo me contesta siempre: ¡no! El mundo, si no he entendido mal, sois vos y soy yo; es toda persona que ha sufrido la ley de la sociedad. Pues bien, á pesar de todo lo que acabais de decirme, suponed que somos jóvenes y libres, vos y yo, y que la intencion de uno y otro fuere la de casarnos, no seria por cierto yo á quien escogeriais. Prefeririais indudablemente otra que fuese digna y honrada, una joven pura y sin fortuna, y aun que careciese de educacion y de inteligencia, á una joven despreocupada y deshonrada como yo.

—Estais en un error, Felicia. Lo que me haria preferir una joven pura, no seria la pureza de su reputacion, sino la

de su alma. Yo me preocupo muy poco del que *dirán*, y no es porque le desprecie, pero por ser preciso afrontarlo frecuentemente por cambiar poco á poco la malevolencia en amabilidad. Lo que yo estimaria en una joven virgen de corazón, es la rectitud y la sencillez de sus pensamientos. Abrigaria la esperanza de ilustrarla si fuese inculta, haciéndola participar de mi salud moral. Tratándose de vos, semejante esperanza seria un error; vos apreciáis la desgracia por su peor lado, y me espantaria de tomar por esposa la personificación de la duda y el desprecio de todo.

—¿Entonces, vos os casariais para tener paz? ¿Sois entonces un egoista? ¿Vos no os atareis á nadie como yo, por abnegacion?

—¡Sí, á fé, orgullosa! pero con la sola esperanza de una abnegacion útil, de estas abnegaciones ciegas, obstinadas, generosas á no dudar, pero insensatas, puesto que no sirven más que para aumentar el número de personas que idolatramos y hacer que nazca en ellas, á pesar de ellas muchas veces, la funesta enfermedad del egoismo. Si vuestro hermano tiene algo de loco, no dudeis que teneis en ello parte de culpa, y si Tonino es un chico excelente, es que vos no habeis podido evitar que lo fuera. En cuanto á mí, he tenido, ó mejor, he sido un poco como vos; he perjudicado y desgastado, por consiguiente, los objetos de mi predileccion, y cuando he querido reparar el mal, ha sido ya tarde.

He tenido falta de prevision; me ha faltado ascendiente. El hombre que se os acerque en la esperanza de dulcificar las asperezas de vuestro carácter, llegará tal vez también demasiado tarde, y no hará otra cosa que exasperaros.

¿Gustarías de un hombre tan poco serio que quisiera poseer al precio de su tranquilidad y de la vuestra?

—Hablais de tranquilidad á quien no sabe lo que es. Desde que vine al mundo no he descansado ni una hora.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Este ha sido vuestro error. Que quien no descansa de cuerpo, es bueno mientras este no se lo exige, pero es preciso descansar de espíritu y de corazón en un lecho de verdad, y en un baño de caridad. Sin esto, se vuelve uno loco, y los locos son siempre temibles.

—¿Esto quiere decir que tengo razón diciendo: que nadie puede amarme no siendo yo amable?

—¿Porque me ocultareis la verdad, puesto que es útil? Volvedos amable y conoceréis entonces la dicha de ser amada.

—¡Sin embargo, existe ese pobre Tonino que me ama tal cual soy, vos lo habéis dicho!

—Y lo repito; pero os ama con el instinto, y vos no se lo teneis en cuenta, puesto que le teneis desconsolado.

—Es verdad, tiene solo un algo más que la amistad de un buen perro. El afecto que yo he soñado en otros tiempos, era en realidad más completo y más elevado que esto. Pero, he renunciado viendo que no puedo inspirarlo.

—No debéis renunciar. Modificaos.

—¿Es esto posible?

—Indudablemente, estando uno persuadido de que le hace falta.

—Lo estoy ahora; y tanto es así, que lo probaré.

Y se marchó corriendo, desapareciendo enseguida entre las vertientes del descenso.

XIV

UN cuarto de hora después, al volver ya al recodo del ventisquero, la ví á buena distancia de mis piés, entre unas rocas, donde se creía sin duda, al abrigo de toda mirada. Estaba apoyándose en una de aquellas rocas perpendiculares, en actitud meditabunda y desalentada. Su vestido rojo y blanco destacaba vivamente sobre el fondo verdoso, y su airosa figura parecía el hada de la gracia; pero al parecer de súbito que me había visto, precipitóse bruscamente por las quebradas. Ya no la ví más.

No me había dicho ciertamente la verdadera causa de su pesar; en el supuesto de que su carácter era delicadísimo, no me había atrevido á interrogarla. ¿A qué atribuir aquella súbita necesidad de un espíritu altivo, sino á una necesidad de amor combatida por largo tiempo? Advertí una cosa evidentemente cierta, y es que yo no le había dicho una palabra de lo que debía decirle para conducirla á una expansión que la hubiera calmado. No había estado sino como cualquier razonador pedante, cuando debiera haber sido un bueno y paternal amigo

—Este ha sido vuestro error. Que quien no descansa de cuerpo, es bueno mientras este no se lo exige, pero es preciso descansar de espíritu y de corazón en un lecho de verdad, y en un baño de caridad. Sin esto, se vuelve uno loco, y los locos son siempre temibles.

—¿Esto quiere decir que tengo razón diciendo: que nadie puede amarme no siendo yo amable?

—¿Porque me ocultareis la verdad, puesto que es útil? Volvedos amable y conoceréis entonces la dicha de ser amada.

—¡Sin embargo, existe ese pobre Tonino que me ama tal cual soy, vos lo habéis dicho!

—Y lo repito; pero os ama con el instinto, y vos no se lo teneis en cuenta, puesto que le teneis desconsolado.

—Es verdad, tiene solo un algo más que la amistad de un buen perro. El afecto que yo he soñado en otros tiempos, era en realidad más completo y más elevado que esto. Pero, he renunciado viendo que no puedo inspirarlo.

—No debéis renunciar. Modificaos.

—¿Es esto posible?

—Indudablemente, estando uno persuadido de que le hace falta.

—Lo estoy ahora; y tanto es así, que lo probaré.

Y se marchó corriendo, desapareciendo enseguida entre las vertientes del descenso.

XIV

UN cuarto de hora después, al volver ya al recodo del ventisquero, la ví á buena distancia de mis piés, entre unas rocas, donde se creía sin duda, al abrigo de toda mirada. Estaba apoyándose en una de aquellas rocas perpendiculares, en actitud meditabunda y desalentada. Su vestido rojo y blanco destacaba vivamente sobre el fondo verdoso, y su airosa figura parecía el hada de la gracia; pero al parecer de súbito que me había visto, precipitóse bruscamente por las quebradas. Ya no la ví más.

No me había dicho ciertamente la verdadera causa de su pesar; en el supuesto de que su carácter era delicadísimo, no me había atrevido á interrogarla. ¿A qué atribuir aquella súbita necesidad de un espíritu altivo, sino á una necesidad de amor combatida por largo tiempo? Advertí una cosa evidentemente cierta, y es que yo no le había dicho una palabra de lo que debía decirle para conducirla á una expansión que la hubiera calmado. No había estado sino como cualquier razonador pedante, cuando debiera haber sido un bueno y paternal amigo

que arrancase de su corazón el secreto de alguna pasión oculta que se lo torturaba. El objeto de aquella pasión no era ninguna de las personas que yo veía en el *Diablerette*; pero Felicia salía con frecuencia á vender por sí misma ganados y frutos, y podía y debía conocer á alguien que le hubiese parecido digno de ella y que no le hubiere dicho una palabra, ó que no le perdonase su pasado.

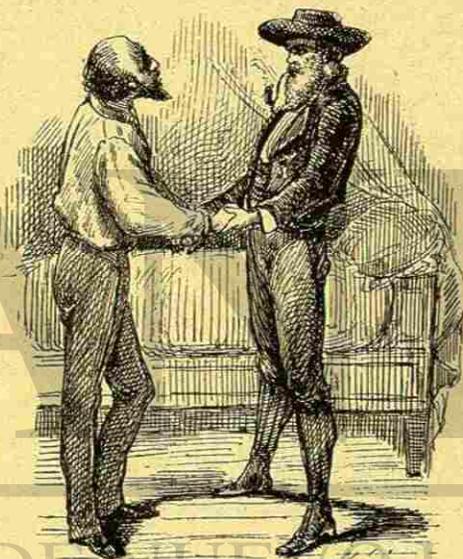
No sé por qué he sentido siempre una repugnancia invencible para interrogar á nadie. Será tal vez un sentimiento altivo que me impide violar ó sorprender la confianza que yo creo que se me debe. Y luego que entre un hombre y una mujer, cuando media una gran diferencia de edad, pareceme que son las preguntas una especie de atentado á la castidad. Yo respetaba á Felicia, y me decía que si ella hubiese tenido algun secreto que confiarme, ella únicamente era quien debía dar el tono á la nota de que había yo de servirme para contestarle.

En conclusión, aquella pobre jóven, que reverdecía á la ternura sintiendo, sin duda, una imperiosa necesidad, me hizo reflexionar que debía yo estar para lo sucesivo menos *sermoneador* y menos áspero, si volvía ella á consultarme nuevamente.

No volvió, es cierto, y yo no he sabido por qué me abstuve durante ocho días más de bajar á la casa. Es verdad que no tenía ni aun el pretexto de ir á por víveres. Tonino se anticipaba á todos mis deseos. Subía casi todas las mañanas. Decíame yo á veces que debía hacer que me interesaba por Felicia; pero estaba detenido por una especie de irresolución miedosa. No me atrevía tampoco á pedir noticias suyas á Tonino de una manera especial. El era muy expansivo, y hubiera podido decirme tal vez cosas que yo no debía ni quería saber por él;

pero estaba escrito sin duda que la verdad llegaría hasta mí de una manera brutal á pesar de todos los cuidados que yo ponía para no afrontarla.

Juan subió inesperadamente al Chalet, y cogiéndome por ambas manos:



—Por qué, dijo, ¿no volveis á casa? Vuestros estudios aquí han terminado, lo sé, y lo veo sobre todo en lo que lleváis escrito en este gran volumen. ¿Es que preferís vivir solo á estar con los amigos?

—Amo la soledad, respondile; tengo frecuentemente nece-

sidad de ella; pero amo aún más á los amigos, y volveré por lo tanto á vuestra casa dentro unos días, á menos que necesiteis de mí en seguida.

—Pues bien, sí; tenemos necesidad de vos ahora mismo; mi hermana está desmejorándose.

—¿Ha enfermado?

—Sí, y es preciso que seais su médico.

—Pero yo no entiendo una palabra de medicina, amigo mio; ¿creeis, por ventura, que soy universal?

—Vos entendéis de todo lo que es bueno, y debéis saber, por lo tanto, qué palabras son necesarias á la curacion de un alma enferma.

Vamos á ver, vos no sois un niño, vos no sois sordo ni ciego. No habreis pues estado hasta ahora en nuestra compañía sin descubrir que mi hermana os ama?

Y como yo le contemplase estupefacto, dijo luego riéndose cordialmente á carcajadas:

—¿Os parece que me he equivocado, y que lo ignorabais?

—Pero vos soñais, amigo mio, exclamé: ¡tengo veinte años más que vuestra hermana!

—Esto sí que no lo creo: todos estamos persuadidos de que gustais de poneros diez años encima; pero vuestro porte, vuestra agilidad, vuestras fuerzas, vuestra jovialidad y vuestros cabellos completamente negros, están probando á todas luces que no quieren serviros de cómplices. Vos tendreis unos cuarenta años á todo tirar, M. Sylvestre; ¡yo soy mayor que vos á lo menos en cinco inviernos!

Jurele por mi honor que iba á cumplir los cuarenta y nueve años.

Está bien, me es igual, repuso Morgeron; nunca tiene una más edad de la que manifiesta en su semblante y porte. Mi hermana os ama tal como sois y yo le doy la razon. Vamos á ver y no os hagais el modesto; ella es todavía jóven y bonita,

posee doscientos mil francos, y los hijos que haya en matrimonio heredarán otro tanto que yo les dejaré, porque yo no he de casarme jamás. Ella cometió una falta, ya lo sabeis, pero es más digna de compasion que de vituperio; la ha reparado completamente, y vos sois filósofo. Sé que le habeis dicho que la hallabais digna de aprecio y consideracion. No cerreis pues los ojos, su corazon os pertenece, es un corazon que vale mucho, difícilmente encontrariais otro igual.

Sé que sois viudo, vos lo habeis dicho; estais pues libre de todo compromiso, pues segun habeis manifestado tambien, estais dispuesto á fijar vuestra residencia á nuestro lado donde; desde que estais aquí, no habeis recibido carta alguna. Vais á hacer vuestra felicidad, creedme. Vos no teneis el carácter para envejecer solo; no sois ambicioso como yo; os hacen falta los cuidados y atenciones de la amistad. Decid sí, y os doy un abrazo capaz de ahogaros, porque, creedlo, voy á estar orgulloso de tener un hermano que valga lo que vos, que, arruinado y todo como estais, lo recibiremos ambos á grande honor, ya lo sabeis.

Quedéme reducido á un estado tal de estupor, mezclado de tristeza y miedo, que, á pesar de mis cumplimientos por la amistad de mi franquísimo huésped, no se escapó por cierto á su penetracion.

—¡Hola! es decir, repuso Morgeron, ¿que me estais contestando con afectuosa bondad, pero la cosa no os hace gracia? Lo veo perfectamente.

—Es verdad, le respondí. De cuantas previsiones puedo yo aceptar con relacion á mi nuevo porvenir, es la del matrimonio la única que no se me ha ocurrido, tan lejos está de mi futuro, de mis inclinaciones y de mis pensamientos. He sido muy desgraciado por parte de mi familia; puede que haya algo de culpa mia, puesto que fui débil; pero me he corregido bien poco, si me he corregido. El carácter de vuestra hermana, que

es todo generosidad, asusta el mío. Habeis dicho que nadie tiene otra edad que la que manifiesta su cuerpo y su semblante; ¡os habeis equivocado, amigo mío! Todos llevamos la edad en nuestro corazón, en nuestra experiencia y en nuestra fé. Soy demasiado experimentado para creer en mí, y no siento en mi alma el menor entusiasmo de aquel que, durante la juventud, nos empuja á lo desconocido. En fin, no estoy enamorado de vuestra hermana, y la razón no menos que el amor, dejan de aconsejarme que le consagre una existencia destrozada, y que tengo mucho que hacer para volver á juntar sus maltrechos restos.

—Si fuese así, no insistiría más, repuso Juan; pero no estoy bien seguro de que veais claro en vos mismo. Os pido pues que á fin de reflexionar, volvais de nuevo á casa, donde podreis mirar y observar á mi hermana más de lo que lo habeis hecho todavía, y entonces resultareis tal vez enamorado, ahora que estais enterado de que teneis derecho á ello. Desde su desgracia, que no ha cuidado jamás de ocultar á nadie, Felicia ha enamorado á más de uno, y, si hubiese querido, yo sé de partidos ventajosos que no dejarían de presentarse aún; pero ella es muy poco enamoradiza, y difícilmente encuentra quien le caiga en gracia. No sé sino de vos, que sea ella capaz de inclinarse delante de álguien, como delante de un superior. Yo sé perfectamente que ella puede ser y es muy apreciable á pesar de sus defectos, y creo imposible que á la larga ó á la corta deje de agradaros.

Espero que no vais á separaros de nosotros por lo que acabo de deciros.

—Estaba tentado de ello, mi querido huésped, porque temo representar un papel harto ridículo, si no desairado.

—No; podeis aparentar con toda seguridad que nada sabeis, ni nada habeis adivinado. Si mi hermana sospechara mi indiscreción, estoy seguro que se enfurecería, hasta el extremo

de irse de casa! Es muy altiva, demasiado altiva tal vez. No creais que se os adelante jamás. No es tampoco, como sabeis, una niña, y si vé que no la ámais, lo que ya piensa y cree, ahogará su disgusto haciéndosele superior, cuéstele lo que le cueste. Es fuerte y valerosa como diez hombres, y en cuanto á despecho, tiene ella el alma demasiado elevada, para saber lo que es. Volved pues á casa nuevamente, y dentro ocho dias volveremos á ocuparnos de eso. Siempre se deben, cuando menos, á una persona que nos ama, unos dias de reflexion y exámen.

Debí prometérselo, pero antes de dejar á Morgeron, quise saber si su hermana le habia confiado sus sentimientos, ó si habia sido simplemente una suposición más ó menos fundada hecha por él.

No es un sueño, ni mucho menos, dijo; pero no es tampoco una confidencia directa. Antes que Felicia se decidiese á confesar que ama á álguien, ella que hace quince años se rie del amor ageno y lo desprecia, dejaría que se le arrancase el corazón del pecho.

—Pero entonces, ¿como sabeis?

—Lo sé porque lo sabe Tonino, y me lo ha dicho.

—¡Tonino! ¿le ha tomado por confidente?

—¡Oh, no; en manera alguna! pero él lee en ella como en un libro. Este chico es más ladino que nosotros; sabe tambien lo que ella piensa, como que dice lo que tiene más lejos del pensamiento.

—¿Y por qué ha revelado Tonino el pensamiento que ha creído sorprenderle?

—Porque la ama como á su madre y quiere que ella sea dichosa.

—¿Luego, todo lo que me habeis dicho y propuesto, no descansa sino en una hipótesis nacida en el cerebro de este niño? Pues bien, siendo malicioso como él es, creo que puede

equivocarse y tomar por certezas las fantasías de sus propios celos.

—¿Le creéis celoso de su madre adoptiva?

—¡Por qué no! ¿no lo son los hijos verdaderos de las caricias de sus madres?

—Es posible; ¡los mismos perros lo son también de sus amos! Médor se enfada conmigo cuando me ve acariciar mi caballo; pero los celos de los niños se ahogan en la amistad. De todos modos vuestra reflexión no deja de ser acertada; Tonino puede estar soñando. Regresad pues, y podreis apreciar lo que haya de verdad por vuestra parte, mientras yo observaré también por la mía.

Ibase Morgeron, y volvió luego para decirme por fin, después de varias reticencias:

—¿Pero vos regresaréis mañana? ¡Me lo habeis prometido; me lo habeis jurado!

Juan estaba visiblemente inquieto por las consecuencias de su precipitación. El buen hombre se había creído que no había nada más sencillo que casarse con su hermana, y que, optimista emprendedor como era, no tenía la menor duda de que fuese este el medio de tenerme siempre junto a él. Al adivinar lo contrario, echábase en cara el haber hablado; tanto, que ya hacía un cuarto de hora que estaba bajando, cuando volvió a subir para decirme:

—He reflexionado, y creo que, en verdad, habeis acertado con la verdad. Es el *muchacho* este quien habrá inventado aquello para saber lo que pueda haber en ello de cierto, y lo que yo opino.

—Decidle que está soñando, respondíle, y obrad en consecuencia hasta nueva orden.

XV

QUEDÉME sumergido en un mar de reflexiones dolorosas. Mis quince días de soledad en las sublimes regiones del ventisquero, me habían devuelto á mis aficiones salvajes. Las personas inofensivas que, como yo, no han debido vencer al destino, es decir, quebrantar la voluntad de los demás, no encontrando consuelo más que en sí mismos, esto es, en el sentimiento de su propia delicadeza. La lucha fué terrible, como la de todo deber que va acompañado de su recompensa; tenía una gran necesidad de descanso. Yo que había luchado veinte años y más, no podía estar tranquilo ni ser dueño de mí al terminar dos estaciones, y en el momento en que echado sobre mi cama de brezo, no aspiraba sino á ver brillar la luna al través de las rendijas del chalet y á respirar los perfumes del desierto, se me venía á ofrecer como empezar de nuevo la existencia social, reanudando mis lazos, consagrándome otra vez yo, víctima consagrada y sangrienta, á la obra imposible de la dicha ajena.

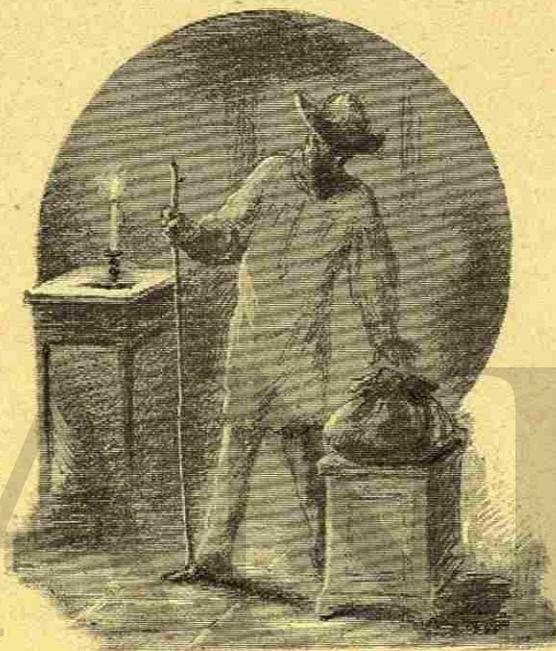
Yo creía aún que Tonino había alegado lo falso para saber lo verdadero; pero mi memoria se revelaba, y todas las palabras, todas las reticencias, todas las rudezas, todos los agasa-

jos, todas las miradas particulares y particulares contrastes de aquella jóven tan especial, se me presentaban á la vista con su explicacion propia. El misterio que habia torturado mi exámen psicológico se disipaba con la evidencia, y me sentía mortalmente turbado, puesto que era yo todavía un hombre en la fuerza de la edad. Yo no habia, puede decirse, gastado mi sistema nervioso; ningun exceso habia debilitado mi sangre; mi corazon herido habia experimentado grandes sufrimientos sin enfriarse; no habia en mí, de viejo, más que la experiencia y la reflexion. Me sentia capaz de amar sin duda; pero yo no amaba á Felicia y temia llegar á desearla.

En la edad de las pasiones no se hacen, en verdad, ciertas distinciones peligrosas; nos decimos, ó mejor, sentimos que amar y desear es ordinariamente lo mismo, confuso interiormente en nosotros, pero poderoso é invencible, á menos que sea uno tan fuerte como útil y oportuno. Cuando contamos ya cerca de medio siglo, es imposible que no distingamos en nosotros las atracciones de los sentidos de nuestro corazon. Yo admiraba en Felicia la energía y las virtudes efectivas de una naturaleza excepcional; pero su espíritu no encerraba encanto alguno para mí. Era demasiado sensible y demasiado agena á mi modo de ser. Parecíame henchido de contratiempos y, ¡habia yo soportado ya tantos!

Tres veces durante aquella noche, llegué á tomar mi hatillo y mi baston de viaje para huir á la otra parte de la montaña. Mi juramento me detenía, y luego, era yo entonces más necesario que nunca á los trabajos emprendidos por Morgeron, porque se acercaba el momento de practicar lo más esencial, no podia, bajo ningun concepto, huir la responsabilidad que

habia asumido. Podia hacerlo todo, menos dejar abandonado á mi amigo á sus propias fuerzas.



Dejé pues el alegre chalet con el corazon apenado; Tonino desde el alba, habia acudido para ayudarme á levantar el campo.

Encontré á Felicia muy engalanada, por ser dia de fiesta solemne. Habíase vestido un rico y pintoresco traje de montaña que le habia visto ya llevar otra vez, y que recuerdo haberle dicho que deberia llevar siempre. Estaba verdaderamente encantadora, tanto como pueda serlo una mujer bella, de

mirada melancólica y sonrisa desdeñosa; porque sin gracia é irradiación en el semblante, no existe la belleza atractiva.

Recibióme Felicia con la misma cortesía, nada exagerada, de otras veces, sirviéndome el almuerzo con las mismas atenciones, y sin mezclarse apenas en la conversacion como acostumbraba; solamente noté que se abstenia de interrumpir la de los demás con las observaciones mordaces, que solia lanzar como de pasada, y luego cuando al sentarse á los postres empezaban á tirarse chinas con su hermano sin darse punto de reposo con igual puntería.

—¿Sabed, me dijo Juan delante de ella, que está muy cambiada nuestra burguesa? Ignoro qué clase de moral le explicaríais, un día que dijo haber subido al *Bolo*; pero es lo cierto que, desde entonces, no nos ha contradicho ni regañado una sola vez: ¿teneis por oficio sermonear mujeres?

Respondí que no me lo permitiría.

—Efectivamente, interrumpió Tonino con sencillez; ella dijo que la habíais regañado.

—¿Y en qué estas metiendo tu la pata? dijo Juan con su grande y retumbante voz; no es contigo con quien se habla. Anda, anda á ver hácia la cuadra; las vacas mugen de sed hace una hora, y el vaquero está en misa.

Era esta la primera vez que Juan daba órdenes á Tonino estando Felicia delante. Creí pues conocer que no le habia hecho ella encargo alguno, y hasta parecia que iba él perdiendo su acostumbrada actividad. No demostró tampoco asustarse por el tono de Juan, y salió sonriendo y sin apresurarse. Fuéme pues, imposible, sorprender el menor despecho ó la menor inquietud en el ademan de Tonino.

Como yo siguiese su salida con la vista, encontré en un anti-

guo é historiado espejo colgado sobre la puerta, la mirada de Felicia. ¡Ay, su mirada! y la expresion de su fisonomía me enagenaron, doblando mi alma bajo la fuerza de la suya, como la brizna de la yerba al soplo del huracan.

Volvió ella precipitadamente los ojos, yéndose á buscar la cafetera á la cocina; pero en su pálida frente se habia encendido un fuego súbito, dentro de cuya irradiación apareció transfigurada.

Sorprendido y resuelto á no manifestar nada absolutamente, evitaba ó procuraba evitar nuevos encuentros. Hacia ella lo propio; pero este trabajo que ambos nos tomábamos, no daba otro resultado que la frecuente é inevitable repetición de lo que queríamos evitar, gracias á la doble corriente magnética que nos envolvía. Bajo el imperio del amor, Felicia aparecía de súbito ¡divinamente hermosa; el mármol se habia hecho mujer. El temor cariñoso, el pudor, la pasión comprimida, la sumisión, el abandono de su altivez personal, la tierna humildad, la dulzura, el encanto profundo al cual nada resiste, todas las debilidades y todas las fuerzas de la mujer estaban reunidas en ella, y no soy yo de los hombres que razonan y resisten cuando estoy bajo el influjo de semejante irradiación celeste.

Yo veía entonces á Felicia por primera vez, como no la habia visto ni presentido jamás, y su aliento llenaba para mí la atmósfera donde yo respiraba, por primera vez, los perfumes de la vida celestial.

El roce de sus flotantes trenzas, cuando se inclinaba hácia mí para servirme, me hacía estremecer interiormente; su voz que habia encontrado áspera, tenia á la sazón toda la suavidad de una melodía santa; cuando decia ella con cierta mal disimulada emoción, cualquier palabra insignificante en apariencia, suspendía yo la respiración esperando otra, como si mi vida dependiese de aquella palabra, y como si la vibración de aquella voz hubiese suspendido por mí la del universo.

Salí al campo para encontrarme solo y rehacerme si era tiempo todavía. Se me hizo imposible interrogarme. La parte serena de mi alma respondía anticipadamente á todas las preguntas de la parte inquieta, y sobre todo, alguna cosa superior á mí, habia penetrado en mi interior, y se estaba riendo tranquilamente de mí, de todo lo que pretendía ser mi viejo yo. Esto, por sí solo, me asombraba; no me preguntaba si amaba, porque estaba ya demasiado seguro de ello; preguntábame sí, qué venía á ser aquel poder mágico del amor, bajo el cual me sentía dominado y vencido.

Era aquella la primera vez que yo amaba, por más que fuese en realidad el segundo amor de mi vida. Había yo estado enamorado de mi mujer, hasta la embriaguez, al principio de nuestra desdichada union; pero era aquella embriaguez, empañada de que ya os he hablado muchas veces, aquella plenitud del instinto en el cual la juventud no alcanza á distinguir el placer de la dicha. Más depurado á la sazón, experimentaba entonces la dicha sin acordarme del placer; mi enagenamiento no podia traducirse por ninguna aspiracion violenta; habia yo mejorado con los años, y no me acordaba de mí; estaba yo entregado por entero á la ternura, al reconocimiento, al deseo de consolar y rejuvenecer aquella alma desolada y marchita que habia querido renacer para entregárseme.

Explicábase perfectamente la santidad de un sentimiento que acogía por completo, con lo que desaparecía toda excitacion. ¿Por qué me habia de mentir á mi mismo, por qué habia de mentir á los demás?

Resolví, pues, decirles la verdad, así á Felicia como á su hermano.

XVI

PERO cuando me dirigia yo de nuevo á la casa, advertí que Tonino me venia observando, escondido á la sombra de un zarzal á corta distancia del lugar donde me habia sentado. Detúveme pensativo, y el recuerdo de la escena que habia sorprendido en la cueva del *Bolo*, seis meses hacia, renació en mi alma con una claridad inexplicable. Volví á ver al jóven llevando á sus labios los trenzados cabellos de Felicia, vi tambien la incomprensible mirada de Felicia, mezcla de cólera y ternura, que me habia parecido hartos sospechosa, y de la cual, á pesar de sus plausibles explicaciones, conservaba inborrable la impresion un tanto dolorosa.

¿Estaria Tonino, sin saberlo, enamorado de su prima? ¿Estaria celoso de mí? ¿Iba yo á hacer desgraciado á este muchacho, que tenia muchos más derechos que yo al afecto de Felicia? ¿Hacer yo la desgracia de álguien!

Caminaba yo sobre estos pensamientos como sobre una serpiente, es decir, que retrocedía horrorizado, siéndome imposible adelantar un paso.

Salí al campo para encontrarme solo y rehacerme si era tiempo todavía. Se me hizo imposible interrogarme. La parte serena de mi alma respondía anticipadamente á todas las preguntas de la parte inquieta, y sobre todo, alguna cosa superior á mí, habia penetrado en mi interior, y se estaba riendo tranquilamente de mí, de todo lo que pretendía ser mi viejo yo. Esto, por sí solo, me asombraba; no me preguntaba si amaba, porque estaba ya demasiado seguro de ello; preguntábame sí, qué venía á ser aquel poder mágico del amor, bajo el cual me sentía dominado y vencido.

Era aquella la primera vez que yo amaba, por más que fuese en realidad el segundo amor de mi vida. Había yo estado enamorado de mi mujer, hasta la embriaguez, al principio de nuestra desdichada union; pero era aquella embriaguez, empañada de que ya os he hablado muchas veces, aquella plenitud del instinto en el cual la juventud no alcanza á distinguir el placer de la dicha. Más depurado á la sazón, experimentaba entonces la dicha sin acordarme del placer; mi enagenamiento no podia traducirse por ninguna aspiracion violenta; habia yo mejorado con los años, y no me acordaba de mí; estaba yo entregado por entero á la ternura, al reconocimiento, al deseo de consolar y rejuvenecer aquella alma desolada y marchita que habia querido renacer para entregárseme.

Explicábase perfectamente la santidad de un sentimiento que acogía por completo, con lo que desaparecía toda excitacion. ¿Por qué me habia de mentir á mi mismo, por qué habia de mentir á los demás?

Resolví, pues, decirles la verdad, así á Felicia como á su hermano.

XVI

PERO cuando me dirigia yo de nuevo á la casa, advertí que Tonino me venia observando, escondido á la sombra de un zarzal á corta distancia del lugar donde me habia sentado. Detúveme pensativo, y el recuerdo de la escena que habia sorprendido en la cueva del *Bolo*, seis meses hacia, renació en mi alma con una claridad inexplicable. Volví á ver al jóven llevando á sus labios los trenzados cabellos de Felicia, vi tambien la incomprensible mirada de Felicia, mezcla de cólera y ternura, que me habia parecido hartos sospechosa, y de la cual, á pesar de sus plausibles explicaciones, conservaba inborrable la impresion un tanto dolorosa.

¿Estaria Tonino, sin saberlo, enamorado de su prima? ¿Estaria celoso de mí? ¿Iba yo á hacer desgraciado á este muchacho, que tenia muchos más derechos que yo al afecto de Felicia? ¿Hacer yo la desgracia de álguien!

Caminaba yo sobre estos pensamientos como sobre una serpiente, es decir, que retrocedía horrorizado, siéndome imposible adelantar un paso.

Tomé definitivamente una resolución franca y despejada.

Llamé á Tonino, y paseé con él unas dos horas, poniendo en movimiento todo cuanto alentaba en mí de prudente y perspicaz, á fin de conocer el misterio de sus proyectos.

Era la de este, una naturaleza tan anormal, cuando menos como la de Felicia. Era italiano del todo, así es que sabia aliar la pasión con la astucia; pero trasplantado á aquel centro campestre, bajo el calor é inteligencia de Felicia, tenia, sino instintos, al menos sentimientos generosos.

Anticipábase Tonino á mis preguntas, hablándome de igual manera que Juan me habia hablado. Solamente me pareció que hacia reservas, cuando Juan no habia hecho ninguna. No parecia suponer que Felicia estuviese enamorada de ningun hombre de cincuenta años; por lo tanto, fuese por consideración á Felicia ó por desden hácia mí, ello es lo cierto, que la palabra amor no salió de sus labios.

—¡Es preciso casar á mi prima, dijo él; esto seria una dicha para los dos. Es una cabeza demasiado sensata para poder vivir con un marido jóven, y vos, á la edad que contais, no podriais sobrellevar las envidias y los chistes de una jóven. Ella es tan buena como sois bueno vos, un poco áspera, pero tan buena y generosa. ¡Vos comprendéis perfectamente que ella tiene demasiado ingénio y educacion para un aldeano!

Temí que se dejase convencer para casarse con Sixto More, quien venia por aquí frecuentemente hace dos años y al cual él amo protegía. Durante aquella temporada tuve yo gran disgusto. Temia tener luego un amo brutal que me hiciera variar de ocupacion haciéndome dejar la casa, y sin embargo veia bien que mi prima tenia necesidad de una compañía y sostén cuando se ausentaba su hermano. Más allá, no habia yo pensado nada; habíame imaginado que conmigo estaba ella como con su hijo, y muchas veces ella decia: "Una madre no está nunca sola cuando tiene á su hijo.," Esto era en sus dias buenos. Lo más frecuente era

que me mandare acostar con el sol, diciendo: "Me molestas; prefiero á tu compañía el estar sola.," Yo me iba llorando con la pastora de las cabras, y fué ésta quien me hizo entender que una mujer de treinta años no puede vivir sin casarse, que le hace falta la conversacion de un hombre razonable y prudente, siempre y cuando posea una instruccion como el ama. Entonces tomé yo mi resolución, y desde entonces tambien estoy rogando á Dios que le dé lo que le hace falta, y Dios me ha oido, porque ya pareció éste; y ella siente por vos mayor respeto y consideracion que por su mismo hermano. Casaos, pues, con ella, y seremos dichosos los tres á un tiempo mismo. Yo os serviria como si fueseis en realidad mi padre. Vos me instruireis y, ¡quién sabe! puede que fuere un discípulo que os honrase.

En toda esta confusion de Tonino habia, como podeis ver, mucha sencillez infantil, y yo debia por lo tanto empujarle, para ver si era que se reia de mí, y así lo hice, pero él no soltó observacion alguna, ni palabra siquiera, que no manifestara la más perfecta candidez.

¿De dónde procedia que yo no estuviese completamente tranquilo? Es que aquel semblante pálido ó imperturbable despedia algo más que palabras. Así, cuando explicaba él sus efusiones íntimas con la pastora de cabras, veíase en el pliegue superior de sus lábios no sé qué sombra sedosa de un bozo maligno y sensual. Cuando decia que Felicia tenia necesidad de un amigo sério, sus bellos ojos negros dejaban escapar un sombrío rayo de luz; cuando prometia mirarme como á su padre, habia en su acento cierto melindre chancero que parecia decir: "Sereis al mismo tiempo un padre para mi prima, dada vuestra edad!,"

Pensareis tal vez que mi amor propio sonreía sin revelarse. En verdad era yo demasiado viejo para pretender amor. Como no lo pretendía en realidad, no tenía nada que reprocharme por esta parte, así es que no me creía ridículo. El amor había venido á llamarme, se me había impuesto y me había vencido. Los jóvenes pues no podían reírse de mí, puesto que no me había hecho acreedor á sus chanzonetas; y, por lo tanto, no podía salir herido.

Pero, ¿no encerraba en verdad, cierta amargura, aquella mueca sarcástica de Tonino? Esto es lo que yo no podía saber. Sus palabras nada transparentaban; al contrario, estaban llenas de afectuosa consideración. ¿Debia yo mortificarme por un rasgo exuberante de aquella fisonomía, natural y exclusivo tal vez de la mímica de su raza?

Sin embargo, íbame yo enfriado en medio de mi emoción, y en vez de ir á besar las manos á Felicia, resolví seguir esperando todavía.

Esperar ¿á qué? no hubiera podido decirlo yo mismo; pero en realidad Tonino se colocaba, fuese ó no de intento, entre ella y mi primera emoción.

Supé abstenerme también aquella noche y los días siguientes, tanto que debió ella creer que nada había yo adivinado. Sabiendo perfectamente que Tonino iba á ser portador seguro de todas mis palabras, me había abstenido de contestar á sus indicaciones. Había yo fingido creer que las tomaba, como se dice vulgarmente, bajo mi sombrero. Había tanto que hacer y que vigilar al borde del torrente, que ello me ayudó á distraer á Juan Morgeron de sus preocupaciones matrimoniales con respecto á mí. Yo manejaba casi delirante el pico y la pala para distraerme de mis cavilaciones. Parecíame que debía dejar á Felicia la más absoluta iniciativa en un asunto tan delicado como el de nuestra unión.

¡Y á pesar de semejante estoicismo, la amaba, viva, tierna y

apasionadamente tal vez! Cuando venía ella á dar una mirada á los trabajos, sentíala yo aproximarse mucho antes de divisarla. A veces presentía que iba á venir, que venía; y el corazón me latía con tal fuerza, que no me dejaba fuerzas para remover la tierra ó romper la roca. Volvíame impaciente, mi alma la requería para que viniera, alarmándome casi, al ver que no estaba allí.

Cierto día, tuve con Felicia una conversación bastante misteriosa. Estaba pensando en ella. Preguntábame si era del caso que pudiese amarme, persistiendo en la creencia de que tenía yo solamente diez años más que ella, si yo le parecía poder realizar algún ideal cuando no tenía sino la apariencia fugaz; y yo deseaba, casi, en que así fuera. La amaba en realidad, tanto que temía no merecer su amor, y hubiera creído que me pidiese ella sacrificarle el mío, al objeto de ofrecerle una amistad digna de su persona.

El amor es egoísta siempre, hágase lo que se quiera. Espantábame de mí mismo en medio de un sentimiento muy poco previsto. Estaba yo mucho más seguro de ser un padre bueno y tierno que un esposo amable.

Yo pensaba todo esto, al tomarme algunos momentos de descanso en una de las torrenteras en la que trabajaba solo, casi sobre de la misma casa, cuando oí una voz suave subir hasta mí. Era la mágica voz de su violín, que ella tocaba tan rara como divinamente. Entonaba yo no sé qué melodía, tal vez meditada, de algún antiguo maestro; ¿era tal vez algún pensamiento musical del viejo Monti, religiosamente grabado en la memoria de su nietezuela? Por mi parte, lo interpretaba como una respuesta á mis perplejidades, adoptando igualmente el sentido musical como la letra. Según mi parecer decía aquel aire: "¡Pobre hombre de reflexión tímida y experiencia amar-

ga, tú no sabes nada, tú nada comprendes! Escucha la voz de la artista, ella sola conoce la verdad, porque conoce el amor. Hay en ella el fuego sacro que no se digna contestar á los casos de conciencia; el fuego no razona, consume. No se explica en ninguna manera mejor que Dios; alumbra y abrasa. ¡Oye como es mi acento puro y enérgico! Ante él todas las notas de la naturaleza quedan mudas. Es esta una nota que se remonta á los astros y llena el cielo. Es sencilla y única como la vida. Vibra hasta lo infinito. Ninguno de tus pensamientos puede turbar, ni suspender, ni hacer que se desvie de su marcha eternal la nota soberana que se llama amor.»

Yo intentaba inútilmente responderle desde el fondo de mi corazón. Invocaba la amistad, el sacrificio propio, la dulce piedad, el apoyo paternal y desinteresado, todo cuanto alcanzaba á parecerme más puro y mas grande que la pasión satisfecha: el violín de Crémone nada oía; cantaba, elevándose siempre, y repitiendo sin cesar la frase monótona y sublime: *¡Amor, amor, nada como el amor!*

XVII



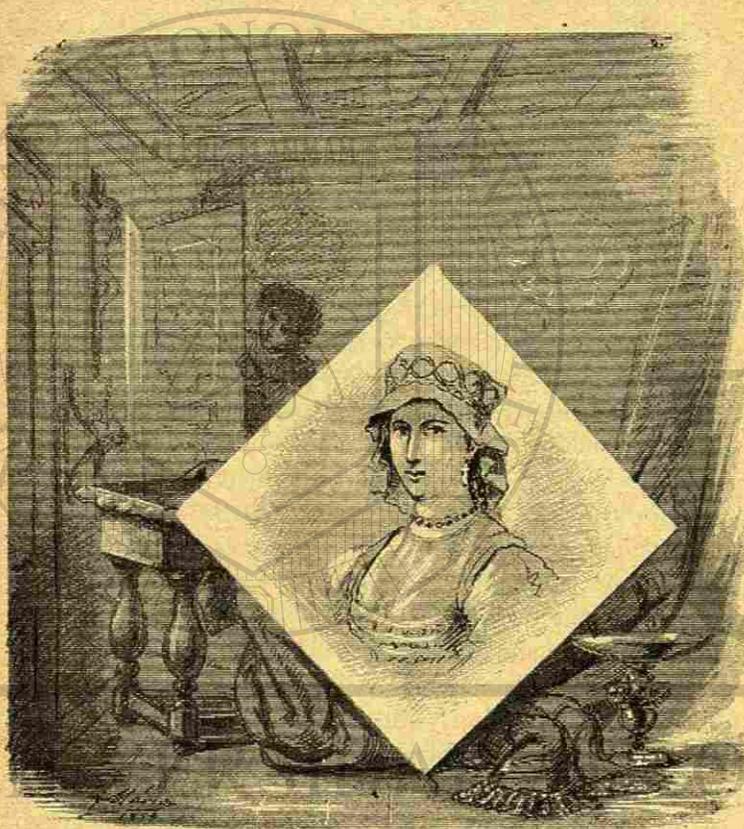
ENCIDO nuevamente, me levanté; y dejando mi blusa y mis herramientas, bajé al gran Chalet.

Desde la peña á la cual estaba adosado, advertí que la vista penetraba fácilmente en la sala donde se reunía la familia durante y despues de la comida, porque servía á la vez de comedor y salón. Era ésta una hermosa pieza vastísima artesonada de abeto bruñido, con una gran mesa, muebles esculpidos de gusto alemán, curiosas fayances y un bellissimo cristo de marfil, objeto antiguo del arte italiano. Las ventanas eran pequeñas, pero numerosas; el techo no muy elevado, y las paredes iluminadas daban un tono de serena alegría á aquel locutorio de decorado rico y austero. Al principio creí que no había nadie; pero, al volver la senda, miré al fondo y ví á Tonino colocado junto á la puerta entreabierta del cuarto de Felicia. Allí estaba ella, en su cuarto, tocando el violín, mientras él se ocultaba con la puerta para oír.

No podía yo ir nunca donde ella estaba, sin que encontrase siempre á Tonino como interpuesto entre ambos.

Yo no hubiera querido ceder al sentimiento de injusto despecho que me dominaba.

Desde el punto que él se escondía detrás de la puerta, no era, naturalmente, á quien el noble instrumento estaba hablando.



Entraba yo en la sala cuando éste enmudeció, y en el mismo instante ví escabullirse á Tonino por otra puerta, como si hubiese creído que yo no le veía. Flexible como una serpiente,

deslizóse sin ruido por la escalera interior, mientras yo había ido por la que daba al peñasco.

¿Por qué huía? ¿No era aquella hora de música y sí de trabajar? Yo no estaba encargado de vigilarle, ni le había reprendido jamás. ¿Temía que le sorprendiera y regañara el ama? Ella no regañaba ya á nadie; quería gustar, y sabía que una mujer se vuelve fea cuando se enfada; sus facciones habían perdido todos los pliegues que la sombreaban, y aparecía hermosa y rejuvenecida; la dulce y tierna melancolía había renacido para siempre en su frente. Tal se me apareció en el umbral de su cuarto.... Pero, ¿por qué había desaparecido Tonino al acercarme yó?

No supe que decirle; mi corazón completamente lleno de confianza, habíase helado de súbito.

No me preguntó ella lo que yo hubiera querido; no tuvo para mí sino cumplimientos mudos, ni siquiera osaron sus ojos interrogar á los míos; se había vuelto tímida como un niño; pero se quedó de pié firme é inmóvil, como si esperase mis órdenes.

Sacudí pues mi indecisión al ver la pudorosa delicadeza de su espíritu.

—Felicia, le dije, acabáis de tocar maravillosamente. He tenido necesidad de felicitaros, como si hubieseis tocado para mí; y sin embargo es casi seguro que, al ejecutar semejantes prodigios, no teníais puesto vuestro pensamiento sino en quien os los enseñó?

—Nadie me lo ha enseñado, respondió ella. No pasa de ser algo que se me ha ocurrido, no sé cómo; y ni siquiera sabría deciros lo que ha sido.

—¿No os sería posible repetirlo?

—No, no lo creo. Se ha evaporado ya.

—Pero Tonino lo recordaría fácilmente.

—¿Tonino? ¿Por qué él mejor que vos?

—¡Porque, tal vez, sabe escuchar mejor!

Y añadí, esforzándome en sonreír.

—¡Cuando se escucha detrás de las puertas!

Miróme ella profundamente sorprendida. Era indudable que nada sabía de la presencia de Tonino, ni nada entendía de mi rudo epígrama. Avergoncéme entonces de mi mismo, é intenté ser sincero, pero cuando iba á hablar á corazón abierto, divisé á Tonino en la misma senda por donde acababa de venir yo. El sabía, por lo visto, perfectamente, que desde allí se podía ver el interior de la sala, y me acechaba por lo tanto muy de cerca para que su irónica sonrisa se me escapase. ¡Sentía pues yo, aún, que era él un obstáculo misterioso insuperable tal vez! El temor de verme ridiculizado por aquel muchacho y él de estarlo á mis propios ojos por un sentimiento de desconfianza pueril, derrumbó instantáneamente mis sueños de expansion.

Pedí pues á Felicia un vaso de agua del manantial, como si no hubiese abandonado mi trabajo mas que por apagar la sed. Apresuróse ella á servírmelo, y yo tomé un libro haciendo como que leía mientras esperaba.

Los negros ojos de Tonino seguían de continuo fijos en mí, amenazándome como dos flechas. Al menos yo así me lo figuraba, porque los sentía aún sin verlos, aun cuando al levantar de nuevo la cabeza había desaparecido; pero no podía estar lejos, y quien sabe si se había escondido más para observar mejor. Créame humillado, y me sentía irritado interiormente. Felicia me ofreció un vaso que llenó de agua de la jarra. Entonces observé que sus delicadas manos habían emblanquecido, que se las cuidaba, que no lavaba la vagilla, y que sus hermosos dedos habían perdido toda señal de trabajo grosero; era esto un gran sacrificio que había hecho ella al amor, ella tan apasionada por los quehaceres domésticos, y que encontraba siempre que ningún criado era bastante activo ni suficientemente cuidadoso.

¡Aquellas hermosas manos temblaban y me servían!

Inclinóse entonces mi cabeza enviándole mis labios un beso mudo; pero el invisible fantasma italiano continuaba errando sobre el muro como una sombra.

Levantéme de súbito, dando las gracias á Felicia con harta frialdad.

Dos gruesas lágrimas rodaron lentamente sobre sus mejillas: fingí no verlas, salí, y volví á trabajar como un bracero todo el resto del día.

No sé qué de nuevo, amargo, desconocido y ageno á mi carácter había penetrado en mí. Quería á toda costa escapar á su acción, pero en vano: ¡estaba celoso!

¿Con qué derecho?

No tenía ninguno; sin embargo, tenía indudablemente algo de que quejarme. Felicia sabía callar perfectamente encerrándose en su pudor, sentía bien que yo no ignoraba ya su amor, y si no estábamos ya lealmente comprometidos, era porque me había faltado confianza. ¿Conociendo ella mis perplejidades, no podía ni debía dar con la causa?

¿Aquella causa me parecía tan clara, mi actitud y mis palabras la habían tal vez engañado? ¿Faltábale á Felicia tacto y penetración, ó estaba resuelta á cerrar los ojos á una injusticia de la que creía verme curado por la fuerza de la verdad?

Ya se había tomado ella muchas veces el trabajo de anticiparse á mis sospechas, hablándome de su hijo adoptivo al objeto de reconquistar mi confianza. ¿De qué procedía pues que ya no hablase más de ello y que aparentase no adivinar la necesidad que yo tenía de vivir confiado? ¿Se gozaba ella viéndome sufrir? ¿Era en semejantes sufrimientos donde buscaba ella la revelación ó el acrecentamiento de mi amor?

A ser así me conocía mal; yo soy enemigo de las malas

pasiones y sé guardarme de ellas por débil é inocente que sea. Cuando mi conciencia me muestra en su espejo la imágen velada ó afeada de mi espíritu, el horror á la fealdad y el disgusto de lo incierto, me dominan, y me lo repruebo tan severamente, que suspendería mi existencia antes que permitirme vivir en una esfera indigna de mí.

Resolví pues ser más fuerte que yo mismo, más fuerte que Felicia, y vencer aquel amor que habia nacido en tan malas condiciones.

Después de la comida de la noche me dirigí á Tonino.

—Mi querido baron, le dije sonriendo, pero con una entereza que le sorprendió; tengo que hablar con nuestros amigos. Es conveniente que se me deje con ellos sin andar escuchando al través de las cerraduras.

Sonrojóse y palideció, en menos tiempo del que necesita el rayo para cruzar la nube; pero no por esto le hizo falta una contestacion amable y regocijada, y se retiró.

No se me ocultaba que iba á meterse en cualquier parte que pudiera oír. Yo lo queria tanto al menos, como que mi observacion hubiese llamado su atencion y su curiosidad.

XVIII

QUEDÉME solo con el hermano y la hermana, pudiendo observar desde luego que ella se turbaba y ocultaba el rostro, figurando alinear las tazas, mientras Juan, rellenando su gran pipa alemana con aire satisfecho, levantó hasta mí su mirada sincera pareciendo decir:

—¡Ya estamos solos, tanto mejor: con que valor, y á ellos!.,
—Estaba yo muy lejos de temer nada.

—Amigos míos, les dije con la triste severidad de un hombre que cumple con un grande é indispensable deber; he reflexionado ya bastante acerca de nuestras respectivas posiciones.

Héme aquí como uno de la familia, en el sentido de que Juan es para mí un hermano, y vos Felicia una hermana; pero yo no soy vuestro hermano legítimo, es decir, que no tengo nada, mientras que vosotros estais ricos. Vuestra amistad me asociaria, lo sé, á vuestra fortuna, lo cual no seria nada equitativo. Quiero permanecer ageno á todo lo que huela á propiedad ó contrato, sea lo que fuere. Me conservareis á vuestro lado como un buen operario: cuando esté enfermo ó ya gastado seguireis teniéndome junto á vosotros por amistad, por reconocimiento

pasiones y sé guardarme de ellas por débil é inocente que sea. Cuando mi conciencia me muestra en su espejo la imágen velada ó afeada de mi espíritu, el horror á la fealdad y el disgusto de lo incierto, me dominan, y me lo repruebo tan severamente, que suspendería mi existencia antes que permitirme vivir en una esfera indigna de mí.

Resolví pues ser más fuerte que yo mismo, más fuerte que Felicia, y vencer aquel amor que habia nacido en tan malas condiciones.

Después de la comida de la noche me dirigí á Tonino.

—Mi querido baron, le dije sonriendo, pero con una entereza que le sorprendió; tengo que hablar con nuestros amigos. Es conveniente que se me deje con ellos sin andar escuchando al través de las cerraduras.

Sonrojóse y palideció, en menos tiempo del que necesita el rayo para cruzar la nube; pero no por esto le hizo falta una contestacion amable y regocijada, y se retiró.

No se me ocultaba que iba á meterse en cualquier parte que pudiera oír. Yo lo queria tanto al menos, como que mi observacion hubiese llamado su atencion y su curiosidad.

XVIII

QUEDÉME solo con el hermano y la hermana, pudiendo observar desde luego que ella se turbaba y ocultaba el rostro, figurando alinear las tazas, mientras Juan, rellenando su gran pipa alemana con aire satisfecho, levantó hasta mí su mirada sincera pareciendo decir:

—¡Ya estamos solos, tanto mejor: con que valor, y á ellos!.,
—Estaba yo muy lejos de temer nada.

—Amigos míos, les dije con la triste severidad de un hombre que cumple con un grande é indispensable deber; he reflexionado ya bastante acerca de nuestras respectivas posiciones.

Héme aquí como uno de la familia, en el sentido de que Juan es para mí un hermano, y vos Felicia una hermana; pero yo no soy vuestro hermano legítimo, es decir, que no tengo nada, mientras que vosotros estais ricos. Vuestra amistad me asociaria, lo sé, á vuestra fortuna, lo cual no seria nada equitativo. Quiero permanecer ageno á todo lo que huela á propiedad ó contrato, sea lo que fuere. Me conservareis á vuestro lado como un buen operario: cuando esté enfermo ó ya gastado seguireis teniéndome junto á vosotros por amistad, por reconocimiento

ó por caridad, no me importa; tengo confianza en vosotros: no quiero por ningun concepto compromisos recíprocos.

He aquí el resultado de las reflexiones que os tenia prometidas acerca de nuestra asociacion. Ya están, pues, hechas y son, debo advertiroslo, absolutas.

Y como Juan se aprestase á contestar mientras Felicia bajaba la cabeza con cierto decaimiento y como ofendida, me apresuré á añadir:

Una circunstancia, además, hubiera podido enlazarnos unos á otros. Era ésta la posibilidad de mi union en matrimonio con Felicia. Idea que, por rara ó extravagante que os parezca, para ocurrida á un hombre de mis años, he de confesaros sinceramente que se me ocurrió, y que no me pareció desacertada en ciertos momentos; pero perdonádmelo.

Si me atrevo á hablaros hoy sencillamente del particular, es porque semejante idea se ha desvanecido por completo en mi espíritu, y ya me lo reprocho como una locura y una impertinencia, porque la he rechazado para siempre, y estoy seguro de que no he de volver á ella jamás.

—Y bien, dijo Juan soltando un gran suspiro, estais en un error. La idea no tenia nada de locura; tambien se me ocurrió á mí, y puede ser que tambien á mi hermana... que, aunque no hubiese soñado en ello, no creo que lo hubiese tomado á mal: ¿Qué te parece, Felicia? ¡Responde!

Evitéle yo á Felicia la contestacion; estaba viendo la lucha interior que su altivez la obligaba á sofocar, como que no tenia ella la menor duda de mi estratagema.

—Felicia, dígele á Morgeron, no debe entrar para nada en todo esto; así es que se le está hablando de una cosa enteramente nueva para su alma. Yo he sido un insensato, que espero ser absuelto por ella, en gracia del motivo. Puesto que no ha sido ni el deseo vergonzoso, ni la pasion ridícula á mi edad, para surgirme la idea de mi eterna sumision á su persona; ha sido el

deseo de reparar la injusticia de su destino, dándole la mayor prueba de respeto y admiracion, que pueda dar un hombre á una mujer; pero he reflexionado tambien mucho sobre ello. Me he dicho que Felicia Morgeron era demasiado bella y demasiado jóven todavía, para casarse por pura conveniencia, ó cuando menos por pasible amistad. Debe ella inspirar amor, debe y puede pretender, y como es mi mayor deseo verla dichosa, me guardaré muy bien de ofrecerle un cariño puramente paternal. Me direis que no tenia necesidad de confesarlo así delante de ella. Era éste un escrúpulo que no he podido vencer y que me hubiera turbado mucho el no decírselo.

Ahora que ya me he quitado este peso de encima, estoy seguro de que ella no estrañará de que la encontrare digna de un hombre prudente é irreprochable.

Mi confesion es un homenaje que le tributo, porque creia debérselo.

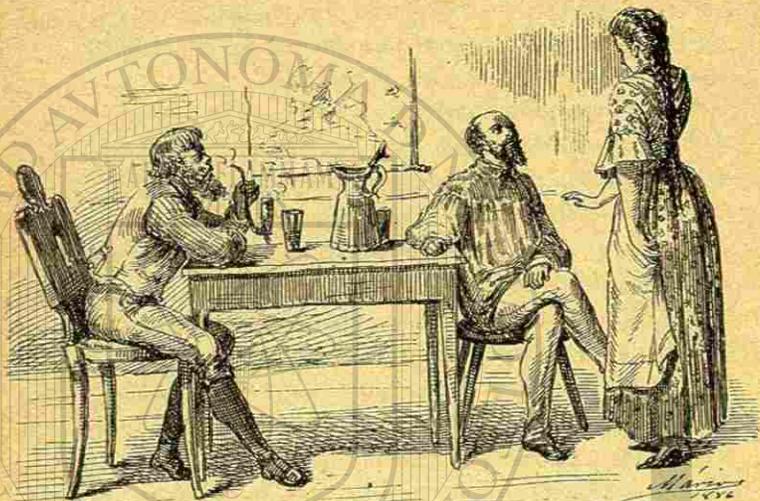
Si no llego yo á dar cima á mi pensamiento, le constará al menos que no ha sido por orgullo, y sí por modestia ó abnegacion.

Juan nada comprendia, contemplábame lleno de asombro cómico, preguntándose si era por mi parte una declaracion tímida ó una ruptura. Estábame agradecido de que no le hubiese descubierto, cargando sobre mí el riesgo de la explicacion, — Esperaba lleno de ansiedad ver lo que iba á responder Felicia.

En cuanto á ésta no se equivocó en un punto, y levantándose resueltamente se vino á mí y me tendió la mano.

—Os felicito por vuestra franqueza, me dijo. Habeisme absuelto del pasado, lo cual no es, sin embargo, una razon para fiaros del porvenir. Me creéis demasiado jóven, sintiendo que no sea yo la compañera razonable y tranquila que os hace falta; estais en lo justo. Yo no quiero contraer un matrimonio

de amistad, y como no creo inspirar nunca amor, espero no casarme jamás.



Juan hizo la juiciosa observación siguiente: "que tenemos uno y otro el cerebro demasiado novelesco, absteniéndose el uno del matrimonio por no atreverse al amor, y el otro por miedo de no inspirarlo..."

—Atended, le contestó Felicia con ardiente viveza. ¡Yo soy, al contrario, muy positiva! Yo no comprendo el matrimonio sin la fidelidad recíproca, y es el amor la única garantía en la cual creo. Ni la amistad ni el deber pueden luchar solos en el corazón de un hombre contra las tentaciones de la vida; necesitan del auxilio indispensable del amor! No quiero por lo tanto ser amada por piedad, ni por deber; M. Sylvestre lo ha comprendido, y yo le estoy muy agradecida de no haberme obligado á llevar la contraria.

Y después de un amigable "buenas noches," se fué á su cuarto dejándome con Juan; pero como hubiese éste quedado absorto y nada alegre, quise demostrarle que Felicia estaba perfectamente tranquila y nada ofendida, y que yo había obrado en interés de todos terminando de una vez aquel quid-procúo tan ridículo como enojoso.

Juan movió la cabeza.

—Mi hermana es demasiado altiva, dijo, para incomodarse por vuestra frialdad. Puede ser que no sufra por ello: yo nada sé de lo que pasa por vosotros, pero os afirmo que si ella sufre, sufre muchísimo. Nadie lo sabrá, esto es seguro; pero el mal interior no será pequeño. Es una mujer que no siente nada á medias.

La idea del disgusto de Felicia, me puso mal humorado, lo confieso, y veinte veces á lo menos, el día siguiente, estuve dispuesto á decirle que había mentido, que la amaba apasionadamente y que estaba celoso.

Yo, sin embargo, no podía sucumbir á semejante humillación, tanto más, cuanto que aquel carácter enérgico no se daba mucha prisa á la recíproca. Su resolución estaba tomada, parecía igualmente que él se anticipase, pero ella no dejaba asomar ni manifestaba sensación alguna de amor propio, ni compasión para sí misma, ni pesar por sus pérdidas ilusiones. Trabajaba ya como era su costumbre, prodigando los mismos cuidados á la familia que á mí, sin que se manifestara en su semblante el menor rasgo de excitación ó insomnio. Puede ser que estuviese yo picado por su ánimo ó su indiferencia. Observé entonces algo ilógico y nada bueno que pasaba por mí; yo hubiera querido que tuviera ella gran pesar. Esforzábame yo en escusarme á mis propios ojos por mi injusticia, y me decía que aquel disgusto sincero y profundo había desterrado mis

temores y desarmado mi prudencia. ¿Estaba yo ó no estaba en mi derecho? No alcanzaba yo á leer muy claramente en mi conciencia, tanto el amor habia turbado y llenado de confusion mi espíritu.

Pocos días despues de haber así quemado mis naves, experimenté una gran necesidad de estar solo, y la ocasion se me presentó propicia. Tenian los Morgeron un pleito que duraba hacia ya algunos años, el cual les absorvía una buena parte de sus productos. Como ellos se preocupasen un poco por el tal pleito, híceme explicar el origen y demás, encontrando fácilmente una solucion de éxito probable que no se les habia ocurrido aún. Para proponerla y hacer que se aceptara era preciso ir á Sion. Ofrecíme para ello, aceptaron, y partí.

XIX

CSTUVE ausente un mes, ocupando todo el dia en el arreglo de los intereses de mis amigos, y paseando de noche, solo, por la montaña.

Allí era donde recobraba yo la calma que habia huido de mí, llegando á creerme perfectamente curado de amor y que regresaria tranquilizado y alegre al *Diablerette*.

¡Qué de disgustos me estaban esperando!

Encontré á Felicia tan cambiada y tan envejecida, que me pregunté á mi mismo si la ilusion óptica del amor me la habia hecho ver antes jóven y hermosa, ó si algun pesar profundo habia hecho en ella, en el espacio de un mes, lo que no hubieran podido hacer años enteros.

Asegurábame ella, no obstante, que estaba muy bien; Juan me juró que no habia estado enferma; y habiéndola visto diariamente no habia notado que sufriese.

Tonino se encontraba ausente, habia ido á Lugano para recibir la última bendicion de su moribunda madre. Felicia conservaba tiernos recuerdos de ésta su caritativa parienta, por la cual habia sido recogida en su desgracia. Pude creer pues que aquella muerte y el disgusto de Tonino la habian

afectado vivamente, y que, absorbida por aquellos disgustos de familia, no se habia acordado mas de mí. Ya no estaba celoso, y me avergonzaba de haberlo estado; lisonjeábame de inspirar en lo sucesivo una amistad benévola y seria.

Una tarde, me llamó Juan aparte y me dijo:

—He tenido esta última noche un sueño terrible. No tengo nada de supersticioso, ni creo que los sueños tengan nada que ver en lo porvenir; pero encierran algo de triste ó útil, que nos hacen pensar en lo que pueda sobrevenir y en que podemos vernos abandonados á nuestro dolor. He soñado que habia ido de caza y que habia matado una gamuza; pero esta pieza muerta, era yo mismo. Habíame visto asido ó colgando de una peña, herido y ensangrentado; mi fiel Medor habia venido á rematarme. Yo queria hablarle y me era imposible. Medor no me reconoció. Ríome de esto ahora, pero me pregunto al mismo tiempo y me digo: ¿Si todo cabe en lo posible, es necesario que en la prevision de cualquier accidente tenga puestos en regla mis asuntos?— Naturalmente. Es preciso pues que me ayudeis á verlo. El pleito al cual habeis dado feliz término en Sion os ha puesto en el caso de conocer mi situacion y las disposiciones de mi familia con respecto á Felicia. Mis parientes no le tienen el menor cariño; son todos ricos, y yo quiero que sea ella, sin el menor obstáculo, mi única heredera. Tengo hecho mi testamento, examinémoslo juntos; veamos si está en regla y si asegura como yo deseo, el porvenir de mi hermana.

Después de un exámen detenido pude apreciar que todo estaba perfectamente. Reunimos entonces y ordenamos las titulaciones, y Juan me enseñó donde guardaba la llave de su bufete.

—Ahora, me dijo, ya estoy tranquilo, y ya podré tener todos

los sueños que se quiera, que no me acordaré de ellos para nada al dia siguiente.

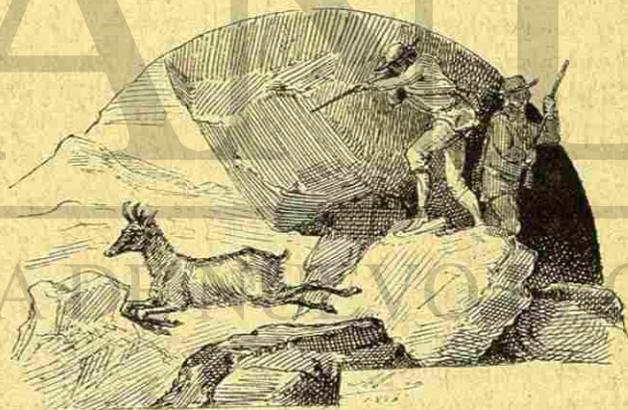
A pesar de su semblante jovial, se me antojaba que venia persiguiéndole un presentimiento siniestro.

Las personas dotadas de gran vitalidad no se acuerdan jamás de la muerte, sin alguna conmocion sensible de todo su sér. Veia yo muchas veces, como si una nube cruzara su ancha y abatida frente, que empezando á descomponerse, pusiese en claro el poder de sus facultades de obstinacion y bondad.

Semejante impresion de tristeza pareció desvanecerse por completo. Díjome Juan un dia proponiéndome una partida de caza:

—Es preciso que mate una gamuza para desmentir mi sueño.

Acompañéle yo. La caza fué buena, y en lugar de una gamuza trujimos dos. Medor se portó admirablemente, y su amo le



llenó de agasajos y caricias. Felicia, á quien nos habíamos guardado muy bien de darle cuenta del sueño de su hermano,

aceptó muy contenta el encargo de poner en estado de conservación las carnes destinadas á ello, mientras nos servía los pedazos más escogidos.

La cena fué muy alegre. Juan habia invitado algunos vecinos, entre los cuales se contaba Sixto More, quien me pareció continuar enamorado de Felicia, como continuaba ésta rechazándole. Era Sixto un bello sugeto, jóven todavía, sin educación, pero no sin juicio ni sentido comun.

Juan bebió algo más de lo que tenia por costumbre, y sin llegar á la embriaguez, hablaba con mayor exaltacion de la que le era propia.

Felicia nos dejó solos á los postres. Observé que habia vuelto á su antiguo afán para los cuidados materiales de la casa, sin preocuparse ya de echar á perder otra vez sus hermosas manos, lavando el vidriado en el reguero de agua corriente que atravesaba la vasta cocina.

Entonces Juan se puso á hablar de ella y á ponderar su abnegacion y virtudes domésticas. Enterneciase y acrecentaba gradualmente su confianza con la persona que tenia más cerca; así es que abrazando repetidas veces á Sixto, le iba diciendo:

—Si yo muero, quiero que no te descorazonas por lo pasado, y que persuadas á Felicia á que te tome por marido. Tú la has amado y sigues amándola; lo sé y lo veo, como tambien que eres el único digno de llevarte su mano. ¡Júrame que la harás feliz!

Cuando se retiró todo el mundo, Juan estaba todavía más sobrecitado, y, olvidándose de cuanto habia dicho á Sixto More, díjome á mí absolutamente lo mismo que á él le habia dicho, recomendándome que no abandonase jamás á su hermana, y queriendo que jurara casarme con ella. La idea de su muerte olvidada al parecer al principio de la reunion, habia renacido en su mente fija y formidable con la embriaguez.

Juan estaba, generalmente, sombrío. Le ví pues, no sin

inquietud continuar bebiendo y aturdiéndose en lo sucesivo, como si, creyéndose condenado á un fin próximo, quisiera olvidar ahogándolas en vino sus ideas lúgubres.

Felicia se inquietaba tambien, y queriendo retenerle inútilmente, disgustóse y recayó. Yo fui por mi parte bastante hábil ó bastante afortunado, pues llegué á hacer que renaciese en Juan su idea favorita, volviendo á emprender alegremente los trabajos de la isla Morgeron. Despues de algunos días de emplear nuevamente nuestras inteligencias y nuestros brazos, vino una gran tormenta á henchir el torrente, haciendo que condujese en su corriente las primeras tierras que esperábamos despues de la voladura de la roca, las cuales podimos recoger perfectamente. A este primer éxito, pareció volverse Juan, loco de alegría; proyectando levantar una tienda en su nueva posesion, en cuanto hubiese el sol secado el suelo, celebrando con una fiesta á la que queria invitar á todos los habitantes, ricos y pobres, de las cercanías; pero arrojando de repente el pico que tenia en la mano y como consternado:

—¡Qué gracioso! exclamó, haber tenido el trabajo, de luchar tanto y tanto, para no poder gozar del triunfo.

Felicia, que estaba presente, se espantó preguntándome azorada el por qué de aquella súbita desesperacion. Vime precisado á contestarle que, desde hacia algun tiempo, una idea sombría venia persiguiendo á su pobre hermano. Esto le alarmó mucho.

—Yo no creo en los presentimientos, me dijo; pero siempre he temido que mi hermano tenia demasiada imaginacion, tomaba con demasiado calor sus proyectos, y que podia fácilmente volverse loco. Ved ahí por qué me alarmao tanto que se excite bebiendo en las comidas. ¿Qué hacer para distraerle? Si se le habla de descansar de sus trabajos y se le propone viajar para cambiar de objetos, no nos atenderá. Procurad pues imaginar algo; porque yo, no sé francamente, que... Si le

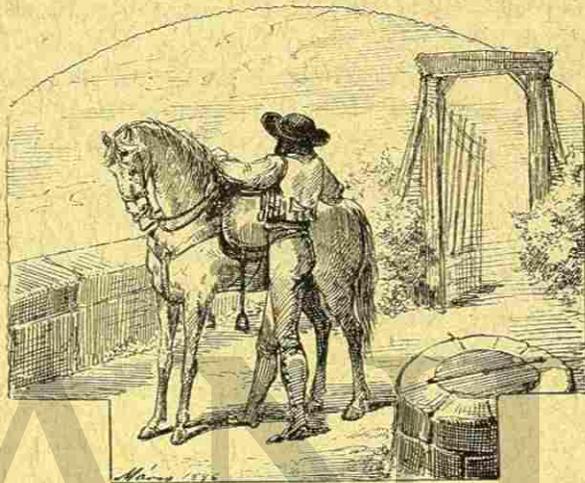
atajo y le contradigo, le irrito; si cedo, dando pábulo á sus manías, esto le da calentura. ¿Qué hacer, M. Sylvestre? ¿qué hacer? Ayudadme con un buen consejo, porque si no voy á volverme loca yo tambien.

Yo habia estudiado bastante el carácter y temperamento de Juan Morgeron para poder conocerlo. Yo sabia que el movimiento, y el cambio continuo de aire y de lugar eran necesarios á su carácter inquieto y movable. Mi ausencia y la de Tonino le habian retenido toda una estacion en sus trabajos. Esto era demasiado para él. Felicia á quien hice partícipe de esta reflexion, la encontró acertada, y entonces buscamos entrambos á una, pretexto para hacer viajar á nuestro querido Juan, sin dejar que trasluciese nuestra preocupacion.

No tardó en presentármese el pretexto. Tonino estaba detenido en Lugano por el disgusto de su anciano padre, que no queria dejar su país y que andaba por lo tanto desesperado con la idea de tener que separarse de él. El conde tejedor, era bastante altivo para no querer ser una carga para los Morgeron, que no podia garantir con un empleo adecuado á su oficio en aquel valle. Unicamente Juan, con su franqueza lisa y llana, habia de poder vencer los escrúpulos del anciano, decidiéndole á ir en compañía de su hijo á vivir en *Diablerette*.

Siempre que se evocaba el buen corazon de Juan, adulando un poco su amor propio, era seguro obtener una resolucion pronta y favorable. Así es que su partida fué cosa hecha para el dia siguiente. La idea de viajar, hablar, obrar y convencer, siendo útil, mostrándose amable y generoso, disipó su melancolía; hizo pues alegremente los preparativos de su excursion, confiándome el cuidado de la continuacion de los trabajos, y dejando para su vuelta, en compañía de Tonino, la fiesta de inauguracion de su isla.

Juan aborrecia los coches públicos; ahogábase cuando encontraban en ellos compañeros de viaje, y cuando no los tenia se disgustaba mortalmente. Así es que hacia á caballo todas sus



correrías, aprestando por sí mismo con gran cuidado, su robusta y querida jaca de marcha. Nosotros le apresábamos temiendo que volviese sobre su acuerdo. ¡Ay! y creyendo salvarle, le abocábamos á su perdicion.

Tomé yo otro caballo para acompañarle hasta la salida de las montañas. Dejéle al estar en el llano, despues de haber almorzado juntos en una pequeña posada, donde estuvo todo lo alegre y tranquilo que podia estar. Sus fantasmas parecian haberse desvanecido por completo, hablando con muy buen acuerdo y acierto de la situacion de Tonino como de su familia.

Después de habernos abrazado cordialmente, cuando con gran soltura hubo montado de nuevo en su resistente y briosa cabalgadura, reemprendiendo su marcha á buen paso, haciendo resonar los arreos incrustados en plata como las pistolas del arzon, le seguí con la vista en la llanura, durante un buen espacio.

¿Había yo de creer que estaba viéndolo por última vez á aquel hombre tan robusto y enérgico, en el que la vida era una expansión continua, ó un desbordamiento de fuerza por así decirlo?

Iba ya á perderle de vista, cuando observé que Medor su inseparable compañero, al cual cogía por la piel del cogote colocándole á las ancas de su cabalgadura cuando le veía fatigado, no le seguía. Juan sabiendo que el perro cazador hacia frecuentemente semejantes gracias al estar en el campo, juntándosele luego siempre, no se inquietó mucho por ello. Medor



estaba seguro de que se le subiría á caballo en cuanto llegase extenuado por una carrera violenta. Sin embargo, yo le andaba

buscando con la vista á lo lejos, cuando me le encontré, sorprendido, junto á mí, echado en la ladera con semblante triste. Quise yo hacer que se fuera con su amo; pero no pude lograrlo, no hubo persuaciones ni amenazas que le convencieran. El pobre animal abatido y jadeante, me miraba como queriendo decir que estaba enfermo, y que antes preferiría sucumbir á los golpes que intentar una nueva carrera.

Juan estaba ya muy lejos para ver lo que estaba pasando y desandar lo andado. Debí, pues, llevarme nuevamente el perro á casa. Al día siguiente no quiso comer ni beber; todos creímos que era por el disgusto de no haber podido seguir á su amo. Al otro día se le buscó en vano por todas partes; había desaparecido. "El inteligente Medor, decíamos todos, habrá corrido en busca de su amigo desde el momento en que se sintió con fuerzas para ello. No dejará de dar con él."

V efectivamente, con él dió á las puertas de Lugano. Saltóle encima para acariciarle y le mordió.

La hidrofobia, ese terrible mal combatido durante muchos dias por la afecion, el recuerdo y la fidelidad, estalló en aquel momento de alegría.

Algunos dias despues recibí carta de Tonino. Juan estaba gravemente enfermo, ignorándose la naturaleza de su enfermedad. Era víctima de una fiebre ardientísima con delirio incesante y furioso. Yo debia prevenir á Felicia para la eventualidad de un desenlace fatal. Adivinólo ella, y me arrebató la carta.

—¡Mi hermano está loco! exclamo; debia acabar así forzosamente; ¡estaba seguro de ello!

Pusímonos en camino una hora despues, ambos á caballo, para alcanzar la posta en la parada más próxima. Sorprendíonos la noche en una estrecha y sombría garganta, donde debimos arrimarnos á la pared de roca para dejar pasar un ginete que venia hácia nosotros al galope.

Detúvose, al vernos, preguntándonos en italiano por el camino de *Diablerette*. Venia de parte de Tonino para evitar nuestra marcha. La carta de la mañana no habia sido sino para prepararnos á recibir la horrorosa nueva. Juan habia fallecido en medio de la exasperacion más atroz. Fué necesario matar al perro. El médico reconoció una mordedura en el brazo del enfermo. Así se habia realizado con la rapidez del relámpago, el fantástico y espantoso sueño del pobre Juan.

Añadia Tonino por boca del correo:

—No partais, bajo pretexto alguno; conozco perfectamente las intenciones y sentimientos de Felicia. El cuerpo de su hermano será embalsamado, y conducido por mí á nuestro valle. Que le espere allí. Ignoro todavía qué ruta deberé seguir al transportarle. Así es que nos expondríamos á cruzarnos sin vernos en el trayecto.

Felicia estuvo oyendo estos detalles con espantosa sangre fria. Hizoselos repetir varias veces, como si no hubiese entendido bien; despues, volviéndose á mí:

—Volvámonos otra vez á casa, dijo ella. Mandad delante este correo para que nos anuncie.

Desde el momento en que se nos adelantó el correo, reemprendió ella la marcha, sin decir una palabra, sin llorar, sin manifestar el menor desórden en su espíritu ni el más ligero desfallecimiento de su voluntad. Yo estaba trastornado y vivamente herido, pero me contenia, é inquietaba por Felicia. La oscuridad no me permitia ver su rostro, y temia al propio tiempo darme cuenta de su actitud. Iba yo andando junto á ella todo lo posible, temiendo alguna explosion ó desvanecimiento. La calma aparente en la que se habia envuelto, duró como un cuarto de hora. De pronto levantó los brazos dando un grito terrible, como si la luna que acababa de traspasar la cresta de rocas cuya base íbamos siguiendo, y llenando de luz nuestro camino, la hubiese llamado al reconocimiento de la realidad.

medio de su angustia, despertaba en mí aquella desventurada, sin saberlo ni quererlo tal vez, la ardiente ternura que yo creía haber vencido. Su dolor me desgarraba las entrañas, y al verla arrastrándose por el suelo mesándose los cabellos, yo sentía, con mi propia desesperación, que eran míos sus sufrimientos y que la amaba con pasión. Entonces, adquiría yo la energía del hierro, y la elocuencia indispensable á reanimarla y enterrecerla. Estuvo largo rato sin comprenderme, y luego, de repente, ignora cuál de mis palabras penetró en su corazón volviendo los sentidos á su espíritu; púsose á escuchar admirada, y buscando mis manos en la oscuridad, díjome con acento desgarrador:

—¿Sois vos quien está ahí? ¿Sois vos quien me habla? ¿Sois la persona que me ama? ¡No, no; no podeis ser vos esta persona! porque no hay quien me ame en este momento; ¡nadie me amará ya! ¡Ni amor, ni amistad! nada de esto es para mí.

—¡Juradme haceros superior á estos dolores, la dije; alimentad el deseo de vivir, y mi vida os pertenece desde luego!

—¡Es imposible, repuso ella, vos no podreis ser nunca mi hermano!

Y en uno de aquellos paroxismos de exaltación, en medio de los cuales no existe jamás orgullo ni reserva, respondíome exclamando:

—¡No! vos no podeis ser nada para mí, porque yo os estimo enamorada, y vos estais resuelto á dejarme morir antes de amarme por igual. Yo no quiero, como os he dicho, ni vuestra compasión ni vuestra amistad. Me he visto humillada y ofendida; es preciso que os adore ó deteste. Soy así, y ni vos ni nadie ha de poder cambiarme; he renunciado á vos, mi corazón se ha vengado maldiciendoos. Yo no amo á nadie ni quiero amar á nadie. Tengo dinero; soy rica, muy rica, ahora que no tengo ya hermano y que ya no vengo obligada á arruinarme para complacerle. Daré pues todo mi dinero, todas mis tierras y

todos mis rebaños á mi familia italiana. Así serán ellos felices. Tonino se casará; yo no le amo ya; no tengo pues necesidad de vivir para él; ved pues claramente cómo tengo el derecho de morir.

—¿Y si yo os amase, Felicia; si os amase tanto ó más de lo que me amais?

—El amor no se contagia; ¡me hubierais ya amado antes!

No pude retener más mi secreto, escapóseme; yo no sé cómo se lo confió ni cómo le expliqué la lucha sostenida conmigo mismo. Pero no dejé que trasluciera un solo punto de mis celos, pues no pronuncié siquiera el nombre de quien me los había inspirado. Hubiérame avergonzado de confesárselo, y hubiera creído ultrajar á Felicia en el momento en que debía elevarla á sus propios ojos; mis sospechas unidas á la amargura de su desdicha, hubieran sido, para ella, yo así lo creo, un nuevo caliz de amargura. No lo sospechaba ella, oíame con sorpresa y sobrecogimiento, sin interrumpirme; luego, y como venciendo su propia naturaleza, volvió de nuevo á sollozar, pero esta vez sus ojos derramaron lágrimas en abundancia, pidiendo en medio de su expansivo dolor, perdon á Dios y á su hermano de amar todavía á alguien en la tierra.

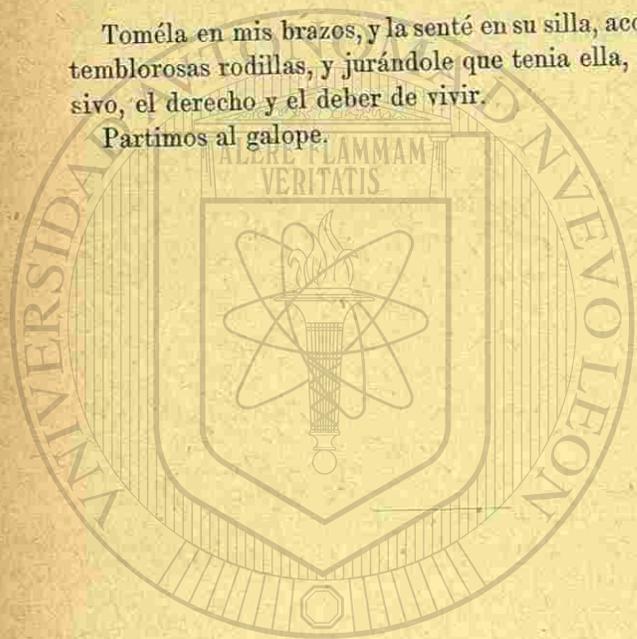
La exaltación no se hizo esperar. Levantóse Felicia, y tomando maquinalmente la brida y el estribo de su caballo me dijo:

—¡Partamos! la idea de la dicha no puede penetrar en este momento en mi cabeza, pero siento renacer mi valor con la idea de poder aún consagrarme al bien de alguien. ¡Ved, mi hermano me espera! ¡allí está, desde allí nos ve! ¡Quiere que nos fundamos uno en otro! ¡Juradle que me habeis dicho la verdad y su alma estará satisfecha! ¡Yo le juro á mi vez que viviré, que continuaré sus trabajos, que daré su nombre á estas tierras, á esta isla que ha sido el sueño de su vida, y que no me faltará jamás para ello la voluntad ni la fe! Así lo quiere él, ¿no es cierto? Si yo muriese ahora, se le olvi-

daria; su obra se vería abandonada. Amadme, amadme, ó todo habrá acabado para él como para mí.

Toméla en mis brazos, y la senté en su silla, acomodando sus temblorosas rodillas, y jurándole que tenía ella, para lo sucesivo, el derecho y el deber de vivir.

Partimos al galope.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

XXI

Los tres días llegó Tonino con el cuerpo de Juan en un carromato. Su caballo, atado á la trasera, seguía cabizbajo. Una caja venía también encerrando algo ignorado que Tonino ocultaba cuidadoso, la que enterró anticipadamente por



la noche, en el mismo lugar donde debía ser enterrado Juan. Supe después este extraño secreto. Desde el momento en que se había sentido Juan enfermo, parece que dijo:

—Es indispensable matar al perro, porque es peligroso que

viva, pero es á su pesar que me ha mordido, y, si yo muero, es preciso que se le entierre á mis pies; esta es mi voluntad.

Felicia habia vuelto á encontrar el austero valor de su energia. Ocultóse el género de muerte del pobre Juan; todo el valle asistió solícito y respetuoso á sus funerales, y Felicia tuvo el consuelo de ver, que á pesar de sus celillos, su desconfianza, y su burlonería pasada, sentian sinceramente todos los habitantes que, aquel á quien habian muchas veces mortificado, hubiese muerto. Hacian todos justicia á sus importantes cualidades.

Despues de la ceremonia, se sirvió, segun costumbre, una gran comida. Felicia cuidó por sí propia y sin desmayar de todos los deberes propios á la hospitalidad.

Cuando volvió todo al silencio natural, lloró entonces ella en silencio tambien, y estrechándome castamente la mano, me dijo retirándose:

—¡Habeis visto si tengo valor!

Tonino habia venido solo, sin que él ni Juan hubiesen podido persuadir á su padre á que le acompañara; así es que al dia siguiente, ordenó Felicia á Tonino que se volviera.

—Tú no has sabido cumplir con tu deber, díjole ella en tono severo. Tu padre lo ha perdido todo perdiendo á su excelente esposa. Habrás querido darle dinero, y no es esto, sino la amistad y el trato, lo que le hacen falta; á su edad, se muere uno cuando se encuentra solo. Anda á buscarle, y dile que iré por

él yo en persona si es preciso. Ya vendria ahora mismo contigo si no estuviera muerta de fatiga; pero debo evitar el caer enferma, puesto que aún me quedan en este mundo deberes que cumplir.

Resistíase Tonino asegurando que nada bastaria á decidir á su padre á dejar su país.

—Pues bien, dijo Felicia, si no consigues el objeto, debes permanecer á su lado, yo lo quiero.

Animábase la discusion; ignoro por qué humana consideracion no queria yo saber qué poderoso sentimiento impulsaba al uno y detenia al otro ante aquella separacion. Sentia yo, ó creia sentir, que entraba en algo mi personalidad en la severidad de Felicia como en la resistencia de su primo. Dejéles á ellos, y fuíme á reemprender los trabajos suspendidos.

Cuando, por la noche, volví, Tonino habia partido.

Hétenos ya solos y juntos, me dijo Felicia dirigiéndome una mirada más severa que tierna. ¿Quereis que estemos siempre solos?

—¿Por qué me haceis esta pregunta, Felicia?

—¡Tonino os desagrada!

—¡Al contrario! le aprecio; pero, toda vez que provocais mi franqueza, debo deciros que persisto en creerle enamorado de vos, y que semejante situacion se me hacia muy difícil de aceptar. Al presente, todo ha cambiado; vos me amais, y quereis que yo os ame. No queriendo calumniaros, no he de creer que no hayais encontrado el medio de hacer cesar mis sufrimientos.

—¿Habeis sufrido entonces?

—Grande y amargamente.

—¿Por qué no lo deciais?

—Me avergonzaba.

—¡Sois muy particular, M. Sylvestre! también me habeis hecho sufrir á mí cruelmente; porque os creí desdeñoso é indiferente, ocultándome cauteloso, lo que me hubiera consolado.

—¿Entonces no creéis que los celos sean una ofensa hácia la persona amada?

—No voy tan lejos como vos; los celos son, en mi concepto, inseparables del amor, y estoy por lo tanto orgullosa de habérselo inspirado.

No pensábamos lo mismo uno y otro; pero Felicia tenía necesidad de consuelos y no de discusiones, y, por otra parte, yo sentía junto á ella ese delicioso temor que hace los amores indulgentes, cuando no ciegos. Su instintiva sumisión á mi secreto deseo de que se alejara el jóven baron, me tocaba muy de cerca y conmovía profundamente. Le dí por ello las gracias; pero, avergonzado de mi egoísmo, me apresuré á decirle que no creía que debiese prolongarse mucho aquella separación que se imponía.

—Vivamos una temporada solos, le dije. Tengo una imponderable necesidad de veros únicamente yo sin ser observado por los ojos de un solo envidioso, como la tengo de hablaros y oiros sin que nos oiga ningun testigo entrometido ó curioso.

Tenemos muchísimas cosas que decirnos, porque el amor es un desconocido aún para los amigos que mejor se conocen.

Ignoramos lo que ha de venir á ser para nosotros; no pretenderemos insistir demasiado en darnos cuenta de ello, lo cual resultaría imposible tal vez, pero preparemos su imperio sobre nosotros por medio de aquel dulce recogimiento que abre la puerta á los sueños dorados. Acostumbrémonos por

medio de una confianza completa, á no constituir más que un alma. ¡Cuando sea esto un hecho, puede volver vuestro hijo adoptivo! Ya seré yo entonces bastante fuerte para resistir las vanas quimeras ó las justas susceptibilidades que han venido mortificándome.

Si él os ama, como yo creo, procuraremos uno y otro curarle de ello. Si me he equivocado, me curareis así para siempre jamás, de la injusticia de mi supuesto.

—Voy á deciros la verdad, replicó Felicia. Habeis creído adivinar algo que no podeis comprender. Tonino me ama como á su madre ó como á una hermana, es decir, que me ama mucho, pero su amor no es sino amistad; mas en el fondo no deja de haber su parte exclusivista, porque siente el egoísmo natural á todos los niños mimados. Añadid á esto que se encuentra en la edad del amor, en que los sentidos le hablan en todas las mujeres, sin que sea yo una excepcion; esto me ha sido forzoso reconocerlo. ¿Os sonrojais, M. Sylvestre, creéis todavía ser engañado? Pues bien, no; él me ha querido, él me quiere, y seguirá queriéndome probablemente aún. Si esto os molesta, no es necesario que vuelva. Si os fuera ello tan indiferente como á mí, podría volver, es decir, volvería, y entonces cuidaría yo de casarle, para hacer que absorba su atención otra mujer.

—¿Se atrevió él á deciros que os amaba?

—Sí, desde que despertásteis vos sus celos.

—¿Y vos, le regañasteis... ó acep...?

—Ni lo uno ni lo otro. Hice como que nada entendía; era lo mejor.

—¿Y no sentisteis vos ninguna emoción, agradable ó contraria?...

—¡Qué se yo! M. Sylvestre. Reflexioné. En aquel momento parecía que me mirabais con desden ó me evitabais. Hubo momentos en que el pesar me volvía loca; y me dije: "¡es pre-

ciso terminar, sufro demasiado! Necesito ser amada apasionadamente, no importa de quién, y yo, yo por mi parte, amaré como pueda. Ved este muchacho cuya amistad poseo, y que, por otra parte, aún me encuentra hermosa; pues bien, viendo aquella embriaguez, que siempre agrada, creía no alcanzar otra dicha que aquella. Parecíame siempre mejor que una soledad eterna; esto no me era posible. He vivido sola trece años, sin pensar; pero, después de haber amado, mi imaginación no puede detenerse, por más que pretenda lo contrario. Es un sueño continuado, velado al parecer por alguien que me dice: «¡Esta es la vida, no es tal vez lo que tú habías soñado; puede que sea mala y aún peor que tu soledad, pero es la vida!»

La terrible franqueza de Felicia me hacía mucho daño, al propio tiempo que me inspiraba mucho respeto su valerosa lealtad. Yo quería llegar hasta el término de aquella ardiente confesión y mis preguntas, al parecer tranquilas, la obligaron á continuar:

—Soñé pues en casarme con este muchacho, repuso ella; y hubiera querido poder decidirme, pero me fué imposible. Existe en mí una repugnancia moral hácia él. No le estimo demasiado, porque sé sus defectos. Tomo sus más inocentes caricias como insultos. Le creo capaz de ser ingrato con su mejor amigo el día en que éste no le deje nada que desear. Vereis como se olvidará de Juan harto brevemente; además, es hipócrita: me ha sido imposible corregirle este defecto. En fin, que le odio en parte después de haberse manifestado enamorado de mí, sin que acertara á decir el por qué. Me impacienta, me irrita. Gusto de la soledad y del descanso cuando no le veo, y, si me dijerais que os molesta é incomoda también, creo que me alegraría. Ya me arreglaría yo para que no volviera.

—Pues bien, exclamé, como dominado por un sentimiento irresistible; ¡que no vuelva, Felicia! ¡que no vuelva jamás!

No me atreví á decirle que Tonino me había parecido más peligroso para ella, de lo que lo era ella para Tonino. Y sin embargo, la verdad, la delicadeza ó la bárbara verdad de aquella situación, se me presentaban en toda su desnudez. Las ardientes pasiones del joven resistiendo á los inevitables sentidos de Felicia. Un magnetismo, involuntario tal vez de una y otra parte, les había, desde los más tiernos años de Tonino, empujado uno á otro. No se amaban ni se agradaban, ó quien sabe si estaban destinados á odiarse, y sin embargo, no estaba yo libre de sentir, moral é intelectualmente, celos; pero aquella atracción física, aquella curiosidad intranquila, el deseo del uno, el temor del otro, aquel no sé qué conmovedor y sensual que flotaba entre ambos, me producía, naturalmente, cierta especie de furor; y, cosa extraña, en vez de sonrojarse de inspirármelo, Felicia parecía enorgullecerse como de un homenaje que yo le prestara! Aceptaba con alegría vulgar, la proposición que yo le hacía temblando.

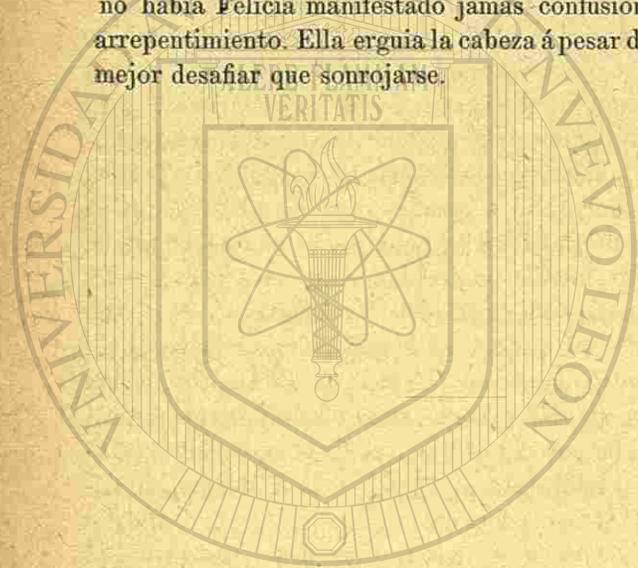
—Esto, ¡esto es, decía ella, lo mejor! ¡que no venga más á servirnos de estorbo! Voy á señalarle una buena dotación y decirle que dejamos ambos este país. Viajaremos una temporada si os parece, y, cuando volvamos, él habrá ya fijado su residencia en Lugano al lado de su padre. Esta noche misma le escribiré...

—¿Vais á decirle entonces que nos casamos?

—Sí, pienso decírselo, quitándole así toda esperanza.

Esta última palabra de Felicia resultó para mí tan amarga, que me apresuré á pedirle permiso para no dejar el paso franco á mi disgusto. Tonino tenía, pues, alguna esperanza;

ella se la habia dejado concebir! Aquella mujer austera, no era pues verdaderamente casta. ¿Podia serlo? Su primera falta, en la cual no me habia fijado apenas hasta entonces, aparecióseme como una verdadera mancha, un delirio precoz, una atraccion completamente brutal que el pudor y el orgullo no habian, tal vez, soñado en resistir. Recordé que hablando de aquella falta no habia Felicia manifestado jamás confusion ni verdadero arrepentimiento. Ella erguia la cabeza á pesar de ello, y parecia mejor desafiar que sonrojarse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

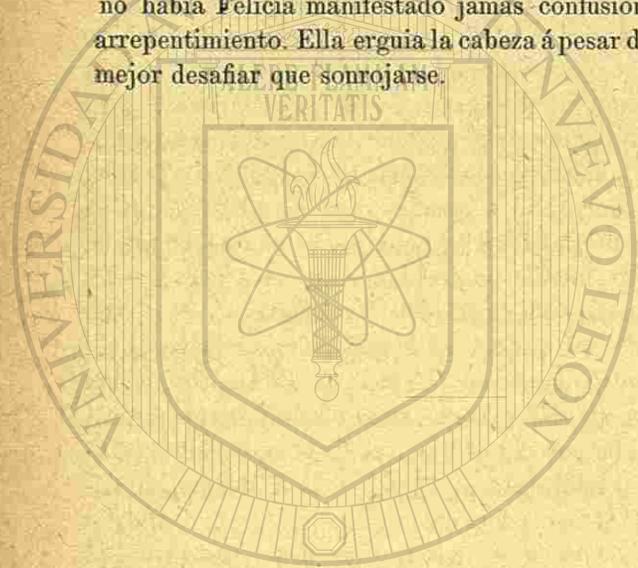
TRISTE é inquieto estaba yo al dia siguiente. Felicia al contrario, parecia tranquila y como animada por una gran resolucion.

Habia escrito á su primo, y al querer ella mostrarme la carta, yo no habia querido leer. Temia encontrar en ella la confirmacion de mis dudas y de carecer del valor suficiente para sacrificarme. Sentia perfectamente que debia tenerlo, que no podia perder un alma que habia jurado salvar; en fin, que estaba en el caso de aceptar el destino á que me habia hecho yo mismo acreedor, y si no podia ser dichoso y feliz, debia admitir todas las consecuencias de mi pasion.

¡Mi pasion! pasion indefinible; que me abrasaba dejándome helado rudamente á lo mejor, al desvanecerse al parecer. Al lado de Felicia misma estaba sufriendo esa especie de vértigo que el amor de una mujer inteligente y bella produce en quien lo siente. Despues al estar solo, parecíame haber soñado, y lo que me chocaba en aquella naturaleza escepcional, me parecia ser la única realidad de mi emocion.

Pasáronse dias y semanas sobre esa desgarradura interior, llegando á disiparla

ella se la habia dejado concebir! Aquella mujer austera, no era pues verdaderamente casta. ¿Podia serlo? Su primera falta, en la cual no me habia fijado apenas hasta entonces, aparecióseme como una verdadera mancha, un delirio precoz, una atraccion completamente brutal que el pudor y el orgullo no habian, tal vez, soñado en resistir. Recordé que hablando de aquella falta no habia Felicia manifestado jamás confusion ni verdadero arrepentimiento. Ella erguia la cabeza á pesar de ello, y parecia mejor desafiar que sonrojarse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

TRISTE é inquieto estaba yo al dia siguiente. Felicia al contrario, parecia tranquila y como animada por una gran resolucion.

Habia escrito á su primo, y al querer ella mostrarme la carta, yo no habia querido leer. Temia encontrar en ella la confirmacion de mis dudas y de carecer del valor suficiente para sacrificarme. Sentia perfectamente que debia tenerlo, que no podia perder un alma que habia jurado salvar; en fin, que estaba en el caso de aceptar el destino á que me habia hecho yo mismo acreedor, y si no podia ser dichoso y feliz, debia admitir todas las consecuencias de mi pasion.

¡Mi pasion! pasion indefinible; que me abrasaba dejándome helado rudamente á lo mejor, al desvanecerse al parecer. Al lado de Felicia misma estaba sufriendo esa especie de vértigo que el amor de una mujer inteligente y bella produce en quien lo siente. Despues al estar solo, parecíame haber soñado, y lo que me chocaba en aquella naturaleza escepcional, me parecia ser la única realidad de mi emocion.

Pasáronse dias y semanas sobre esa desgarradura interior, llegando á disiparla

Nada sabía yo de Tonino, sino, que sin esperar convencer á su padre, obedecía á Felicia permaneciendo junto á él. Que le escribía mucho, pero yo nunca quise leer sus cartas; ni gustaba de hablar nunca de él.

Quería yo dejar á Felicia todo el cuidado, toda la responsabilidad y no me atrevo á decir, todo el mérito, de semejante hecho.

No parecía, sin embargo, serle muy penoso, al contrario. Si algun rayo de alegría asomaba en ella en medio de la tristeza en que la tuvo sumida por largo tiempo la pérdida de su hermano, era los días en que me decía:

—El chico parece irse acostumbrando á vivir allí. Es verdad que me cuesta algun dinero, y creo que se cuida muy poco de ganarlo, pero en cuanto haya tomado una determinacion, le diré que debe procurarse un empleo. Que si es verdad que estuvo muy mimado aquí en vida de mi hermano, es preciso que aprenda ahora á hacer lo que hacen los demás.

Yo nada contestaba, y Felicia sonreía como viéndose defraudada. Había, sin embargo, cierta alegría preventiva en aquella misteriosa sonrisa. Estaba satisfecha de reconocerme celoso; pero mi semblante severo no daba lugar á que me lo dijera.

En semejantes intimidades llenas para mí de atractivos y sufrimientos al principio, aportaba Felicia un valor extraordinario. Fué tomando ella posesion de mí con una confianza ilimitada, y mirándose como mi desposada, me hablaba de sus amores sin la menor reserva ni turbacion. Mostróseme desde entonces, verdaderamente grande, porque era casta y valerosa al mismo tiempo. Habíase hecho para sí como una especie de prescripcion religiosa de no pensar en sí misma durante todo el tiempo en que vistiera luto por su hermano,

y, al par que me hablaba sin cesar de nuestra futura union, no se le ocurrió nunca la idea de buscar para ella el menor asomo de felicidad. Ocupábase exclusivamente de la mia, procurando de mil modos que la creyese capaz de realizarla.

—Soy muy inferior á vos, me decía, y no quisiera por nada de este mundo perteneceros antes de que me elevarais todo lo posible hasta vuestro nivel. Aprovechad mi inteligencia y mi voluntad para irme enseñando cuanto ignoro; enderezad mi juicio; aclarad mis ideas; haced que comprenda todo cuanto sabeis; ponedme en estado de poder corresponderos en vuestra conversacion, de interesarme en lo que os interesa, y de ver claro, así respecto á vos como respecto á mi misma. Me habeis reprendido alguna vez; es necesario que no tengais luego este trabajo; es preciso que no os admireis más de mi ignorancia y de mis errores; es preciso que alejeis de mí unos y otros, y tened la seguridad de que no ha de seros muy difícil.

Efectivamente, era ello, en apariencia, bastante fácil.

No se resistía mucho en aprender cuanto se le enseñara, nada discutía, escuchaba con avidez cuanto le decía, absorbiendo, por así decirlo, todas mis palabras, con la plácida docilidad de un niño aplicado.

Su carácter inquieto y nervioso, reaparecía en los cuidados que dedicaba al trabajo doméstico, en las órdenes que daba á sus criados y en las impaciencias que le producía este trabajo pueril. Obtuve de ella la promesa de que exprimirla aquella actividad febril, aprendiendo á mandar y disponer con calma, soportando filosóficamente la negligencia ó falta de inteligencia inevitable en muchos dependientes. Esto era, al principio, superior á sus fuerzas; pero, un día, en que le expliqué las opiniones de Lavater con relacion á la fisonomía, tra-

céle su propio perfil á vuela pluma, y mostréle las diversas espresiones de su fisonomía modificada por el sentimiento de sus emociones interiores; vióse tocando el violín, y se encontró hermosa; vióse regañando á sus criados, y se encontró fea. Consternada por mi discernimiento, apenóse y lloró; pero, desde aquel momento volvió á ser dulce y suave con todo el mundo, como la primera vez que lo habia intentado para agradarme.

¿Como no habia de producirme efecto tanta sumision?

Pronto quedé admirado de su inteligencia; manifestaba una maravillosa facilidad de comprension. Dos ó tres semanas de lecciones bastaron á reformar sus equivocadas locuciones alemanas y francesas. Pidióme una lista de ellas, y durante la noche no dormia para estudiar. Cuando las habia bien clasificado en su memoria, no volvia ya á repetir las más.

Más difícil se le hizo ir corrigiendo su acento, pero pronto supo hacer desaparecer las entonaciones vulgares. Esto fué para ella, como si se le diese una leccion de música; así es que su instinto musical le sirvió admirablemente para semejante reforma. Aprendió igualmente á sostener una conversacion, y esto que lo habia ignorado siempre por completo. Habia sido Felicia uno de estos espíritus impetuosos que no atienden á lo que se les dice si no corresponde ello á sus preocupaciones. Así es que se escudaba con una sola frase que le hubiese chocado, y, como un crítico de mala fe que se aferra á una cita truncada, desnaturalizaba ella, con ingénu y persistente habilidad, el verdadero sentido de lo que se le decia, para contestar á lo que nadie habia soñado en decirle. Abjuró formalmente este proceder ingenioso, no desde el momento en que le hubo demostrado sus inconvenientes, pero sí en cuanto le hice expe-

rimentar su parte ridícula y pueril. Tenia ella, con respecto á mí sobre todo, un amor propio altamente exagerado, y, para corregírsele, tuve que apelar á las armas más opuestas á mi carácter, esto es, á la sátira y á la chanzoneta. Yo, que siempre he sido todo benevolencia, estaba mortificado de continuo de tener que valerme de semejantes trazas, porque la habia sufrir en alto grado; pero ella parecia quererlo así.

—Mi voluntad es flexible, decia; pero mi instinto es reacio. Yo bien quiero lo que vos quereis, pero un algo que no me explico hace que resista por costumbre. Es preciso, pues, machucar mi vanidad á vuestro gusto, atraer una crisis, hacerme daño, en una palabra, vencerme en la lucha; entonces se graba la leccion en mi memoria para no borrarse jamás, como no se borran las cicatrices de las heridas profundas.

Admirábame en verdad de aquella resistencia del sér moral tan diferente en ella misma del sér de artista. Aquel no cedia sin romperse, y éste vibraba y conmovia al más ligero soplo.

Sin embargo, existian bajo aquella rudeza de carácter, delicadezas exquisitas. Era la nuestra una situacion difícil, dados los términos en que estábamos encerrados, para no caer en el egoismo; porque Felicia comprendia bien que, sin la desgracia que la habia herido brutalmente, hubiera yo triunfado de mi amor por ella, y á la verdad iba yo á ser en su vida futura, un apoyo más directo, y más apreciado que su excelente hermano. Sentia ella tan vivamente que yo temiese alguna vez la explosion de un sentimiento personal esquivo... Semejante temor no tuvo el menor asomo de realidad. El dolor tuvo siempre en aquella mujer generosa una verdadera austeridad, y si ella sintió tentaciones, alguna vez, de olvidar y de rejuvenecerse, una reaccion enérgica, verificada espontáneamente en

su naturaleza, le arrancaba lágrimas, en las cuales si yo adivinaba, jamás hizo ella traición á la causa.

Comprendí la victoria que ella conseguía sobre sí misma un día en que me dijo:

— Vos estais viendo muy á las claras todos mis defectos; y estais trabajando para quitármelos; es este un gran servicio que me prestais. Estoy á la vez avergonzada y orgullosa de que os tomeis tanta pena, y me digo que, para aceptar semejante trabajo, siendo como sois dulce é indulgente para con todo el mundo, es preciso que me ameis bastante más que el mundo entero.

Y, como yo le afirmase que la amaba en realidad más que á mi mismo, desvaneciéndose ella un rayo de alegría que asomó en sus ojos:

— Mi pobre Juan, dijo, me amaba también. El pobre no tenía vuestra inteligencia, y se preocupaba mucho de mis extravagancias sin acertar con el medio de curarlas; pero se hacía cargo de ellas tomándose tal cual yo era, y diciéndome á veces:

“¿Cómo te las compones por parecer mala, siendo tan buena?”

Y se reía, y juraba y me abrazaba para evitar la tentación de sacudirme. Era tan rudo como tierno. ¡Ah! no hay duda que me amaba de veras. Vos podreis amarme igualmente, con mayor dulzura y paciencia tal vez; pero yo no tendré jamás el derecho de pedir os igual ternura paternal.

XXIII

La crudeza del invierno tardó en venir, lo cual nos permitió adelantar bastante los trabajos de la isla hasta el punto de poder sembrar cereales en la misma y plantar algunos árboles frutales. En la región que habitábamos nosotros se gozaba de una temperatura deliciosa, y si los ventisqueros que la dominaban no nos hubiesen amenazado con sus estragos sobre la parte baja, que no estaba del todo resguardada por el vigoroso relieve de rocas, hubiéramos disfrutado de una primavera de diez meses sobre los doce del año; pero las invasiones súbitas, y, por así decirlo, mecánicas del duro invierno, en medio de nuestra plácida temperatura, uníase á lo pintoresco y raro del sitio. No era para nosotros una novedad el ver descender dentellones de hielo junto á nuestras higueras cargadas de fruto, ó, á mitad del verano, reverdecer nuestras sedientas praderas bajo la pasajera inundación de una fuente de nieve.

Yo llevaba siempre la misma vida activa y regular: trabajaba todo el día y hacía trabajar; cada noche encontraba mi des-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

canso y mi recompensa en la conversacion íntima con mi interesante y querida compañera. Llegué á encontrarme tan feliz como no lo habia sido en toda mi vida, y á creer en la quimera de que hay algo durable en este mundo.

Estaba ya convenido que nos casaríamos en primavera, y ya toda incertidumbre se habia desvanecido en mí, cuando una noche me encontré á Felicia llorando:

—Mi pobre tío ha muerto, me dijo, y eso que no tenia mucha edad; pero su oficio de tejedor en una cuadra húmeda le habia envejecido en realidad hasta el punto de no poder sobrellevar una ligera enfermedad. Habia sido un excelente hombre, el cual me acogió como una hija durante la época de mi desgracia. ¡Vedme, pues, sola en este mundo, amigo mio! no tengo más que á vos.

Yo participaba de su dolor, prometiéndole reemplazar en cuanto cupiera á la familia que habia visto desapiadadamente segada en torno suyo por la mano de la fatalidad en el brevísimo espacio de un año. No me atrevia á hablarle de Tonino; esperaba que me participara ella algun proyecto relativo al porvenir de su jóven primo. Pero ella guardó el silencio más absoluto sobre este particular, hasta que al cabo de algunos dias me decidí á hacer que lo rompiera.

—Tengo remordimientos, la dije. Me es imposible soportar la idea de que seáis, para complacerme á mí, indiferente al porvenir de vuestro hijo adoptivo. Este depende de mí desde el momento en que me aceptais como jefe de la familia, y siento que existan deberes que es preciso cumplir con res-

pecto á este jóven. Decidme, pues, lo que habeis pensado hacer para sustraerlo á los peligros de la inaccion y del aislamiento.

—Nada puedo deciros, respondiome. Hace seis meses que se me presenta desconocido. No me habla apenas en confianza, estamos casi desavenidos. Dice él que sabrá hacerse una posicion y que puede pasarse sin que yo le proteja. A deciros verdad, nada de esto creo, y temo que si se le abandona, va á perderse.

Quedé sorprendido de la sequedad de expresion de Felicia, y me quedé mirándola fijamente para cerciorarme de que no estaba haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, al manifestarse dispuesta á sacrificar aquel muchacho á mi egoismo. ¿Era aquello un reproche mudo? ¿era una insinuacion disimulada con harta habilidad?

—Felicia, le dije, es preciso llamar á Tonino; se le debe interrogar y observar, ver si declara sinceramente su independencia y si es capaz de hacer buen uso de ella; despues de lo cual podremos tomar una resolucion.

—¿Por qué, me dijo ella, intentais ocultarme que su vuelta va á seros desagradable?

—No quiero, bajo ningun pretexto, ocultároslo, pero sí quiero hacerme superior á mis escrúpulos; hay, pues, un deber que cumplir; ya os lo he dicho.....

—¿Y, por vos, es el deber lo primero ante todo?

—Sí, amiga mia; esta es mi religion.

—Sin embargo, nada debería pasar antes que el amor, me parece, repuso ella tímidamente.

—Él acepta los sacrificios tributados al deber.

—¿Cómo es eso?

—Elevándole y ennobleciéndole.

—¡Elevarse, ennoblecerse..... éste, éste es el sueño de mis ambiciones! Creo comprenderos perfectamente; ¿quereis haceros superior á los celos, no es eso? Pues bien, probadlo; pero tened en cuenta que no podreis amarme mucho si sabeis ver con indiferencia á un hombre que me mire con amor.

—Yo no veré esto jamás con indiferencia, amiga mia, á no ser que vos alentárais aquella mirada lasciva, que os amancillaria á mis ojos como á los vuestros.

—¡Dios mio! exclamó ella impetuosamente; ¿qué estais diciendo? ¿Si yo no fuese perfecta dejariais de amarme?

—No sé si sois ó si sereis perfecta bajo todos conceptos. Tal como sois, ó tal como sereis, os quiero ú os querré siempre; pero, en materia de amor, soy exclusivista, y no creo que la fidelidad completa sea una virtud difícil para los corazones amantes.

—Sabeis perfectamente, me dijo despues de un corto silencio, que jamás he sido coqueta. Que no entra ello para nada en mi modo de ser. Sin embargo, si yo me lo volviese ahora que amo; si, para alimentar vuestro amor; os hiciese ver alguna vez que puedo inspirárselo á los otros, ¿seriais tan rígido que vierais, este deseo de agradaros más, como una falta de fidelidad?

—Sí, es cierto, soy rígido hasta este punto, y lo deploraria, sin creerme injusto. Toda coquetería necesita de un cómplice, y la mujer que se asocia otro hombre á la tentativa tan poco inocente de que estais hablando, hace algo peor que engañar á su esposo; le envilece. Que haga la mujer un juego de sus sufrimientos, esto no pasa de ser una infamia que puede perdonarse; pero que aliente á un extraño para atormentar juntos al hombre á quien ha jurado respetar, esto es lo que yo no aceptaria nunca, y lo que me inspiraria el más invencible menosprecio.

—Os encuentro cruel, repuso Felicia, y teneis hoy una

manera de decir las cosas que me mortifica y espanta. ¿No habeis querido suponer que el extraño en cuestion fuese un amigo que se prestara castamente á una prueba dentro el interés del propio marido?

—¿De dónde habeis sacado esta moral bufa, Felicia? ¿Sois todavía tan niña que creais que en el juego de la comedia del amor el rival simulado que escogierais para acicatear la imaginacion ó los sentidos de vuestro marido, no tendria para sí mismo los sentidos y la imaginacion ocupados en vos? ¡Ah! si alguna vez os hicierais la ilusion de servir de la expresiva máscara de Tonino para esta pretendida prueba..... tened mucho cuidado.....

—¿Nos matariais á los dos? exclamó Felicia, vuelta de momento á la alegría involuntaria de su instinto salvaje.

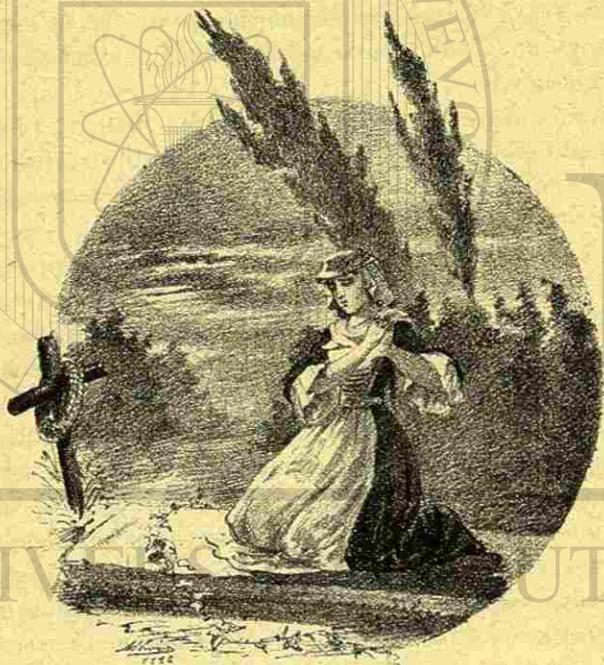
—Os equivocais, le dije, haria algo peor; os despreciaria á uno y otro.

Esta respuesta la sublevó, y la vi entonces, por primera vez, enojada contra mí.

—No me amais en verdad, me dijo; puesto que admitís la suposicion de que vuestro amor puede derretirse como las primeras nieves. ¿Qué es entonces para vos el amor? ¡Nada, ó casi nada! ¡Hablais de pasar, en un dia, de la adoracion al menosprecio, como si se tratara de cambiar vuestros vestidos de verano por los de invierno! ¿Será que se entienden así las afecciones cuando se es filósofo? Nos trazamos un plan, establecemos una ley, y fuera de esto ¡no cabe el menor desvío imaginable. Si el hombre no tiene por compañera una mujer sin defectos, un otro él mismo, si no la mata en un exceso de cólera,.... ¡oh! ¡no! ¡esto no es bastante divertido! es preciso matarla en su aprecio, y desde entonces tambien igualmente en su corazon. Es decir: una palada de tierra sobre este cadáver, y todo está terminado. Pues bien, yo encuentro esto horroroso, prefiero antes la rudeza eterna, la eterna rudeza y

el perdón eterno de mi pobre Juan. Él no tenía orgullo de sí mismo, y cuando yo le contrariaba, me contrariaba él á su vez, y estábamos en paz.

Salió entonces sin quererme atender, y en plena noche, se fué á llorar sobre la tumba de Juan. Así resultaba que Tonino,



lejos y todo como estaba, no dejaba de ser un obstáculo á nuestra mútua confianza. Su nombre no podía reaparecer entre nosotros; ¡la sola idea de una reconciliación de pocos días no

podía ser evocada sin dar lugar á una discusión séria y sin llevar desde lo profundo al colmo, el edificio de nuestra felicidad! Después de tantos esfuerzos por una y otra parte al objeto de fundar y consolidar aquella grande obra, era por último, mortalmente triste el resultado.

ESTUVE reflexionando toda la noche para tomar un partido que conciliara nuestras mútuas susceptibilidades, con la proteccion y solitud que debíamos á Tonino. Desde por la mañana hablé de ello á Felicia.

—Ocupémonos de este chico, le dije; disputémonos aún, si es necesario, á propósito de él y por él, pero no le olvidemos. ¿Vuestra intencion ha sido siempre la de hacer de él un agricultor? Pues bien, á falta de un poco de ciencia que pudiera yo comunicarle teniéndole junto á nosotros, démosle una verdadera educacion especial, mandémosle á una granja-escuela. Existe una á dos pasos de aquí. Iré yo á verle frecuentemente, le vigilaré como á un hijo, y, cuando salga...

—No saldrá, puesto que no ha de entrar, respondió Felicia interrumpiéndome con viveza. Es ya demasiado mozo para ello. ¡Ha cumplido ya veinte y dos años! Esto seria humillante para él, puesto que tendria que hacer su aprendizaje entre chiquillos. Tiene, naturalmente, su vanidad, como no ignorais, y está ya en edad de no obedecer como un muchacho. No es para dicho que él aceptaria por otra parte vuestra autoridad paternal como aceptaba la de Juan. Lo mejor es

señalarle una pension conveniente y mandarle á buscar trabajo de conformidad con sus inclinaciones. He sufrido ya demasiado de vos por culpa suya; no podria ya soportarlo por más tiempo, sin volverme loca. No le quiero ver más por aquí.

Felicia estaba á la verdad exasperada y casi trágica; mi sonrisa la irritaba aún más.

—¿No son pues nada, repuso ella, las amenazas que me hicisteis ayer? Habia yo creido que hablabais al fin, en tésis general; pero, cuando el nombre de Tonino asomó en vuestros labios, en medio de todo, pude ver claramente que no os habia comprendido jamás. ¡He soñado toda esta noche en ello! Si vos desdeñasteis tanto mi amor al principio, fué porque estabais celoso de Tonino. Yo me habia creido que esto era lo contrario y que no estabais ya celoso. Hé aquí por qué os revelé ciertas debilidades que hubiera debido guardar encerradas en mí. ¡Ahora os conozco! Desde el momento en que sospechais, queda probado que no amais mucho, si no despreciáis! ¡Ah! ¡cómo he sido imprudente y cómo me detesto por ello!

—¡Felicia! exclamé, decid que me habeis engañado para probar mis sentimientos; decidme que Tonino no ha estado jamás prendado de vos; yo perdonaré una mentira de la que no comprendéis la gravedad; yo me reiré con vos, y os daré al mismo tiempo gracias por ello verdaderamente enagenado, si me libertais del tormento con que vuestra aparente sinceridad me ha encadenado.

—No, no he mentado, dijo ella, yo no miento jamás; pero algunas veces me dejo llevar de la imaginacion y, sin darme cuenta de lo que hago, puedo exagerar. Esto es lo que pasó, sin duda, por mí, cuando me lamenté con vos de las ideas de Tonino. Y luego, mi carácter es un tanto inquieto, ya lo sabeis.

He podido, he debido sin duda, equivocarme. Quien sabe si el muchacho, ha abrigado jamás los sentimientos que yo le he supuesto. Lo cierto es que él no ha vuelto hasta la fecha y que está harto frío conmigo. No pensemos más en ello; yo ya lo he olvidado todo por mi parte; ¿no podriais vos olvidar igualmente? ¿Es necesario, por ventura, que por cualquier palabra imprudente, esteis á cada instante en el caso de retirarme vuestra confianza?

—No, en verdad, respondile, no va á ser así. Quiero olvidar, quiero aceptar vuestras últimas explicaciones, y quiero igualmente preocuparme de la educacion de vuestro hijo.

—Pues bien, habladle, respondió tranquilizada Felicia. Aquí le teneis para oiros y contestaros; os dejo juntos.

XXV

Ella salió al tiempo mismo que entraba Tonino en la sala, con gran sorpresa mia. Acercóseme en ademán triste, pero sincero, abrazándome con efusion.

—Pareceis admirado de verme, dijo; ¿no sabiais que estaba aquí desde antes de amanecer?

—Vuestra prima no me habia dicho una palabra.

—¡Oh, mi prima! ¡es muy singular para conmigo, en la actualidad! Parece que me tiene muy poco cariño desde que os ama á vos. ¿A qué vendrá eso, M. Sylvestre? ¿Qué os he hecho yo para que me odieis, yo que os he sido siempre adicto y dispuesto siempre á sacrificarme por vos? Creo llegado el momento de una explicacion.

Al llegar aquí á las cinco de esta madrugada, me detuve, naturalmente, al pasar por el cementerio, para visitar la tumba de mi pobre primo. He visto á mi prima arrodillada y la he llamado. Ha lanzado sorprendida un gran grito, y viniéndose á mí me ha dicho que yo venia para hacer su desgracia. Ha pretendido que me volviera inmediatamente por donde habia

venido, tanto, que he debido hacer como que me alejaba; pero el cordero tiene apego al redil. Yo he venido aquí para volverme y he encontrado aún á Felicia incomodada contra mí. Entonces me he incomodado yo tambien, y le he dicho que, puesto que erais vos en la actualidad el único amo, no me dejaria echar sino por vos. Hablad, M. Sylvestre; estoy resuelto á obedeceros, si os soy odioso ó importuno; pero decidme por qué. No habiendo tenido jamás nada que echarme en cara, creo tener el perfecto derecho de pedir os una explicacion franca.

Hablóme tan ingenuamente, que le contesté con mi antiguo afecto. Alentéle, y le pregunté si me habia creído hostil hasta el extremo de no contar conmigo.

—Lo he creído, me dijo. Por más que mi prima ha querido siempre tomar sobre sí el peso de la resolucion para alejarme, yo os atribuía naturalmente este cambio con relacion á mí. ¿Veamos lo que se debe hacer? ¿Debo irme de aquí inmediatamente, ó quedarme una temporada, ó volver á entrar para siempre? Desde el momento en que me habeis recibido bien, tengo el deber de conformarme á todo cuanto os sirvais aconsejarme.

—Pues bien, empezad por decirme con toda sinceridad lo que deseais.

—Yo hubiera querido reanudar mi vida anterior, esto es; trabajar á vuestras órdenes, y recibir, como antes, lecciones vuestras. Me pareceis todavía amable y paternal; pero si mi prima me ha tomado aversion, prefiero partir y sea de mí lo que buenamente pueda yo ser.

—¿Y qué es lo que va á ser de vos, amigo mio? ¿teneis algun proyecto?

—¿Qué proyecto quereis que tenga? Me encuentro en una

situacion que no tiene apenas razon de ser. Me encuentro conde del Monte, y me veo precisado á llamarme Tonino Monti por no parecer ridículo. Yo no conozco á fondo nada más que el cuidar de los ganados; soy pastor como decia mi pobre y querido primo Juan, magnífica profesion, cuando sabe uno hacer prosperar un rebaño, ya sabe donde está su familia, y una profesion dulcísima cuando se ve uno entre su familia y encuentra uno la amistad donde ha recibido un poco de instruccion; pero la instruccion que he recibido hasta ahora no me pone tampoco en disposicion de llenar las funciones de un cargo administrativo, industrial ó artístico. Soy un mal aritmético, jamás entenderé una jota escrita en números, por mucho que sepa de calcular con la memoria. No soy, de mucho, un músico capaz de dar lecciones como mi abuelo Monti; tampoco conozco el duro y triste oficio de mi padre. No sirvo sino para pastor de alguna granja. Pues bien, ¿es esto una suerte para mí, y mi prima gustará de que yo sea el lacayo asalariado de cualquier aldeano? ¿Por qué me llevó á su casa? ¿Por qué quiso elevarme á su altura, inspirarme su altivez, hacerme un poco inteligente y otro poco artista, si era para abandonarme luego? Ha hablado de señalarme una pension; ¿para qué? No estoy enfermo, y quiero trabajar; me sonrojaria de recibir dinero para estar cruzado de brazos, y no digo que no llegase á ser un bandido, si fuere capaz de admitir dinero por no hacer nada. ¿Que no puede ó no quiere tenerme aquí? Si mi presencia os molesta, que me permita construir un chalet en *las alturas*; que me confie una buena vaquería y no bajaré aquí más que cuando quiera. Tomaré uno ó dos muchachos auxiliares para que me ayuden en mis trabajos; cultivaré tambien un poco de terreno, si lo hay en el lugar que se escoja que no sea del todo incultivable; me llevaré mi violin, vos me dejareis algunos libros para leer, y así mataré el fastidio. Ganaré, pues, mi vida dignamente, sin hacer daño á nadie, ni perjudi-

carne á mí tampoco. ¿Creeis que puede haber nada más fácil y puesto en razon?

Estaba Tonino tan, por su parte, en lo justo, que no acerté á dar con la objecion más remota. Conocia él perfectamente el negocio y los cuidados del ganado, y gustaba de la vida campes- tre. Era, en verdad, la única manera de vivir que podia escoger. Para otra profesion cualquiera de las que conocia más ó menos no era práctico ni profundo, y su carácter duro y contem- plativo, no se prestaba en manera alguna á los prodigios del trabajo intelectual que hubiera debido hacer para recuperar el tiempo perdido.

Era preciso, pues, reintegrarlo á la familia, salvo el enviarle á las *alturas*, como decia él, si me daba algun verdadero motivo de disgusto. En caso necesario, podia tambien darle ocupa- cion más lejos, hácia la parte del Sion, donde Felicia, por con- secuencia de la muerte de su hermano, poseia algunas otras propiedades que cultivar.

Acogí, pues, la vuelta del jóven conde con sincera cordia- lidad, resuelto á ser igualmente severo con él si llegaba á engañarme, pero sin poder creer que esto fuera posible. La amistad que yo le probé le hizo derramar lágrimas, y él me juró con toda su alma que me queria entrañablemente. A sus efusiones, iba mezclada la expresion del dolor que acababa de experimentar con la pérdida de su padre, del cual hablaba en términos tan sencillos y tan tiernos, que me conmovió, y me hubiera yo encontrado odioso á mis propios ojos, ahuyentán- dolo en semejantes circunstancias.

Llamé nuevamente á Felicia, y le mostré tanta confianza como á él. Mantúvose ella en actitud bastante fria con respec- to á entrambos, pareciendo mortificada y como impaciente, cuando Tonino insistia en querer saber la causa de su dureza para con él.

—¿No me direis, tal vez, exclamó con cierta viveza, lo que he hecho para desagradaros despues de muerto nuestro pobre Juan? ¡Hasta entonces, habiais venido siendo mi segunda madre, y despues, súbitamente no he sido, al parecer, sino un estorbo! Yo acusaba injustamente por ello á M. Sylvestre, quien es un angel, casi un Dios por mí. Parece satisfecho de verme. Quiere que yo continúe aquí; entonces sois vos, vos sola quien me rechaza. ¿Es forzoso que sea yo desgraciado? ¿Qué es entonces lo que he dicho, pensado ó hecho de malo para ser tan desdi- chado como soy?

—Nada, respondió Felicia fijándose en mí, como si quisiera cerciorarse de todas mis palabras una á una, á medida que se las dirigiese. Tú no has hecho nada malo, pero eres contrario á mi matrimonio con no importa quién. Sábelo, pues; tú eres un niño mimado, demasiado celoso del cariño que se te con- cede, lo cual prueba que no estás bien seguro de merecerlo. He creido verte faltar á la consideracion que se merece M. Syl- vestre, porque una ó dos veces, sin decir de él nada malo directamente—lo cual no era posible—me hablaste de él como despechado. En este supuesto, te advertí por mí misma, que si no estabas decidido á quererle, respetarle y servirle como á tu amo y mejor amigo, estaba yo dispuesta á no tole- rarte junto á mí. Quiere él que te quedes, quédate en buen hora; pero fijate mucho en lo que voy á decirte: nada de celos, nada de reticencias, nada de bromas ni de lamentos; porque he jurado que, á la primera palabra, ó á la primera mirada que demuestre algo de lo que te indico, no permanecerás un minuto más en esta casa.

Tonino quedó aterrado por un momento, ante esa dura prevención, que me hería á mí también, tendiendo á hacerme sospechar nuevamente de la sinceridad á la cual acababa de confiarme.

Fuése á su cuarto bastante agitado, casi colérico; después volvió á mí, y poniéndose de rodillas á pesar mio:

—Ya que me ha reprochado mi prima por mis faltas delante de vos, es necesario que me perdoneis. Pues bien, si, estuve celoso de una grande amistad que disminuía, al parecer, la mía. ¿No es esto natural? ¿Dónde está el crimen? ¿Ha visto jamás un hijo que su madre se volviera á casar sin disgusto y miedo? Será esto egoísmo, si quereis; pero á mi edad, nadie tiene la madurez de virtud y juicio de la vuestra. Soy yo tan niño como vos indulgente. Vos sois quien debe consolarme, cerrar mi herida diciéndome que aún puedo seros de alguna utilidad, tanto á mi prima como á vos mismo... Pues ya lo habeis hecho, y yo os doy por ello las gracias, y creo en vos; ¡pero ella! ¿por qué tanta frialdad y tantas amenazas? ¿Se me habia acostumbrado á eso por ventura? Yo debia ser el sosten de su ancianidad al fin de su vida. Sí, esto era lo que me decia para hacerme bueno y discreto cuando yo era niño. ¡Ved cómo ha cambiado! ¡Y cómo yo sufrí las consecuencias de ello!

—Y atiende igualmente, dijo Felicia. Sé bueno y prudente, que es lo que debes ser, y volverá á renacer mi amistad de otros días; ¡pero esto no es muy fácil, te lo advierto! Yo estaba sola las dos terceras partes del año; yo no tenia á quien agradecer sino á tí, y creía positivamente no casarme jamás.

Mi suerte ha cambiado, he tenido la inesperada dicha de inspirar afecto á un hombre mucho más elevado que yo, y que ha descendido gustoso hasta mí. ¿No es pues del caso que para no contrariar á un chiquillo como tú, renuncie yo al deber de consagrar mi vida á quien se digna aceptarla tal como es? Estamos ambos delante de este hombre para expli-

carnos como delante de un juez, y para decirle la verdad como á Dios. ¡Tú has tenido la pretension de hacerme desistir del matrimonio! Podias, es verdad, tener tus razones cuando se trataba de Sixto More, y yo dejé que te despacharas á tu gusto, porque no me preocupaba mucho de ello; pero desde que pretendiste probarme que M. Sylvestre no me consideraba sino como una criada cualquiera, te impuse silencio. Tú insististe, llegando á encolerizarte hasta el insulto; casi me ofendiste y me apesadumbraste. Yo no quise disgustar por ello á M. Sylvestre, y nada supo. Pudo, es verdad, adivinar, pero su delicadeza no ha pretendido averiguar detalles, y yo le felicito agradecida. Me has obligado á decirlo. Ahora bien, hazte perdonar, y no vuelvas nunca jamás á las andadas, si quieres que yo olvide tu necesidad.

Tonino volvió nuevamente á sus lágrimas, lamentándose y defendiéndose con tal ardor, que acabó por vencerme del todo. Yo le observé sin embargo con toda la perspicacia de que soy capaz, y nada en su lenguaje, en su mirada, ni en su acento, indicaba la menor astucia ó impertinencia. No era en modo alguno el Tonino que yo me temia creyendo conocerle. Era el niño inocente y tierno que yo habia estimado antes de amar á Felicia, y cuanto más pretendia arrepentirse de sus celos, más me parecian éstos naturales é inocentes.

Tuve casi tentaciones de regañar á Felicia cuando estuvimos solos otra vez. Habia estado ella demasiado dura haciéndome representar el papel de amo y de juez, tan poco conforme con la actividad de mi modo de ser. Lo habia tomado ella de

manera que apareciese yo aborrecible, y ridículo tal vez, cuando yo no quería imperar en ella ni en los suyos más que por la persuasión. De seguro se había equivocado Felicia, atribuyendo al jóven aquel una especie de amor ofensivo é impropio. ¿No habia confesado haber explotado este supuesto para acrecentar mi pasión?

Veamos, querida mia, la dije; creo que es del todo indispensable no enfarrunarse en este momento decisivo de nuestra vida. Os veo nuevamente misteriosa como antes, cuando me asustaba de vuestras sonrisas tristes y altaneras. Sé, veo y siento, que ayer os herí por primera vez. ¿Es este un motivo para romper vuestro corazón sacrificándolo sin habéroslo pedido? Amais á Tonino; teneis pues el deber, tanto como la necesidad y la costumbre, de amarle. Justificadle por completo, y tanto si es culpable como si no lo es, perdonadle con la tranquilidad de un alma pura que no pueden turbar jamás los pensamientos de un espíritu extraviado. Habladme de él como si fuera hijo de los dos. Evitadme de ser demasiado confiado, y evitadme al propio tiempo de ser injusto. No dejéis que permanezca sobre todo ello no sé qué velo; y si encontrais luego que soy demasiado crédulo sobre haber sido demasiado suspicaz, advertídmelo.

No pude obtener ninguna respuesta satisfactoria. Felicia se encontraba bajo la impresion de un terror inaudito por el desprecio con que la habia amenazado.

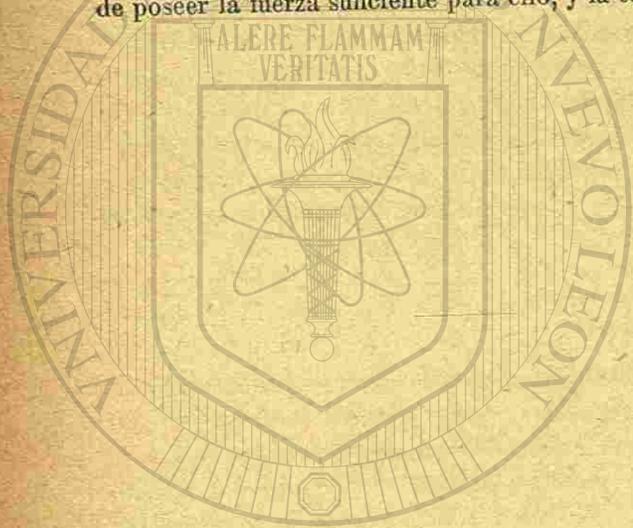
—Dejadme reponer de esto, dijo ella. Me encuentro hoy demasiado trastornada. Me he pasado sin dormir y llorando toda la noche; la vuelta de Tonino me ha sorprendido. He llegado á imaginarme que ibais á creerme cómplice de un regreso, que no es sino un acto de desobediencia; he estado verdaderamente irritada; se me ha presentado aborrecible, como si viniera á quitarme vuestro cariño, á robarme el único bien que existe para mí hoy en este mundo. (Me preguntais si

ha tenido realmente malos pensamientos, lo ignoro por completo, sin atreverme á creerlo del todo; ¿será esto mi falta? ¿y las habré yo cometido tambien? Habeis dicho que la mujer era siempre cómplice del hombre que la deseaba... ¡Puede que ya me despreciéis! Semejante idea me vuelve loca; y si es preciso que la presencia de Tonino os vuelva celoso el mejor día, ¿cómo quereis que la acepte gustosa? ¿Por qué me hablais de la necesidad, del deber que tengo yo de amarle? Se me figura que le aborrezco desde que me habeis amenazado con vuestra indiferencia. Y ¿quereis que os diga si haceis bien ó mal acogiéndole bondadosamente? ¿Lo sé yo por ventura? Tal vez creereis que tengo mal corazón si os digo que andais equivocado, y que no tengo conciencia si os digo que teneis razón.

Fué preciso contentarme con tales evasivas. Es el suyo de estos caracteres particulares que no confiesan jamás, porque ni siquiera saben darse cuenta de sí mismos. Yo comprendia temblando que existia todavía un abismo entre nosotros; pero, ¿no era esta mi falta? ¿no habia sido por ventura sondado por mí? ¿era esta mi pedantesca necesidad de lógica que llenaba de nieve y espinas la senda de amores y sol donde se expansiona el amor? ¿Por qué queria yo en absoluto que Felicia no se hubiese equivocado jamás? ¿No podia aceptar el fallecimiento de mi alma dolorida, que, en resumen, se me entregaba sin pena ni reserva? ¿Era yo un niño, para creer que no habia de tener jamás nada que perdonarle? ó, ¿me consideraba tan perfecto á mí mismo, para tener el derecho de exigirle á ella una perfeccion absoluta?

Reflexionaba entonces y me reprimia. Sometí, pues, mi rígida conciencia de la verdad á todas las transacciones que

la tolerancia y la bondad pueden conceder; resolviendo aceptar la situación tal como acababa yo de colocarla, conservando á Tonino á nuestro lado y seguir adelante. Sentia perfectamente que encerraba en el fondo de mi corazon una llaga viva y que no la cerraba en verdad, apresurándose á vivir con su mal sin hacer sufrir injustamente á los demás. Lisonjeábame de poseer la fuerza suficiente para ello, y la tenia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

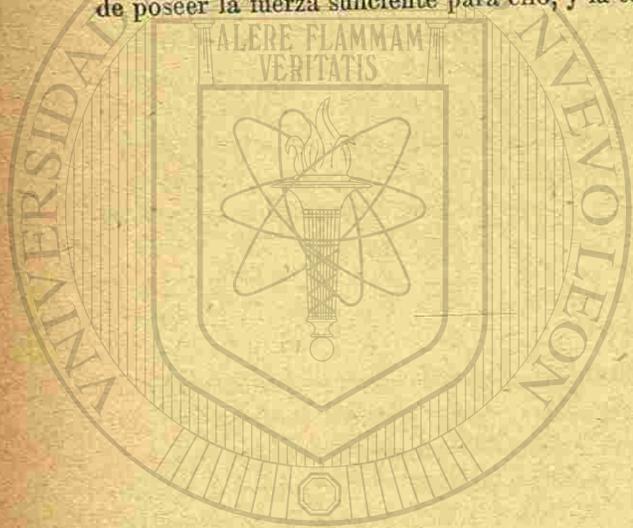
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

El destino, la fatalidad tal vez, atrajo una diversion imprevista á mis ocultas agitaciones, y esto, durante el mismo dia de la llegada de Tonino.

Vanina, la pastora, habia crecido, llegando á ser una hermosa chica rubia y bien proporcionada dentro su elevada estatura; muy graciosa, con sus prolongados brazos redondos y delicados como los de una figura etrusca. Decíase en la comarca que era ésta una hija natural del viejo Tonino Monti, lo cual era bastante inverosímil, si no imposible. Tenia ella la perfecta frescura de tonos de la raza germánica á la cual pertenecía su madre; pero la gracia y la elegancia italianas resaltaban en sus actitudes y en la dulce sonoridad de su acento. La suposición de cierto parentesco misterioso con ella no desagradaba del todo á Tonino. Juan se lo habia explicado delante de mí con un *puede ser* lacónico é indiferente. Él habia apadrinado aquella criatura y la habia recogido de pequeña por caridad. Felicia, que no admitia chanzonetas relativas á los amores de su abuelo, la habia conservado largo tiempo á distancia para no alimentar comentarios en manera alguna. Así es, que la educacion de Vanina fué hartó descuidada, y

la tolerancia y la bondad pueden conceder; resolviendo aceptar la situación tal como acababa yo de colocarla, conservando á Tonino á nuestro lado y seguir adelante. Sentia perfectamente que encerraba en el fondo de mi corazon una llaga viva y que no la cerraba en verdad, apresurándose á vivir con su mal sin hacer sufrir injustamente á los demás. Lisonjeábame de poseer la fuerza suficiente para ello, y la tenia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

Que destino, la fatalidad tal vez, atrajo una diversion imprevista á mis ocultas agitaciones, y esto, durante el mismo dia de la llegada de Tonino.

Vanina, la pastora, habia crecido, llegando á ser una hermosa chica rubia y bien proporcionada dentro su elevada estatura; muy graciosa, con sus prolongados brazos redondos y delicados como los de una figura etrusca. Decíase en la comarca que era ésta una hija natural del viejo Tonino Monti, lo cual era bastante inverosímil, si no imposible. Tenia ella la perfecta frescura de tonos de la raza germánica á la cual pertenecía su madre; pero la gracia y la elegancia italianas resaltaban en sus actitudes y en la dulce sonoridad de su acento. La suposición de cierto parentesco misterioso con ella no desagradaba del todo á Tonino. Juan se lo habia explicado delante de mí con un *puede ser* lacónico é indiferente. Él habia apadrinado aquella criatura y la habia recogido de pequeña por caridad. Felicia, que no admitia chanzonetas relativas á los amores de su abuelo, la habia conservado largo tiempo á distancia para no alimentar comentarios en manera alguna. Así es, que la educacion de Vanina fué harto descuidada, y

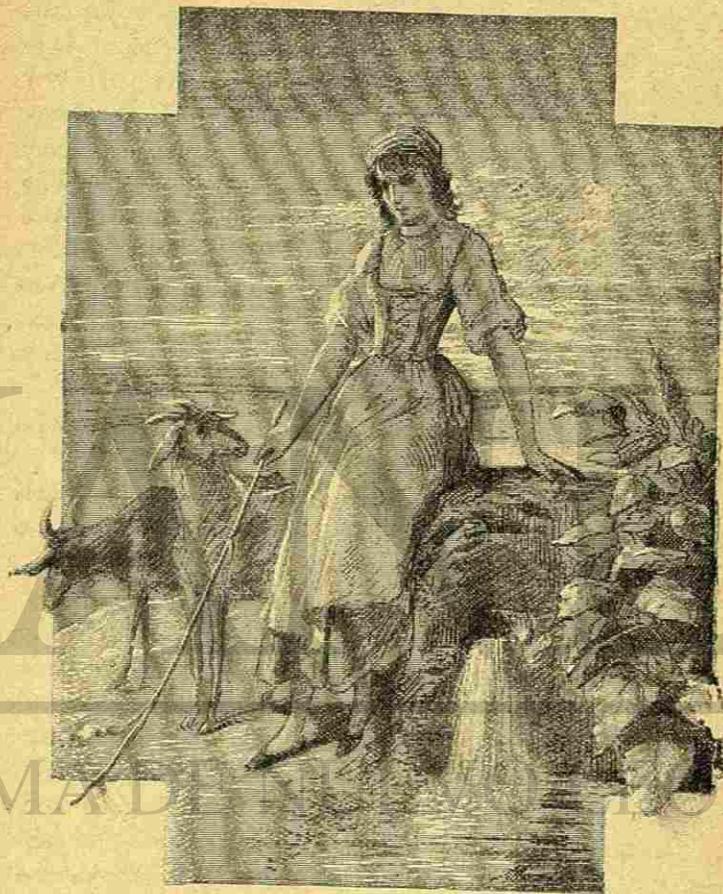
sus maneras naturalmente rústicas. Sin embargo, desde hacia dos años, su inteligencia se había desarrollado en sus frecuentes conversaciones con Tonino, y se la había visto de día en día corregirse progresivamente así en las maneras como en el lenguaje. Aquellas conversaciones la habían, como si dijéramos, despertado. Felicia había vigilado su conducta, y á consecuencia de algunas reprimendas, temiendo la muchacha ser despedida, se había absorbido ardientemente en sus quehaceres. A la sazón estaban muy satisfechos de ella, puesto que si servía á la perfección para los trabajos rudos del campo, era al propio tiempo una alhaja para los quehaceres domésticos; por lo que el ama le manifestaba gran cariño, sobre todo desde que la ausencia de Tonino había cortado las suposiciones que podía engendrar su intimidad.

Vanina se levantaba con el alba y salía de casa á apacentar sus rebaños en la opuesta vertiente de la colina, así es que nada supo del inesperado regreso de Tonino.

En el momento en que nos sentábamos á la mesa para comer, entró ella en la sala, lanzó un grito, desvaneciéndose, y palideció de súbito, dejándose caer en una silla.

Aquella inocente alegría, reprimida inmediatamente, pero seguida de un sonrojo revelador, hizo sonreír á Tonino, quien corrió hácia ella abrazándola sin cumplimiento alguno y tuteándola como anteriormente. Después de unos momentos, se levantó Tonino para ayudarla á servirnos á la mesa á Felicia y á mí; pero á medida que se iba prolongando la comida, estábamos nosotros peor servidos. Llegó un momento en que ya no se nos servía ni bien ni mal, tanto tenían que cuchichear alegremente aquel par de jóvenes dentro de la cocina. Felicia se vió precisada á llamar á Vanina para advertirla, pero sin

regañarla, ordenando á Tonino que volviera á sentarse y estuviere más en su lugar.



—Si empiezas así, díjole ella, voy viendo que estaré tan descontenta de tí como el año pasado. Tú me obligaste á despedir á esta chica. Yo la creí coqueta y desenvuelta, habiendo

visto despues que era buena y prudente é igualmente sencilla; pero si lo haces para distraerla de sus deberes, serás tú el despedido.

—¡Todavía esta amenaza! respondió Tonino con cierta arrogancia dulcificada por el buen humor. Estoy viendo que me será preciso acostumbrarme á justificar todas mis palabras y todas mis acciones. Sabed, pues, prima, que amo á Vanina con todo mi corazon. Si os dije que *no* hace algun tiempo, fué porque no creía amarla; pero he estado pensando en ella todo el espacio que ha durado mi ausencia; ¡y ahora que vuelvo á encontrarla más hermosa, más formada, más graciosa y amándome siempre..... como á un hermano! hoy sobre todo, que veo que vos no me amais ya como un hijo, dígame yo que la amistad de una pastora vale más que nada, y acepto esto que me envia el cielo para consolarme.

—Amala, repuso Felicia; no puedes emplear mejor tu amistad; pero, si la hablas de amor...

—Me mandareis á paseo otra vez, ya lo habeis dicho. Pues bien, yo os respondo de que le hablaré de amor y de que no me mandareis á paseo.

—¿Piensas casarte con ella entonces?

—Sí, prima mia, con vuestro permiso y el de M. Sylvestre.

—¿Es de eso de lo que le estás hablando hace una hora?

—No, prima mia, no le he hablado aun mas que de amistad.

Me hacia falta vuestro permiso para hablarle de matrimonio: ¿me lo concedéis?

—¿Yo?... Sí, desde luego; pero quiero saber la opinion de M. Sylvestre, y tu tendrás la bondad de esperarla.

—La esperaré... á menos que quisiera M. Sylvestre hacer el favor de dármele enseguida.

—Querido niño, le dije, yo no he de daros sino consejos de amistad paternal. Vos me lo permitís, y yo os agradezco la

deferencia. ¿Me permitís tambien que os dirija antes algunas preguntas?

—Preguntad, dijo abrazándome el muchacho.

—Pues bien, repuse yo; ¿no creéis ser demasiado jóven todavía para casaros?

—Soy jóven, es verdad; pero Vanina lo es igualmente. Yo tengo veinte y dos años y ella diez y seis. Soy pues bastante entrado en razon para ser su marido. Si contara yo más edad, ella estaria en lo justo diciendo que soy demasiado viejo.

—¡Pero el matrimonio es una cosa grave!

—Para vos y para mi prima, sí, muy grave, pero no para dos jóvenes que nada son ni nada tienen, y en quienes el porvenir ha de ser muy igual al pasado, y que carecen de la costumbre de torturar su cerebro para resolver problemas. Nosotros trabajaremos, nos amaremos, no reflexionaremos mucho, y seremos, creo, bastante felices...

Felicia iba á hacer alguna objecion, pero él no le dió tiempo.

—¡Oh! vos, prima mia, le dijo, nada de eso entendeis, permitid que os lo diga. Vos mirabais para mí demasiado léjos. Me hicisteis entónces muchas reflexiones que yo escuchaba confiando en Dios y en vuestras palabras. Era en los tiempos en que queriais hacer de mí algo bueno, en los que entreveiais para mí un enlace burgués; pero he reflexionado. Desde que vos dejasteis de inquietaros por mí, heme dicho yo á mí mismo que el casarme con una labradora rica ó una pastora pobre, siempre era descender tratándose de un hidalgo, y que me era preciso encontrar una princesa ó contentarme con una pastora. Supuesto que la princesa no ha de venírseme á las manos, llovida del cielo, quiero, por lo tanto, escoger una pastora que me plazca, y me place ésta. Concedédmela pues y me iré á vivir con ella á la montaña, y, antes de poco, yo os respondo de que vais á tener multitud de cabritos soberbios y

muchos primitos hermosos á los cuales querreis, tal vez, tanto como á mí, en los tiempos en que era yo niño...

Yo escuchaba sonriendo á Tonino. ¡Había en verdad algo de simpático en su buen humor! En cuanto á Felicia, estuvo oyendo friamente y como disgustada de su ligereza.

—Vos confiais en él, díjome Felicia, y os equivocais á no dudar. Es un muchacho que se rie de todo, y yo no espero nada bueno de sus proyectos acerca de Vanina.

—Es verdad, cuando se trata de mí, dudais de todo, repuso Tonino, aun cuando se trate de mi honor; ¿y vos M. Silvestre?

—Yo creo en vuestra honradez, que reconozco empeñada desde el momento en que pedís permiso para amar á una jóven á quien vuestra prima tiene obligacion de proteger.

—Sí, yo os lo aseguro, quedareis satisfecho.

—Sí, quedaré satisfecho si respondeis: sí.

—Pues bien: sí. Ya lo he dicho, y además: juro respetar á Vanina hasta tanto que sea mi mujer.

Y sostuvo su palabra; pues mientras mostraba á aquella jóven una afeccion vivísima, no dejó asomar en su frente la más ligera sombra de rubor.

De tímida y frecuentemente turbada, manifestóse Vanina, si no completamente tranquila, al menos sonriente y como alimentando en su imaginacion un legítimo triunfo. Parecióme pues evidente que Tonino le habia prometido casarse, que ella estaba segura de la promesa y aun orgullosa del amor que habia inspirado.

Con esto podía desvanecerse el doloroso recuerdo de mis celos y se hubiera desvanecido por completo, si Felicia hubiese aceptado francamente el pensamiento de casar á los

chicos al mismo tiempo que nos casásemos nosotros; pero ella persistia en no creer á Tonino bastante serio, hablándole siempre con cierta aspereza sarcástica. Yo empecé á encontrarla injusta. Tonino lo lamentaba, pero con aquella estremada dulzura que constituía el fondo de su carácter y que hacia su trato seductor y agradable.

No conocía él la cólera ni el rencor; lo rodeaba todo de cierta irradiacion alegre, mostrándome una afeccion la cual me tenia verdaderamente cautivado. Era á mí á quien se dirigia para enterarse de las preocupaciones de Felicia, y siempre con una solicitud tan cariñosa que me obligaba á justificarle y á reconciliarme de continuo.

—No dudo de que me apreciáis, me decia á la sazón; porque ya lo veis, ella es fría y desdeñosa. Su corazon se me ha cerrado desde que vos reináis en él, muy justamente. Yo no soy más que un atolondrado ignorante, mientras que sois vos un verdadero hombre, ó casi un ángel. Así es que me consuelo de todos los rigores de mi prima con la última de vuestras buenas palabras. Podeís hacer de mí todo cuanto os plazca; un amigo, un perro, un esclavo; vos sois dulce, yo lo soy tambien; entre los dos, basta una mirada ó una sonrisa. Vuestros mandatos me complacen; me considero dichoso viviendo junto á vos y por vos. Sin esto, sentiria un pesar continuado; pero yo me pregunto: ¿por qué ha de ser Felicia como es? Ella no puede amar á la vez más que á una persona. Cuando yo era su hijo, no habia porque hablarle de matrimonio; ahora que ella ha inclinado su alma hácia el matrimonio, no hay para que recordarle que he sido su hijo. ¿Pero qué ha de importarme eso, si despues de todo, venís á ser vos mi segundo padre? Yo me acostumbraré á ver en Felicia solamente mi prima, á no

echar de menos nada del pasado, á decirme lo que me digo ya: esto es, que he ganado en el cambio, porque vos valeis más que ella y que todo el mundo.

—¿Aun más que Vanina?..... le pregunté sonriendo.

—Yo adoro á Vanina, respondiome; pero si vos me prohibís pensar en ella, destrozaré mi corazón para obedeceros. Creeré que vos no podeis engañaros, que vos leéis claro en el fondo de las almas como lee Dios, y que es para mi felicidad que me haceis, al parecer, desgraciado.

Fijéme entonces en penetrar la naturaleza de su afección por Vanina. Parecióme ser una afección verdadera, si no sublime.

No es muy delicada la pastora, me decía; sin ser boba es sencilla. Comprende bien todo cuanto se le dice; y tanto lo comprende, que se lo cree todo sin reserva. Si vos le dijerais, por ejemplo, que por medio de palabras mágicas, puedo yo sostenerla en el aire, sería capaz de arrojarse de cabeza desde lo alto de la montaña. Esto es bárbaro, si quereis, pero es hermoso, y no deseo, en verdad, que nadie me la trueque en sabía ni amiga de discusiones. Me parece muy bien tal como es, hermosa á mi gusto. Yo no gusto más que de las rubias, tal vez porque yo soy muy moreno. Soy apasionado hasta la locura de las caras blancas y los ojos de azul. Yo amaré á mi mujer con los sentidos sobre todo: os lo advierto, no me lo reprobeis por Dios. Soy joven, y no me he saciado jamás. Si me preguntais por qué, no sabré qué contestaros. Soy algo burlon, y en consecuencia, difícil, tal vez algo más solicitado de lo que debiera serlo un hombre de mis merecimientos. Me siento de raza distinguida; ¿qué quereis? Las maneras ordinarias me chocan por la parte risible, y cuando la grosería de

espíritu se sobrepone á la belleza, no acierto á ver sino lo primero. Vanina ha de tener algo de noble en su sangre; no lo sé de cierto, pero lo creo. Nada sé, pero lo presiento. Ejecuta con gracia las cosas más prosaicas; mi sentimiento artístico no sufre jamás cuando me fijo en ella, y esto hace que la desee locamente; pero os he dado mi palabra, y la respeto. ¿Por que no? La pequeña lucha que siento en mí mismo y contra mí, aguijonea mi amor avivando su fuego. Yo os respondo de que, tanto ella como yo, vamos á tener una prolongada luna de miel.

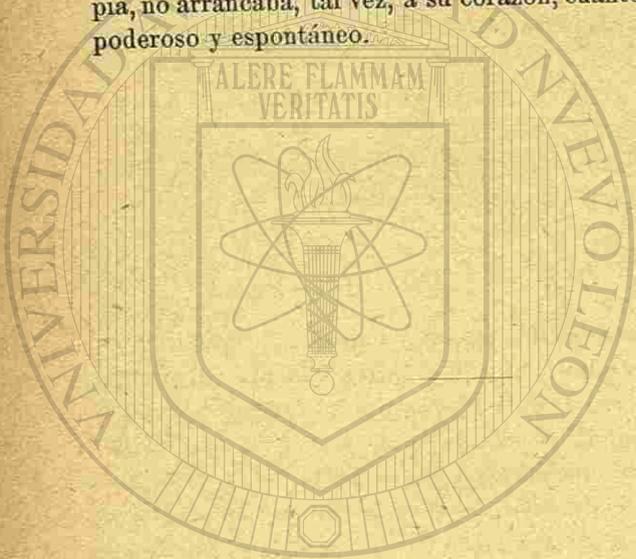
Añadiendo luego, acompañado de una carcajada franca:

—Amigo, ¡necesito mi pareja en seguida!

La libertad de espíritu, cándida y cínica al propio tiempo, con la cual me estaba hablando el joven Tonino, de mi próximo enlace con su madre adoptiva, me mareaba un poco de cuando en cuando. Carecia Tonino de aquel no sé qué, velado y profundo, que caracteriza las almas verdaderamente emocionadas. Había en él como una súbita sequedad excéptica, de la cual no parecía saber darse cuenta, pero que salta á piés juntillas sobre los respetos propios y extraños. Hubiera sido imposible hacérselo entender, porque, aun más que Felicia, era incapaz de escuchar con fruto y de adivinar el verdadero sentido de las palabras en cierto orden de ideas. El bárbaro realismo aparecía de repente sobre aquella graciosa expansión, y me sonrojaba yo, hombre de cincuenta años, cuando le permitía entregarse á sus imaginaciones de voluptuosidad.

Aquellos amores de niño que limitaban, por así decirlo, mis austeros amores con Felicia, encerraban tal vez la ruda ver-

dad de la edad de oro, y muchas veces me preguntaba yo si es el amor joven el único legítimo, y si este pudor tan rebuscado como desconocido de las costumbres rústicas, no era probablemente un resultado de la corrupción social; en fin, si á fuerza de querer realzar á mi futura por consideración propia, no arrancaba, tal vez, á su corazón; cuanto habia en él de poderoso y espontáneo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII

QUARTA mañana vino á encontrarme Tonino, bastante más turbado que conmovido.

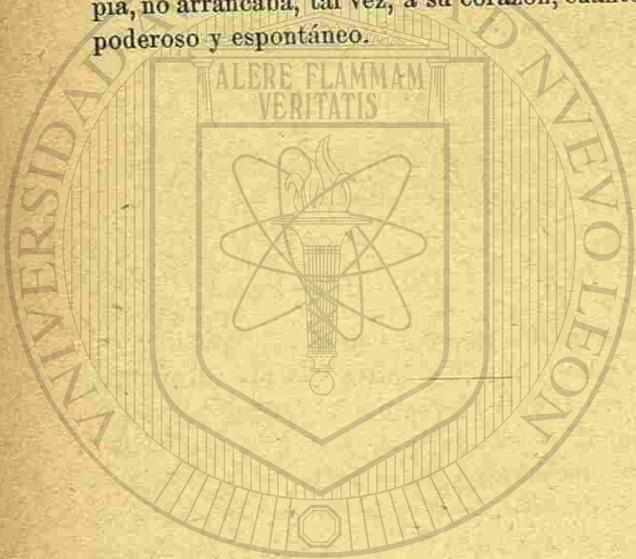
—Corro á confesarme, dijo él; es indispensable que se me deje casar inmediatamente con Vanina. No podemos esperar más. Que mi prima no guste ó no quiera fiestas en su casa, antes de que terminen los lutos que se ha impuesto, está muy puesto en razón, y yo lo respeto; pero podemos casarnos perfectamente sin violines ni pastorcilla y yo. Si son indispensables un festín y un baile campestre, podemos trasladarlos al día de vuestra boda.

—Vamos á ver, muchacho, respondióle, ¿es que habeis faltado á vuestra palabra?

—No; pero presiento fundadamente que no podré sostenerla por más tiempo. He dado algunos besos á mi futura, cada día un poco más prolongados que los de la víspera, y, ¡qué quereis! ella, que tampoco es de piedra, me los ha devuelto. Es pues indispensable, de necesidad, romper aquel juramento ó afianzarlo inmediatamente con el juramento conyugal.

—Hablaré de ello con vuestra prima.

dad de la edad de oro, y muchas veces me preguntaba yo si es el amor joven el único legítimo, y si este pudor tan rebuscado como desconocido de las costumbres rústicas, no era probablemente un resultado de la corrupción social; en fin, si á fuerza de querer realzar á mi futura por consideración propia, no arrancaba, tal vez, á su corazón; cuanto habia en él de poderoso y espontáneo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII

QUARTA mañana vino á encontrarme Tonino, bastante más turbado que conmovido.

—Corro á confesarme, dijo él; es indispensable que se me deje casar inmediatamente con Vanina. No podemos esperar más. Que mi prima no guste ó no quiera fiestas en su casa, antes de que terminen los lutos que se ha impuesto, está muy puesto en razón, y yo lo respeto; pero podemos casarnos perfectamente sin violines ni pastorcilla y yo. Si son indispensables un festín y un baile campestre, podemos trasladarlos al día de vuestra boda.

—Vamos á ver, muchacho, respondióle, ¿es que habeis faltado á vuestra palabra?

—No; pero presiento fundadamente que no podré sostenerla por más tiempo. He dado algunos besos á mi futura, cada día un poco más prolongados que los de la víspera, y, ¡qué quereis! ella, que tampoco es de piedra, me los ha devuelto. Es pues indispensable, de necesidad, romper aquel juramento ó afianzarlo inmediatamente con el juramento conyugal.

—Hablaré de ello con vuestra prima.

—Sí, ¡pero tened en cuenta que!... No se la debe consultar, sino decirle que vos lo queréis.



—¡No, yo no puedo hablarla en semejante tono, mi querido niño!...

—Os equivocáis, porque jamás obtendréis nada de ella, sino hablándole con autoridad. Ya debierais saber que jamás se rinde á razones, y que sólo sucumbe á los mandatos.

—Permitidme creer que la juzgo y conozco mejor.

—No lo dudo, pero eso será hablando en general. Pero para este hecho concreto que me interesa y concierne, no me espon-

gais, os lo suplico, á ser perjuro á vuestros ojos ni á desobedecer á mi prima; puesto que ella no mira con gran interés mi amor por Vanina.

—¿Por qué lo suponéis así?

—Porque tiene celos de mí.

Yo creía haber entendido mal; pero Tonino seguía repitiendo impasible lo que acababa de decir.

—Sí, sí, está celosa de mí, M. Sylvestre; ¿esto os admira?

—¡Sí, en verdad! respondí yo esforzándome en ocultar mi turbación.

—Pues yo soy el sorprendido de vuestra sorpresa, repuso Tonino sin desconcertarse. Ved por lo tanto como no la conocéis. Mi prima es celosa de nacimiento; y si yo he estado celoso de su amistad, ella obra torpemente echándomelo en cara: que es ella quien me dió antes el ejemplo. Cuando yo era niño, no podía sufrir que nadie me hiciera caricias más que ella, y muchas veces me había dicho: "Nadie me ama, tú debes pues amarme por todo el mundo; y si prefirieras á cualquier otra persona, sería matarme." Ella se ha olvidado de esto porque no ha continuado amándome á medida que iba yo creciendo, pero sin desterrar la costumbre de querer reinar sola en mi voluntad. Es déspota como todas las personas recelosas. Cuando da ella una orden, si me detengo un poco para prestar algun pequeño servicio á Vanina, si no se deja llevar de la cólera, porque vos se lo habeis corregido, se enfurruña y habla con frialdad tres ó cuatro días. Celosa de su autoridad, celosa de la libertad y de la dicha ajena; ahí teneis lo que es ella desde hace quince años; esta es la consecuencia de su falta.

—¡De su falta! exclamé yo; ¿cómo os atreveis á pronunciar vos, Tonino, esta palabra? ¿es decir, que sabeis que vuestra madre adoptiva cometió una falta?

—¡Cómo no he de saberlo, si mecia yo mismo á su hijo!

Decíanme entonces que era viuda, y era bien inútil, porque yo no había de pensar en discutirlo; pero más tarde, cuando estuve aquí, llegué á saber, como todo el mundo, que jamás había tenido esposo.

—No debierais haberlo sabido nunca jamás, ni querido saberlo ni creerlo, y hoy mismo deberiais hacer como si no lo supierais.

—¡Ah! permitidme que os diga, M. Sylvestre, que exagerais todas estas cosas; juzgais de ellas como hombre de gran mundo, á no dudarlo. Nosotros los campesinos no encontramos la cosa tan grave; decimos solamente: “¡Es una desgracia!”, pero nos parece de fácil perdonar; que no hacemos nunca un deber de ignorarlo ni un mérito de callárnoslo.

Y como me viese á mí parado, triste y afligido interiormente, repuso:

—M. Sylvestre, tengo, á la verdad, gran sentimiento por haberos disgustado; pero, ¿es culpa mía? No soy más que un simple pastor de vacas, y no puedo por lo tanto sentir ni pensar como vos, que sois aristócrata y filósofo. Advertid que no estais en el mundo que os hace falta. Nunca os acostumbrareis á la rudeza de nuestro modo de pensar ni de nuestro lenguaje, y Felicia misma, queriendo elevar su espíritu y sus maneras para llegar á vos, os mortificará, de seguro, á cada paso; porque si es verdad que es ella nieta del conde del Monte, no es menos hija del tío Morgeron, que sacudia á su esposa y se emborrachaba con aguardiente cuando estaba de mal humor. Y ya que tuvo ella la desgracia de que hablamos y de la cual no queréis que se hable, lo cual agrió su corazón.... Vos la curareis, no diré lo contrario, pero no será ello sin dolor, y encontrareis en consecuencia más de un grano de arena en vuestro pan cotidiano. Vos entendeis de ciencias, teneis mucho valor y grande alma, y os servís de todo ello, lo cual es cosa vuestra, pero os será preciso pasar muchas veces sobre los

carriles y pedregales de gentes poco educadas como nosotros. Perdonadme el haber despertado en vos un recuerdo que os desagrada, por deciros que mi prima quiere poco á Vanina. Vanina no ha sufrido aún el menor tropiezo, ni quiero que lo sufra por culpa mía. Haced, pues, que mi prima nos deje casar sin obstáculos: esto es todo lo que tenia que deciros. No lo tomeis á mal, pues antes preferiria morir que ofenderos.

Así era como con su penetrante ingenuidad y su pretendido sentido comun, harto agudo por cierto, me estuvo Tonino atormentando. Preguntábame yo si era su alma profundamente pérfida, si no encaminaba hábilmente todas sus explicaciones, fortuitas en apariencia, para castigarme por haber inspirado un amor al cual aspiraba él, que lo había tal vez obtenido antes que yo, y que yo le había arrebatado...

Delante de esta terrible suposicion, sublevábase la lealtad de mi alma, exclamando: “¡No: es imposible!”, ¿Qué otro enigma me presentaba entonces la actitud de Felicia? ¿Era para castigar mis suposiciones que destrozaba con tal perseverancia el pacto de familia en el cual tenia marcado Tonino su puesto legal por no decir indiscutible? Parecia que queria ella aparecer culpable para con él, conmigo y en sí misma, para enseñarme que no había necesidad de jugar con su orgullo poniéndola en el caso de justificarse.

Y, como si debiera todo marchitarse y envenenarse en nosotros y en torno nuestro, hé aquí que Tonino, objeto de sus afectados desdenes, se lamentaba conmigo:—envaneciéndose tal vez—de darle celos!

Hubo dias en que creí ver claro todo el fondo de semejante intriga: Tonino fingia amar á Vanina para irritar á Feli-

cia, y atraerla á sus brazos lascivos é incestuosos; Vanina misma se prestaba á tan infame juego para complacer á su amante y constreñir luego á Felicia á pagar su silencio ante mis ojos. Felicia, víctima de no sé qué vértigo fatal, tan pronto estaba próxima á caer en la fatal celada, como se alejaba de ella con terror ó la apartaba de sí valerosamente; Felicia no amaba á Tonino ni á mí. Era toda ella orgullo atropellado, despecho contra el destino, deseo de venganza y rehabilitación. Le hubiera gustado mucho ser mi esposa por pura vanidad; ó hubiera gustado más aun tener á Tonino por esclavo, para satisfacción de los sentidos.

XXVIII

BREGABA yo contra esta pesadilla, y me convencía allá en mis sueños; pero, si al salir el sol oía los graves y purísimos sonidos del violin de Cremona, vibrando bajo la elevada inspiración de Felicia, ó si veía pasar á la jóven pastora cruzando los campos con sus ojos azules como el cielo, y su elevado y agradable gesto invitando á los perros á recoger el rebaño; ó bien si Tonino, levantado antes que yo y buscado por mí con afán, se dejaba sorprender de rodillas sobre el lecho de paja fresca, mientras Vanina enmarañaba, riendo, con sus manos, los espesos bucles de la negra cabellera del jóven, echábame en cara mi locura; creyendo sentir un álito puro, nacido en las purísimas regiones de la Arcadia, cruzando sobre mi ardorosa frente, y como ciertas voces ténues de la brisa, vibrando en mis oídos como para reirse de mis ideas lúgubres y mi cerebro enfermo.

Mi sufrimiento ayudando á mis sufrimientos, empeoraba mis males agitándolos bajo la impresión de mi dolor. Cuando yo invité á Felicia á apresurar el casamiento de Tonino, temblaba mi voz, á no dudarle, y á no ser dichas mis palabras en tono autoritario, tal vez mis miradas hubieran hecho traición

al deseo que me embargaba, de no encontrar la menor resistencia. Parecíame que Felicia, trémula de cólera ó de miedo, me respondía *sí* con cierta secreta repugnancia. Preguntéle inmutado porqué tartamudeaba.

—No, no tartamudeo, dijo ella; ¿en qué estais pensando al decirme esto?

No pude responder.

—Estais preocupado, repuso. Yo mentí, pretestando otro origen, el primero que se me ocurrió, á mis preocupaciones.

Fijó ella para el último dia del mes el matrimonio de Tonino. Estábamos á mediados de Abril, esto es, en plena primavera. La florescencia prematura de los árboles frutales estaba exuberante.

Todo en el campo cantaba y deslumbraba. Vanina, embriagada con las miradas y sonrisas de su jóven amante, estaba como sotocada por la dicha. El, sin perder la costumbre de su aparente sangre fría, plácido y risueño, sentía en su pecho extrañas palpitations, como de oprimir impaciencias contenidas ó de alientos misteriosos de alegría. Yo no podia dejar de encontrarles hermosos en medio de la sinceridad de su mútuo deseo.

Felicia estaba tranquila, resuelta é impenetrable. Ocupábase del ajuar de los novios con su natural generosidad y prevision maternal. Vanina, ruborizada de verla coser, marcar y repasar todo el dia para ella, iba ayudándola; pero, á su pesar, estaba siempre casi atraillada á su futuro, y trabajando con ardor é inteligencia. Cuidaba apenas de su tocado particular, tanto, que Felicia se veia obligada frecuentemente á corregir sus descuidos. Hacíalo con gran paciencia, hablando poco,

sonriendo apenas, afanosa, absorbida, pensando en algo que no expresaba y que parecia imposible de explicar.

Por fin llegó el gran dia. La novia, radiante de hermosura y atavío, vino, acompañada de Tonino, á pedir de rodillas la bendicion de su señora y la mia.

—A tí, le dijo Felicia abrazándola, te bendigo de todo corazón. No tengo nada que reprocharte; eres una criatura sin malicia y sin voluntad; pero me veo precisada á hacer un esfuerzo para bendecir á tu marido. El hubiera debido esperar la terminacion del luto de esta casa en la cual mi hermano le habia recibido y tratado como hijo. Las razones que ha dado para escusarse de llorarle un año completo, son razones de poca monta si no egoistas. Yo he cedido únicamente por tí, compadecida de tu debilidad é inexperiencia. No esperaba de tí grandes virtudes ni tenia el derecho de pedirtelas, no habiéndote educado con todos los cuidados con que tal vez hubiera debido hacerlo; pero él... En fin, ni una palabra más. Amaos y sed felices.

Encontré el discurso de Felicia gratuitamente amargo y no muy del caso para los oidos de una jóven que ella debia suponer pura. No sé si Vanina lo comprendió; pero, es lo cierto que se ruborizó mucho y lloró. Tonino la tomó de la mano apretándosela con viveza, y sin contestar la menor palabra á Felicia, y cuando ésta hubo abrazado á entrambos, llevóse él á la novia hablándole al oido como si la consolara de las severidades de la patrona, diciéndole: "Ya sabes que es muy celosa, pero, tranquilízate que yo te guardaré de ella."

Si no fué esto lo que le dijo, esto pasó á lo menos por mi imaginacion. Yo miraba á Felicia. Esta estaba pálida y sus ojos irritados seguian á la jóven pareja sin ver nada más.

Yo no me habia equivocado, por lo tanto, como tampoco se habia equivocado Tonino: Felicia estaba celosa; tan celosa, ¡que no soñaba siquiera en ocultármelo! Pero ¿á qué género pertenecian sus celos?

Yo quería saberlo; mi lengua, encadenada hasta entonces por la delicadeza, rompió sus ligaduras. Fui severo, severísimo, casi terrible. Afeéla y condené duramente lo que acababa de pasar, interrogándola con aspereza. Felicia temblaba, balbuceaba, desfallecía y se desvanecía abrumada bajo el peso de mi crueldad; estuve despiadado. De pronto tomó ella su resolucion, como la tomaba siempre cuando se la obligaba.

—Pues bien, sí, dijo: estoy celosa de esta juventud, de esta inocencia, de esta virginidad que viene á ser para mí un vivo reproche. No, no es de Tonino, es de vos de quien estoy celosa, cuando miro á Vanina. ¡La contemplo demasiado dichosa, puesto que se ve amada con ardor por este jóven y admirada por vos con cierta veneracion, como si fuese digna de vuestro afecto! ¿Qué ha hecho ella para pareceros venerable? Sin mí, sin mis amenazas, Tonino se hubiera embriagado largo tiempo con esta pureza de azar, y es á mí á quien debe únicamente el haber podido adornar con los botones del azahar su enamorado pecho! ¿Cómo quereis que no esté yo irritada por el ademan triunfante con el cual Tonino la conduce al altar? ¡Era indispensable abatir un poco su orgullo! ¡Y vos me afeais por haberlo intentado! ¡Esto es decirme que yo no tengo el derecho de hablar de moral á los demás; esto es humillarme cruelmente! Y á más de esto me preguntais si yo me apeno de que Tonino sea dichoso, como si fuere yo una mala madre, ó como si... No, no quiero ir á parar hasta el fondo de vuestros pensamientos. Paréceme que he de encontrar eternamente

suspendido sobre mi pobre frente este menosprecio que me ha de matar.

Después lloró Felicia amargamente; y yo tuve que calmarla, confortarla y prestarle consuelos. Tonino me llamaba con impaciencia. Nos estaba esperando para marchar. Entró por fin, encontrando á Felicia bañada en llanto. Sus ojos expresivos se dirigieron á mí, diciéndome claramente: “Ya yo sabia que no podriais ser felices el uno con el otro.”

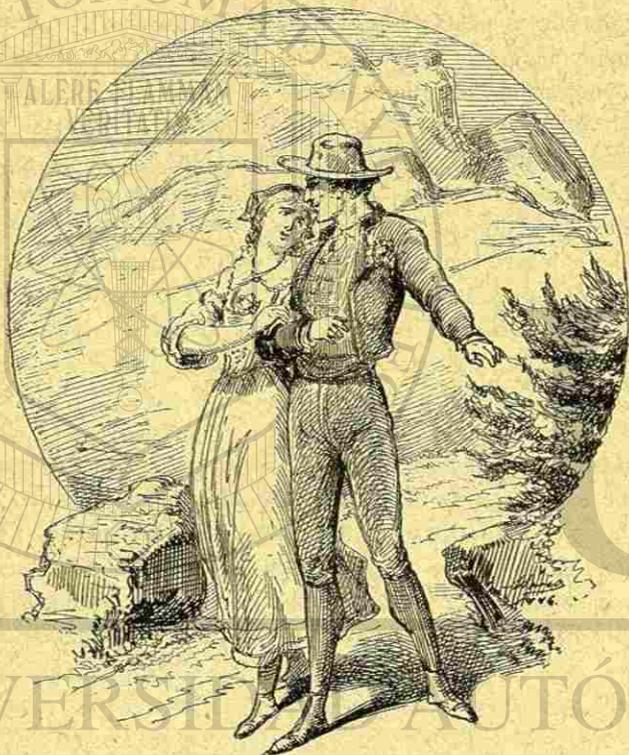
Llevábame á Felicia, avergonzado é irritado de su semblante dolorido, surcado aun por las lágrimas. Vanina la miraba con aire tímido, con cierta mezcla de compasion, respeto y altivez, como si estuviera tentada de pedirle perdon por haberla llevado á tal extremo.

Cuando el sacerdote hubo bendecido su union, los novios, que no habian tenido más acompañamiento que nosotros, los testigos y la gente de casa, nos dieron las gracias, pidiendo al mismo tiempo que se les permitiera ir á pasar tres dias en casa de la madre de Vanina que vivia en la montaña. Felicia accedió friamente á esta petición, diciéndoles apenas adios.

Partieron solos, cogidos del brazo, pero tan estrechamente unidos, que parecian no formar sino un solo cuerpo. Tonino volvió la cabeza para enviarme un beso, y mostrándome los fecundizantes rayos del sol de Mayo, parecia como tomarle por testigo de su derecho á la embriaguez primaveral de la naturaleza.

Intenté distraer á Felicia de su tristeza.

—Estos chicos son unos ingratos, me dijo; os aseguro que no creía verles abandonar hoy mismo esta casa.



—No creo que sea abandonar la casa el ausentarse sólo por tres días.

—Se van para no volver, podeis estar seguro. Es indudable que á espaldas nuestras hayan proyectado la manera de esta-

blecerse de un modo ú otro. La madre de Vanina es una mujer de mala vida, y no es, de seguro, en su casa donde Tonino, á no ser que haya perdido la cabeza, vaya á pasar la luna de miel.

—¿Ellos han tomado, no obstante, el camino de su casa?

—Irán á verla indudablemente para consolarla de la humillacion de que yo he sido causa prohibiéndole asistir á la boda.

—Es este el deber de Vanina. Sea lo que fuere su madre...

—¡Ah! ¡cómo sois indulgente para quien ha pecado más que yo!

—No, no es que sea indulgente para con ella; pero sí debiérais haberlo sido vos un poco más para estos jóvenes. Ellos tienen necesidad de ser dichosos sin acordarse del pasado, sin luchar contra vos que les [calificais] [de] egoistas. Van únicamente á poner al abrigo de un chalet cualquiera su embriaguez natural para olvidarlo todo.

—¿Incluso la muerte del pobre Juan?

—Pues bien, sí; están en su derecho, sea como fuere, si no en su deber. Tal vez Dios ha hecho del amor una ley tan inmensa y tan poderosa, que es preciso saber acatarla sin pensar en el pasado ni en el porvenir. ¿Los pájaros, al dejar el nido, piensan por ventura en sí mañana se lo llevarán los vientos? Respetemos, pues, el capricho de estos chiquillos, y, ya que parecen desear el aislamiento, pensemos en prepararles para este verano un albergue adecuado en la montaña. ¿No era esta la intencion de Tonino y la vuestra? ¿No habeis aún resuelto nada sobre el particular?

—Nada, respondió Felicia.

—¿Por qué?

—Esperaba vuestro parecer. Si hubiera decidido algo sin tener vuestro beneplácito, hubierais podido interpretarlo mal.

Procuraba yo disipar sus amarguras, distrayéndola con proyectos. El raciocinio que durante semanas y meses de estar frente á frente la habia convencido al parecer, perdía todo su ascendiente hácia ella desde que habia yo involuntariamente herido su corazón y su amor propio. Felicia parecia moralmente anegada. Nada la despertaba sino llevándole prisa con los deberes, las dificultades y entretenimientos de la vida material. Ella poseia aquella afición sin límites, que era la parte principal de su carácter enérgico.

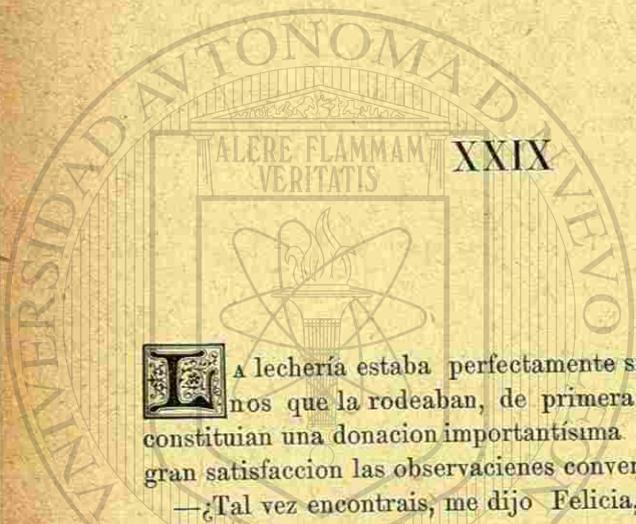
Desde que le hube dicho que era preciso asegurar la libertad, la dignidad y el bien parecer de la joven pareja.

—Indudablemente, repuso; he pensado en ello, pero esperaba vuestra cooperación. Por lo demás, todo está preparado. La gran lechería de Vervalt, que he señalado en dote á Tonino, y cuyo plazo de arriendo no ha terminado, estoy segura de que por una ligera indemnización el arrendatario la cederá desde luego. Es necesario hacer algunas reparaciones; tengo ya preparada la madera necesaria en el porche, y la piedra arrancada en la cantera. No he querido decirles nada á ellos aún. Hubiéralos querido un poco más modestos, y que en lugar de aceptar mis dones como quien cobra una deuda, Tonino me hubiese pedido alguna cosa ó manifestado algún deseo. No ha creído del caso hacerlo así. Al contrario, parecia más bien querer decirme con su ademán que, desde el momento en que era dueño de una joven hermosa, y enamorada de él, no tenia necesidad de otra cosa en la tierra, y que por lo tanto, nada podia yo añadir á su felicidad. El ha evitado siempre hablarme de sus proyectos. ¿Pensará en vender la lechería para instalarse más lejos de nosotros? ¿Y si yo hago gastos para que pueda él estar mejor, no me dirá, de seguro, que sean inútiles?

—Vamos á ver, le respondí yo, ¿qué gastos deberían hacerse en todo caso para conservar dicha propiedad, consultándolo desde luego á Tonino?

—¿Cómo se ve que no estais al corriente de eso! exclamó Felicia dirigiéndose conmigo hácia la lechería, que estaba á una hora de distancia en la cuesta de la montaña. ¿No habeis ido nunca á pasear por allí?

—Raras veces, no he tenido tiempo; las obras de abajo me lo han absorbido todo. Por otra parte, pertenece esto á la vida pastoril, de la que Juan no se preocupaba poco ni mucho, y hacia bien. Bastabais vos para semejante trabajo, del cual estais maravillosamente enterada.



La lechería estaba perfectamente situada, y los terrenos que la rodeaban, de primera clase para pastos, constituían una donación importantísima. Como yo hiciera con gran satisfacción las observaciones convenientes:

—¿Tal vez encontráis, me dijo Felicia, que eso es demasiado para Tonino?

—No, no encuentro que sea mucho. Ellos son muy jóvenes, y por consiguiente no han de faltarles hijos.

—Sí, tendrán hijos; respondió ella. Han nacido dichosos, y los conservarán.

Y ví entonces rodar una lágrima por su mejilla. Era la primera vez que lloraba por su hija delante de mí. Jamás me había hablado de ella sino con cierto dolor sombrío; y como se esforzara en ocultar aquella lágrima:

—Llorad, llorad, la dije; sed mujer, sed madre. Mejores quiero así, que susceptible é irritada.

—¿Pero ese recuerdo que me tortura, no merece vuestros odios?

—No; cuando llorais, nada de vuestro pasado puede serme

odioso; las lágrimas lo borran todo, y el verdadero dolor es respetable siempre.

Enjugó entonces ella sus ojos con mi mano, y al bajarla, fijó sobre mí una mirada clara y penetrante, en la que se manifestaba la expresión y energía de su alma de una manera victoriosa.

—Hay en mi vida dos grandes y desesperantes dolores, dijo: la muerte de mi hijo y la de mi hermano. El día en que me améis como yo os amo, me olvidaré de ellos.

—¿Cómo olvidar? la dije; el dolor es propio de las almas grandes, y prefiero participar del vuestro á que lo olvideis. Siempre me atraeréis mejor con la ternura que con la energía; estad segura de ello. No os pido sino sentimientos delicados para consagrarme á ellos á mi vez.

Reanimóse Felicia súbitamente, dejando de protestar en su interior contra el testimonio de mis afecciones; ocupábase de la nueva propiedad de Tonino con ardiente afán y casi con alegría. Quería derribar la casa por completo para reconstruirla, y trazaba planos sobre la arena del camino con la punta de una rama seca. Admirábame yo de su inteligente destreza, de su tino en los detalles, y de la rapidez de su golpe de vista. Yo iba sacando cuentas á medida que iba ella desarrollando sus proyectos. Cuando hubé llegado á cierta suma:

—No, no quería ir yo tan lejos, dijo; esto sería demasiado y vos lo reprobariais.

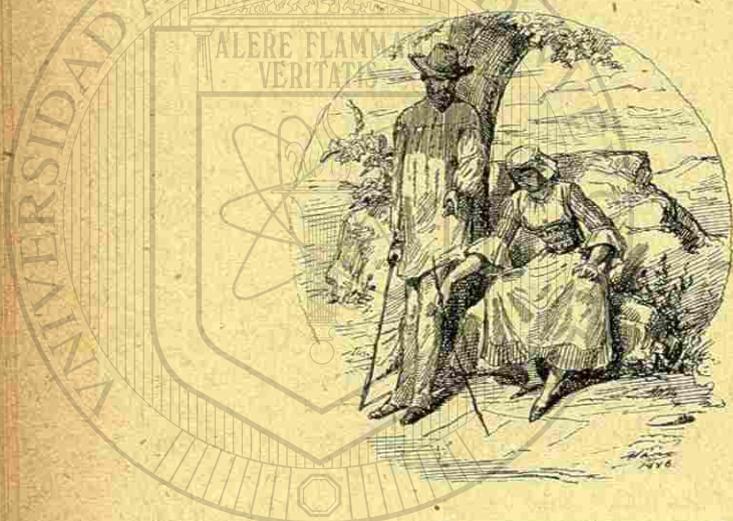
—¡Jamás! le respondí; vos, como mujer de orden, tendreis siempre el medio de ser generosa.

—¡Pero es de vuestra fortuna de la que yo voy disponiendo ahora, M. Sylvestre!

—No, es de la vuestra. Yo no tengo ni quiero tener nada. Nos casaremos con separacion de bienes, como deberia hacerse siempre que el uno aporta al matrimonio una fortuna y el otro es pobre.

—¿Por qué deberia hacerse así?

Y como yo tardara un poco en contestar, exclamó ella:



—¡Ah! sí, ya comprendo: ¿no quereis que vaya nadie á creer que os habeis casado con una mujer como yo para enriqueceros?

—No he ni remotamente soñado en ello, le dije; pero puesto que lo habeis tomado así, acepto la suposicion. Quiero que todo el mundo sepa que me he casado porque os amaba.

Admirada ella de mi respuesta, volvió de nuevo á trazar planos, mientras estaba hablando con el arrendatario para tratar de la indemnizacion. Estuvimos allí hasta la caída de la tarde, cuando Tonino y Vanina aparecieron de repente en el camino á muy pocos pasos de nosotros.

—¡Ah! miradlos, exclamó Felicia; ¡aquí están ya! Vienen á visitar su propiedad. ¡No están tan embriagados como deciais, puesto que piensan ya en mañana!

—Están dentro lo justo y natural. Piensan inmediatamente en el nido durante los primaverales cantos del amor.

—¿Cómo estais aquí, prima? preguntó sorprendido Tonino, apresurando el paso.

—Sí, respondió ella con dulzura; estoy aquí para prepararos el nido, como dice M. Sylvestre. Por que ¿supongo que es aquí donde piensas vivir?

—Sí, en verdad, si puedo disponer de los medios de arreglarlo cuando lo deje el arrendatario.

—El arrendatario lo deja mañana, y mañana comienzan las obras. Mira, mira los planos, antes no se los lleve la brisa de la noche. Hé aquí vuestro cuarto, bastante espacioso, para contener la cuna y las camitas... Mirad: aquí la sala de conversacion, comer y conciertos. Esta es la cuadra de doble cabida, con sus tres divisiones para las crias de ambas edades y las madres. Este es el desvan para los forrajes, el tendedero, el colmenar, la fuente, etc.

—¡Pero esto es un sueño! exclamó Tonino; ¡necesito trabajar veinte años para pagarlo todo!

—No pagareis nada, le dije. Esto es el regalo de boda que se os hace sobre vuestro dote.

Tonino tuvo un momento harto espontáneo; improvisacion de su inteligencia artística, ó grito sincero del corazon.

—¡Madre! exclamó cayendo de rodillas á los piés de Felicia, ¿tú me amas todavía?

Declaróse ella vencida, abrazando á Tonino sin reserva ni desconfianza.

—Si tú pudieras volver á tu sinceridad y bondad de otros tiempos, te amaria como entonces, le dijo.

—Amadme, amadme como entonces, repuso él; y me vereis

curado de toda locura y tan inocente como á los doce años. Es á ella á quien se lo debo, añadió Tonino señalando á Vanina. Yo estaba aun despechado esta mañana, ella me ha regañado y me ha dicho que yo era un ingrato, que no estaba en lo justo. Me he convencido de que tenia razon. Me he arrepentido, y, si nos encontramos aquí, es porque estábamos en camino de venir á pedirnos perdon.

Desde este momento, volvió á reinar la calma en la familia; Tonino dejó de ser testarudo y Felicia dejó de aparecer melancólica.

Vanina, dulce y afectuosa, parecia entre ellos el lazo de union. Hízose una especie de convenio tácito, mediante el cual los jóvenes esposos no vivirian en nuestra casa antes de poder tomar posesion de la suya. Yo lo sentí porque no tenia sobre el particular la misma opinion de Felicia. El amor consagrado me parecia una cosa demasiado séria y santa para profanar el duelo de la casa. Felicia no dijo una palabra para no estar conmigo en desacuerdo; pero Tonino me dijo, por lo bajo:

—Dejadme á mí. Estoy seguro de que la vista de nuestros amores heririan su religion fraternal. Es bastante pueril; porque no hay razon alguna para admitir dentro dos ó tres meses lo que es un obstáculo en la actualidad, á no ser que el dolor deba durar precisamente un año, como el vestir de negro, acabando en un dia determinado; en fin, esta es la creencia de mi prima, que es preciso respetar.

Estoy seguro de que me admitiria y tendria gustoso en su casa y compañía, con la de mi esposa, y que estaria solícita y amable con uno y otro; pero lo estoy tambien de que la cosa más iusnificante la heriria en los más vivos de su corazon, y no quiero en manera alguna hacerla sufrir.

XXX

PARA esperar su instalacion en Vervalt, Tonino se llevó á su mujer á hacer un viaje. Felicia le encargó que fuéese á dar una mirada á sus propiedades del valle; lo cual aprovechó Tonino para recorrer toda la Suiza, estando para ello tres meses ausente.

Debía estar de vuelta para nuestra boda, fijada para celebrarse en Julio. A pesar del deseo que yo sentia de volver á ver á aquel buen muchacho, debía forzosamente reconocer que su ausencia era conveniente, así para Felicia como para mí.

Pasábase la vida tranquila y feliz. Felicia empezaba á modificar los extremos ásperos de su carácter, abriendo su espíritu á la ciencia y al amor; porque si á la edad de Tonino y Vanina no hay más que hacer que dejar que se cumpla la ley divina, en la edad que contábamos así Felicia como yo, y despues de multiplicados y amargos desengaños, se necesitan toda una religion y una filosofia completas, para alcanzar á entenderse bien.

El momento de la fusion intelectual y moral parecia llegado;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y cuando nos enlazásemos el uno al otro, estaría yo ya satisfecho y seguro de ella y de mí; sentíame yo ardiente y austero; sentíala á ella púdica y confiada.

Nuestra luna de miel no fué pues un transporte de colegial al través de las arboledas y las flores; fué una solemne recolección de goces íntimos y profundos, bajo el caluroso y tranquilo sol de estío.

Tuvimos que casarnos sin esperar á Tonino.

La vigilia del día fijado para su regreso, nos escribió que Vanina había sufrido una ligera caída, y que temiendo ó previniendo algo grave, necesitaba algunas semanas de reposo. No regresó pues hasta primeros de otoño acompañado de su mujer completamente repuesta, y en la esperanza de un próximo y feliz alumbramiento. Díjome entonces que no había sufrido Vanina el menor accidente, pero que había temido estorbar á Felicia con su presencia.

—Jamás he logrado explicarme, dijo Tonino, las particularidades de su carácter; pero las siento y las adivino antes de que se manifiesten, y creedme, he obrado cuerdamente no asistiendo á su boda. ¡Se necesita tan poco para contrariarla! Más vale así, no lo dudeis.

Yo comprendía que Tonino tenía razón, pero no hubiera acertado á explicar el por qué mejor que él.

Fuése á pasar el otoño en Vervalt, pudiendo verle entonces raras veces, pues era la época de las grandes faenas del campo. Entonces debían labrarse las tierras, recoger los frutos, elaborar el vino y los quesos; se vive durante esta época en el campo á completa satisfacción, reuniéndose algunos domingos las atareadas gentes con verdadero afecto; pero sin que sean los unos necesarios á los otros; y yo sé decir de mí, que me encontraba perfectamente sin que nadie se interpusiera

entre mi esposa y yo. Es un espíritu demasiado impresionable para tomar la vida como buena. Las emociones violentas de su juventud le habían dejado la costumbre de dramatizar los menores incidentes y de ver abierto un abismo en cualquiera de los carriles del prosaico camino de la vida. Mi ascendiente hacia penetrar de nuevo en ella la noción de la medida de los hechos; pero era preciso un cuidado constante y continuado, una educación renovándose á cada paso, una severidad sostenida ó conservada sin cesar, trabajo ingenioso y tierno del que no me fatigaba jamás, y en el cual me atestiguaba ella un reconocimiento apasionado, pero que no era del caso dejar interrumpir ó turbar por la menor emoción venida de fuera.

Durante las primicias, creóse ella un disgusto inesperado. Tanto cuanto había aspirado á la rehabilitación por el matrimonio con un hombre formal, otro tanto se asustaba cuando lo hubo conseguido. Bastaba una palabra cualquiera cogida al vuelo, para desesperarla. “¡Cómo es ahora dichosa, la señorita Morgeron, después de lo sucedido!”, ó del raciocinio neto de cualquier vecino: “¡Diantre! es un buen partido el que se ha encontrado aquí M. Sylvestre!”

No se vengaba ella como yo con una sonrisa de lástima del inofensivo atentado cometido en nosotros por una imaginación salvaje; alarmábase y se apenaba como si la ofensa hubiera caído del cielo.

—Ya veo claro, decía ella entonces: los unos creen que la concupiscencia os ha hecho indulgente; ¡ya puede decirseles que no habeis querido para nada la menor parte de mi fortuna; no lo entienden ni alcanzan á creerlo; los otros os respetan pero os compadecen, y mi falta les parece mucho más enorme desde que me la habeis perdonado.

¡Ah! yo he sido muy egoísta; yo no supe prever que la opinión no se convence jamás y que cargaría sobre vos una parte de mi descrédito. He faltado, y faltado gravemente, amigo

mío, no dejándome llevar de mi instinto. Sabed que más de cien veces estuve tentada de deciros: "¡Amadme, pero no os caseis! seré, si quereis, vuestra querida ó vuestra esclava; porque no me creo digna de ser vuestra esposa."

—Habeis hecho muy bien, le decia yo, en no presentarme esa repugnante tentacion, porque hubiera creido que me juzgabais capaz de acceder á ella y que no me amabais.

—¡Sois demasiado severo! ¿Qué crimen hubierais cometido dándome vuestro amor sin darme vuestro nombre?

—Hubiera faltado á las consideraciones debidas á vuestro hermano y á vos, á un mismo tiempo, habiéndome, como me habiais acogido, como otro hermano. Por otra parte, debemos prescindir de esto, Felicia; puede escusarse á la juventud que rompa sin conciencia todos los frenos; pero ellos deben ser táles para el hombre entrado ya en años, sobre todo cuando no existen obstáculos vivos entre él y el objeto de su pasion.

Entonces comprendió ella que se podía aliar la pasion al deber, no sin cierto dolor por parte suya.

Por lo demás, yo la distraia y aun alegraba; llegando á hacerla reir con alguna murmuracion de comadres ó alguna máxima de aldeano avaro. Es cierto tambien que logré hacer celosos, y que particularmente Sixto More, aunque no fuese un hombre malo, habia hecho diversos comentarios acerca de nuestro matrimonio. ¿Qué podia importarme á mí todo esto? Encontraba yo en el testimonio de mi conciencia la más completa seguridad. Felicia estaba celosa y me lo decia. Tenia yo muchísimo trabajo para conseguir que se perdonara ella su pasado, y que se apreciase bastante á sí misma para dar paso franco á la injuria; pero conseguí por último hacer que viese la parte ridícula de la maledicencia, evitándole que agrandara su parte odiosa.

A despecho de sus pasajeras turbaciones éramos bastante dichosos. Si Felicia no realizaba por completo el ideal de severidad y gracia intelectual que yo hubiera podido soñar en mi juventud, lo ignoraba ó no lo recordaba. Es aquella una época de la vida en la cual no tenemos otras exigencias que las puramente individuales y relativas á nosotros mismos. Sentimos lo posible de la perfeccion, puesto que la adoramos; pero experimentamos sus dificultades, porque no está encerrada en nosotros. Semejante persecucion de lo bello y de lo bueno vana siempre á pesar de los mayores y más sinceros esfuerzos, resulta indulgente por aquello que se ama. Querríamos excusar los escollos donde hemos embarrancado, las espinas con las cuales nos estamos desgarrando todavía, haciéndonos humildes á fuerza de ambicion, y dulces á fuerza de celo.

En verdad que en aquella época de adopcion paternal de un alma borrascosa y martirizada estaba yo mejor que nunca; estaba, por así decirlo, mejor que yo mismo. Cuando mi compañera me decia: "No os creia aun tan bueno como sois," contestábale yo con toda sinceridad:

—Es que no podia ser tan bueno antes de amaros tanto.

Este bienestar duró dos años. No pudo completarse por mí con las alegrías de la paternidad; y en la actualidad, ¡ay! doy gracias al destino por haberme ahorrado tan terrible causa de turbacion é incertidumbre. Felicia se lisonjeaba diariamente con la esperanza de ser madre.

Un antiguo médico que la habia visitado desde su vuelta de Italia, y á quien consulté sobre su estado general, me dijo que no debia alimentar esperanzas vanas. Al mismo tiempo me inducia á no desilusionar del todo á mi compañera.

—Este sueño dorado de la maternidad es, decia, la pasion de su existencia. ¡Fijaos en la parte moral! Es un espíritu de elevado temple; pero sus ideas son fijas, su voluntad exaltada, los instintos tenaces y la fuerza vital no corresponde en ver-

dad á la energía que otorga. Yo me admiré de verla conformarse con la muerte de su hermano, porque habia creído que iba á costarle la vida ó la razon. Ahora me explico su resignacion y su valor: ¡os ama! Hacedla continuamente dichosa si quereis conservarla. No podria resistir una nueva desgracia.

—¿Creeis entonces que la falta de sucesion es para ella una desdicha sin compensaciones?

—Se conformará conservando la ilusion la mayor parte del tiempo que sea posible. Por otra parte, y es esto un detalle sobre el cual llamo vuestra atencion por ser el eje de un cúmulo de circunstancias, diciéndoos: Procurad, si quereis que viva, que lleve una vida sin grandes emociones.

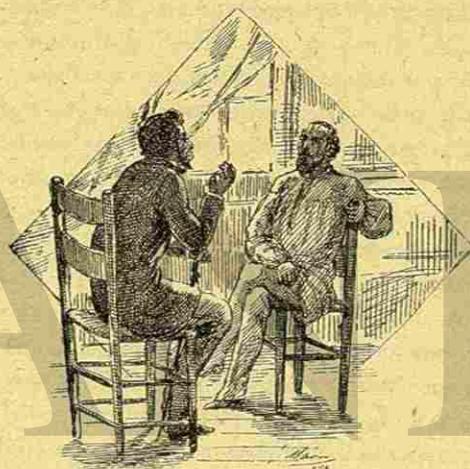
—Necesito que os expliqueis, exclamé. Estamos solos, y no teneis por lo tanto nada que reservaros, porque soy yo un hombre que puede admitirlo todo y todo prevenirlo. Debo pues saber si alguna enfermedad sería amenaza á mi esposa, á fin de atacarla continuamente y sin descanso, consagrando á ella mi existencia entera.

Hablad.

—Pues bien, dijo el médico, voy á hablaros como un hombre sencillo, pero experimentado, debe hablar á otro hombre formal é inteligente.

“La señorita Morgeron estuvo largo tiempo entre la vida y la muerte á consecuencia de los pesares y disgustos que no ignorais por cierto. Restablecióse despues de mucho tiempo. Una voluntad bien dirigida y bien empleada, le ha creado fuerzas nuevas; pero, si nos es posible modificar una organizacion, no nos lo es trasformarla en su esencia, y tenemos aquí, por lo tanto, una organizacion anormal. Yo la he estudiado mucho como uno de los tipos más raros en su clase. En la mayor parte de las gentes del campo—incluyo en éstas á todo el mundo, sin excepcion de clases, esto es, á todos los que viven en continuo roce con la naturaleza rústica—los

cuerpos imperan sobre las almas con cierta benéfica energía; el aire puro y el ejercicio les produce forzosamente el sueño, el apetito y el equilibrio intelectual. En Mme. Felicia resulta todo lo contrario; su voluntad es el único origen de sus fuerzas físicas, y nada exterior obra directamente en ella. Sólo es el estado de su espíritu lo que la hace fuerte ó deleznable; esto se expresa en una frase que por más que sea manoseada y vulgar, es verdad siempre: “la hoja desgasta la vaina.”



No la hagais reflexionar demasiado; y si ella desea instruirse, economizad todo lo posible su inteligencia. Esta es en ella un poderoso elemento de percepcion, pero no será jamás un depósito de ideas incontestables, en el cual todas las cosas estén clasificadas lógicamente. Dad rienda suelta á la actividad, y alimento á la bondad y á la ternura. No le pidais ser forzosamente consecuente con ella misma; tratadla como un niño en el que deban economizarse los medios de comprension y del cual

se conocen las aptitudes. Ella no siente el menor mal orgánico, no. Limitaos á esta consideracion; pero fijaos en la movilidad de su fisonomía al menor trastorno; tomadle el pulso frecuentemente, y conoceréis que la fiebre se declara en ella con una rapidez inaudita por consecuencia de la más ligera excitacion nerviosa. Sobre todo evítadle toda inquietud, porque ella os ocultará todos los síntomas. Posee una fuerza de reaccion extraordinaria, y yo la he visto enferma de harta gravedad sin que lo notara ninguna de las personas que la rodeaban. Acostumbraos á mirarla con ojos serenos que sepan ocultar su perspicacia. Yo no conozco persona más difícil de interrogar ni asistir. Si, por casualidad, la afligiera un disgusto grave, no os preguntéis jamás si está enferma, porque es seguro que lo está. Trabajará, sin embargo, como de costumbre, y sabrá aparentar que come y que duerme. Estará igualmente alegre al parecer, si cree que pueda afligiros; pero será continuamente víctima de una fiebre violenta, que conservará hasta tanto que hayais hecho penetrar en su espíritu rayos consoladores. Las prescripciones del médico no servirán de nada, ó de muy poco en su alivio; sed vos, por lo tanto, el médico de vuestra esposa. Tened presente que soy vuestro médico, ó mejor, vuestro amigo, y no un charlatan.,

Esta conversacion produjo en mí cierta inquietud, y durante muchos dias estuve observando á Felicia con la mayor atencion. Nada descubrí que no me fuese ya conocido. Su impresionabilidad positivamente nacida con ella, y lo que para mí hubiera sido enfermedad ó destruccion, era para ella movimiento y vida. De los que comprenden semejantes organizaciones son los médicos los últimos, sobre todo los médicos experimentados, instruidos y razonables. A pesar suyo quisieran ellos conducir nuevamente la naturaleza á la lógica natural; lo cual es muy sábio. Pero acaece frecuentemente que los tipos anormales tendrian necesidad de escapar al

registro de la razon. Tal vez á la loca necesidad de mi tratamiento antiracional.

Por lo tanto, esforzábame yo en hacer predominar el simple buen sentido en el agitado espíritu de mi compañera, y habia yo empleado en ello tanta paciencia y tal artificio; habia yo cubierto las exterioridades de la enseñanza con tanta dulzura y jovialidad, que creí haber llegado al colmo. ¿Cómo explicar ahora el desastre que me aguardaba en medio de mi confiada serenidad, el golpe que me habia de herir en mitad del pecho, el derrumbamiento del santuario en el que se guardaban mi fe y mis ilusiones?

XXXI

An día, Sixto More se cruzó conmigo en la montaña. Sabía yo que había él hablado harto ligeramete de mí, y me pareció verle turbado para saludarme. Las almas sin mancha y sin reproche se rien de semejantes agresiones sin sentir sus heridas. Yo me le dirigí el primero, preguntándole por su familia. Turbóse él entonces por completo, y encogiéndose de hombros alejóse, en ademan despechado y desdeñoso á un tiempo. Permanecí en mi puesto, siguiéndole con los ojos. Volvióse él entonces, y haciendo un gesto amenazador, dió algunos pasos hácia mí. Yo estaba esperando sin moverme; detúvose Sixto, y nos quedamos mirando á los ojos, él exasperado, yo, si bien sorprendido, tranquilo.

De repente, y como tomando al parecer una determinacion, llegóse á mí y me tendió la mano que yo tomé en la mia, pero sin dejar de fijarme en la expresion de su semblante. Nada advertia en él de perfídioso pero sí mucho de turbado. Ya os he dicho que era un buen hombre y que yo le tenia por tal.

—¿Vivís bajo el peso de alguna desgracia? le pregunté; añadiendo: ¿decidme lo que puedo hacer por vos?

—De ninguna, respondió; pero es necesario que sepais mis

penas. No puedo estarme de daros cuenta de ellas, á pesar de que no somos amigos. Es una necesidad superior á mis fuerzas; vuestro semblante me exige arrepentimiento, y cada vez que os encuentro, me digo á mí mismo: "Hé aquí un hombre á quien he desconocido por estar celoso de él. Será ello una injusticia pero es así. El mejor dia me confesaré con él, y me veré obligado, por no sé qué de bueno y honrado que en mí siento, lo cual no me impediria, sin embargo, de continuar juzgándole todavía mal, puesto que hay tambien en mí algo de malo; y esto, por lo cual yo me lamento y sufro, es el amor que he tenido á su mujer.

Este amor se ha desvanecido ya, añadió al ver que yo esperaba para contestarle á que desarrollara mejor su pensamiento. Yo no amé del todo á Felicia, ni tengo necesidad de deciros el por qué, que indudablemente sabreis un dia ú otro. Podeis, pues, contestarme francamente si me perdonais el haber manifestado mi disgusto, y si vos os habeis sentido más ó menos disgustado contra mí.

—Yo he sentido únicamente amistad por vos, le respondí, y la siento aun porque os he perdonado ya en el fondo de mi corazon sin aguardar para ello vuestras explicaciones. Ahora que habeis tenido el valor de romper el hielo, os aprecio aun más, y estoy seguro de que deseais, ó mejor, que no reincidireis en vuestras injusticias.

—¡Ved, exclamó él, si he sido del todo injusto! ¿No ha sido una picardía el haberos casado con Mme. Morgeron? Se ha dicho en la comarca: "¡Es por el dinero!," Yo lo he dicho igualmente, sin creerlo; pero pensando que había sido por alguna de las intenciones propias de vuestra edad y tal vez de la mia, porque yo no tengo sino unos diez años menos que vos.

—¿Qué intencion he podido llevar? ¡Explicaos, maese Sixto!

—La intencion de decir: "Hé aquí una jóvon asediada por otros muchos, más ricos y más jóvenes que yo, de la que quiero

ser amado. Quiero, por amor propio, ser preferido á todos los demás, incluso su primo!

—¿Su primo?

—Sí, su primo, Tonino Monti, quien ha creído durante mucho tiempo llegar á ser su esposo, habiéndose casado por despecho con otra mujer, lo cual no le impide echarla de menos diariamente, y de envidiar diariamente también vuestra ventura. Felicia lo sabe perfectamente, y por eso no quiere verle delante de vos.

—¡Os equivocáis, Sixto! Puesto que nos vemos frecuentemente con Tonino; y lo que suponeis con respecto á nuestro primo es tan absurdo como lo es el amor propio que me atribuíis.

—¡Como queráis! ¿Entonces os habeis casado con Mme. Morgeron por puro amor?

—Y por amistad.

—¿Se puede, pues, aún estar enamorado á los cincuenta años?

—Indudablemente.

—¿Entonces, dentro diez años podré aún estar enamorado de vuestra esposa?

—¿No habeis dicho que se habia ya desvanecido?...

—He mentado; es decir... hay dias en que lo creo así y otros dias que no. Esto depende de cosas que me molestan en alto grado, sin que me atañan directamente, si quereis, y que no os molestan á vos lo bastante tal vez, ya que no las evitais.

—Hablad; decid ¿cuáles son estas cosas?

—Son cosas en las cuales os fijais muy poco.

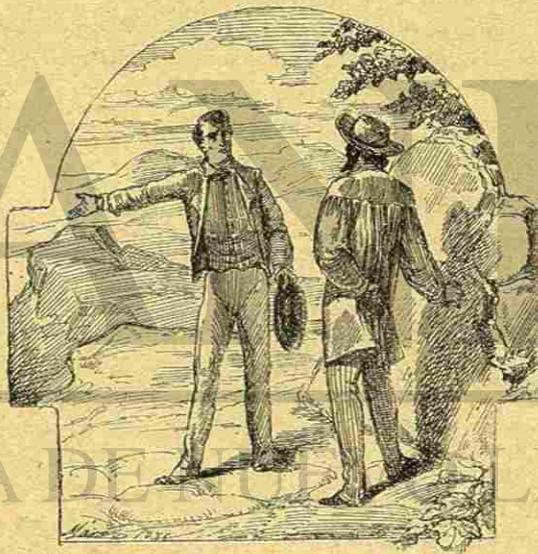
—Muy poco.

—Pues bien...

Interrumpióse Sixto á sí mismo; el sudor aljofaraba su frente, parecia estar en lucha con algún secreto pesar.

—M. Sylvestre, exclamó asiéndome fuertemente del brazo,

¿por qué dejais que viva ese maldito perro italiano que os engaña? ¿Sois hombre ó no lo sois? ¿Las personas que, como vos, han recibido educacion y han vivido en el mundo de los ricos, tienen una naturaleza distinta de la de las gentes del campo como yo? ¿Es natural en ellos el deber de sufrir los insultos ajenos y de abandonar sus mujeres al peligro de que se las señale con el dedo? Aquí donde me veis, no siendo, como no soy, nada de Felicia, nada me debe ella á mí, ni yo le debo á ella nada tampoco; pero, si yo llegaba á descubrirla culpable, quedaria curado de amores para toda la vida. Desprecia-ria á todas las mujeres permaneciendo soltero hasta morir.



Tanto seria el efecto que produciria en mí el ver á Felicia falsa y envilecida, que no podria jamás olvidarlo. Y vos, vos

continuariais tranquilo, algo pálido, sí, pero nada más, puesto que aún veo que sonreís mirándome con aire compasivo; tomándome por un pícaro que se venga, ó por un loco que está viendo visiones.

Efectivamente, le creía presa de algun exceso de locura. Irritóse por fin, hasta el extremo de apostar á que me aseguraria de la verdad del hecho.

—¿Qué hecho? le pregunté.

—No hace todavía media hora, respondiíme señalando un grupo de rocas, que estaban aquí juntos los dos, escondiéndose... ¿Lo sabiais?

—Lo que yo sé es que no se escondian. Vuestra suposicion es una grave ofensa á mi mujer. Y os prohibo, por lo tanto, el aventurar una palabra más sobre el particular.

—Debais decir lo que estais diciendo, contestó Sixto, pero deberiais ir á ver si están allí todavía.

—Iré tranquilamente para tener el gusto de encontrarles, pero sin el menor temor de sorprenderles.

—Perfectamente! ¿Vais á toser para anunciar vuestra llegada? Está bien, id como mejor os acomode, sed engañado; ¡poco debe importarme ello á mí! Ya os he advertido; he cumplido, á pesar de todo, con mi deber, porque son exclusivamente vuestros los cuidados de darle una leccion á ese Tonino. ¿Que no quereis dársela? Está bien, puede que el mejor día se la dé yo: él se me vendrá indudablemente á las manos, y entonces le aplastaré como se aplastan los animales venenosos, porque hace diez años que estoy sufriendo sus malas mañas y he llegado ya al colmo de mi paciencia. El fué quien impidió que Felicia me atendiera, y es él quien hace que me avergüence ahora de haberla amado tanto! Adelante, adelante, señor marido; cerrad los ojos, tapaos los oidos y dormid tranquilo; yo, yo velaré por cuenta propia.

XXXII

Sin darme espacio para contestar, alejóse fuera de sí. Su cólera no me preocupaba mucho, puesto que yo le creía susceptible y vanidoso; no le juzgué celoso sino por amor propio, pues sabia su aversion á Tonino, con el cual habia tenido recientemente discusiones por intereses. Cuando hube desechado los supuestos y dominado por completo lo que acababa de pasar, dirigíme completamente tranquilizado al sitio que tan vagamente se me habia indicado.

Estaba éste á bastante distancia de la habitacion, en el fondo de una pequeña garganta cuyos terrenos pertenecian precisamente á la familia de Sixto More. La roca, harto escarpada, parecia abierta á pico á lo largo del sendero; pero no habia por allí cueva ninguna, ni ninguna sinuosidad podia servir de escondite ni siquiera de lugar de descanso. Siguiendo por aquel camino de cabras, dí la vuelta al grupo de rocas; no habia nadie. Creí entonces que Sixto habia soñado ó que se habia querido reir de mí. Yo no conocia mucho aquel sitio, pues si habia pasado por allí muchas veces no me habia detenido jamás. Subí poquito á poco una pendiente alfombrada de cesped en la cual creí ver algunas huellas de planta humana, cuyas hue-

llas, bastante vagas, por cierto, desaparecían luego por completo. Yo no buscaba á nadie; el sitio era delicioso, subí á la cúspide del grupo, donde cogí algunas flores raras que por allí crecían. Pensaba en Tonino, que me amaba ardientemente, y en Felicia á quien yo creía no deber perturbar en lo más mínimo con el insensato despecho de Sixto More. Pensaba igualmente en mí mismo para preguntarme si era yo digno de la dicha que experimentaba. No podía por cierto echarme en cara el haberlo conseguido indignamente y de haberme aprovechado ó reido del dolor ajeno. Sentía yo aquella especie de melancolía de las personas de ambición modesta, que piden espontáneamente perdón á los hombres y á Dios de poseer cierta sabiduría silenciosa y cierta prosperidad humilde.

De pronto ví á Felicia al pié del grupo de rocas volviendo rápidamente hácia la senda que se internaba en una espesura de malezas. No hizo sino aparecer y desaparecer; pero era ella en realidad, y su paso parecía el de carrera furtiva. Mi corazón latía con violencia. Echébamele yo mismo en cara; precipítame para reuniémele. No me atrevía á decir una palabra. Sixto More podía estar á pocos pasos de distancia y creerme celoso. Volví á sentarme sin hacer el menor ruido, y, suponiendo que estaban observándome, púseme á coger flores y yerbas sin manifestar la menor agitación.

No tardé en notar que efectivamente se me observaba, pero no por Sixto More, sino por Tonino, á quien ví salir súbitamente de un recodo que formaban las rocas sobre mí. El me habia visto primero, y tuvo por lo tanto espacio para tranquilizar su semblante.

—¿Qué diablos estais haciendo por ahí, padre mio? me dijo corriendo y acariciándome con la mirada límpida y trasparente como las fuentes de la montaña.

—Ya lo ves, dije; estoy cogiendo algunas flores que me hacen gracia.

—Cogedlas, dijo; á mi prima le agradan mucho. Yo paso muchas veces por aquí; es el camino más corto para ir á veros, y cuando le llevo un ramo, me dice siempre: ¿De dónde sacas estas flores tan hermosas?

—¿Vienes por casa? repuse yo. Hace bastante tiempo que no te he visto.

—¡Ah! ¡qué quereis! ¡con los pequeñuelos á cuestras, y una mujer que ha de destetar al uno para dar de mamar al otro! No la dejo mucho tiempo sola.

—Y haces bien. Vámonos: ¿vienes á ver á tu prima?

—Me va á regañar.

—¿Por qué?

—Primero, para no perder la costumbre, y luego porque no le he dado señales de vida desde hace un mes.

—Y bien, si te regaña, también te perdonará.

Subimos entonces juntos por el mismo atajo por el cual Felicia acababa de escapar. Estaba yo perfectamente convencido de que Tonino no creía que yo la hubiese visto; pero, ¿la habia visto también él? ¿Sabia que ella hubiese estado allí, ó que acabase de pasar? El estaba tan tranquilo y risueño, que no podía creer en una traición. Nada me explicaba la presencia de Felicia en aquel lugar, particularmente salvaje, pero indudablemente habia de aclararse aquella rara casualidad en cuanto nos reuniésemos.

Dominando mi emoción, apresuré el paso. Tonino me detenía á cada momento bajo diferentes pretextos muy justificados, con el aire más natural del mundo.

Tanto fué así, que Felicia hacia ya que habia entrado diez minutos á lo menos, cuando llegábamos nosotros. Habia tenido tiempo de cambiarse el calzado y de volverse á peinar. Como ella se tomaba diariamente este trabajo antes de sentarse á la

mesa, le pregunté simplemente si había salido. Yo esperaba una respuesta sencilla, veraz y satisfactoria; pero me contestó con verdadero aplomo mintiendo. Dijo: ¡no!.... Repetí entonces la pregunta como si una distracción cualquiera me hubiese privado de entender la respuesta. Ella repitió: ¡No!....



Sentí entonces como si un vértigo cegara mis ojos, y un frío de muerte conmoviese todo mi sér.

No, no existe sino una sola muerte; pero durante la cortísima vida que atravesamos, morimos muchas veces. Perece-

mos repetidamente. Nuestro sér aparente queda como antes, pero en el fondo nuestras almas se descomponen, se desvanecen, se aniquilan; la sentimos helarse dentro de nosotros y pesar allí como un cadáver. ¿Qué es del alma luego? ¿Se va por su lado para esperarnos y unirse luego á nuestras existencias sucesivas? ¿Es ya una cosa gastada, terminada, que no puede ya servirnos á nosotros ni á nadie?

¿A dónde vais, á dónde vais, oh amores pasados? ¿quién puede decírmelo? Truécanse en fantasmas, en sombras ó en larvas, al decir de los poetas. ¡Ah! ¿qué no esperan nada? ¿Este mundo que se desvanece á nuestra vista no ha existido jamás? ¿Las pasiones son única é igualmente imaginaciones vanas como los sueños? No, esto es imposible. Las visiones soñadas son la acción de un *yo* inconveniente é incompleto. Las pasiones son, no solamente la acción fatal, sino la obra voluntaria de toda nuestra individualidad. La atracción los suelta, pero la voluntad les persigue, los conoce, los define, les da nombre y los satisface. Nuestras pasiones son nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra carne y nuestros huesos, nuestra fuerza realizada, la manifestación de la intensidad de nuestra vida íntima por nuestra vida física; aspirando igualmente á ser partícipes; lo son, se agitan, llegando á ser fecundas y á crear. Ellas producen obras, actos, hechos, esto es, la historia—de lo bello, el arte—ó buenas, las ideas, los principios, el conocimiento de la verdad. Crean séres, hijos que nacen de nosotros intelectualmente ó en realidad. No son pues sueños ni espectros. Matad las pasiones y matais el hombre.

¡Y, sin embargo, una pasión puede extinguirse, sin que nosotros muramos! ¿Será ello tal vez demasiado agradable no sobrevivir á su poder y partir con aquello que nos hace igualmente buenos á todos, la fe? No es por cierto así; es necesario, á muchas repeticiones de la vida, el sentirse roto, despojado, perdido, sin recursos y trabar de nuevo relaciones con

nosotros mismos como con un extraño. Es preciso decirlo, y á veces rudamente confundido: "¿Dónde estaba yo al mismo tiempo, y cuál es aquella otra existencia que me dominaba como un ataque de parálisis? Es que pude vivir de tal suerte, sin inteligencia, sin mi corazón y sin la razón de ser que yo al mismo tiempo tuve, y que no volveré á tener jamás?"

Habéis oído hablar indudablemente de los efectos del *curare*, este veneno que hiela la energía vital sin quitar la conciencia de una muerte próxima é inevitable. Yo me sentía dominado asimismo bajo una capa de plomo, entre un montón de rocas, sin escape, sin advertirlo, sin reacción posible. Todos los hombres han pasado más ó menos por ello y pueden comprenderlo. Compadeced á los que se agitan en vano creyendo aturdirse con la cólera ó la embriaguez. Compadeced aun más á aquellos que saben que ciertos venenos no tienen remedio, y que desde la primera absorción hacen que abarquemos de una sola mirada lúgubre todo el horror de nuestra situación. ¡Desengañado en un instante! Este fui yo, para toda la vida.

Por lo tanto, no he de hacer que recorrais al través de una prolongada serie de ilusiones desvanecidas y de esperanzas y decepciones. ¿Como oculté la violencia del choque que me hería? yo mismo lo ignoro; jamás he sabido, darme cuenta de ello; no lo recuerdo. Encontréme por la noche en mi despacho. Felicia y Tonino estaban tocando el violín en la sala que venía bajo mis piés. No les oía sino cortos momentos y con irregulares intervalos, en que parecía como que se abriese una puerta entre ellos y yo, volviéndose á cerrar al instante; pero esta puerta no existía sino en mi imaginación. Había tomado un libro que hojeaba sin verle. Ocupé algunos momentos en puerilidades. ¿Por qué me había mentido de una

manera tan estúpida, cuando le hubiera sido facilísimo el disimulo?

Hubiera podido decirme de igual manera la verdad, hasta cierto punto, como: "Figurándome que Tonino iba hoy á venir, he salido para recibirle, le he esperado; luego, recordando que era ya hora de comer, me he vuelto por el mismo camino, no dudando, sin embargo, de su pronta llegada. A esperar yo cinco minutos más nos hubiéramos encontrado y hubiéramos venido los tres juntos." ¿Qué le hubiera costado decir esto?—Y, si hubieran estado saludándose sencillamente, ¿por qué no dejarse sorprender por mí, que, desde nuestro casamiento, les había encontrado y dejado juntos veinte veces sin inquietarme?

¿Qué fatalidad la impulsaba, pues, á mentirme de la manera más flagrante y desatentada que pueda imaginarse, cuando mi excesiva confianza venía asegurando la impunidad de los culpables? Esto me parecía más piadoso. Púseme á reír solo, dando una carcajada despreciativa y dolorosa como un lamento, la cual me hizo temblar y mirar en torno mio, como si esperase ver mi otro yo, riéndose é insultándome.

Pero yo estaba solo, y era por lo tanto seguro que era yo quien se había reído. Se me hubiera podido oír desde abajo si las voces del violín de Felicia no hubieran sofocado la mía. Estaba ella tocando maravillosamente aquella noche. Escuché un instante y me volví á reír, porque así estaba mintiendo en ella la música como todo lo demás. No podía ser ella otra cosa que falsedad y mentira de piés á cabeza. Yo escribí sobre el borde de la mesa: "Tu nombre es mentira." Luego borré lo escrito. Toda manifestación me parecía indigna de mi fiereza. Cesé de reír y cesé de llorar, porque yo lloraba á cada instante sin conciencia de ello. Salí de la casa, fijéme en la manera de brillar de las estrellas y, cosa rara, de súbito empecé á respirar. Parecíame que iba creciendo hasta los astros,

que los tocaba, que participaba de sus llamas, que tenía todo el mundo y mi corazón en cada una de mis manos, que yo era fuerte como Dios, que era tan dichoso como infinito, y que cantaba en una lengua desconocida. ¡Qué sé yo! estaba probablemente loco en aquel momento; pero no, me equivoqué, no lo estaba sobrecitado, alucinado: ¡esto tal vez! Veía yo más allá de mi existencia individual, la bajeza del mal y el esplendor del bien; estos dos polos del alma humana. Un crimen acababa de sumergirme en un infierno de tinieblas, porque los seres humanos están unidos por una solidaridad terrible, y aquellos á quienes amamos particularmente forman, en cierto modo, parte de nosotros mismos. Al descubrir que los dos objetos de mi más tierna afección estaban gangrenados y corrompidos, sentí penetrar en mí la muerte; la vergüenza de que ellos debían estar cubiertos, me había amancillado, me había sonrojado y había palidecido como si fuera cómplice de su falta. El mal andaba desencadenado por la tierra, y triunfaba de todos como triunfó de mí. No existía en el mundo sino mentira y brutalidad. Puesto que dos seres que yo había colocado tan altos en mi estimación como en mi ternura, no valían más que los últimos salvajes, ¿podía estar seguro de mí mismo? ¿No era yo culpable igualmente por haber descendido tanto? ¿Qué garantías podía ofrecer desde entonces á los hombres y á Dios, de mi rectitud y de mi castidad?

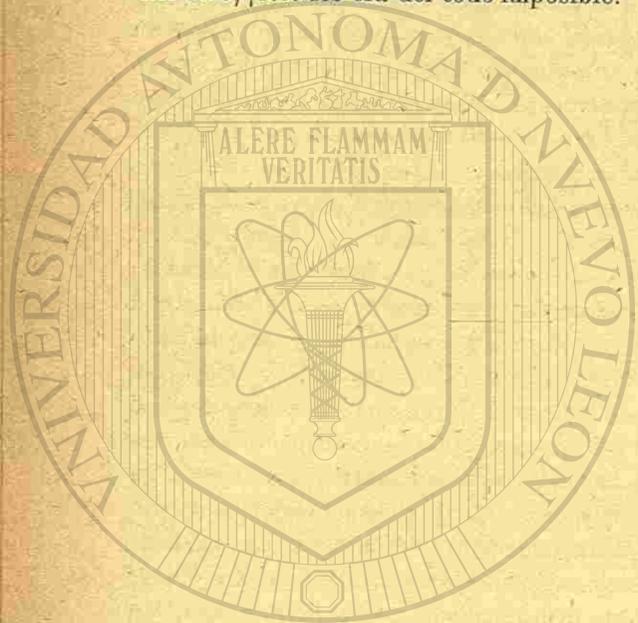
Pero cuando se desvaneció aquella nube, cuando la irradiación de los astros iluminaba en el fondo purísimo del cielo aquella escala de Jacob que todo hombre de carácter vislumbra en sus angustias, asíéndose á ella entusiasmado para huir de los monstruos y sus emanaciones, dejé la miserable esfera en la que se agitan tantos problemas y sofismas. Ascendí á la región de la verdad, en donde el mal no es más que relativo y donde su nombre nada significa. Allí iremos todos, purificados por el tiempo, la expiación y la experiencia; pero no todos

ascenderemos en el espíritu de esta vida. El reino de los cielos, llamo así al sentimiento puro, embriagador y grandioso de lo bueno y del bien infinito y eterno, que no se abre ni por un instante á aquellos que sólo ven con los ojos del cuerpo y que desprecian toda noción de lo que es el bien y el mal de su especie. El hombre no posee en verdad el bien absoluto; es por esto que desciende desde que se le busca fuera del bien relativo y accesible. No necesita en verdad prescripciones morales, ni calenturas peligrosas y satisfacciones impudicamente conquistadas entre el esfuerzo del alma y su fin misterioso y sublime.

Yo era puro y sencillo, y en una palabra de doble sentido que, en medio de mi éxtasis, se me venía á los labios, podía reasumirme yo mismo: "El mal que se me hace y no he podido nunca ni podré jamás causárselo á los demás." En efecto, la hermosa Vanina, cien veces más joven y más hermosa que mi mujer, hubiera podido ser conducida á mi lecho por los demonios legendarios de la noche, pero mis brazos no se hubieran enlazado alrededor de su cuerpo, ni mi imaginación, siquiera, hubiera desflorado á la compañera de Tonino; y esto, así á los veinte y cinco años como á los cincuenta. Podía yo recorrer con mirada serena todo mi ardiente y varonil pasado, sin encontrar en él la mancha más insignificante. No tenía que echarme en cara ni una hora en la que la brutalidad de los sentidos hubiese dominado en mí la probidad del alma.

Era yo, pues, simplemente, un buen hombre, que no tenía sin duda de que enorgullecerse, pero sí en que consolarse sintiendo en sí una gran paciencia y cierto goce austero. Aquellas desdichas que procuraban envilecerme habían emprendido un imposible. Era yo mi propio juez y el suyo. Habíanme robado arteramente el reposo, la dicha, la poesía, mi fe en ellos; en una palabra, todo cuanto había servido de base á mi nueva existencia.

No les faltaba sino asesinarme. ¿Por que no? Desembarazarse de Vanina y de mí, hubiera sido lo lógico; pero quitarme una parte de mi valor moral para engalanarse el uno á los ojos del otro, ¡esto les era del todo imposible!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

TONINO se retiró cuando yo volví á entrar. Despidióse de mí como acostumbraba, tierna y alegremente.

—Pues que, le dijo Felicia, ¿no le das un abrazo á tu padre?



Llamóme entonces padre, y me abrazó. Recordando la leyenda del beso de Judas, me dejé abrazar.

No les faltaba sino asesinarme. ¿Por que no? Desembarazarse de Vanina y de mí, hubiera sido lo lógico; pero quitarme una parte de mi valor moral para engalanarse el uno á los ojos del otro, ¡esto les era del todo imposible!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII

TONINO se retiró cuando yo volví á entrar. Despidióse de mí como acostumbraba, tierna y alegremente.

—Pues que, le dijo Felicia, ¿no le das un abrazo á tu padre?



Llamóme entonces padre, y me abrazó. Recordando la leyenda del beso de Judas, me dejé abrazar.

Ausentéme al día siguiente. Con el pretexto de hacer nuevos experimentos sobre el curso de las aguas de la nieve, fuíme á reflexionar buscando ó intentando encontrar algún reposo á la sombra del *Bolo*.

Estaba fatigado como si hubiese dado la vuelta al mundo. El asombro de la víspera habia sido demasiado sobrehumano para ser duradero; debia pagar pues mi tributo á la naturaleza.

Tuve terribles accesos de fiebre, de amargo pesar, de indignaciones devoradoras y de cólera para romper con todo. Llegué al colmo de la exasperacion para caer en el abismo del abatimiento.

Pasáronse así dos días y dos noches. El tercer día sobrevino la calma y logré dormir. Era preciso tomar una determinacion cuanto antes. Dos veces distintas, intranquila Felicia por mi ausencia, subió hasta mi chalet. Una vez y otra al verla llegar, pude sustraerme á las angustias de su presencia refugiándome en lo más inaccesible de la montaña. No deseaba yo vengarme en perjuicio de su existencia ni de su salud; no quería explotar su miedo ni su remordimiento.

Esto no me hubiera parecido digno de un hombre.

No acerté á resolver más que un plan provisional. Antes de disponer de mi porvenir como del de mi esposa, me era preciso conocer todos los detalles de la situación, dándome cuenta exacta de la verdad, y fallar en conciencia, sin error y sin debilidad. Interrogar á Felicia no era, en verdad, el medio de dar con lo cierto; ella sabia mentir, no me cabia duda. Y aun cuando llegara á arrancarle la confesion completa de los hechos, jamás podria manifestarme las verdaderas causas. Habia yo probado perfectamente que carecia de lógica; no debia pues admirarme de que le faltase conciencia.

Someter á su cómplice á un interrogatorio, hubiera sido abrir la puerta á las historietas más absurdas y á dramas hartos

ridículos. Antes que aventurarme moralmente á desempeñar semejante papel, hubiera preferido aún el ultraje de sus caricias. Cuanto más se envileciera él, menos podia envilecerme á mí.

Regresé pues á Diablerette, resuelto á no dejar adivinar nada hasta el día en que me hubiese apoderado de todos los hilos de la traicion.

Era probable que ellos no se escribían entonces, pero indudable debían haberse escrito. Recordé de pronto que, poco despues de nuestro casamiento, Felicia me habia entregado un pequeño legajo de papeles cuidadosamente sellados, haciendo que le jurara por nuestra confianza mútua, que no lo abriría más que en el caso de que ella muriese antes que yo. Yo habia supuesto que era aquello un testamento, resuelto á no aceptarlo jamás lo habia guardado sin darle importancia. Otras veces me habia dicho que podia ser aquello una relacion confidencial de su primera falta; y como no tenia el menor empeño en leerla, creia no remover nunca las cenizas de un pasado que mi amor habia desvanecido, á no ser que Felicia me lo recordase expresamente, lo cual no habia hecho á la verdad.

Entonces mi imaginacion podia admitir otros supuestos. Las mujeres de su especie tienen necesidad apasionada de expansiones, que no son sino el deseo de alentar su falta ó de poetizar sus vicios. Aquellos papeles podían conducirme al descubrimiento que yo creía hacer, y que habia probablemente hecho desde el principio. Me pertenecían. Pero, yo lo habia jurado por algo que ya no existia, que habia pisoteado quien habia querido: ¡mi confianza! No tuve pues escrúpulos y rompí el sello. Era la corta y expresiva correspondencia de Felicia y Tonino desde el viaje de éste á Italia, más de un año antes de nuestro casamiento.

Lo traduzco del italiano:

Decían:

FELICIA

“Sí, le amo; es mas que amor, es idolatría lo que siento por él. Ya que has querido saberlo, sábelo. He visto claro que no íbas á dejarme en paz si no te decía la verdad. Despues de ello, ¿qué vas á decir? Ya sabes que no te amo, que jamás te he amado; ¿será preciso que te lo repita eternamente?,”

TONINO

“Está bien; yo acabaré con él, con tu Sylvestre, y la falta será tuya. Yo le queria; tú haces que le odie. Sí; él es un hombre respetable, bueno, perfecto; no lo ignoro; pero tú le condenas á muerte. Yo te amo; aun sabiendo que eres bastante loca para olvidarlo, ¿es que no me conoces? ¿ó que no sabes lo que yo quiero, y te es forzoso que quieras?,”

FELICIA

“Entonces, si eres un loco ó un asesino, dílo desde luego, porque es preciso que muera yo. Si dentro tres días no he recibido carta tuya, me mataré „

TONINO

“La vida de Sylvestre está en tus manos. No faltes á la cita, allí donde tú sabes, el 5 á la una de la madrugada. „

EL MISMO

“Has vencido al tigre; le has encadenado. Le has hecho sufrir mucho, cruel, pero le has dejado la esperanza. ¡Oh sí,

tú me amas, ¡no hay duda! Está bien que te niegues; tu cólera se fundirá en mis brazos; rechazas mis besos; pero tus manos, tus rodillas, tus hombros, sienten mis lágrimas, y estas lágrimas ardientes acabarán por abrasarte. ¡Amame, locuela! ¿Puedes, por ventura, dejar de amarme? ¿no me has, por cierto, criado en tu regazo como un pájaro al cual, falto de nido, diste tu calor y tu vida? ¿Un incesto? ¡Por Dios, prima! el papa los dispensa y el cielo se rie de tus escrúpulos. ¿Pretendes hacerme creer que podemos ser nosotros madre é hijo? Esto es bueno para que crean en ello estos protestantes severos y graves, ó para los católicos de sangre helada, que viven en el polo. Nosotros somos italianos, somos séres completos en toda la plenitud de la existencia. No he querido jamás llamarte madre, y ya no te llamaré sino ¡mi vida! pero si he querido beber tus caricias, he vivido de ellas y por ellas, embriagado con mis propios recuerdos. Esto es el amor, el verdadero amor, y no puede existir otro. Tú no amas ni amarás nunca á Sylvestre. Es un viejo. Este sí es un padre, perfectamente. Puedes, si quieres venerarle, adorarle como la imágen de un santo; esto lo comprendo y me es igual; pero no casarte con él, te lo prohibo. „

EL MISMO

“Me amas y seguirás amándome. He consentido en que te cases con él, porque le quieres. ¡Ambiciosa! ¿Necesitas dos amores, uno para el alma y otro para el cuerpo? El bueno será para... tendré el que quiero. Es preciso doblegarse; ¡paciencia! „

FELICIA

“No, y mil veces no; no obtendrás nunca de mí el amor que pretendes. Aun cuando yo sucumbiera entre el mar de confu-

siones en que me precipitas con tus locuras, no quería ello decir que yo te amase. ¿Qué placer encontrarías viéndome llorando morder la tierra? ¡Ah! te lo juro; me mataré luego, Olvídame y no vuelvas. ¡Si supieras el daño que me haces! ¿Es esta la recompensa de mi amor de madre? Sí, yo no veía en tí sino á mi hijo. Tener un hijo que me amase como me hubiera amado mi hija, este era mi sueño, esto era lo natural... ¿Podía yo sospechar que apenas crecido para llegar á mi hombro, habías ya de tener tan malos instintos? ¿Recuerdas tú la cólera, el pesar y la vergüenza que despertaste en mí, cuando por vez primera te atreviste á decirme que querías ser mi marido? Hubiera yo debido echarte de mi lado inmediatamente. Faltóme el valor necesario. Me habia acostumbrado á amarte, y luego, yo no amaba á Sixto, no le quería á él ni á otro hombre alguno. Te veía loco, convulsivo, completamente trastornado. Creía que te ibas á morir. Prometíte no casarme jamás. Luego disimulaste, apareciendo curado de tus delirios, y pasaste semanas y meses sin darme ningun nuevo disgusto, y luego, una madrugada, apareciste de nuevo más peligroso y seductor que nunca. Y esta locura empezaba diariamente desde entonces para terminar con el crepúsculo y reproducirse con la aurora, hasta el día en que te eché violentamente de mi lado.

„Y, ahora que yo amo á quien viene á ser para mí un Dios, ¿crees que no romperé contigo, si pretendes destruir mi felicidad y hacerme indigna de él? ¡Inténtalo, y él lo sabrá todo! Veremos entonces si te atreves á reaparecer á su presencia. ¡Anda alerta! Porque le diré que has amenazado su existencia, y que acudí á tu cita para evitar una desgracia. Le daré cuenta de todas tus sutilezas é intenciones criminales; te mandará prender é irás á parar á la cárcel. Esto es todo lo que merece un niño ingrato y desnaturalizado como tú..”

TONINO

(Dos meses despues de la muerte de Juan.)

“Mi querida prima, despues de la desgracia que acaba de herirnos tan rudamente, seria yo muy culpable si no depusiera en vuestras manos mis locuras y deseos de niño. Perdonádmelas, olvidadlas, y no me rechaceis. Vuestro hijo sumiso y sacrificado ..”

EL MISMO

(Despues de casados Tonino y Vanina.)

“Prima mia, soy el más feliz de los hombres y hago votos para que lo seais igualmente con M. Sylvestre. Es este el mejor de los padres como sois vos la más generosa de las amigas. No he sido, por cierto, digno siempre de vuestras bondades. Perdonad mi pasado y bendecid á mi mujercita, quien os quiere..”

EL MISMO

(Un año despues.)

“Felicía, soy dichoso; tengo un hijo, ¡en solas dos horas! Se llama Félix; el segundo se llamará Sylvestre. Vosotros sois mis dos ángeles buenos. Estimada, sufrida y tierna mujer, ¡me salvaste de mí mismo! Gracias á tí, seré un hombre de bien, como aquel á quien has consagrado tu vida! Amame como yo te adoro...”

Aquí termina esta coleccion sin fecha pero perfectamente ordenada y numerada.

Era ello el primer acto de un drama que me tenía enredado

en sus mallas. No me enseñaba nada más de lo que había presentado desde el principio, de lo que Felicia me había dejado entrever sin atreverse á completar sus confianzas. Ateniéndose al puro sentido literal de aquellos escritos espontáneos, no se desprendía de su contenido ninguna ofensa directa á mi persona. Tonino podía haber sido arrastrado por una pasión ciega que había acabado por vencer deponiéndola á mis piés. Felicia podía decir que había triunfado del peligro despues de haberse expuesto para salvar mi vida, y que su amor hácia mí no se había oscurecido en su alma un solo instante. Hé aquí explicado el por qué me legaba aquellas pruebas de su inocencia.

Mas para quien analiza y sondea, no tiene la verdadera castidad nada que ver con ciertas pruebas, y, entre aquellos peligros tímidos y vagos que yo había supuesto en Tonino y la pasión sensual que se había atrevido á declarar y pintar tantas veces, descubria un abismo. Aquella pasión, datando de su infancia, Felicia había tenido que reprimirla y combatirla por espacio de muchos años; había habido dudas, vacilaciones y amenazas, é igualmente había tenido miedo, no solamente por mí sino por ella misma. Una de aquellas cartas demostraba claramente la posibilidad de sucumbir; y al través de recriminaciones y amenazas de una puerilidad casi visible, transparentábase la turbación de los sentidos y el temor de la caída. Y no es así como una mujer de corazón entero y buena se hace respetar, puesto que ha de saberse preservar sin tener jamás necesidad de defenderse. No es por otra parte indispensable haber recibido una educación muy escogida para rechazar el amor que ofende ó desagrada. Bastan el instinto y la sinceridad. Una aldeana no conoce, en verdad, ni puede decir ciertas frases que hielan y reprimen; bástanle sus puños y sus zuecos para esquivar al que no admite por amigo. Felicia no había sido ciertamente ni el robusto marimacho que

sabe rechazar las caricias de un goloso desenfrenado, ni la mujer púdica á la cual nadie puede repetir la manifestación de un deseo indigno. La fiebre de Tonino ardía en ella desde hacia mucho tiempo, cuando puso en mí una afección más decorosa y más moral, pero amancillada ya por secretos apetitos de un salvajismo invencible y fatal. Hasta entonces, sin embargo, no tenía yo el derecho de indignarme. Sufria y me avergonzaba de aquella participación más ó menos directa; pero tenía ya anticipadas confesiones de Felicia, acerca de aquel sonrojo y aquel sufrimiento. ¿Porqué había yo rechazado antes el exámen de aquella situación y aquel carácter? Por que la había respetado mucho temiendo ultrajarla. Al verla inquieta y mortificada, había aceptado sus contestaciones evasivas. Si no había, pues, visto más claro, no era sino mia la culpa; y no debemos echar nunca á cuestras de los demás las faltas que nosotros cometemos, por más que sean ellas hijas de nuestra generosidad.

¿Qué había pasado, pues, luego de haber terminado, al parecer, el amor de Tonino á su prima entre los brazos de Vanina y las sonrisas de su primer hijo?

Nada, tal vez.

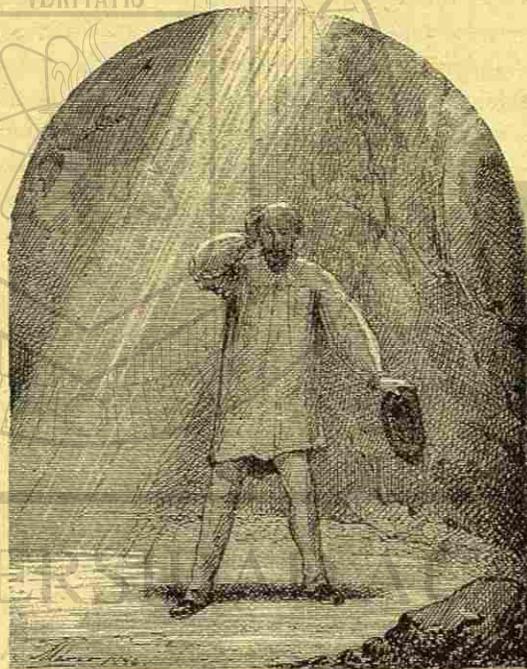
Entonces se me habría mentado, se me habría burlado; existía un culpable; mejor, un criminal que había jugado indignamente con mi buena fe. Se me había atestiguado la existencia de una pasión ardiente; habiase envanecido álguien de sacrificios sublimes.

Resultaba yo pues el más grotesco ídolo á quien se hubiese incensado y cubierto de flores para escupirle á la frente.

Era por lo tanto indispensable saber cuanto había pasado; estaba yo resuelto á ello para apreciar los grados de indulgencia ó de severidad de que debía hacer uso. Pero, ¡era yo

tan poco á propósito para el espionaje, como era insuperable el disgusto que producía en mí semejante oficio!

Estaba en ello mi deber, y me sometí. Fui á explorar el peñasco donde debía haber sorprendido la cita. Descubrí una profunda gruta en la cual se penetraba por una bóveda abierta



en la peña. Subir á la techumbre de aquel edificio natural y descender al interior por la cornisa era empresa tan difícil como peligrosa. Felicia no había retrocedido ante las difi-

tades ni el peligro. Una cripta bien resguardada escondía la vergüenza de aquel amor adúltero. Un rayo de sol acababa de estenderse bruscamente en el suelo; una nube de arena casi impalpable tamizada por el viento dibujaba un meandro á la entrada, y era preciso andar por aquella arena para alcanzar el punto oscuro y cerrado á todas las miradas. Antes de sentar en él mi planta, examinélo cuidadosamente. Encontré recientes huellas de calzado de hombre.

¿Había estado allí Tonino? ¿Le esperaba su cómplice? ¿Se preocupaban ellos ó no de verme alguna vez rondando por los alrededores? ¿Pensaban ó se decían ellos que pudiera yo verlos y concebir sospechas? Era necesario que su falta antigua y que sus entrevistas fuesen frecuentes para que afrontaran sin desconfianza la impunidad adquirida.

¿Estaban allí los dos ó iban á estar dentro de poco! pero yo no quería aún aniquilarles. Así fué que tuve gran contentamiento cuando, en lugar de Tonino, ví salir de la gruta y venir á mi encuentro á Sixto More.

POR fin, habeis venido!... exclamó amargamente. Habeis encontrado la pista y sabeis la verdad; pero habeis venido tarde, porque ya no se reunen aquí. Yo, que conocia esta gruta y que creia ser el único en conocerla, porque está en mi propiedad, queria sorprenderles, avergonzarles, amotinando la comarca en contra suya;... ¡porque vos habiais dejado de cumplir con vuestro derecho, si no con vuestro deber! He estado acechando toda esta semana. Habrán notado algo y no han vuelto á aparecer por aquí; es pues necesario buscarles nuevamente, y yo les buscaré.

—Y yo os lo prohibo.

—Estais en vuestro derecho si quereis vengaros; pero yo no estoy por ello menos en el mio. ¿Cómo os las vais á componer para impedirme que lo ejerza? En vuestro mundo, os batís en duelo, segun creo; pero esto, á nosotros, nos es completamente desconocido. Yo no quiero insultaros y haceros daño alguno. Si vos me atacais yo me defenderé como todo hombre que se ve acometido, y esto agravará aun más aquello. Estoy convencido de que no sois un niño, pero lo estoy tambien de que yo soy hombre y de que nadie me da miedo. Ved, pues,

como vale mucho más que discutais conmigo, que no que intenteis mandarme; esto sería lo más inútil, cuando menos, que podriais hacer.

—Concluyamos, maese Sixto, dije: ¿Reconoceis que un hombre, engañado ó no, está en su derecho evitando que un extraño se entrometa en castigar ofensas que le son propias?

—Sí, si castiga tambien ofensas recibidas.

—¿Y quién debe ser el juez de semejante justicia? ¿el jefe de la familia ó el extraño?

Sixto vaciló, porque no era tonto.

—M. Sylvestre, repuso luego: todos somos jueces de todos los demás. Vos no podeis, en verdad, oponeros á la opinion...

Esto era cierto, y convine en ello; pero él debió convenir tambien en que la opinion puede equivocarse, y que el deber de los hombres honrados está en juzgar sin pasion ni prevenicion alguna.

—Soy un hombre honrado, dijo Sixto enorgullecido de sí mismo, y mis prevenciones están fundadas... Si vos os conducís como un jefe de familia inflexible y avisado, permaneceré inactivo; pero si sois débil, pensaré que no sois sino un marido complaciente y no me privareis de publicarlo. Habeis querido ser el señor de Felicia Morgeron; esto no era, por cierto, lo más fácil del mundo, tanto, que instruido y todo como sois, no habeis logrado hacer de ella una mujer honrada. Tal vez un ignorante como yo hubiera sabido conducirla mejor. Tengo pues el derecho de censuraros, y os censuraré de frente; tened pues, esto en cuenta, si no vengais vuestro honor y mi amor propio; porque yo creo estar igualmente en ridículo por haber amado tanto á esta mujer, como por habérmela dejado arrebatar. Quiero, pues, que se sepa que es despreciable, y que yo la desprecio.

—Pues, bien, le respondí; aun cuando fuese ella despreciable, no quiero que la menospreciéis. Si yo he de vengarme de

alguna manera, no será esta la que elija; y desde ahora os lo digo: yo os guardaré bien de que la infameis ni ultrajeis. Me habeis obligado á tomar una resolucion extrema; la he tomado ya; luchemos frente á frente.

—¿Qué es lo que vais á hacer contra mí?

—Os mataré, maese Sixto, le respondí con la mayor sangre fría.

—¡Me matareis!

—¡Probablemente! Os diré delante de testigos que habeis mentido, y os perseguiré, si es preciso, sin odio ni cólera; pero, hasta quitaros ó perder la vida. Ved, pues, si para satisfacer vuestro despecho y vuestros rencores, quereis poner vuestra vida en el peligro más serio é inevitable.

—¿Creeis darme miedo?

—Si yo creyera daros miedo, serian mis amenazas una torpe cobardía. No ignoro que sois tan poco miedoso como yo; pero tampoco ignoro que, por el placer de cometer una mala accion, el hombre que tiene alma y reflexiona, no se espone á matar ni á que le maten. Reflexionad, pues, sobre lo que acabo de deciros, maese Sixto. Podeis aceptarlo ó dejarlo de aceptar; pero os advierto que es ello mi última palabra.

—Sois un hombre extraordinario, repuso él, despues de meditar un instante; veo que sois capaz de hacer lo que decís, y me pregunto el por qué de vuestra conducta, que no acierto á explicarme.

—Si teneis calma, creo que lograré hacer que me entendais.

—Hablad.

—Recordad, si quereis, la amistad que me unia á Juan Morgeron, la confianza que en mí habia depositado y los deberes que su muerte debia imponerme. Su hermana habia cometido una falta. El se la habia perdonado. La habia protegido en favor ó en contra de todo el mundo, habiendo así ayudado á su rehabilitación. Esto que hizo Juan Morgeron para su her-

mana no debo yo olvidarlo jamás, continuándolo cuanto me sea posible, porque, antes de ser su esposo, era su hermano: que como á tal habia yo entrado en la familia.

—Es verdad; pero permitidme: ¿Es posible que perdoneis por ello lo que se está haciendo contra vos en la actualidad?

—Si esto fuera así, no hubiera yo dicho que la perdonaba en mi corazon, porque esto no atañe á nadie sino á mí; pero yo la perdonaria, aparentemente tambien, si mi conciencia me lo exigia. Por lo tanto, declaro desde luego que no pienso tomar resolucion alguna antes de averiguar si habeis pretendido engañarme; y como no quiero valerme de nadie, que no sea yo mismo, para descubrir la verdad, todo cuanto me digais será perfectamente nulo. Renunciad, pues, á darme luz alguna sobre el particular con vuestras declaraciones.

—¿Sabeis que soy un hombre honrado, y os atreveis á decir que he pretendido engañaros? ¡Esto es un insulto!

—¡No, Sixto! es la fuerza de la pasion—y el despecho es una pasion violentísima—que hace creer y decir cosas de las que se arrepiente uno despues. Que son pocas las personas honradas que no han sido víctimas de ella una vez, si no varias, en la vida.—Veamos, recordad nuestra conversacion de la semana anterior, tenida aquí mismo. Vos mismo os haciais el pro y la contra. Estabais emocionado al propio tiempo que inseguro. Acabais de ver, juntas ó separadas, dos personas cuya intimidad, inocente ó culpable, os ha sido desagradable siempre. Vos supusiste desde luego lo malo, y por lo tanto, sin haberos cerciorado de ello, me deciais: “No quiero ya el recuerdo de Mile. Morgeron;” y un instante despues, deciais tambien: “¡Dejaré de estimarla, si descubro el crimen donde yo spongo!” Hoy mismo, aun, habeis usado un lenguaje parecido, y estaríamos hablando horas y horas sin hacer otra cosa que razonar ó disparatar sobre una suposicion de vuestro estado de ánimo ó del mio.

—O del vuestro! ¡Mentís, M Sylvestre! No os ofendais de la palabra, puesto que mentís con buena intencion; creéis deber mentir, pero no dudais por cierto de la falta, porque sin semejante creencia no estariáis aquí.

—¿Por qué pensais eso, puesto que tambien aquí estais vos?

—¡Ah! sois mas lince de lo que pareceis. Quereis hacer que os diga lo que sé.

—Os lo he prohibido, sea lo que fuere.

—Es decir, que no quereis agradecermelo; pero si os lo dijera á pesar mio os alegrariáis. Pues bien, suponed que lo hago mal de mi grado. Mis pastores vieron hace ya un año á vuestra esposa y á Tonino venir aquí. Hace pues un año que os engaña.

—Hé aquí una razon bien menguada para creerlo. Venir aquí no constituye, por cierto, un crimen en contra mia.

—¿Lo sabiais?

—Al parecer, puesto que nada sospechaba.

—¿Y el lunes último os dijo vuestra esposa que habia venido?

—¿Cómo hubiera yo descubierto esta gruta si ella no me la hubiese indicado?

—Teneis contestaciones para todo. Pues bien; tendré paciencia. Nada por ahora divulgaré, pero tenedlo presente. Os concedo un mes para saber y obrar.

—Y yo os concedo el mismo espacio para reflexionar sobre lo que os he dicho.

—¿Me matareis si hablo?

—O me matareis vos á mí, lo cual no pasará de ser una lucha salvaje entre nosotros.

—Vais á ser excesivamente filosófico ó humano para matar á vuestra esposa ó á vuestro rival, y no vais á sentir el menor escrúpulo de amenazar la vida de quien pretende salvar vuestra honra

—Confesad, le dije sonriendo, que el dia en que dierais un escándalo, me relevariáis con ello del agradecimiento que estais hoy reclamando. Cada cual, no obstante, guarda su honor y el de los demás, como le parece mejor, no existiendo como no existen leyes que le protejan.

—¿Leyes? ¡No ha de haberlas! Entablad una demanda de calumnia.

—¿Para hacer públicos vuestros insultos y entregar á la malignidad general un constante motivo de regodeo ó de provocacion contra mí?

—Pues bien, si yo andara diciendo por todas partes que me habeis amenazado de muerte; si diese parte de ello á la autoridad, para colocarme bajo su proteccion, ¿creéis que hubierais conseguido acallar la opinion pretendiendo intimidarme?

—¿Es preciso pues que os mate ó que me haga matar ahora mismo? responded. Yo no estoy preparado para ello; pero no importa, toda vez que vuestra locura, vuestro ódio ó vuestra obstinacion me pone así el puñal en el pecho. Defendeos, maese Sixto; no estamos armados uno ni otro, nadie nos ve; vamos pues á acosarnos y luchar aquí mismo, hasta que uno de los dos haya acabado con el otro.

—¿Hablais formalmente?

—Me estais atacando, y es forzoso que yo me defienda.

—¿Que yo os ataco?

—Acabais de decir que estais resuelto á deshorrar á mi esposa y á pesar mio; porque, si os dejo salir de aquí, nada en el mundo bastará á impedirlo. Es preciso, pues, que lo impida desde luego.

—Yo os he concedido un mes...

—¿A condicion de que durante este espacio vea por vuestros ojos y obre de conformidad con vuestro modo de pensar? Yo no puedo comprometerme á ello. Batámonos pues enseguida,

ó juradme que no diréis jamás una palabra de ello á nadie, sea lo que fuere, lo que yo diga ó haga.

—Batirnos aquí, á oscuras casi, y casi sin aire que respirar, esto va á ser un suicidio doble, M. Sylvestre.

—Las circunstancias son iguales. Desnudaos como yo me desnudo.

—¡Vamos, pues! exclamó Sixto, dando un briuco; si retrocediera ibais á creer que me habiais dado miedo, y yo no estoy para aceptar mandatos de nadie. Soy un hombre rico y considerado, y no he de permitir que un señorito pretenda aventajarme. Batámonos, pues, y ¡maldicion para vos que lo habeis querido!

Y nos pusimos á luchar á brazo partido.

—Aguardad, dijo él, sin soltarme; el más fuerte dispondrá del cuerpo del otro á su arbitrio.

—Convenido.

Dejó Sixto entonces caer sus brazos como desalentado; estaba pálido.

—¿No os importa morir sin sacramentos?

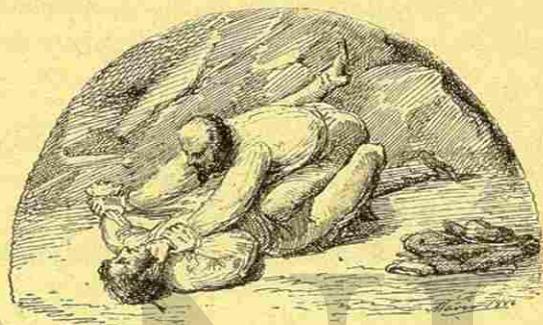
—Estoy en gracia de Dios.

—¡Jurémos, cuando menos, que el que mate al otro, no dejará su cuerpo para pasto de águilas y cuervos!

—Al contrario, yo exijo de vos que dejéis mi cuerpo allí donde cayere, procurando salvaros.

No pudiendo, naturalmente, rechazar una condicion que podia serle ventajosa, volvió á tomar la actitud agresiva é intentó acometer; yo paré el golpe sin imitarle. Viendo entonces que yo no iria á su terreno sino en un caso extremo, no se atrevió á prescindir de las reglas de la lucha. A pesar de su fuerza y de su valor, estaba harto conmovido; dominado por la siniestra impresion del lugar en que nos encontrábamos, veíase en su mirada algo lúgubre y terrorífico. No tardé en comprender que estaba perdido si yo queria, así es que procuraba

hacerle sentir mi superioridad sin abusar de ella. No tardó tampoco él en sentir mi cuerpo sobre el suyo. Teníale yo cogido por el cuello dominándole por completo, pero sin cólera ni ceguedad alguna; así es que, apreciando la situacion con tranquilidad relativa, pude ofrecerle gracia sin que me la pidiera.



—¿Con qué condiciones? preguntó tartamudeando entre avergonzado y colérico.

—Con la única de que no hableis jamás de mí ni de mi esposa en *bien* ni en *mal*.

Jurólo, y yo mismo le ayudé á levantarse y vestirse. Estaba abatido y como atontado. Salimos afuera hasta llegar á una fuentecilla cercana; vino me él siguiendo maquinalmente. Allí bebió repetidas veces. Cuando vi que no tenia ninguna contusion grave, puesto que podia hacer sin gran dificultad todos los movimientos naturales, y que el color violáceo que habia tomado su rostro se desvanecia con la saludable frescura del agua, le dejé. Llamóme, y al volverme, advertí que lloraba. Lleguéme entonces nuevamente á él.

—¡Me habeis humillado, dijo; humillado extremadamente!

—Vos quisisteis antes humillarme á mí; la suerte ha decidido.

—¿La suerte? ¡Sí, escuchad! Yo no pude disponer de mis fuerzas. ¡La idea de ser devorado por perros ó lobos!...

—¿No quereis confesar que ha sido ello algo, así, como el no defender la buena causa?

—Nada tengo que decir; podiais haber acabado conmigo, puesto que no se habia convenido tener piedad ni misericordia.

—Pero debía suponerse.

—M Sylvestre, valeis más que yo. ¡Quedad con Dios! Ahora puedo asegurar que si dejais vivir á Tonino, no será por cobardía. Sostendré mi palabra, podeis estar tranquilo por esta parte; pero como no he prometido no matar á Tonino, ¡ay de él si llega á caer en mis manos, sea por lo que fuere! Id con Dios. Tengo el disgusto de haber sido humillado, y ¡es preciso que desahogue en llanto mi pesar.

XXXV

RETIRÉME con la mayor sangre fría; pero aún hoy mismo cuando recuerdo haber estado á punto de estrangular á un hombre, algo malo si se quiere, pero no exento de valor moral ni falta de honor instintivo, no logro tranquilizarme. Habia yo reflexionado mucho antes de contraer un segundo matrimonio. Me habia dicho, como la primera vez, que no es cosa de jugar con un juramento por el cual nos comprometemos á la proteccion de una mujer. ¡Es tan profunda, encierra tal extension misteriosa esta palabra "proteccion", que el hombre pronuncia y suscribe frecuentemente sin medir todas sus consecuencias! Proteger, equivale á defender, preservar y vengar. Bajo la letra de esta palabra legal, existe un supuesto espíritu que se desenvuelve hasta la ilegalidad. Antes que dejar que se insulte á nuestra esposa, debemos matar al insolente; y, como basta una sola palabra para amancillar, es muy posible que una sola palabra trueque en asesino á un hombre honrado. Y esto puede sobrevenir en el caso de legítima defensa, que la ley no ha previsto oficialmente, y que el juez no ha de poder fallar sin gran dificultad.

—Vos quisisteis antes humillarme á mí; la suerte ha decidido.

—¿La suerte? ¡Sí, escuchad! Yo no pude disponer de mis fuerzas. ¡La idea de ser devorado por perros ó lobos!...

—¿No quereis confesar que ha sido ello algo, así, como el no defender la buena causa?

—Nada tengo que decir; podiais haber acabado conmigo, puesto que no se habia convenido tener piedad ni misericordia.

—Pero debía suponerse.

—M Sylvestre, valeis más que yo. ¡Quedad con Dios! Ahora puedo asegurar que si dejais vivir á Tonino, no será por cobardía. Sostendré mi palabra, podeis estar tranquilo por esta parte; pero como no he prometido no matar á Tonino, ¡ay de él si llega á caer en mis manos, sea por lo que fuere! Id con Dios. Tengo el disgusto de haber sido humillado, y ¡es preciso que desahogue en llanto mi pesar.

XXXV

RETIRÉME con la mayor sangre fría; pero aún hoy mismo cuando recuerdo haber estado á punto de estrangular á un hombre, algo malo si se quiere, pero no exento de valor moral ni falta de honor instintivo, no logro tranquilizarme. Habia yo reflexionado mucho antes de contraer un segundo matrimonio. Me habia dicho, como la primera vez, que no es cosa de jugar con un juramento por el cual nos comprometemos á la proteccion de una mujer. ¡Es tan profunda, encierra tal extension misteriosa esta palabra "proteccion", que el hombre pronuncia y suscribe frecuentemente sin medir todas sus consecuencias! Proteger, equivale á defender, preservar y vengar. Bajo la letra de esta palabra legal, existe un supuesto espíritu que se desenvuelve hasta la ilegalidad. Antes que dejar que se insulte á nuestra esposa, debemos matar al insolente; y, como basta una sola palabra para amancillar, es muy posible que una sola palabra trueque en asesino á un hombre honrado. Y esto puede sobrevenir en el caso de legítima defensa, que la ley no ha previsto oficialmente, y que el juez no ha de poder fallar sin gran dificultad.

Habiendo dejado Felicia de merecer de mí semejante protección, ¿estaba yo por ello relevado de mi juramento? ¡No! Solamente ella podía relevarme, abandonándose para entregarse públicamente á otro protector; y como no podía hacerlo sin mi permiso y no podía yo otorgárselo sin faltar á mis deberes, resultaba que no éramos libres uno ni otro de admitir el pase de la opinion. Luego es la opinion' apasionada ó rencorosa.

Sixto More, con su carácter áspero y su obstinada personalidad, reasumia anticipadamente y muy en claro la lucha que debía yo sostener contra toda la comarca, si dejaba propalar lo que *debía* llamarse mi afrenta. ¿Habían soñado en ello los culpables que me exponían con su cobarde debilidad á una lucha tan formidable?

Medí la extension de mi pesada tarea, y me hice cargo de ella; pero, para aminorar la eminencia del peligro, debía conducir todas mis investigaciones con gran cautela; siguiendo las huellas y expiando las citas, podía ser expiado y seguido. ¡Que las inquietudes é impaciencias del celoso aclaran y pregonan lo mismo que necesitan y desean encerrar en la oscuridad y el silencio!

Tuve yo bastante resignacion, y supe hacerme dueño de mí mismo. Tenia la seguridad de llegar al conocimiento completo de los hechos, si no me dejaba sorprender por la indignacion. Debía habérmelas, es cierto, con dos personas profundamente hábiles en disimular, pero yo no creo que sea posible engañar á quien no quiere ser engañado, y que, fría y atentamente, petrificado, por así decirlo, en su punto de observacion pasiva, no deja escapar el menor indicio, se ase á una mirada, comenta un gesto, recoge un suspiro, analiza una sonrisa; y todo ello, sin evidenciar el estado de su espíritu, sin que pueda nadie averiguar el grado de sutileza á que han llegado sus facultades de percepcion.

Visitaba yo de cuando en cuando á Vanina. Sin aumentar el número de mis visitas, procuré aprovecharlas observando lo que pasaba por ella. Vanina hubiera sido naturalmente celosa, porque amaba á su marido con pasion; pero no tenia la menor sospecha ni inquietud alguna en que fundarse. No ignoraba tampoco que Felicia habia estado enamorada de él; y, orgullosa de habérselo arrancado á su antigua señora, continuaba viviendo en la embriaguez de su triunfo. Ella apreciaba igualmente á Felicia, al mismo tiempo que la respetaba y consideraba por su superioridad intelectual y social; pero era harto sencilla para ocultarme á mí como á Felicia misma, que no le tenia miedo.

Al verlas un dia frente á frente, desvaneciése á mis ojos toda sombra. ¡Felicia detestaba á Vanina! Vanina buena y confiada, aparecía un tanto vana y apocada. Agradecía francamente á Felicia el origen de su felicidad, acompañando su expresion de una sonrisa infantil que parecia decir y decia en efecto: "Tampoco hubierais podido evitarla."

A esta sonrisa, contestaba Felicia sonriendo tambien terrible y espantosamente, pero sin que Vanina lo comprendiera. Yo veía bien claro que la rival de Vanina habia sufrido horriblemente viendo á Tonino en brazos de aquella pobrecilla, y que el dia en que Tonino le habia dicho: "no he amado jamás á otra que á tí," debió ella embriagarse hasta el punto de dejarse seducir.

Vanina era dichosa; estaba encantadora, pues la maternidad la habia embellecido maravillosamente. Sus hijos eran capaces de enorgullecer á la madre más exigente; daba ella de mamar al último con cierta ostentacion, y mostraba el mayor envanecida; Tonino los amaba con una especie de ferocidad salvaje. Podía decirse cuando les acariciaba, que era

capaz de comérselos. Observé, sin embargo, que delante de Felicia se abstenia de abrazarles. Esta estaba mortalmente celosa de la maternidad de Vanina. Abrumaba casi á aquellos chiquitines con regalos y cuidados, pero evitaba el verlos y jamás les había dado un beso.



¿Amaba Tonino á su mujer? ¡Pobre y desdichada Felicia! Vanina era la sola amada en realidad con el juicio como con el corazón. Ella se equivocaba, sin embargo; pero aquel áspero juicio de perversidad no era suficiente á llenar el ánimo ávido é inquieto de Tonino, ó bien la embriaguez del mal estaba agotada, ó había ya llegado Felicia á aquel estado de celos que importuna y persigue. ¡Justo castigo de que debía yo avergonzarme por ella, y del cual no supo ella esconder la amargura!

Yo no buscaba ninguna oportunidad fija para la confirma-

ción en hechos de aquellas revelaciones de cada instante. Estaba seguro de que se presentaría por sí misma por la fuerza natural de las circunstancias, y se presentó.

Regresábamos precisamente de casa Tonino una tarde de verano. El sol daba todavía calor, é íbamos atravesando el bosque. Tonino venia acompañándonos, y quería llegar hasta la mitad del camino, debiendo, según dijo, ver á alguien en los chalets de Sixto More. Aquellos refugios de rebaños estaban situados precisamente á corta distancia de la garganta pedregosa en la cual no pude sorprender su última cita; hacia de ello quince días.

Felicia hablaba de negocios con su primo. Al tratar de la cria y explotación de los ganados, disputaban casi siempre. Tonino entendia perfectamente sus intereses. Este artista contemplativo, á quien Juan Morgeron había echado tanto en cara el vivir en los espacios nebulosos, sus pocas aficiones al trabajo y no ser bueno más que para contemplar las estrellas, oyendo rumiarse las vacas desde las lecherías de los chalets, habíase trocado en uno de los traficantes más activos y más astutos. Cada año aumentaba el capital como los productos. Su ideal consistía en comprar cuanto antes terrenos en el centro de la cuesta edificando en ellos una especie de castillo. Pretendía recobrar entonces su verdadero nombre, de *del Monte*, con su título anexo, y, anticipadamente, llamaba él, como en broma, *la condesita* á su esposa y á su hijo mayor *el baroncito*.

Felicia le afeaba semejantes ambiciones, de las que se había reído él mismo durante largo tiempo, pero de las que dejaba ya entrever su preocupación formal. Decíale ella, que la vanidad le iba á perder, que era demasiado emprendedor y que se

arruinaria, añadiendo con cierta significativa ironía, que toda la comarca se iba á reir continuamente de la condesa Vanina, nacida en el hospital y arrancada por su marido de la cola de las cabras que guardaba á la sazón muy satisfecha, por diez escudos anuales de salario.

Yo no me mezclaba nunca en sus conversaciones. Fingia tener, desde hacia algun tiempo, gran afición á la historia natural, é iba acompañándoles deteniéndome, adelantándome ó desviándome á derecha é izquierda, examinando ó arrancando algo, pero sin perder palabra, mirada ni gesto.

No tardé en descubrir que en el fondo de sus discusiones habia, por parte de Tonino, algo y aun algos de abyección. Explotaba, á no dudarlo, el amor ó el miedo de Felicia. Quería que ella dejara en sus manos, bajo la forma de asociación, cierta cantidad que ella le habia prestado el año anterior. Felicia no insistió para que se la devolviera á su próximo vencimiento, concediéndole un largo plazo para ir saldando sin esfuerzo. No manifestaba ella gran temor porque Tonino, dada la temeridad de sus empresas, resultara insolvente; sin embargo, rehusaba participar de sus ganancias y pérdidas, diciendo que no quería en manera alguna alentar sus locuras, que procuraba enfrenar con la necesidad de restituir lo que ella y otros le habian prestado.

Hubo un momento en que se incomodaron de veras.

— Me estais tratando como tratabais al pobre Juan, decíale Tonino. Vos le volvisteis loco, á no dudar, con vuestras chanzonetas y censuras. ¡Se lo reprochabais todo, á él, que jamás tuvo una palabra de reproche para vos!

Esta frase penetró como un puñal en el corazón de Felicia. Tonino estaba á la sazón celoso del pasado, ó aparentaba estarlo.

Aquella falta antigua, aquella mancha indeleble, que mi generosa equidad habia creído borrar para siempre, Tonino la hacia reaparecer, como la marca infamante del hombro de los presidiarios que revive al herirla de nuevo. ¡El hermano y el esposo habian perdonado y olvidado! ¡Ellos, que debian cargar con la pena y la vergüenza de aquella mancha, la habian aceptado, y no le faltó á aquella mujer, verdaderamente ingrata, un amante para echársela en cara!

Ví agitarse su seno y llenarse sus ojos de lágrimas ardientes, que dejaba rodar por sus mejillas sin enjugarlas, temiendo hacerse traicion en mi presencia. Guardó entonces profundo silencio y yo me desvíé á propósito. Penetré entre unas malezas fingiendo perseguir una culebra. Ví luego á Tonino, afeándose al parecer su conducta, acercarse á su cómplice, tomarle la mano á su pesar, pidiéndole perdon; pero ¡qué perdon más humillante para ella! Era él en realidad quien otorgaba la gracia, concediéndole como un favor una caricia furtiva.

Cuando yo me les reuní, continuaba ella disgustada aun. Propúsele pasar cerca de las rocas donde habia yo encontrado hacia unos quince días, varios saxifragos, aparentando no recordar bien el lugar. Sorprendí como cierto temor en los movimientos de Felicia. Tonino, con la mayor tranquilidad del mundo, escalaba las rocas, cogia las plantas y me las entregaba. Mientras me estaba él prestando graciosamente este servicio especial, pude alcanzar un detalle importantísimo.

Yo estaba en el sendero junto á Felicia sentada en una piedra. Apartéme un poco y, sin aparentarlo, veia su semblante muy de cerca sin que nada pudiera escapárseme de los movimientos de Tonino. Cuando él retornaba, pasó cerca de una hendidura no muy visible que habia yo señalado, oportunamente, de antemano, sin creer que pudiese ella dar entrada á la gruta,

entrada mucho más accesible que la grieta superior. Cuando estuvo allí, Tonino detúvose un instante, y logré ver como se levantó Felicia instintivamente, irritada ó espantada por la imprudencia, ó mejor dicho, por la osadía de su amante. Cambiaron algunas miradas rápidas, las cuales reasumían con elocuencia sensual, toda una escena, ó todo un drama de pasión sobrecitada. Los ojos de Tonino decían: *¡Aquí!* luego buscándolo en el horizonte el lado opuesto al lugar en que el sol iba desapareciendo, formularon este mandato triunfal: "Mañana por la mañana, ¡otra vez!"

Los ojos de Felicia respondieron inmediatamente: "¡No, te odio!". A lo cual repuso una sonrisa de Tonino: "Guarda no te coja la palabra...". Felicia se sonrojó. Sus ojos fijos en el suelo dijeron aun más claramente: "Soy débil, vendré..."

Luego, me entregó Tonino las flores que habia cogido, diciéndome:

—Están ya granadas; no podreis tal vez estudiarlas bien.

Como botánico, hubiera debido contestar que era así precisamente como las quería; pero respondí:

—Efectivamente, están pasadas. Las he visto menos adelantadas por la parte del *Bolo*. Mañana por la mañana iré á ver si estarán abiertas ya.

Y rogando á Tonino me dispensara por el trabajo inútil que habia permitido que se tomara, dejé las plantas sobre el peñasco como olvidadas. Era esto prometer que no iria yo á estudiarlas allí donde estábamos.

¡Cómo quedaron satisfechos de mi promesa aquellos alegres amigos de mi corazón! Miráronse nuevamente, y á hurtadillas. Los ojos de Tonino dijeron aun: "Sin el marido, que puede estorbarnos, la fiesta será cumplida...", y los ojos de Feli-

cia exclamaron por la suya: "El goce en que piensas embriagarme curará el daño que me has hecho esta tarde..."

Repitióse igualmente este coloquio mudo, en el instante de despedirnos de Tonino. Recomendóle ternura para conmigo; y cogióse enseguida de mi brazo, al objeto sin duda de hacerme creer que era dichosa encontrándose de nuevo frente á frente de su marido. Entramos, pues, otra vez todavía en nuestra casa como un par de enamorados! Ella no se atrevía á decirlo, pero la convulsiva expresion de su mano tenia el valor de expresarlo.

XXXVI

EL trayecto que aun nos faltaba que recorrer, fué terrible. La senda resultaba muy estrecha para poder pasar de frente en varios puntos, y yo quería dejar su brazo.

—No, decía ella triscando como una gamuza sobre la escarpada orilla del precipicio, sin querer soltarme; no puedo caer, porque el amor me lleva.

—¿Qué amor? le preguntaba yo preocupado por el peligro que corría.

—¿Estais soñando? replicaba ella. ¿Qué amor puedo yo guardar en mi corazón? ¡Ah! Sylvestre, es el único, el solo que he conocido en mi vida. No hay más que vos á quien poder amar con toda el alma. Vos sois la misma bondad, la paciencia, la sabiduría y la ternura mismas. En vos está la grandeza y la verdad; ¡oh, sí! Todo lo que no sea vos es injusto, ingrato, egoísta, corrompido, cruel y rastrero. Yo de mí sé decir que odio y desprecio todo lo que no seais vos.

Y, como yo quisiera evitar que caminase, exaltada como estaba, por la orilla del precipicio, repuso ella aventurándose más y más:

—¡Oh! hace algun tiempo que teneis el aspecto de no

creerme. No sé qué puede pasar por vos, si no es que os abrume el estudio. ¿Es que os habeis vuelto buscon y visionario como antes de nuestro matrimonio? Sin embargo, no os acordais de vuestros libros ni de vuestras investigaciones, ni, como yo me había creído, que cuando reemprenderiais vuestras aficiones, querriais que estudiásemos é investigásemos juntos. Me lo habiais prometido, ¡y he visto que volvais á ello solo, y á vuestros paseos de eremita! ¿Es cierto que quereis volver mañana á subir á los chalets de Zemmi?

—No iré si ello os desagrada.

—No, no me disgusta, si os agrada á vos; pero llevadme en vuestra compañía; yo llevaré mi parte en vuestras yerbas y en vuestros guijarros.

—Sea; pero no creo que os guste mucho; el camino es asperísimo y hoy os habeis fatigado no poco.

—¿Ni por pienso! ¿Por qué os habeis figurado esto?

—Porque habeis estado disputándoos, sabe Dios porqué, con vuestro primo. Ya sabeis que os tengo prohibidas semejantes discusiones que os molestan y producen calentura, lo cual no puede traer nunca buenos resultados. Tonino sigue siempre la pendiente de su carácter, de sus instintos y de sus caprichos, y no sereis quien consiga hacer que retroceda.

—¿Es decir, que le abandonaríais á su propia locura? ¡Entonces decid que no le amais!

—¿A qué esa duda?

—No le hablais casi nunca. Ya lo ha notado, y esto le molesta.

—Pues se equivoca, y no dudeis que se convencerá de ello.

—Entonces no dejaríais que tuviera ambicion.

—Creo que no ha dejado de tenerla.

—Sí; pero, desde que se casó, no ha sido mucha. ¿Vos no veis claro en este punto? Su mujer es quien le perderá. La tal Vanina es boba; pues sueña nada menos que en ser condesa; os lo juro.

—Pues no lo es. ¿Qué importa este poco de vanagloria, siendo como es buena esposa y buena madre?

—Nadie vale nada, cuando es tan torpe como ella lo es.

—Permitidme que os diga, á mi vez, lo que me habeis dicho vos con respecto á su marido: esto es, que no la amais mucho.

—¡Pues qué! ¿He yo amado jamás al uno ni al otro? Vos, vos sois muy diferente, sois bueno, sois tierno; vos os atraeis á cuantas personas viven en torno vuestro; es una necesidad de vuestro modo de ser. Pero yo, yo amo ú odio segun se os aprecia. Si yo tengo alguna debilidad para con Tonino, es porque él os ama como nadie; y eso que Tonino no es nada estimable, ya os lo he dicho mil veces; es un sér sin corazon, que no piensa más que en sí mismo; ¡y esto sólo basta para ser malo! ¿Entendiste lo que me dijo ayer tarde?

—No, no entendí una palabra.

—Pues, ¡tanto mejor! Creo que le hubierais sacudido de buena gana, porque sus palabras merecían en verdad un buen sopapo.

—Entonces, ¿hice mal en no atender? ¿Falté pues á mi papel de esposo y á mis deberes de amigo? Pero, ¿no estais soñando lo que decís? ¡Estais tan exaltada! ¡Digo! me parece.

—Lo que yo estoy es muy despierta y veo muy claro; si dejais hacer á Tonino, va á arruinarnos.

—¿Que va á arruinarme? Apuesto á que no. ¡No poseo nada en este mundo!

—No quereis tener nada, ya lo sé; pero ¿teneis algo sin embargo! Mi fortuna es vuestra.

—¿La he aceptado por ventura?

—Pero debeis administrarla y conservarla.

—De ninguna manera, puesto que no he aceptado semejante deber.

—¿Por qué trabajais entonces, como lo haceis? ¿Por qué

empleais entonces tantos cuidados y tanta inteligencia en hacer que prospere la isla de Juan?

—Por ternura y cariño á su memoria y abnegacion por vos. Complázcome en aumentar vuestras riquezas, y viendo como dispensais el bien; pero como deber, no tengo otro que el de trabajar por vos, si llegaseis á arruinarnos.

—Lo más breve y prudente seria evitar mi ruina. Es necesario andar alerta con Tonino. ¡Pretende cada dia nuevos préstamos!

—Vos sois el único juez en este caso. Yo no he de ocuparme jamás de semejantes detalles de familia; me repugnan. Para todo lo que sea dinero ó propiedad, soy yo aquí, y quiero continuar siéndolo, como el último forastero que pasa.

—¡Que pasa! exclamó ella como asustada.

—Que pasa la vida, respondí sonriendo, porque de ninguna manera queria dejar aun entrever mi disgusto.

Enlazó entonces sus brazos á mi cuello, presentándome la frente con ademan apasionado y tierno. Dile yo un beso que debió ser, á buen seguro, tan frio como el que pudiera dar una estátua. Fijábase tan poco en mi suspicacia, que nada entendió de ella; y como la senda que veníamos siguiendo se iba ensanchando, andaba ella más segura y contenta al lado mio. Sentia al parecer necesidad de dolerse de la conducta de Tonino, y era á mí á quien tomaba por confidente. Herida por él al mismo tiempo que dominada, vengábase explayando conmigo su disgusto, sin osar resistirle de frente. ¡A cuán extrañas debilidades, á cuán increíbles atrevimientos se ven arrastrados los espíritus comprometidos como debia estarlo el suyo! Puedo asegurar que, á pesar de mis tristes experiencias, hasta aquel dia no conocia yo el corazon humano—lo que se llama corazon y á lo que llamo yo, corazon salvaje, particular, anti-social y antireligioso de los séres que carecen de la verdadera noción de los deberes humanos.

Al día siguiente, como hubiese yo anunciado un paseo que me alejaba por completo del lugar de la cita, y observé que mi esposa se vestía y arreglaba muy de mañana disponiéndose á venir conmigo, me dije á mí mismo: ¿Me habré yo equivocado con respecto á sus intenciones? ¿Su mirada de inteligencia habia mentido á Tonino? ¿ó habia ella sentido remordimientos durante la noche, ó queria, encadenándose á mis pasos, contrarestar la fatal atraccion que la dominaba?

Bien pronto pude ver que era ello puro artificio. Sobrevinole de repente la jaqueca en el momento de la partida. Yo estaba resuelto, y todo ello contribuyó á determinar la suspension de mi salida, como á no dejar que ella pudiera salir por su parte. Empeñéme, pues, en que se acostara, diciéndole que para relevarla de la vigilancia y cuidados domésticos, que eran siempre su gran preocupacion, no saldria yo aquel día de casa.

No acertó ella á ocultar su sorpresa y disgusto. Díjome que no era la jaqueca cosa tan importante que la inutilizara para ello, y que ademas no era muy grave ni muy dolorosa la que la aquejaba á la sazón; que no teniendo yo por otra parte la costumbre de preocuparme ni sustituirla por tan poco, é iba á perder una hermosa mañana por una fruslería que podia desvanecerse en una hora.—Y como yo persistiera y estuviese ella agitada y sin ocasion:

—Pues bien, dijo, vamos allá. Quiero acompañaros toda vez que estais resuelto á molestaros por mí. Aun seria peor y haria tal vez que enfermara de veras, el solo pensamiento de que estabais detenido por culpa mia.

Insistió tanto, que acabamos por salir juntos; pero, en cuanto hubimos dado tres ó cuatrocientos pasos, se paró diciendo que el paseo aumentaba su malestar y que creia que una hora de sueño la pondria bien.

—Seguid andando, me dijo; á eso del medio día vendré á reunirme con vos. Esperadme arriba.

Felicia queria escapárseme, pero yo habia jurado que ello no seria. Pretexté que tambien yo sentia cierto malestar, y que era ello señal de mal tiempo, por lo cual no habia de resultar agradable, ni era prudente andar por las alturas.

Volví pues á casa acompañándola, y ella me dió gracias por mi solicitud; pero era evidente que se veia contrariada. No pudo abstenerse de dar un portazo de despecho al entrar en su cuarto, donde era de presumir que descansara.

Subí á mi despacho. Desde donde veia y oia todo cuanto pasaba en aquella casa de madera, tan ligera como sólida, tan sonora como bien orientada.

Ya me sabía yo á no dudar todo lo que pasaria. Felicia escribiría ó colocaría alguna señal en lo alto de la casa, para advertir á su amante del inesperado contratiempo. Salió dos veces Felicia de su cuarto, y dos veces me oyó pasear intencionadamente por el balcon del segundo piso. Le era imposible de todo punto llegar á los graneros sin dar conmigo. Renunció, pues, á colocar la señal.

Desde luego, pues, iba á escribir; porque no podia querer que Tonino supusiera que le dejaba voluntariamente esperando en vano; pero, ¿por dónde y por quién podria mandar la carta? ¿tenia algun confidente?

No, Tonino era muy desconfiado ó muy avaro para aceptar la amenaza que un cómplice tiene suspendida á todas horas sobre la cabeza de los culpables. Debia existir algun medio especial de correspondencia que yo no acertaba á explicarme, pero que queria sorprender.

El medio era bien sencillo. Felicia debia mandar un propio á Vanina con alguna fruslería, encargando á éste que se

pasara por los chalets de Sixto More, porque se le habia dicho que Tonino podia estar allí, lo cual dispensaba al enviado de ir más allá. Tonino podia estar observando el sendero y á la vista del propio ir á su encuentro, hacerse cargo del paquete destinado á su mujer, y despedirle.

Hé aquí lo que resultó de la introduccion de uno de nuestros pastorcillos en el piso superior al en que yo estaba, y de su salida con una pequeña caja de carton bajo el brazo. Dirigióse el muchacho hácia el lugar de la cita.

Era preciso ganarle la ventaja. Salí yo entonces con afectada precaucion, como si creyendo dormida á mi mujer, temiera desvelarla, y, bajo las ventanas de su cuarto, internéme por un plantío bastante crecido para ocultarme á su vista. Iba yo á trabajar allí frecuentemente, así es que pudo creer que estaria allí un buen rato; salí por el cercado opuesto, cogiéndome ó trepando por los zarzales. Gané así una torrentera que despues de precipitarse á la izquierda, se remontaba á la derecha en direccion á la gruta. Cuando estuve ya fuera de la vista, subí con tal presteza, que me crucé con el muchacho antes de que entrara éste en el bosque de alerces, á un kilómetro al menos de la garganta donde debia estar esperando Tonino.

—¿A dónde vas, Perico? pregunté al mensajero con acento jovial.

—Voy á llevar, repuso, un regalito al ahijado de la señora.

—Precisamente yo voy por allí, repuse. Dámelo, yo me encargo de entregárselo.

—¡Oh! no, señor; no es necesario.

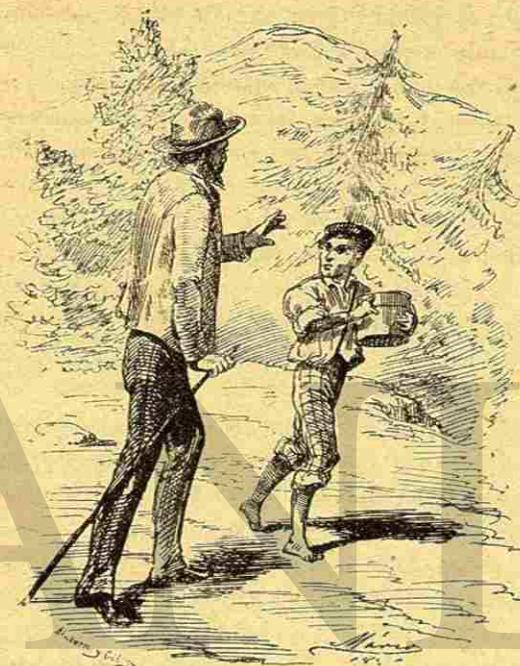
—¿Por qué?

—La señora me ha dicho: "No lo entregues á nadie que no sea M. Tonino. Es una sorpresa que quiero dar á su esposa."

—Yo me encargo de la sorpresa.

—¿Y si la señora me regaña?

—Espérame aquí; entraremos juntos, y yo te prometo decir á la señora cuanto sea necesario para que no te riña. Anda,



bájate á la torrentera, escóndete y echa un sueñecito. Ya te llamaré yo cuando vuelva.

No se lo hizo el muchacho decir dos veces. Subí, pues, al extremo del bosque opuesto al que lindaba con las grutas. Abrí la caja que no estaba cerrada más que por una cinta encarnada, sin lacre ni sello: no contenia más que una gorrita de niño. Pero la caja era algo más pesada de lo que aparen-

taba, dado su grueso y dimensiones. Medí yo la altura de la caja interior y exteriormente, el fondo era evidentemente algo más grueso; puesto que era doble. Faltaba despegar el papel que encerraba el fraude. ¿Cómo arreglármelas para no dejar huella de aquella facilísima fractura? La casa donde vivía el médico no estaba lejos, y era aquella la hora de su visita á los alrededores. Estaba pues seguro de poder satisfacer mi deseo. Púseme allí en un momento. La criada me permitió entrar en su despacho para escribir una carta, y por discrecion y muestra de confianza me dejó solo. Busqué y encontre goma, papel, por supuesto, no había [de faltar. Procedí pues á la separacion de los dos cartones. Había allí cuidadosamente colocada una carta explícita del todo.

“¡No se me deja, no puedo por lo tanto escapar! ¡y tú vas á esperarme, ó tal vez me estás ya esperando! ¡Veó y siento desde aquí tu cólera y tus celos! ¡Y sé lo que va á suceder! tú te incomodarás y amarás á tu esposa ó lo harás ver. Se pasarán días, y aún semanas tal vez, sin que quieras atenderme de nuevo, sin venir á verme, sin que me mandes un recuerdo ni una palabra de consuelo! ¡Y yo tendré necesidad, como ayer, de ir á tu casa, y de fingir, y de sufrir las maneras estúpida-mente altivas de tu pastora! ¡Dios, de Dios! ¿y es esto lo que me habías prometido? Ya que eres falso y cruel, ¿por qué hacerme ver que eres celoso? Yo no siento amor por Sylvestre; eso bien lo sabes. Le he amado, convengo en ello, le amo todavía con la más profunda veneracion y el mayor entusiasmo intelectual. El es mi ideal, es decir, mi dios sobre la tierra. ¡Creí amarle antes de un modo diverso, y ya le amaba tal vez, como le amo! ¿qué sé yo? ¡Sí, me parece que soy completamente dichosa en sus brazos y como si entreviera el cielo en ellos! No quiero mentirte..... pero desde hace un año, desde

que por mi mal he conocido y compartido tu pasion, no he sentido á su lado sino miedo y vergüenza. No sé si él ha conocido que no era yo la misma. El es reflexivo y razonador; reflexiona sobre todo, no por frialdad, como tú crees, pero sí por bondad. Procura explicarse siempre en favor y bien de los demás todo lo que pueda sorprenderle ó disgustarle. Se habrá dicho tal vez que si yo me entibiaba era por culpa suya, y ha redoblado su tierna abnegacion. ¡Y yo, yo me he visto obligada á representar una farsa espantosa para ocultarle que mi alma habia muerto al calor de tus besos! ¡Ah malaventurada de mí! ¡cuántos reproches debo hacerme á mí misma!... Pues bien; te amo tan locamente, que si fuese en realidad amada de tí como he creído serlo, no me arrepentiria de nada. Recuerda, pues, los primeros dias de nuestra dicha, no están muy lejos, ¡un año! ¡Qué verano tan delicioso, el último! Nuestras almas estaban inundadas de sol, y nuestras venas estaban llenas de fuego. Durante este espacio de tiempo memorable, no tenia yo más conciencia que una flor, ni mayores escrúpulos que un ave. Estaba embriagada..... ¡Hacia tantos años que el fuego ardía bajo cenizas y que sentia yo la ardiente sed de los amores que tú me otorgabas!..... Yo los ignoraba.... Hé aquí porque, temblorosa de miedo y de vagos deseos sobre todo, el horror de una decepcion, me lancé en los senos de una amistad más plácida y segura. ¡Ay! ¡que no me he engañado, y la decepcion que yo de tí temia, ha llegado ya! No dices que no. Tú sientes pasiones demasiado vivas para ser duraderas, y yo siento ya que no me amas tanto.....

„Pero ¡ay! que en vez de calmarte, en vez de atraerte, te incomodo aun!... Te encolerizas cuando te lo digo, y yo te lo estoy diciendo sin cesar, ¡es ello una fatalidad! En vez de torcer el gesto y amenazarme, consuélame. ¿No sabes responderme más que con caricias delirantes? Estas respuestas, bien lo sabes, procediendo de tí son irresistibles; pero vivimos

separados; nos vemos raras veces, y más raras veces aun podemos estar solos y á cubierto. ¿De qué procede que cuando hay testigos junto á nosotros, nos disputamos siempre hasta el punto que parece que tú me odiás y que yo estoy próxima á odiarte tambien? ¡Es monstruoso el daño que nosotros nos causamos cuando queremos volver á la amistad y á las relaciones de familia de interés comun! ¿Cómo vas á creer que yo no pienso en tu porvenir con mayor prevision y buen acuerdo que tú mismo? ¡Estoy persuadida de que no he de tener hijos, porque estoy maldita! ¡porque soy estéril! Sylvestre los ha tenido; la falta es mia! Tú me prometiste... ¡No, no; soy estéril! Será preciso que tus hijos sean como míos, aunque yo no los ame; pero lo que tú quisieres, esto querré yo. Sylvestre no quiere nada. Yo le sondeé nuevamente ayer sobre el particular, y nada quiere. No puedes abrigar casi temor alguno de que nosotros tengamos familia, tanto más en cuanto me ordenas que no sea para él sino una hermana. Y esto seré si tú me amas, que no han de faltarme pretextos de enfermedad ó disgusto. ¡El es crédulo y capaz de todo sacrificio de abnegacion! ¡Pobre Sylvestre! En fin; ámame, esto es todo. Vuelve, vuelve ardiente y embriagado de amor como al principio. Sinó, me mataré; ahí tienes porque soy tan culpable, ya lo sabes. Mientras tenga esperanza, sofocaré el arrepentimiento; pero si tú me quebrantas, si me abandonas, me odiaré á mí misma y no soportaré ya más la existencia.

„Te digo todo esto porque es preciso, es preciso que reflexiones sobre el horror de mi situacion, sin olvidarte de la tuya. No te conviene mucho jugar con mis celos ni elevar hasta las nubes á esta imbécil aldeana con la cual te casaste por despecho. No te respondo de no pisotearla si la empujas demasiado hácia mi desprecio — ¡Ah! cuidado, porque me vuelvo loca y mala. Yo que fui generosa, ya no lo soy; tú has matado mi bondad. Puedo aun colmar á tu esposa de presentes y agasa-

jos; pero privarme de aborrecerla, es imposible, ¡cuando yo pienso en su segundo hijo, venido inmediatamente despues del primero, y durante una época en que me jurabas que tu mujer no era para tí sino una criada, y que no la amabas!—Estoy affigida; se pasan las horas y Sylvestre se obstina en no salir de su despacho. Voy á emplear el medio que me indicastes para escribirte; lo creo seguro. Adios; vuelve cuanto antes y dame otra cita.—ó teme que venga yo á tu casa y diga la verdad á tu mujer ó á mi marido. ¡Soy capaz de todo, si dejas que siga contando los dias y las semanas en el estado de febril desesperacion en que me encuentro!.,

XXXVII

POR QUE hube yo de interceptar aquella carta odiosa y deplorable? Era una espina de más en la corona de espinas que se estaba labrando Tonino, creyendo adornarse con los laureles de la victoria y los mirtos del amor. Aquellos dos infelices tenían su castigo, cada uno en el otro; la expiación estaba en su apogeo. Yo no podía sino cobijarla con mi intervención. Separados bruscamente aquellos dos seres, se afligirían aun; era preferible dejar que les llegara el suplicio existente, incesante, inevitable del uno para el otro. ¡Yo estuve implacable en aquel instante!

—¡Que se destrocen y maldigan ellos mismos! exclamé; ¡que se destruyan la existencia uno á otro! ¡que se odien y estallen! puesto que ha terminado mi obligación de protegerles.

Volví á doblar la carta que habia leído sin tocarla apenas, tanto me repugnaba. Pegué nueva y diestramente la caja, corriendo en busca de Perico, y la mandé á su destino.

—Querria llegar hasta Vervalt, le dije, pero me es indispensable acudir á casa de un amigo que me ha pedido un favor y

he vuelto sobre mis pasos. Anda, pues, á donde te han mandado; esto no es sino una hora de retraso, de lo que no tendrás que confesarte y que yo justificaré si te regañan.

Volvió á tomar el muchacho el sendero de los chalets de Sixto More, y yo me deslicé al través de los bosques hasta cerca de las grutas.

Vi á Tonino vagando cauteloso pero sin impacientarse. Acababa de llegar; no se habia pues preocupado mucho por el temor de dejar á Felicia expuesta á aguardarle toda la mañana; no habia previsto ciertamente que ella estuviese cohibida ni que una carta pudiese llegar á su casa é ir á parar en manos de su mujer. Recibió la carta en el camino, despachó al chico y desapareció entre las rocas, sin duda para leer en calma la misiva.

Noté perfectamente en sus ademanes la indiferencia altanera de quien, acostumbrado á la sagacidad, se cree ser impenetrable, y quien el fingimiento empieza por otra parte á cansar profundamente. ¿Iba á contestar? Llevaba siempre encima lapiz y libro de memorias, porque puede decirse que pasaba la vida tomando notas y calculando. Yo permanecía escondido á una distancia conveniente, y esperaba.

Pronto le vi reaparecer; acababa de destrozar en pequeños pedazos el carton que yo habia vuelto á pegar tan cuidadosamente, arrojándolos en la hendidura del peñasco. Metióse la gorrita en el bolsillo sin cuidarse de magullarla ó no, descendiendo decididamente hácia *Diablerette*. No tenia, por otra parte, motivo alguno para esconderse, y no habian de faltarle pretextos para que su visita pareciese muy natural.

Dejéle pasar, poniéndome sobre aviso para lo que podia, ó mejor, debía ocurrir. Felicia habia realmente explorado el plantío en el cual me habia visto entrar, y no encontrándome,

pudo lisonjearse de poder verse aun con su amante en el lugar de la cita. Debía por lo tanto volar á su encuentro. Apenas habia yo tenido tiempo de concebir esta suposicion, cuando ya la ví aparecer corriendo.

Iba como intranquila, y observando en torno suyo, como si temiera que se la siguiese. Acercósele él naturalmente, hablóle sin duda en sentido consolador, penetrando con ella en el mismo bosque en que estaba yo.

Perdíles de vista, pero no cesé de oír, muy cerca de mí, el ruido de sus pasos sobre el brezo seco y quebradizo. Creí por un momento que se alejaban; el ruido de su voz me desprecupó. Habian penetrado en la parte musgosa de una continuacion de pequeños claros que se encadenaban hasta allí donde yo me habia refugiado; ibanse aproximando á medida que yo retrocedia. Evidentemente el lugar que me habia parecido mejor para observar sin ser visto, era el que iban buscando para ellos, el cual debian ya conocer mejor que yo en todos los detalles de una localidad tan cercana al lugar de sus entrevistas.

Iba yo retrocediendo siempre sin ruido, pero debí detenerme luego detrás de una roca, á la otra parte de la cual los árboles y arbustos sumergíanse á pico en el precipicio de la torrentera. Llegaron allí casi al mismo tiempo que yo. No habia ya más senda que recorrer; ¡era aquello el desierto, el silencio, la impunidad!

Sentáronse tan cerca de mí que tuve necesidad de retener el aliento.

—¡Qué ocurrencia te ha dado, decíale Tonino, de venirte por esas malezas, cuando era mucho más fácil penetrar en la gruta sin ser vistos de nadie!

—Pero no me hubiera librado de tí, respondió ella, y de sufrir abrazos que me humillan, porque roban mi voluntad, antes de que me contestaras á lo que te he escrito. Era pues preciso como ves.

—¿Crees tú, que si yo quisiera, podrias aquí resistirme mejor que allí?

—Aquí te resistiria. Con sólo levantar la voz despertaria, de seguro, tu miedo. Allí, dentro de aquella gruta maldita, si yo hubiera querido gritar y amenazar; allí eres tú el dueño; allí fué... ¡Oh! ¡la primera vez, fué á pesar mio!... No, no sonrias maliciosamente.... Luché todo un dia; y, cuando quise huir, cerraste la salida con tus brazos de hierro. ¡Empleaste la fuerza!

—¡Mientes!

—Fuí prisionera tuya á pesar mio; ¡lo juro ante Dios!

—¿Y es para volver á tus reproches sobre los recuerdos del pasado, que luego encontraste tan dulce como embriagador, por lo que me has conducido aquí? Vamos pues á ver, ¿qué es lo que quieres? Tu carta está tan llena de locuras como las demás. Llamas negro á lo blanco; me amas y me aborreces; amas á tu marido y no me quieres sino á mí. Tienes remordimientos y no los tienes; quieres adoptar á mis hijos y no los puedes sufrir. ¡Veo pues que has perdido el ánimo! ¡No sé pues qué debo hacer de tí!

—Y eres tú sin embargo quien debe forzosamente encontrar el medio. Puesto que yo estoy loca, no seré yo en verdad quien dé con él.

—¡Pero tú estás haciéndolo imposible todo! ¡Nuestras vidas estaban perfectamente encauzadas! Nuestros matrimonios, que debian separarnos al parecer, nos habian asegurado la tranquilidad. No éramos ya responsables de la dicha doméstica uno de otro, y esto era lo más importante; porque estamos demasiado apasionados para vivir juntos; ¡esto es

evidente! Tú con tu excelente y alegre marido, y yo con mi mujer salvaje, que es amable y me teme, no teníamos más que hacer sino amarnos con ardiente delirio en medio del misterio, sin el cual no existe verdadero amor, y reservar á nuestros embriagadores placeres aquellas horas venturosas que uno economiza y acecha anticipadamente y que saborea luego como un triunfo adquirido sobre el destino! ¿Hubo nunca en el mundo algo más hermoso, más tierno, ni más completo que nuestros primeros encuentros misteriosos? ¡El invierno los hacia más difíciles y más raros, por lo que me hacias cargos á mí, como si yo fuere el autor del invierno! Tu cerebro no se cansó de trabajar en este sentido, hasta que vino el disgusto y te entregaste de nuevo á la ternura de tu esposo. Como eres amiga de fantasear, creias molestarme con la jugarreta, y hablándome de ello, me volviste inquieto, desabrido y medio loco, á mi entender. Te prohibí de ser su esposa, y te lo prohibo aún, cuando el salvajismo del amor me exaspera; pero es preciso reflexionar mejor y reconocer que esta union exclusiva es imposible entre dos amantes que estén casados ambos. Sé pues razonable; no disgustes á ese buen Sylvestre, á quien quiero tal vez más de lo que tú le amas; porque tú eres harto ingrata con él; y en lugar de pasar el tiempo en inútiles remordimientos, sería mejor que guardaras tu secreto, ocultándole tus agitaciones é iras contra mí. Pues de no, acabará él por adivinar la causa perdiendo para siempre la tranquilidad. Yo á su vista, y á mi vez, tengo tranquila la conciencia. No le quiero ningun mal, y por su bien, capaz sería de meter mis manos en el fuego; es el único hombre de este mundo que me parece digno de respeto. No quiero en manera alguna arrebatarle su compañía, su mujer, ni su dicha. ¡El ignora, en verdad, que aquella mujer admirable en todos sentidos tiene sen.... necesidades de corazon, si quieres, que ni él, ni yo, ni nadie en el mundo puede satisfacer!—¡Vamos, no te incomo-

des, ni claves tus preciosas uñas en mi pobre brazo! Es tu elogio lo que estoy haciendo segun mi modo de ver; porque, si yo te adoro, es porque eres tal como te creo. Por otra parte, yo he querido ser tuyo, y tendria poca gracia olvidándolo! Yo lo he querido desde el primer latido de mi corazon. Yo adivinaba en tí, lo que ignoraba todo el mundo, lo que ni tú misma sabias; cierto vapor ardiente te envolvía como una nube al través de la cual no podia Sylvestre distinguirte tan claramente como yo, que estaba continuamente sumergido en aquella atmósfera. Ten por cierto, que si este hombre sensato y puro te hubiera adivinado, no te se hubiera unido: hubiera podido ser tal vez tu amante, nunca tu esposo; pero se equivocó. Las personas que carecen de vicios, ven muy poco los de las demás. ¡Digo vicios, porque se llaman tales las pasiones! tú sabes que en el fondo me rio de ello y que no me las echo de virtuoso; pero Dios me hizo así. Que me traten de bruto ó de salvaje, me tiene sin cuidado. Sí, un hombre de mi temple, un ateo como yo, moralmente hablando, era el que debias haber encontrado y aceptado para conocer el amor y la vida.—Así pues, aun podemos ser felices uno y otro, sin quitarle nada á la dicha de tu marido ni á la de mi mujer. Ni el uno ni la otra nos conocen; ¡tanto peor para ellos! los cuales no necesitan de nosotros más que la deferencia y la amistad; pero, puesto que, despues de todo, no nos piden otra cosa, ni nada comprenden de nuestros desvaríos, convengamos en que es ello bueno para los cuatro, y en que hice yo bien, venciendo tus escrúpulos. Tú intentas destruir por capricho una resistencia que yo habia conseguido hacer plácida y razonable en nuestras respectivas casas, y únicamente abrasadora y deliciosa para nosotros dos....

Ruégote, pues, añadia él, que arregles tu vida, tus negocios, tu porvenir y el de tu propio marido, quien no desea sino entregarse al estudio de lo bello y lo bueno, é ignorar las emo-

ciones dolorosas. No te inquiete en nada la manera como amo yo á mi pastora ni el número de hijos que ella pueda darme, cuyas aspiraciones se reducen á criar una docena. No hay gran cosa que temer de los hechizos de una mujer que no tiene otra pasión que la maternidad. ¡Tener tú celos de Vanina! es tan absurdo como injusto; es casi inhumano... ¡Pobre Vanina! ¡Si me viera ella muriendo de amor á tus piés, caería muerta de admiración y abatimiento! ¿Quieres matarla, pues, tú, que eres tan grande como noble? No, no lo quieres, ni puedes quererlo, menos de lo que quiero yo matar al bueno y estimable Sylvestre, después de engañarle. Respetemos nuestros lazos, hé aquí toda la moral que yo comprendo y la sola que me explico, limitando á ella mis acciones, cuéstemelo lo que me cueste. Seamos, pues, buenos, amables y prudentes; y estaremos satisfechos de nosotros mismos, lo cual hará que nos contentemos uno de otro. Salvaremos nuestras alegrías, dedicando al trabajo, al deber y á los negocios las horas que nos separen. No disputemos por pequeñeces, por dinero ni por diferencias de tuyo y mio. Que estos son los pretextos que tú buscas ó á que te ases para desahogar la bilis. Déjame conducir la nave como yo lo entiendo. ¿Qué te importa que yo me coma mi capital, ó que arriesgue el tuyo? ¿Desde cuándo tienes tú dinero? ¿Qué es lo que puede querer hacer el dinero en nuestros amores? ¿No dices tú misma que ya no tendrás hijos y sé yo además que tu marido desprecia los escudos? ¿Vas ahora á volverte interesada, tú que jamás has trabajado ni acumulado sino para los otros? Creo pues haberte ya contestado á todo. ¿Tienes algo más que decir?

—¡Digo yo, exclamó Felicia irritada, que eres un vicioso y un pérfido! ¡Admirome de que pisoteando cínicamente toda moral, vengas predicando acerca de los deberes domésticos! ¡Qué bien te sienta, á tí, eso de tomar la defensa de mi marido! Vaya, confiesa, pues, que tú estás ya cansado de mí! que no te vendrá mal de cuando en cuando hacer conmigo alguna locura

de amor, tomándome como objeto de aventuras amargas... para adormecer mis sospechas con una comedia de pasión sentimental, con palabras engañosas, con frases estudiadas de antemano, que no pasarán de ser un vil juego de labios. ¡El tiempo restante, amarás á tu mujer con toda tu alma y te reirás de mí en su compañía! Pero óyeme, sea ello mentira ó verdad, no quiero en manera alguna la parte que me ofreces.



No son ya éxtasis, palabras, suspiros ni rugidos lo que me hace falta, sino tu amistad, tu confianza, tu compañía, tu sumisión, es decir, tú, en todos los momentos de tu vida y la mía; es la parte de tu mujer lo que yo quiero... ¡A este precio cambiaré yo mi papel por el suyo; sea ella tu querida, tu aventura, tu distracción furtiva. Ya sé ahora las amarguras y ruindades

de semejante situación y la abandonaré sin celos; prefiero compadecerla á envidiarla. Hé aquí lo que quiero; ¿lo entiendes? Tú podrás venir, bajo el pretexto que quieras, á vivir en mi casa, é irás á verla á ella de cuando en cuando. Ella consentirá fácilmente, porque tú le hablarás el lenguaje seductor que usastes conmigo; ella se creará adorada, se creará triunfar de mí, ¡y seré yo quien se reirá de ella!

—Muy bien, repuso Tonino irónicamente. ¡Hé aquí una solución admirable! Pero ¿qué es lo que vamos á hacer de Sylvestre?

—¡Ah! no me hables de Sylvestre, por vida mia, si no quieres que me suba á lo más alto de estas rocas y me despeñe para siempre en las profundidades del abismo.

—¿Ya ves como te es él más caro que la vida, más que yo; y que, por lo tanto, hay motivo para estar celoso?...

—¿Pero no lo estás! Esto puede apreciarse á primera vista. Pues bien, yo, yo...

—¿Tú? tu estás celosa por amor propio; pero, afecto, no lo has sentido nunca hácia mí.

—Es posible. ¡No más que tú por mí! ¿Quién sabe? Puede que sólo nos haya unido el vicio, y nada más.

—Estás diciendo atrocidades.

—¡El hecho, y nada más que el hecho es lo verdaderamente atroz! ¡Anda, anda, déjame! Comprendo perfectamente cuáles mi suerte. Repararé mi falta. Amaré á mi marido, y... te olvidaré.

XXXVIII

Quiso Felicia alejarse pero él la retuvo. Era verdad que estaba cansado de ella, y que hubiera roto inmediatamente y á satisfacción sus relaciones, si el sórdido interés no se hubiera incubado en las entrañas de aquella pasión sensual. Hizo él indudablemente un gran esfuerzo para sacudir la fatiga de su espíritu y el abatimiento de su corazón. Hablóle entonces con aquella mezcla de elocuencia y prosaísmo que le era familiar, y cuyas interioridades no puedo permitirme sacar para mi relato las groserías seductoras ni las necedades. Descártome, pues, en cuanto es posible, de la parte cínica, es decir, de las palabras febriles, tan pronto exaltadas como chocantes, pero siempre perniciosas ó degradantes para la mujer que las oye y las admite. Indudablemente él estudiaba así en el rubor como en la palidez de Felicia el efecto excitante ó plácido de su argumentación entrecortada y absurda, tan pronto especiosa como irritante.

El término de aquella conversación, que debía desenlazar la situación y que la estrechó más apretadamente, fué que era preciso tener paciencia y esperar. Esperar... ¿qué? La res-

sólo bajo el peso de mi reprobacion; el derecho de castigar á los culpables se me escapaba. No podia yo sin embargo tampoco absolverles. Oponíanse á ello las mismas razones. Yo sabia que recaía el asunto en dos seres inteligentes por más de un concepto, y á quienes los buenos consejos y los buenos ejemplos no habian faltado. Habia entrado una buena cantidad de luz y de libertad en sus espíritus. Merecian, pues, á no dudarlo, consejos sangrientos y una leccion bien dura.

Bastaba eso á mi resentimiento legítimo; dado que yo no admito la pena de muerte, no me he permitido jamás el gusto de matar, de herir ó de atormentar. Tengo formada tal idea de la dignidad humana, que no conozco expiacion alguna comparable á la de verse uno marcado, en justicia, por el desprecio de un hombre honrado.

Por otra parte, á tener yo, segun mi modo de ver, el derecho de matar á mi rival, tampoco lo hubiera hecho. Era padre de familia y su mujer idolatraba en él. Vanina era buena y pura, y por lo tanto digna de sacrificio. Criaba además una criatura inocente que llevaba mi nombre y que mi boca habia bendecido. Representábame el horror de una escena violenta en aquella familia, de la que hubiera podido ser víctima y testigo. Preocupábame muy poco de lo que podria decirse de mí si álguien llegaba á descubrir el secreto que se revolvía en mi interior. El hombre que se respeta tan escrupulosamente como yo me he respetado siempre, sabe perfectamente que ha de encontrar su revancha á los ojos de la opinion. No se trataba, como hemos visto, de preservar mi reputacion, pero sí de evitar que el público envileciera ó hiriese á mi desdichada mujer, por lo que habia yo sometido por la fuerza á guardar silencio á Sixto More.

XXXIX

CUANDO me encontré frente á frente de una humillacion que condenar y una leccion que dar, debí forzosamente separar las dos causas y distinguir entre ambos culpables.

¿Cuál de ellos era el más culpable? Concretándonos al hecho y á las apariencias, era Tonino. La perversidad de sus instintos era flagrante; pero como inteligencia y como raciocinio, era muy inferior á Felicia. Su conciencia debia ser menos avisada; su educacion moral, emprendida tardiamente por mí, habia sido interrumpida y fácilmente oscurecida por las circunstancias. Si encontraba él en su mujer una ternura ciega, no encontraba la más ligera resistencia seria en su peligrosa pendiente ninguna luz brillante que le guiara. Era él, en realidad, el discípulo, es decir, la creacion de Felicia. Sólo ella hubiera podido hacerle casto, sincero y desinteresado. Pero como habia de darle la rectitud y la castidad que no poseía, y su natural desinterés tampoco habia podido hacerle estimar ni comprender. En lugar de hacer obrar en él el espíritu, se habia dejado dominar ella por los sentidos. El día en que yo habia sorprendido á aquel niño de su corazon besando sus cabellos, habia sorprendido igualmente una son-

risa mezclada en la reprension, una sonrisa de emocion lasciva que no me engañó, y que yo no debiera haber jamás absuelto. Era tal vez el primer aliento involuntario concedido á aquella pasion de la cual debia sufrir ella el bochorno; pero, de seguro, desde aquel dia perteneció Felicia á su pretendido hijo adoptivo, pues el sentimiento de adopcion maternal fué profanado convirtiéndose en una triste y repugnante impostura. ¡Ay, sí! aquella mujer era menos excusable que su cómplice. Si pertenecia á éste la iniciativa del ataque, habia solamente obedecido al instinto viril, á la delirante curiosidad de la pubertad, á una primera explosion de los sentidos que Felicia habia ya experimentado mucho antes, á costa propia, y de la cual conocia perfectamente el peligro. Ella no supo reprimir aquella explosion en Tonino, ni purificarla con una franca aceptacion del porvenir que soñaba él. Es demasiado jóven y demasiado inconsecuente, me dijo ella entonces, para soñar en hacer de él un marido. Era indispensable, por lo tanto, ó alejarle, sin que pudiera volver desde luego, ó alejarle interinamente santificando su pasion con una promesa.

Pero no; ella se habia enamorado á la sazón de otro que no pensaba ni siquiera remotamente en ella. Habia visto en mí un hombre que se le antojaba superior á Tonino y á ella misma. Me amaba con su orgullo y por la necesidad de encontrar una rehabilitacion más elevada que en su medianía. ¿Me amaba ella verdaderamente? ¿Por que no? Tenia la aspiracion de lo verdadero, la curiosidad del espíritu, como habia tenido Tonino la de los sentidos. Recuerdo perfectamente el ardor con el cual me interrogaban sus ojos cuando hablaba yo delante de ella; luego sus preguntas, sus objeciones, sus argumentos, sus sumisiones entusiastas, sus luchas multiplicadas, las exaltaciones y desvanecimientos de su alma conturbada, sus ininteligencias sistemáticas, sus esfuerzos generosos, sus humildes invenciones, sus cóleras sordas, sus afectadas lascitudes, sus

espontáneos desencantos, todo un mundo de ideas y sentimientos, que habíamos removido juntos durante nuestras prolongadas conversaciones y en nuestras irreprochables entrevistas. Habia entonces ella tomado una tarea enorme sobre sí, sea que estuviera representando hábilmente una comedia, sea que hubiese resuelto domar sus instintos, es lo cierto, que me pareció ser la más casta de las mujeres, y que jamás hubo pureza secreta mejor velada.

De igual manera en el amor sancionado por el matrimonio supo Felicia representar su papel. Habia cuidadosamente guardado conmigo los encantos del pudor, y con mucho cuidado tambien podia llegar á concebir que ella comprendiera y gustara á su vez el encanto de las voluptuosidades exquisitas sin imponerse el esfuerzo del artificio. Presentaba toda una parte de su sér delicadamente perfectible, por la cual sabia apreciar la verdadera pasion y la santidad del amor exclusivo. ¿No era, pues, del todo criminal queriendo completar su vida con los acres placeres del adulterio?

Tal vez miraba ella esto como un derecho. La idea admitida por ciertas escuelas filosóficas de desarrollar el sér en todas sus manifestaciones y de satisfacerle todos sus apetitos; habia podido ser admitida por aquella mujer vacilante y turbada; pero ninguna doctrina liberal, por cínica que sea, ha admitido jamás la impostura sistemática. Las particiones del sentimiento, las promiscuidades más desenvueltas no pueden ser admitidas jamás en principio bajo la proteccion de un esposo engañado. Felicia habia mirado como un gran beneficio de mi afeccion, como un gran honor tributado por mí á su carácter, el matrimonio que nos enlazaba. No queria en manera alguna renunciar á sus ventajas. Conservábalas al precio de la mentira: ¿creíase tal vez inocente ó únicamente excusable?

Sentia remordimientos, pero insuficientes á apartarla del mal. Confesábase á sí misma que en los dias en que veia satis-

fecha su pasión, ¡había estado indiferente *como un pájaro*, sintiéndose *pura como una flor*! Había penetrado entonces en aquel estado de alma que no habiéndolo yo conocido, no podía juzgarlo: la embriaguez absoluta. ¿Esto, que me la presentaba más repugnante é inicua, era precisamente lo que debía trocarme en más compasivo y misericordioso?

Cuando nos encontramos con un borracho, próximo á caer en el arroyo á hacerse aplastar por un carruaje, sabemos perfectamente que ha perdido la razón y la fuerza por culpa suya, y, sin embargo, procuramos apartarle del peligro; la compasión se antepone al desprecio y á la repugnancia. ¡Ay! el borracho cree también desarrollar su vitalidad y completar sus sueños destruyendo su inteligencia. Para el filósofo impasible no hay allí más que un imbécil que se equivoca.

Así como los salvajes ignoran que la borrachera conduce á la muerte ó á la imbecilidad, Felicia había querido beber *el agua de fuego*; pero los pobres indios ignoran en realidad el desastre que les espera? ¿No ven cómo sucumben sus hermanos? ¿No les da luz ninguna experiencia hecha en ellos mismos? Y sin embargo, uno ve extinguirse por completo razas fortísimas y numerosas. El indio es bello, denodado é inteligente. El heroísmo se traduce en ellos en crueldad; la sobriedad llega á la intemperancia. Existe allí la antigua hospitalidad, pero no se está seguro en su casa, porque tienen la imaginación desordenada; y por la impresión de un sueño cualquiera que puedan tener durante la noche, asesinan al huésped que acariciaron á la víspera.

Veíame precisado á comparar á Felicia con aquellas naturalezas generosas, pero incultas, que presentan este espantoso

conjunto de cualidades sublimes y perversidades feroces. No tenemos más que un criterio para juzgar á los demás como á nosotros mismos. Cuanto más desarrollada es en un sér la inteligencia, y es éste más favorecido por la naturaleza, menos perdonables nos parecen sus faltas; y no nos parece que Dios, donde la concepción no se deduce, á nuestro entender, más que por el exámen y el sentimiento de nuestra propia justicia, pueda tener una justicia distinta de la nuestra.

Pero ¿no es esto tal vez un error fatal injurioso á la divina mansedumbre de *él* que no castiga? ¿Castigar! creo ya haberlo dicho más de una vez, es el mayor de los dolores para una alma generosa. El hombre que se complace en devolver mal por mal, que se goza en el suplicio que aplica ó ve aplicar, el inquisidor que sonríe á la vista de la hoguera, como el juez que se deleita en dar una sentencia de muerte, Dios les maldice sin duda cien veces más que sus víctimas, aunque fueren éstas cien veces más culpables. ¿Cómo admitir á Dios insensible al dolor, cuando le investimos de los deberes de juez? ¿Y sin embargo, el Supremo Bien no ha de poder sufrir! Entonces tenemos sobre Dios nociones contradictorias. Tenemos necesidad de concebir su justicia basada en los mismos procedimientos de la nuestra; y si la ejerciera á nuestro modo, dejaríamos de respetarle y amarle.

Abismábame yo en tan dolorosas meditaciones, y poco á poco iba produciendo el dolor sus frutos amargos, pero tónicos para las almas justas. La piedad lo arrastraba á la indignación en cuanto se refería á Felicia. En cuanto á su cómplice, iba aumentándose en mí gradualmente la frialdad del desden. Su risueña perversidad le degradaba tan extremadamente á mis ojos, que no podía yo ver en él á uno de mis semejantes.

Para Felicia, asomaba maquinalmente á mis labios esta frase de las buenas gentes que aprecian los méritos desvanecidos: "¡Qué lástima!," Para Tonino, recordando todo el pasado, decíame yo: "¡No podía ser otra cosa!,"

Para éste, no era admisible castigo alguno de provecho; no podía aplicársele sino el desprecio de la represión. Fui, pues á su casa y le hablé en estos términos:

—Vuestras discusiones de intereses con mi mujer me cansan y molestan. No quiero, por lo tanto, que vuelva á turbarse su tranquilidad por vuestros proyectos de fortuna. Le estais disputando un reembolso que yo le exigiré que os abandone. Le pedireis, para otras empresas, una cantidad que yo os otorgo en su nombre; pero con una sola condicion; que partireis esta misma noche para el punto que mejor os plazca, á cien leguas á lo menos de aquí. Preparareis un establecimiento provisional ó definitivo en seis semanas; y pasadas estas seis semanas, yo mismo acompañaré allí donde estuviereis á vuestra mujer y á vuestros hijos. Desde este momento no volveréis á ver á Felicia, ó de lo contrario, os impondré el castigo que merecen los que faltan á su palabra; porque vais á dármela inmediatamente, si quereis recibir los veinte mil francos que le habeis pedido, y el recibo por saldo de los cinco mil francos que le debeis.

Tonino estaba pálido como la muerte. Comprendia, y temblaba convulsivamente, dominado por el miedo mezclado á cierta inquieta alegría. Quería hablar, pero yo le interrumpí:

—Dadme vuestra palabra de sumision inmediata.

—Pero.....

—¿Me la dais?

—Sí, la doy.

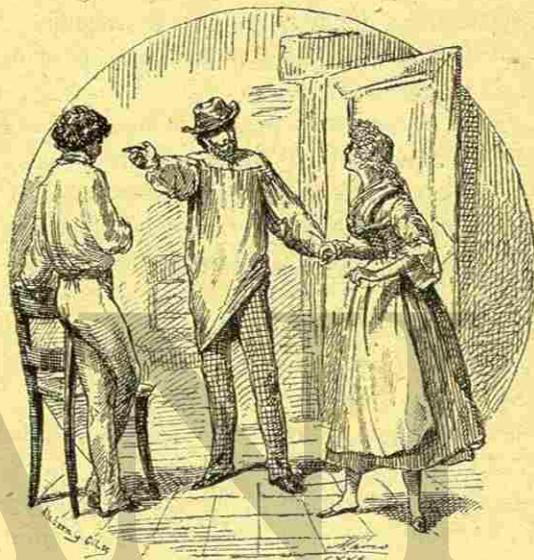
—Decído á vuestra mujer. Tomad vuestro palo y vuestro saco de viaje. Quiero veros partir. Os queda un cuarto de hora.

—Mi mujer va á tener un gran disgusto; no sé cómo decírselo...

—Llamadla; le hablaré yo mismo.

—M. Sylvestre.....

—No pronuncieis mi nombre; obedeced.
Tonino obedeció.



—Vanina, díjele á la jóven. Mando á vuestro marido que parta inmediatamente para un asunto que no admite la menor dilacion. Su fortuna y el porvenir de vuestros hijos depende de este viaje, y la brevedad asegura absolutamente el resultado. No os alarmeis ni inquieteis por ello, al contrario, debeis regocijaros. Guardad durante algunos dias el mayor secreto relativo á este viaje. Vuestro esposo os escribirá desde su primera parada, y dentro seis semanas, yo os lo aseguro, estareis nuevamente reunidos.

Tonino confirmó mis palabras; abrazó á su familia, no sin agitacion, tomó algun dinero, cerró su saco de viaje, y partimos por la línea de Italia.

—¿Es hácia Italia donde quereis ir? le pregunté.

—Sí, por de pronto me dirigiré á mi país para dar verosimilitud á mi viaje.

—Está bien: pero vuestro país está demasiado cercano, y no os permito estar en el más allá de veinte y cuatro horas.

—Iré á Venecia. Tenemos allí parientes que viven separados del resto de la familia. Necesito indispensablemente adquirir noticias de allí donde fijar mi establecimiento.

—Id.

—¿Cuándo recibiré la suma y el documento de saldo?

—Yo os lo traeré cuando venga acompañando á vuestra esposa é hijos.

—¿Pero todo lo que yo dejo, mis negocios pendientes, mis ganados y el moviliario?...

—Me encargo de todo como si hubierais muerto y estuviera yo encargado de liquidar el estado de vuestra familia.

—Pero ello acarreará muchos perjuicios!

—Se os pagarán.

—¿Permitireis que os escriba?

—No. No escribireis sino á vuestra mujer; advirtiéndole que la menor infraccion de mi voluntad anulará por completo todas mis promesas.

—Os obedeceré, dijo. ¿Quereis permitirme que os dé las gracias?

—Al contrario, os lo prohibo terminantemente.

Vaciló unos momentos antes de alejarse, intentando yo no sé qué farsa. Arrodillóse ante mí llorando, al parecer, lágri-

mas vivas. Porque él lloraba siempre que queria, como las mujeres.

—¡Levantaos, le dije, y partid!

—Pues bien, exclamó: abofeteadme, escupidme á la cara, pisoteadme. Prefiero todo esto á vuestra indiferencia.

Volvíle la espalda. Tomó él entonces una resolucion, y desapareció.

Regresé al lado de Felicia sin decirle una palabra. Entreguéme á mis ocupaciones habituales. Estaba bien seguro de que Tonino no iba á escribirle. El la temia, y quién sabe si tambien la odiaba. De todos modos, es seguro que él se felicitaba por un desenlace que le enriquecia, de conformidad con sus aspiraciones, y le libraba del disgusto de fingir una pasion que no sentia en realidad. En cuanto al bochorno que le inferí, estaba, de seguro, ya pasado.

XL

PASÁRONSE algunos días en las apariencias de la mayor calma. Había yo observado en Felicia apariencias de dulzura y placidez que me expliqué despues. Sentía ella con ciertas intermitencias la necesidad de olvidar á Tonino, y casi siempre, despues de una entrevista borrascosa, evitaba el pensar en él y se abstenia de hablar. La debilidad de su naturaleza exigia estos intervalos de reposo. Cuando habia reparado sus fuerzas, agitábase nuevamente para volver á verle en secreto, ó por ocuparse ostensiblemente de sus negocios y de su conducta.

Yo dejé pasar estos cuantos días, y cuando me dijo ella estar intranquila por *sus hijos*, admirándose de no oír hablar de ellos, le dí la noticia de que Tonino habia partido.

—¿Partido? ¿y á dónde?

—Muy lejos, y para no volver.

Cayó sobre su asiento como anonadada.

Jamás olvidaré la expresion de sus ojos trasparente y profunda, preguntándome, llenos del terror más ingénuo: “¿Le habeis matado, y vais tambien á matarme á mí?,”

Y como mi mirada tranquila nada le revelara de espantoso

sonrió vagamente, y juntando las manos como para dar gracias á Dios, parecia exclamar: ¡No sabe nada!

¡Es admirable lo estúpido que suelen ser muchas veces los culpables, y como creen ellos jugar impunemente con las gentes honradas.

No trasluciendo nada absolutamente en mi ademan tranquilo, preguntóme balbuceando por la explicacion de la extraña noticia que acababa de darle.

—Querida mia, la dije, era necesario acabar con una situacion verdaderamente angustiosa. Vos me ocultabais, por generosidad sin duda, vuestros pesares secretos; pero he logrado penetrarlos despues de un buen espacio de tiempo.

Creyóse ella perdida todavía.

—¡Ah, sí! exclamó cayendo de rodillas á mis piés: ¡lo sabeis todo, no hay duda!

—¿A qué esta actitud de arrepentimiento ó de desesperacion? repuse yo: ¿de qué y á quién estais pidiendo perdon?

Levantóse entonces, espantada de su turbacion; y volviendo á mirarme llena de extrañeza:

—No teneis, repuse, la menor culpa, que yo sepa, en este conflicto, ó si la teneis con relacion á Tonino, no he de ser yo por cierto quien la juzgue. Yo veia que este jóven estaba muy descontento de su suerte, á pesar de todos los sacrificios que habiais hecho para satisfacerle. Vos os habiais lamentado amargamente, hablando conmigo, de su ingratitud, y he querido evitar los perjuicios que su ambicion os podia acarrear. Reflexioné mucho y le interrogué. Supe lo que él queria. Estaba disgustado del país y de su condicion presente. Quería dinero contante y libertad completa. Le aconsejé entonces que partiera; y partió. Le tengo prometida la cantidad que os habia

dicho necesitar, y vos se la remitireis. Así quedareis libre de sus lamentos y de vuestras impacencias, de sus obsesiones y de la indignacion que os producian. Hareis, pues, un sacrificio necesario á vuestra tranquilidad y á la mia, sacrificio que me parece bien poca cosa, dadas las ventajas que ha de reportaros en todos sentidos.

Yo estaba preparado á todo, al hablar así; y sin embargo, el efecto de mi declaracion me sorprendió en extremo. En lugar de resignarse á un mandato harto moderado y de comprender que no podía pagar demasiado el silencio y el alejamiento de su cómplice, rebelóse Felicia contra el sacrificio pecuniario que yo le imponia. Ella, tan generosa y tan desinteresada como era siempre, sentíase humillada de tener que contar con aquello cuando habia sufrido la deshonra, y que de la súplica y la sumision parecia saltar á la amenaza y al mandato. Sus riquezas habian sido una fuerza, un arma entre sus manos, y mejor aún ¡ay! un medio de seduccion ó intimidador con que habia ella vergonzosamente contado en parte para aquellos amores afrentosos, dejándome entrever perfectamente que no habia sido esta la parte más pequeña.

Defendia, pues, enérgicamente el único medio que le quedaba para hacer que volviera el ingrato á sus piés; si, defendia rudamente su dinero, asegurando que yo me equivocaba acerca la gravedad de sus discusiones con Tonino, y que no podía yo hablar seriamente, al condenarla á sucumbir á aquellas exigencias tan fuera del caso.

—Además, añadia, os equivocais aun más gravemente, si creéis que hemos comprado así la paz. Mientras me quede un campo ó un prado, pensará en la manera de hacérmelo vender para contribuir á sus especulaciones. Cuanto más obtenga; más creará deber obtener; y antes de dos años, le vereis regresar para suplicar y pedir nuevamente.

La infeliz se dolia de la espera. No vacilé un momento en

desvanecer su error. Yo no queria por cierto castigar, pero sí hacer que cesase el mal.

—No ignorais, le dije, que Tonino es harto cobarde. Si vuelve, ya cuidaré yo de hacerle entender ¡á dónde debe ir, y... ya vereis cómo se aleja para siempre.

Comprendereis perfectamente que hay algunos hombres que no pueden luchar un solo instante con algunos otros hombres, él ya lo sabe tambien por mí mismo. No creo que vuelva ni que os escriba, ó mejor: no volverá ni os escribirá. En cuanto á dirigirse á mí para obtener otras cantidades, puede que no renuncie á ello; pero esto no importa: me constituiré en árbitro de sus necesidades, y, si son positivas, comprendereis perfectamente que será muy puesto en razon el aliviárselas, aun cuando le dierais la mitad ó los dos tercios de vuestra fortuna, podriais vivir todavía con desahogo; así es que no sé ver por qué razon ha de doleros el enriquecer al único pariente que os queda.

—¡Sylvestre, creo que estais loco! exclamó Felicia fuera de sí. ¡Despreciáis el dinero hasta lo inverosímil! ¿Creéis, por ventura, que le debo yo algo á Tonino, cuando es él en realidad quien me debe á mí? ¿A qué viene la idea de colocarme continuamente bajo la dependencia de un ambicioso dispuesto á despojarme por completo? ¿Dónde están los derechos de Tonino sobre mi existencia, sobre los productos de mi trabajo y del vuestro, omitiendo los de mi hermano que deberian sernos sagrados?

—Conservareis la isla Morgeron durante vuestra vida, ó mientras dure la mia á lo menos, os lo prometo; pero el resto está de más para la satisfaccion de nuestras necesidades. Nosotros no tenemos ambiciones, ni sucesion, ni caprichos de lujo, ni somos enfermizos. Podriamos por lo tanto vivir con mucho menos, os lo aseguro.

—Paréceme que hablais en tono de burla. Y si no: ¿á qué

esta reciente ternura y esta tolerancia sin límites para Tonino á quien me parece no estimais en mucho hace algunos días?

—Creo haberos dicho que he reflexionado; y siento compasion por él desde el punto en que vos misma parece que le amais bien poco.

—¡Lo habeis adivinado! Pongo á Dios por testigo de que no le amo.

—Que hableis en este momento mentira ó verdad, lo ignoro por completo; pero le habeis amado mucho desde niño y le habeis acostumbrado á contar con vos siempre. El no ha comprendido el trabajo sin vuestro auxilio, ni el porvenir sino con vuestra garantía. El no nació, como no nace nadie, estoico, y vuestra ternura le ha privado de ser hombre. Creéis tal vez que nada merece, sea; pero es demasiado tarde para que le retireis vuestras atenciones y vuestros afectos. Para él, estos afectos y estas atenciones se llaman dinero. Estáis, pues, obligada á darle dinero...

—¿Y si no se lo daba?

—Se quejaria de vos, Felicia... Diria que antes habiais sido mejor para él; y como se va á vivir muy léjos, no podria yo evitar que os maldijera y que os acusara sin yo saberlo.

—¿Esto es decir que por haber sido una buena y tierna madre para él, es preciso que le consagre toda mi existencia?

—Reflexionad...

Esta palabra hizo cambiar la audacia ingénuu de su defensa. Dudando entonces de mi ingenuidad, enseñoreóse de ella el desasosiego, y profundamente avergonzada de su situacion, corrió á abrir la ventana para respirar.

—¡Qué quereis! repuse yo, no sin cierta crueldad dentro de mi paciencia; es indispensable saber pagar los placeres de este mundo.

—¡Los placeres! exclamó ella espantada.

—Los placeres puros, como los placeres impuros; todos se pagan. ¿No fué para vos un placer dulcísimo el de adoptar este niño y creeros su madre? Esta felicidad duró años enteros, la cual supone enteros derechos en el hijo adoptivo.

Felicia respiró. Admiróse de mi candidez, pero no se atrevió á discutirla; y al día siguiente, devorada por su inquieta curiosidad, fué á encontrar á Vanina.

Esta no era tan estremadamente sencilla como parecia. A veces era tambien mujer, y, por otra parte, Tonino le daba continuamente á entender ó le dejaba adivinar que Felicia estaba aun secretamente enamorada y celosa de él. Si no hubiera ella temido precisamente aquella rivalidad, no hubiera sufrido menos, honrada como era, viendo á su marido bajo la dependencia de una mujer que, en un momento dado, podia venderle vergonzosamente sus beneficios. Véase en qué abyeccion habia caido Felicia en el espíritu, no bien desarrollado, pero muy puesto en razon, de su ex-sirvienta.

Allí era donde la aguardaba precisamente el más amargo de sus castigos, el cual no habia yo por cierto soñado en infligirle, y sobre el que gravitaba la inexorable lógica de los hechos.

Como quiera que interrogase ella á Vanina con alguna viveza y en tono de autoridad sobre la manera de efectuarse la brusca partida de su marido, sobre lo que habia pasado entre él y yo en aquel momento, la jóven, á quien habia yo recomendado la mayor discrecion por algunos días, negóse á dar explicaciones, declarándose en abierta rebelion. Ignoro detalladamente lo que pasó entre ambas y cuáles fueron las terribles revelaciones que se cruzaron entre una y otra, pero

es lo cierto que Felicia tuvo que meterse en cama á su vuelta á casa y fué preciso llamar al médico.

Era este el mismo doctor Morgani que la habia asistido de niña.

—¡Ah! me dijo despues de haberla examinado, ha sufrido una grande emocion.

—¿Os lo ha dicho?

—Ya sabeis que nunca dice nada, pero yo no necesito tampoco que nada se me diga cuando he tomado el pulso.

—¿Entonces será grave su estado?

—Conviene que os vea. Consoladla y así podrá resistir al mal crónico que la amenaza.

—¿Estais hablando ahora de un mal crónico? ¿Qué es ello?

—No está determinado; pero es inminente, si continúa la exasperacion general.

—¿Luego, es decir, amigo mio, que no hay remedio, y que-
reis descargar la conciencia?

—Mi conciencia de amigo, porque mi conciencia de médico no tiene nada que ver en ello; pero atended y escuchad con la calma conveniente á un marido cariñoso y filósofo. Se me ha dicho que Tonino habia partido: haced que no vuelva.

—¿Por qué? Esplicadme eso. Soy todo lo sereno y todo lo prudente que podais desear.

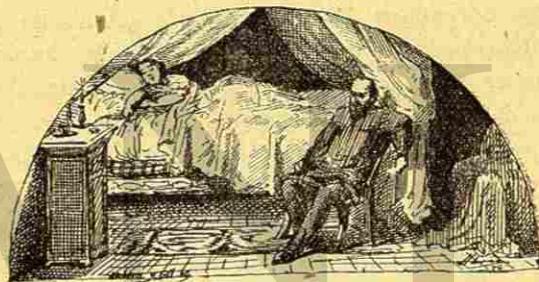
—¿Es necesario que me explique? Yo hubiera creido que ibais á ayudarme y que no erais ajeno á la partida del primo. Pero, no importa. Sabed que Tonino está enamorado de Felicia, que esto turba su tranquilidad doméstica, y que Felicia está ofendida por este amor que persiste á despecho de su indignacion.

—Estais mal informado, doctor. Tonino no está en verdad enamorado de Felicia; su estado doméstico es tranquilo: no tiene pues motivo Felicia para estar ofendida.

—Entonces, suponed que nada he dicho. Propinadle pru-

dentemente ligeros febrífugos, y procurad devolverle la alegría: y creeré entonces que las confesiones delirantes de vuestra esposa no tienen razon de ser ni giran sobre la menor realidad.

Instaléme al lado de Felicia. Estaba delirando en realidad, no debia por lo tanto permitir que nadie sorprendiera sus palabras. Estaba sobre todo devorada por su encolerizamiento contra Tonino y Vanina. No habia en sus lamentos pesar, amor, temor ni, remordimiento. No estaba enferma en aquel momento sino de vergüenza y de despecho.



Durante la noche, se tranquilizó un poco y me reconoció. Preguntóme entonces, como asustada, si habia hablado durante su sueño. Le contesté que no, y se durmió luego más tranquila.

Pocos dias despues, estaba ya restablecida; pero no era ello sino una curacion relativa. La fiebre persistia, poco determinada pero incesante. Morgani me aseguraba que era el estado normal de su excepcional pulso. Más atento y observador que él, yo encontraba aumento de gravedad, y desde luego resolví curar la parte moral dentro lo posible.

La expiación era ya suficiente, pues había sido también grave, poniendo como ponía la vida en peligro. La represión había sido completa y absoluta. No quería yo, á la verdad, constreñir á Felicia á estar pagando durante toda su vida los amargos placeres de un año de adulterio. Tonino había comprendido perfectamente mi despreciativa actitud, y era en realidad harto miedoso para intentar nada de nuevo contra mí. Mi desdichada mujer estaba por lo tanto libre de él. El hecho humillante de dar dinero por saldar una cuenta como aquella, era para Felicia una lección tan cruel como amarga.

Era, pues, mi deber sucesivo procurar la rehabilitación de aquella alma herida. Faltaba, pues, introducirle y hacerle sentir, sin encontrar la herida, el aguijón del arrepentimiento, y abrirle los horizontes del porvenir más dignos de ella. Mi resentimiento se había calmado, y estaba satisfecha mi dignidad. Debíame por completo á la compasión; pertenecía absolutamente á la ley de la perseverancia.

Preguntéme desde luego si la última escisión había de ser útil á la conversión de manifestar el papel que yo había representado. Comprendí enseguida que esto hubiera sido renovar la expiación. Felicia había sentido, creyéndome informado de su falta, tales horrores íntimos, que hubiera muerto, á no dudar, si yo no la hubiera disuadido. Lo que era más horrible de ver por aquel espíritu en el cual combatía el orgullo á la lujuria, consistía en incurrir en mi desprecio. Era esto, para ella, tan gran desastre, que no hubiera podido sobrevivirle. Creo que no podía representarse todo el horror de una situación semejante, puesto que se dejaba persuadir fácilmente de que yo pecaba de confiado.

Importaba, pues, continuar representando mi papel sin cansancio, por irritante y humillante que pareciera. Pedir una confesión, no hubiera sido solamente tiránico sino pueril. Para confesarse con sinceridad, es forzoso estar arrepentido; y Feli-

cia estaba tan sólo humillada interiormente. Para atraerla á la ternura, era preciso entermecerme yo. Esto no podía yo hacerlo sin degradarme. Mostrar mi corazón herido á aquella mujer herida por otro hombre, era una debilidad realmente imposible.

Ella sintió, sin embargo, necesidad de confiarme una parte de sus penas, y si yo se lo hubiese permitido, luego me hubiera estado hablando continuamente de Tonino, prefiriendo decir mal de él á dejar de hablar; pero creyendo yo que semejante consuelo había de ser peor que el silencio, se lo prohibí, repitiéndole en tono severo y frío, que no había necesidad de juzgar á Tonino con relación á un pretérito que ella había elaborado, y que era preciso ver cómo dirigiría él su futuro, encontrándose solo y único responsable de su existencia y de la de su familia. Malhumorada Felicia desde luego, acusóme de debilidad. Rióse de mi optimismo. Dejéla hablar sin réplica, y entonces se detuvo sin atreverse á repetir sus cargos.

No tardó Vanina en quererme hablar, deseosa de partir cuanto antes. Estaba irritada contra Felicia, pero no decía una palabra; sin embargo, vi yo, sin interrogarla, que todo había terminado para siempre entre una y otra. Vanina sabía ya que aquella fortuna prometida por mí á su marido, no era otra cosa que un donativo que yo había impuesto á Felicia; don considerable con relación á su pequeña fortuna territorial. Vanina se disgustó viendo que su marido aceptaba aquel beneficio, que sin duda Felicia le había echado en cara al revelárselo. Quería ella partir con sus dos hijos y acompañada de una criada, reuniéndose á Tonino antes de que se estableciera y evitar que se aprovechara de mi generosidad, obligándole á ser necesariamente pobre, é incitándole á trabajar con ardor para no tener que deber nada á nadie.

—Tenemos lo bastante, decia ella, para liquidar con vuestra esposa: recobre pues en buen hora cuanto nos ha dado, que yo no quiero quedar debiéndole nada. Soy robusta y altiva. Nada temo por mi parte ni me inquieto en lo más mínimo por mi marido. Tiene él bastante ingenio para no dejar de hacer fortuna sin auxilios ajenos.

Procuré hacerle entender que no tenia derecho á rehusar lo que, de buena ó de mala gana, daba á su marido, y por consiguiente á sus hijos. Por lo tanto, antes de hacer una corazonada que Tonino podia calificar de inútil, debia consultárselo. Prometiome tomar paciencia hasta llegar al término fijado para mi partida en su compañía; pero no pudo ella guardar su palabra. Tres dias despues supe que habia partido acompañada de dos de sus criadas para Venecia, á donde estaba ya Tonino, pero sin haberse establecido aún.

Al saber esta nueva, Felicia apareció generosa otra vez. Preocupábase por los niños, por las fatigas del viaje de aquella jóven que estaba criando, como de su escasez de recursos. Quiso ella correr en pos de ellos, no para pedir su perdon á Vanina, pero sí para obligarla á que la admirase y amara todavía. Llegó á preparar su equipaje agitándose sobremanera.

Habiéndole aumentado la calentura, debia yo continuar calmándola y demostrarle de nuevo que Vanina estaba buena y resuelta, que los niños eran robustos, los criados fieles, y que Tonino le habia dejado más dinero del que necesitaba para hacer un viaje de cien leguas.

Apaciguóse con esto, pero no tardó en darme prisa para que partiera enseguida á cumplir la promesa hecha á Tonino. Habia ya realizado con extremada diligencia la suma que debia yo llevar á su pretendido hijo adoptivo.

Observé yo entonces que ella se preparaba tambien para emprender viaje, creyendo sin duda que á última hora podria decidirme á llevarla conmigo. Tuve, pues, que hacer fracasar esta desesperada combinacion, esfuerzo postrero de una pasion irresistible. Manifestéle que no tenia gran interés en



hacerle á Tonino aquella visita. El apresuramiento de Vanina partiendo sin mí, sin yo saberlo, habia inutilizado mi prometida solicitud para con ella y mi ahijado. Desatado de mi compromiso en cuanto se referia á ella, no me creia yo obligado por ningun concepto á llevar por mí mismo á Tonino un donativo que él estaba bien persuadido y seguro que habia de llegar mejor á sus manos por las de un banque

La cosa resultó como yo quería. Tonino recibió el precio de su humillación, y quedó satisfecho. Su mujer me escribió para anunciarme su feliz llegada á Venecia, su partida para las tierras que Tonino habia arrendado y manifestarme su agradecimiento. No se realizaron por lo tanto sus proyectos de orgullo, pues su marido la hizo renunciar sin duda á ellos; pero se vengaba, sin embargo, de Felicia, pues se abstenia de nombrarla en su carta. No quise yo que mi mujer leyera este escrito; buscóle ella no obstante, entre mis papeles, pero inútilmente, yo lo habia quemado. Felicia tuvo, pues, que contentarse con saber que, por allí, estaban satisfechos. Esta fué mi última puñalada, y el preludio de su resignacion.

XLI

QUENTRAMOS desde entonces en la nueva faz de nuestra vida conyugal. La primera, hasta la caída de la esposa, habia sido hermosa y pura. La segunda, de repugnante engaño para mí, fué para ella de envilecimiento seguido de la expiación. La tercera, fué de rehabilitación, comenzada por ella; ¿qué iba á ser para mí, empresa tan terrible? Jamás me he preguntado todavía si amaba yo aún á mi mujer, y hasta dónde me hizo sufrir su alevosía. No quise ocuparme de mí mismo, presintiendo perfectamente que el día en que yo me abandonase á mi dolor, no tendria las fuerzas necesarias para cumplir con mi deber. No dudo de que existan almas bastante fuertes para sobrellevar á la vez el sentimiento del deber y el peso del dolor; pero tened presente que yo no soy en realidad un verdadero estoico. Yo sentia, y siento aún, la ternura. Cuando me encolerizo, lo cual me sucede algunas veces, es á cambio de la abstracción de mi personalidad, considerándome sencillamente una máquina pasiva, movida por el impulso de fuerzas superiores á las mías. Esta es mi religion; cada cual tiene la suya, resultado de los recursos que le ofrece su organización.

Puedo, pues, anonadarme en cierto modo y hasta cierto

La cosa resultó como yo quería. Tonino recibió el precio de su humillación, y quedó satisfecho. Su mujer me escribió para anunciarme su feliz llegada á Venecia, su partida para las tierras que Tonino habia arrendado y manifestarme su agradecimiento. No se realizaron por lo tanto sus proyectos de orgullo, pues su marido la hizo renunciar sin duda á ellos; pero se vengaba, sin embargo, de Felicia, pues se abstenia de nombrarla en su carta. No quise yo que mi mujer leyera este escrito; buscóle ella no obstante, entre mis papeles, pero inútilmente, yo lo habia quemado. Felicia tuvo, pues, que contentarse con saber que, por allí, estaban satisfechos. Esta fué mi última puñalada, y el preludio de su resignacion.

XLI

QUENTRAMOS desde entonces en la nueva faz de nuestra vida conyugal. La primera, hasta la caída de la esposa, habia sido hermosa y pura. La segunda, de repugnante engaño para mí, fué para ella de envilecimiento seguido de la expiación. La tercera, fué de rehabilitación, comenzada por ella; ¿qué iba á ser para mí, empresa tan terrible? Jamás me he preguntado todavía si amaba yo aún á mi mujer, y hasta dónde me hizo sufrir su alevosía. No quise ocuparme de mí mismo, presintiendo perfectamente que el día en que yo me abandonase á mi dolor, no tendria las fuerzas necesarias para cumplir con mi deber. No dudo de que existan almas bastante fuertes para sobrellevar á la vez el sentimiento del deber y el peso del dolor; pero tened presente que yo no soy en realidad un verdadero estoico. Yo sentia, y siento aún, la ternura. Cuando me encolerizo, lo cual me sucede algunas veces, es á cambio de la abstracción de mi personalidad, considerándome sencillamente una máquina pasiva, movida por el impulso de fuerzas superiores á las mías. Esta es mi religion; cada cual tiene la suya, resultado de los recursos que le ofrece su organización.

Puedo, pues, anonadarme en cierto modo y hasta cierto

punto, excluirme de mis propias cuentas, ó á lo menos contarme solamente por un cero que no tiene otro valor que el que puedan prestarle las cifras que deban regular la conducta y el destino. Yo puedo, en un momento dado, cuando me doblo bajo el peso de un gran sufrimiento, de una extremada fatiga ó de un pesar supremo, pronunciar en contra mia esta sentencia de detencion temporal, que es en verdad utilísima y enérgica: *¡Poco importa!* Lo cual viene á ser como una especie de suspension de sensibilidad que puedo yo imponerme á mí mismo durante las grandes crisis, y no en otras. Todos los hombres tenemos algo de eso. Sabemos resistir menos una contrariedad que un desastre. A los que son un poco observadores y viven persuadidos de que sus debilidades tendrán ocasión de ser substituidas por inspiraciones de grandeza, ha de hacerseles difícil de creer que un principio divino de fuerza, de sabiduría y de bondad, no se cierna en verdad sobre sus cabezas para hacerles posible su trabajo y provechosa su benevolencia.

Tuve pues que atravesar y soportar la horrible prueba de los primeros dias sin desvío indefectiblemente. Durante unos dos meses, despues del hecho, no me ví libre ni preservado de sufrimientos. No me dirigí ni levanté una sola vez las manos al cielo para exclamar: "¡Qué desgraciado soy!".

El momento de la reaccion, en el cual se suspende el espíritu, ó es necesario dejar que se suspenda, so pena de que se rompa, ó surge natural é inevitablemente. Felicia misma fué quien provocó la amarga crisis.

Su salud se restablecia visiblemente. Parecia que mi tranquila firmeza la hubiere librado del demonio que la poseía. No fingia por cierto olvidarse de Tonino, puesto que le olvidaba

en realidad. Yo estudiaba los sobresaltos del sufrimiento que producía en ella su nombre cuando se pronunciaba á su presencia, la calma y cierta especie de bienestar moral y físico en que iba sumergiéndose, cuando se pasaban dias enteros sin que se viese obligada á recordar que existia. Ponia yo todo mi cuidado en prolongar aquellos dias de olvido, tan necesarios á su curacion intelectual. Ibase desvaneciendo el fantasma rápidamente y comenzaba el arrepentimiento.

Notábalo principalmente con el aumento de solicitud y sumision del cual era yo objeto. Felicia habia disimulado con audaz resolucion, pero no habia sido hipócrita en realidad. Mirándolo mejor, hubiera adivinado entonces entre mil diversas excusas muy plausibles, pero algo confundidas, que me habia dado de sus frecuentes preocupaciones, una tortura secreta y ciertas inverosimilitudes durante nuestras relaciones íntimas. En todo este tiempo, no simuló jamás un solo rasgo de amor hácia mí; habia aplazado su expresion, como si, teniendo toda la vida para amar, hubiese querido economizar viveza á su ternura. Delicado como todo el que ama verdaderamente, no quise interrogarla nunca por aquella reserva; quise esperar el regreso de la efusion, diciéndome que el provocarla, podia parecerse á la imposicion, y que no se debe jamás condenar á la mujer á manifestar un entusiasmo que no siente.

Quando se sintió ya libre para volver á mí, admiróse de encontrarme á mi vez ininteligente y preocupado. Fijóse entonces en mi asiduidad para el trabajo, en mi afan por los paseos, en el abatimiento de un sueño cariñosamente adquirido por algunas semanas de reflexion é insomnio, y, cierto dia, dirigióseme llorando, y exclamó:

—¡No me amais ya!

—Os amo más que nunca, le respondí, tomando entre mis manos su ardorosa frente, que procuraba ella esconder contra mi pecho.



Pero, cuando mis labios se acercaron á su frente para purificarla con el perdon del amor, una fuerza invisible aterió mis brazos. Tenia yo aquella pobre frente degradada á cierta distancia de la mia, sin que me fuera posible aproximar la una á la otra, y aquella fuerza contra la cual pretendia yo luchar inútilmente, era tan convulsiva, que Felicia, espantada, exclamó:

—¡Oh! ¡cuánto daño me haceis! ¿Quereis matarme?

Dejéla y me alejé. ¿Qué es lo que habia pasado por mí? Yo no alcanzaba á darme cuenta de ello. El cielo me es testigo de que cuando le dije á aquella mujer: “Os amo más que nunca,” creia decirle la verdad. Tenia yo tan ferviente resolucion de perdonarla, que no podia dudar de mí mismo. Creia sentir, ó mejor, estaba poseido en aquel momento de la paternidad evangélica. Creia recibir en mi seno al hijo pródigo. Conducir al redil sobre mis hombros la oveja descarriada; pero, al sorprender, en lugar de una irradiacion de reconocimiento, un rayo de voluptuosidad en sus ojos de cielo, no sé qué oculto horror se apoderó de mí, como si fuera á compartir un deseo sacrilego con la más noble victoria del alma, al ir á estampar en aquella frente el sello del perdon de la caridad!

Entonces fué cuando comprendí, por fin, lo que estaba quebrantado en mí. Yo me habia creido revivir y cambiarme con los esfuerzos de mi voluntad; creíame poder salvar el alma aquella sobre la cual habia jurado velar y estender la proteccion infatigable del amor. Y el amor desaparecia. El desencanto se habia apoderado de mí á la idea de juntar mis labios con aquellos labios amancillados, de confundir en un mismo beso el alma de un hombre sin mancha con la de una mujer envilecida. ¿Cuál de las dos se habia trocado en un cadáver? El abismo de la tumba se habia abierto entre ambos; al pensar en franquearla, se habia rebelado todo mi sér. ¡Ah! ¡era ella la que habia muerto! Y simulando la vida, el espectro aparecia espantoso; era la sombra de mi pasado que se alzaba ante mis ojos, para decirme: “¡Unámonos en la muerte!,” Pero la muerte sagrada es el lecho nupcial de las almas que se han amado santamente. No es en verdad el lecho ardiente de los amantes ébrios. Punto de llegada y punto de partida para las etapas de la vida eterna, la cual se manifiesta con el majestuoso abandono de la personalidad aparente. Tiene sus leyes

propias tan misteriosas como las de Dios mismo; y si esta ley es todavía el amor, lo es con manifestaciones desconocidas de los hombres.

¿Qué había de comun, desde entonces, entre la carne de la amante de Tonino y la mía? El lazo estaba roto. ¿Cómo había de poder yo lisonjearme de reanudarle? Todas las aguas del Leteo, todas las aguas del cielo mismo no podían lavar la afrenta de aquella carne profanada. ¿Era una preocupación? Yo me dirigía sinceramente esta pregunta. Elevéme hasta las más encumbradas regiones del ideal, y ví allí la figura de Jesús escribiendo estas sublimes palabras: "¡Que cualquiera de vosotros que esté libre de pecado arroje la primera piedra.. Pero no le ví conduciendo al lecho del esposo á la mujer adúltera. Olvido y perdón, sí, en el seno de la caridad; pero en el del himeneo, no... ¡esto es imposible á la humana naturaleza, á menos de sucumbir á una grosería del apetito de que el hombre civilizado debiera sonrojarse!

Esforzábame yo en soñar un estado de santidad absoluta, de olvido completo, entero y formal, de todo egoísmo y sentimiento de propiedad. Mi esposa me amaba aun, lo veía perfectamente; siempre me había amado; habíanla fascinado, dominado, extraviado; pero no esperaba para volver á la pureza sino el renacimiento de mi ternura sin límites. Era la señal de mi confianza lo único que podía devolverle la confianza en sí misma; era el acto de fe por el cual debía ser renovada nuestra union y nunca jamás dividida por la intervencion del mal.

—¿Por qué no he de ser yo un santo? me decía. ¿No he acrecentado yo las dificultades? ¿No he confundido la cólera y tamizado el dolor? ¿No he atravesado ya la desesperacion y vencido el orgullo? He obrado como filósofo, como amigo, como religioso y como hombre de mundo; no me he creído en verdad relevado de mis juramentos; he sido el padre espiritual

de esta alma adolescente, de esta organizacion salvaje de la que no había previsto, pero sí sufrido, los desvios y los desenfrenos. Había apurado aquel cáliz hasta la última gota; y en el momento de recoger el fruto de mi prudencia y de mi bondad, hé aquí que se eleva el odio, ¡y en lugar de dar mis labios el beso de paz, no supieron sino temblar horrorizados! ¿Era que volvía yo á ser el hombre irreflexivo, instintivo y vulgar que había resuelto desterrar de mí?

Volví despues al lado de Felicia para consolarla, al menos, de la extravagancia de mi accion. Si le hubiera dejado adivinar lo que por mí pasaba, no hubiera habido remedio para ella, hubiérase muerto de dolor y vergüenza, ó hubiera hecho tal vez algo peor: se hubiera precipitado nuevamente desatinada en brazos de su impura pasion. Era, pues, indispensable desvanecer su duda, apareciendo tan inocente y ciego como el idiota cuyo heróico papel desempeñaba. Salíme con la mia, manifestando una jovialidad que me desgarraba el corazon, llegué á hacer que sonriera. Había no obstante en aquella sonrisa una ligera sombra de menosprecio, sobre su fondo triste y pérfido al mismo tiempo. La mujer no admiraba ya al hombre que ella no temía mucho á la verdad.

Ví aparecer aquel desden, y lo soporté.

Desvaneciósese sin embargo; Felicia era demasiado apasionada para curarse de un amor sin refugiarse en otro. Podía olvidar á Tonino, con la esperanza de encontrar en sí el entusiasmo que había sentido por mí. Estaba pronta á sufrir aquel entusiasmo; faltaba hacer que renaciera, ¡mas para ello era preciso sentirlo!

No hablo ahora con palabras veladas y en la intencion maliciosamente libertina de hacer que se adivine algo más de

lo que diga ó pueda decir. El matrimonio desembozado tiene su impudor por aquellos que no ven en él más que una série de placeres fáciles, sin que entre en ellos el verdadero amor, el amor inmenso. Semejante manera de ver no es por cierto la mía; yo no me habia casado con Felicia por conveniencia, ni por amistad, ni por galantería. La habia amado sencillamente, es decir, con todo mi sér; ideas, afecciones, simpatías físicas y todo cuanto fué mio, le habia pertenecido. No éramos en verdad demasiado jóvenes uno ni otro para no prever que los sentidos se extinguirían ante la estimacion y la ternura recíprocas. El amor, vivo aun para el recuerdo de purísimos goces, es la fe en el pasado que le hace imperecedero; pero quitad la fe y la estimacion, y vereis como no puede la ternura manifestarse santamente para el placer. Para tomar como querida agradable la esposa amancillada, es preciso abjurar del amor y reirse uno de sí mismo. Yo no podia en manera alguna ser complaciente hasta semejante extremo: ¡habia amado demasiado sinceramente!

¿Era pues imposible poder olvidar? Ella sí podia; es más, queria. Ella, se aborrecia tal vez á sí misma, pero creia poder repararlo todo; y, yo que no la habia odiado, yo que siempre habia creído en la posibilidad de la rehabilitacion, yo no podia alejar de mi vista la imágen de la adúltera, interponiéndose entre nosotros é impidiendo que nos confundiésemos uno en otro.

Entonces comenzó una lucha funesta. La desventurada queria recobrar su imperio; creyó, sin duda, que reanudada la tranquilidad de la dicha, entraria yo en la fase de la pereza intelectual, en la que no se tiene gran sed de lo ideal, y en la que recaemos con los hábitos de carácter que se tenian antes de entrever el bien supremo. Resultó, pues, más hábil y más paciente de lo que la hubiese creído capaz. Aparentaba respetar los estudios en los cuales fingia yo absorberme, para escon-

derle mis angustias. Hizose tímida, impresionable, coqueta, de modestia y de castidad, como en los días en que me prohibia yo participar de su amor; fué la humildad el arma con que me venció anteriormente, y creyendo vencerme todavía, no me dirigia lamento ni reproche alguno, y enjugaba á hurtadillas, las lágrimas que le arrancaba mi aparente preocupacion.

Conmovíame poco á poco aquella dulzura, y saludaba yo en mí mismo aquella emoción como la buena nueva.

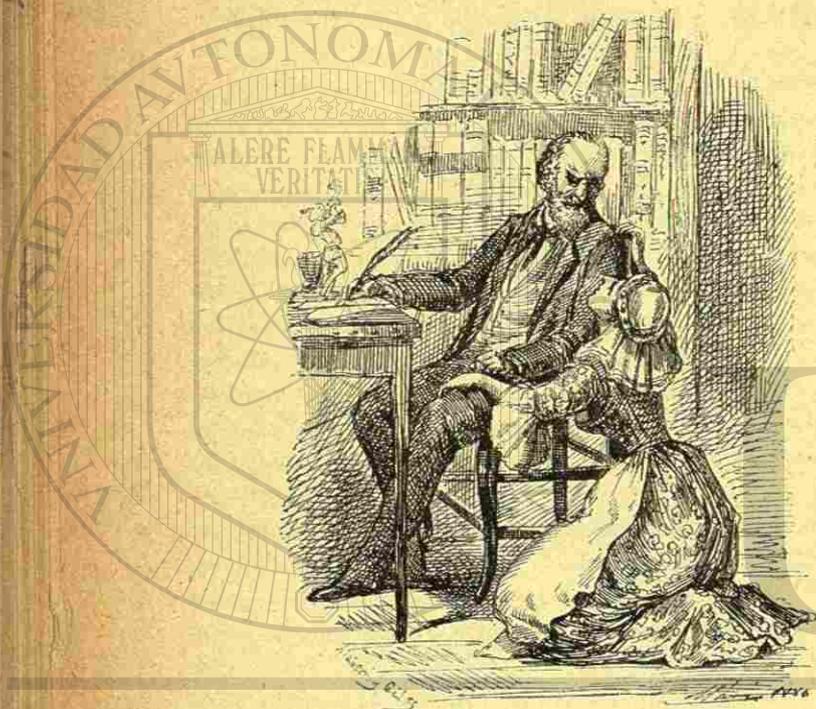
Es tal vez *la divina gracia* que desciende hasta mí, me decia á mí mismo. Podré tal vez olvidar el pasado; tal vez una mañana ó una tarde, brillará en las sombras de mi triste noche de desesperacion un rayo de luz. Volveré á ver aquella imágen adorada que no logro representarme jamás. Habrá vuelto ella á encontrar su nimbo, la pureza de sus líneas y la virginidad de su actitud. Habrá desaparecido para siempre M. Sylvestre; y Felicia Morgeron, la jóven bíblica, elegante y púdica, ostentando su jarra en la cabeza, volverá de la fuente y me dirá: "Bebe," y olvidaré que su mano me escanció la copa del engaño.

¡Ah! el contemplarla así no fué más que un instante; ¡yo hubiera dado para ello el resto de mi vida! Hubo días en que estuve tentado de excavar mi corazón con mi cuchillo para arrancar de él el recuerdo, ese gusano roedor que me impedía esperar.

Llegó, por fin, el día fatal que pedía yo sinceramente al destino. Felicia habia ido á la iglesia, no para orar, puesto que no creia realmente en nada más allá de la vida, pero para meditar, ó recogerse tal vez, para ensayarse á creer. Yo estaba escribiendo, cuando entró ella muy compuesta, animada, verdaderamente bella y rejuvenecida. Fijéme un poco en ella, y entonces se arrodilló, y me dijo:

—¿Recordais un aire que yo improvisé por casualidad hace tres años, y que os pareció, vos me lo dijisteis luego, *revelar*,

proclamar é imponer el amor? Se me había olvidado, sin que hubiera podido volver á recordarlo. Acaba de venirseme á la memoria en la iglesia: ¿quereis oírle?



— ¡No! dije yo vivamente, sin saber á punto fijo lo que me decía.

Arrepentíme luego de mi contestacion. Si ella no penetró el sentido, lo presintió al menos á su manera.

— No gustais de nada del pasado, me dijo abatida y como quebrantada; es culpa mia; yo os lo he dejado olvidar demasiado.

Yo nada olvido, temo encontrar mis recuerdos afeados y desnaturalizados; pero viendo que la había afligido, le rogué que despertara las adormecidas voces de su precioso violín. Escusóse ella diciendo que se lo pedía por complacencia, y que bastaría con tararear el aire á media voz para recordármelo.

Entonces, tararé muy por lo bajo, casi á mi oído; y á pesar de que tenía muy poca voz y que cantaba muy raras veces, supo dar tal encanto y tanta emoción á su acento velado, que asomé una lágrima á mis ojos, al recuerdo de aquel aire, que había abierto, por así decirlo, mi corazón y mi espíritu al amor, la primera vez que se lo había oído. Recordaba yo las circunstancias en las cuales, aquellas voces mágicas se habían apoderado de mí; ví nuevamente el paisaje donde yo estaba á la sazón; la varonil y plácida fisonomía de Juan se me apareció sonriendo. Una brisa primaveral deslizóse por entre mis cabellos, y me sentí tan jóven como en el instante en el cual aquella vibración magnética del violín de Tonino Monti había llenado el aire que yo respiraba. Creí en el milagro de que un hombre que ha sentido ya la transformación miraculosa, no cree imposible la repetición. Felicia estaba de rodillas cantando junto á mí; olvidéme del espectro, abracé á la mujer, creí poder esperar el amor.

Pero esto no fué sino una visión, el amor físico que hace sentir más odiosamente la ausencia del amor moral; el sueño fué espantoso, porque la engañosa embriaguez me arrancó sollozos, y Felicia acabó por fin de comprender que yo lo sabía todo.

Ella aparentaba experimentar una excitación nerviosa, y me dejó solo sin interrogarme; yo estaba harto turbado, porque adivinaba su descubrimiento; estaba seguro de no haber sol-

tado una palabra que vendiera mi desesperacion; yo estaba quebrantado, pero no habia sido débil. Yo no habia insultado por cierto á la mujer que me habia anonadado.

—¿Quién sabe, me decia á mí mismo, si aquella revolucion de mi conciencia no será la última? El amor tiene el don de los milagros; ¿no podrá tal vez acallar el espíritu?

Pero, entonces, yo me imaginaba á Felicia saboreando en brazos de su amante la embriaguez que ella venia á probar en los míos, y diciéndose lo que yo no podia decirme jamás: "El placer es el todo del amor, es superior á todo; la conciencia nada significa comparada con él." Ella habia vivido alimentada por esta blasfemia, é iba á seguir viviendo de lo mismo, puesto que traicionaba el recuerdo del amante sin el menor escrúpulo, pidiendo al esposo la misma embriaguez, salvo el comparar luego la superioridad de los vinos y cuál es el que provoca mejor el ateismo del corazón, último recurso de una conciencia extraviada y de un instinto pervertido.

Debo esforzarme en excusarla, porque sentia que se me hacia, no odiosa, porque el odio no deja de ser amor tambien, pero sí extraña, bajo cierto aspecto.

Aquella mujer no era ya mia por la carne. Su belleza nada me decia. Si hubiese yo tenido el derecho de buscarle otro marido, se lo hubiera escogido con la misma bondad y solicitud que lo hubiera hecho por cualquier otra parienta, aunque fuese ésta una hija mia, sin concebir los más remotos celos. El amor que acababa de obtener de mí me parecia un extravío brutal del que debia avergonzarme, irritado contra mí mismo. Si hubiese yo estado dominado por instintos violentos é impetuosos, hubiera debido acabar forzosamente estrangulándola despues de la crisis.

¡Era pues un paroxismo de ferocidad; era un asesinato que me conducia á la tentativa de un perdon completo! El asesinato revolvía todo mi sér, y entonces me sentia desfallecido;

pero desde luego una terrible reaccion me hizo volver la cólera contra mí mismo. Desgarraba mi pecho con mis uñas, tenia necesidad de odiar y torturar á alguien, detestándome y tomándome á mí mismo por víctima. Cuando me ví lleno de mi propia sangre, sentí como un esparcimiento extraño, como debe serlo el de un animal carnívoro satisfecho y aun harto. Fué ello una gran acusacion por mí. El hombre más pacífico y civilizado puede tener momentos de furor felino, durante los cuales no se pertenece á sí mismo, y en los cuales es capaz de obrar sin la menor conciencia de sus actos. Viendo el mal físico que me habia causado sin sentirlo, tuve miedo de mí como de un enemigo más fuerte que yo. ¿Resultaba, pues, capaz, en un momento dado, de sucumbir á aquella demencia, y de ejercerla aun contra otro? ¿Y contra quién habia de caer sino contra la desgraciada que provocaba los instintos de tigre?

Pensé en huir; era éste el más torpe de los paliativos. Interroguéme pues severamente. Mi lealtad interior respondiome: "No hay peligro, no hay cólera, no hay venganza probable para aquel que no logra imponer silencio á una conciencia clara y timorata como la tuya; ¡pero desgraciado de tí, si intentas beber el agua de fuego que embriaga á tu mujer! Semejante brebaje no puede asimilarse en manera alguna á un temperamento sano y robusto como el tuyo. Las personas de buen temple no pueden soportar las excitaciones ficticias. Tú has querido vencer en tí mismo á la naturaleza. La naturaleza que no se ha dejado falsear por el mal es un santuario de lógica. Aborrece el sofisma y rechaza los alimentos envenenados, aun cuando vayan envueltos en aceite y miel. Te has engañado por exceso de benevolencia. Has querido ser más dulce que Dios mismo, quien, segun tú, no castiga jamás. En

este caso, no has comprendido la profundidad y belleza de las leyes por él instituidas y que no quebranta jamás. Estas leyes ponen el castigo inmediato al daño que el hombre se causa á sí mismo. Tú te has desgarrado el pecho, y tu sangre se derrama. Tú has pretendido beber la santa voluptuosidad en un vaso amancillado; el dolor se ha apoderado de tí. Has creído que la compasión podía devolverte el amor, y se ha manifestado el odio. ¡Abre los ojos y humíllate, discípulo tan inesperto como ambicioso del ideal! El ideal no es una verdad sino con la condición de permanecer en la línea de la naturaleza. El amor entre la humanidad, es igualmente un ideal. Es la aspiración y la asimilación de dos seres distintos en un acto de fe común. Reducido al placer de los sentidos, deja de ser amor. Es el apetito que engendra el olvido y la laxitud, como la aversión, con el abuso; porque la naturaleza es sapientísima y lógica en sus funciones materiales como en sus funciones intelectuales. *No jueguis con el amor*, es una gran frase cuyo sentido va mucho más allá de lo que parece indicar. Puesto que no amenaza solamente abrasar cuanto se le acerca sin desconfianza, sino que condena á ser devorado cuanto se agita, ignorando que es indispensable la fe para afrontar el fuego sacro. Apetitos brutales, los enerva; ciego entusiasmo, lo extasia; amistad sin discernimiento, lo rompe. Quiere ser á la vez placer, veneración y ternura, para vivificar y fortalecer las almas y los cuerpos; pero no renace jamás de sus cenizas. Quien le deja extinguir no puede ya reanimarle. Si tú vivieras en el corazón de la mujer adúltera, verías que no ama al marido ni al amante, y que aunando sus esfuerzos para amarse á sí misma resultarán impotentes é infructuosos siempre. Ella no puede pues comprender el amor. Ni el amor se le presentará jamás sino al través del sufrimiento, del deseo ó del miedo del castigo. Sus ojos se sumergirán en los tuyos buscando en vano la voluptuosidad; y leyendo siempre en ellos su sentencia de muerte y el despre-

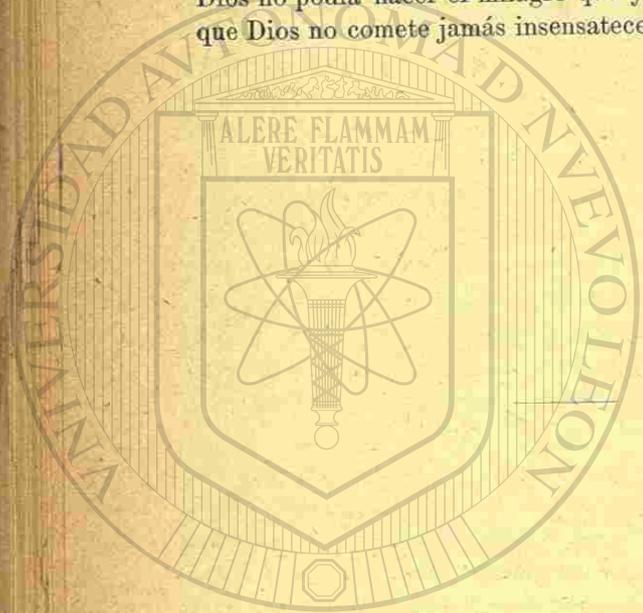
cio á que es acreedora y que no le puedes evitar en modo alguno. Aquella mujer resulta castigada por tí á pesar tuyo. Esta es la ley que tú estás obligado, como ella, á sufrir en relación equitativa. Tú adivinaste aquello, desde el primer día, decretaste que no la castigarias; era esto que sentias perfectamente que estaba ya castigada con su acción. Has cumplido con tu deber; ¿por qué querias pasar por encima de él anulándolo por conveniencia? ¿Por qué querias transformar el perdón en recompensa, y vencer en tí el disgusto, esta consecuencia verdadera y fuerte, que nace, como nace el deseo legítimo, en las elevadas regiones de la equidad natural? Sea; el despego no es á la verdad una simple debilidad física que uno puede superar voluntariamente; es el profundo reposo que exige el ser después de las luchas supremas. No es tampoco un agotamiento de la caridad; es algo de la vana sensibilidad que cierta negligencia conserva en nosotros. Es una protesta que nuestra dignidad nos impone, so pena de su abandono.,

Sucumbí pues á la expresión de aquella voz que estaba hablando en mí y de mí, en mí mismo. Era el verdadero yo humano, completo y seguro de sí, que reclamaba sus derechos á la vida normal.

—¡Oh! no, no, pensé yo; esto no es una preocupación, no es una tiranía de querer ser amado exclusivamente cuando uno se ha amado verdaderamente á sí mismo, y cuando nada excusa ni siquiera motiva la traición. ¡Alguien ha envilecido mi amor; alguien le ha condenado en parte!...

¡Por qué Felicia había mentido á su amante! Había ella vuelto á mí más de una vez durante sus amores con él, y me había conducido, vendado de ojos, á un templo de impurezas en el cual había yo creído poner las manos en el altar de la

castidad conyugal. ¿Debia perdonar este engaño? No, puesto que no debia olvidarlo. Y además, no podia tampoco, á pesar de los esfuerzos de abnegacion en los cuales mi razon no habia podido quebrantarse, porque la naturaleza no habia querido. Dios no podia hacer el milagro que yo le habia pedido, porque Dios no comete jamás insensateces.

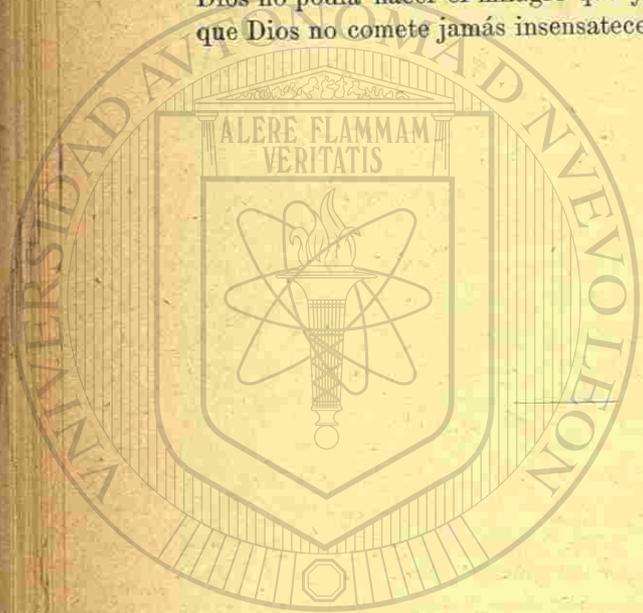


XLII

Volví á encontrar la calma; volví á comer en compañía de mi mujer. Hablábale yo con una dulzura mucho mayor aun que de costumbre. Ella me habia creído enfermo, decia, y habia estado intranquila por ello. ¿Podia yo explicarle las lágrimas y suspiros que se me habian escapado en sus brazos? No podia por cierto, sin mentir. Yo no queria mentir por más tiempo; no queria hablar más. ¿No podíamos, pues, entendernos sin entrar en explicaciones odiosas?

—Estad segura, le decia, que si tengo yo algun grave pesar, lo cual es siempre posible en la vida de quien quiera que sea, me haré superior á él para que no os sea insoportable. Os pido únicamente que os abstengais de interrogarme cuando me veais sufrir, sin temer nunca nada de parte mia. Vivid así todo lo feliz que os sea posible, sin mirarme jamás con ese aire espantado que me ofende. Si vos teneis, por vuestra parte, algun pesar secreto, no lo enveneneis con temores inútiles. Yo quedo encargado de velar por vuestra reputación, por vuestra seguridad y vuestra independencia. Ninguna catástrofe ni lucha alguna os amenazan actualmente. En lo sucesivo no tendré más que una preocupacion, y es ésta: el restablecimiento definitivo de vues-

castidad conyugal. ¿Debia perdonar este engaño? No, puesto que no debia olvidarlo. Y además, no podia tampoco, á pesar de los esfuerzos de abnegacion en los cuales mi razon no habia podido quebrantarse, porque la naturaleza no habia querido. Dios no podia hacer el milagro que yo le habia pedido, porque Dios no comete jamás insensateces.

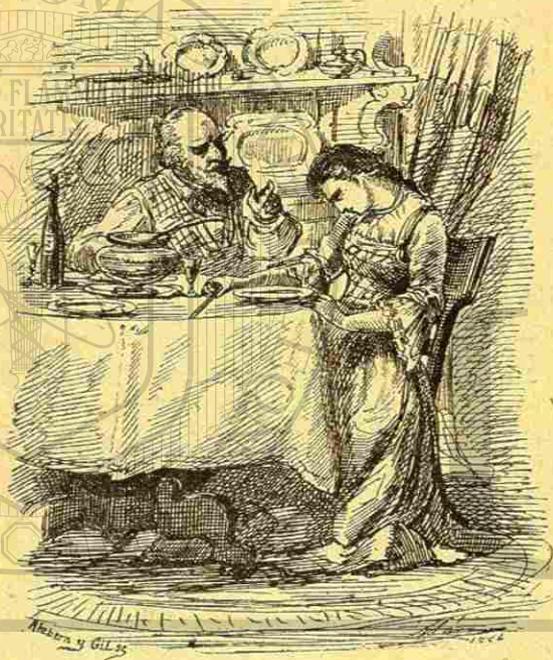


XLII

Volví á encontrar la calma; volví á comer en compañía de mi mujer. Hablábale yo con una dulzura mucho mayor aun que de costumbre. Ella me habia creído enfermo, decia, y habia estado intranquila por ello. ¿Podia yo explicarle las lágrimas y suspiros que se me habian escapado en sus brazos? No podia por cierto, sin mentir. Yo no queria mentir por más tiempo; no queria hablar más. ¿No podíamos, pues, entendernos sin entrar en explicaciones odiosas?

—Estad segura, le decia, que si tengo yo algun grave pesar, lo cual es siempre posible en la vida de quien quiera que sea, me haré superior á él para que no os sea insoportable. Os pido únicamente que os abstengais de interrogarme cuando me veais sufrir, sin temer nunca nada de parte mia. Vivid así todo lo feliz que os sea posible, sin mirarme jamás con ese aire espantado que me ofende. Si vos teneis, por vuestra parte, algun pesar secreto, no lo enveneneis con temores inútiles. Yo quedo encargado de velar por vuestra reputacion, por vuestra seguridad y vuestra independencia. Ninguna catástrofe ni lucha alguna os amenazan actualmente. En lo sucesivo no tendré más que una preocupacion, y es ésta: el restablecimiento definitivo de vues-

tra salud, la dignidad y la tranquilidad de vuestra vida; yo os lo he probado, y os lo probaré continuamente; y, por mucho que me cueste, ello será mi supremo consuelo en cuantas pruebas puedan sobrevenir.



Escuchábame ella en silencio, con la cabeza baja. Estábamos en la mesa, el puchero hervía en el hogar. Levantóse ella y me sirvió el café. Sus manos no temblaban y eran todos sus movimientos sueltos y libres, con la mirada altiva y fría. Hubiérale parecido á cualquier otro que no fuese yo, que no habia comprendido; pero léjos de eso, quedé admirado de su

aparente tranquilidad. ¿Estaria ofendida de mi dulzura? ¿Habia estado yo demasiado explícito? No era necesario serlo mucho, porque no osaba ella revindicar el amor.

Pasábamos siempre juntos las veladas; leíale yo algun libro cuando me lo pedia. Fué ésta una de las noches que me lo pidió, rogándole yo por mi parte que escogiera ella misma el libro. Trájome por su mano *las Afinidades eléctricas* de Goethe, y empecé á leer, temiendo algun motivo de discusion conducido por las originalidades de semejante lectura; pero noté bien pronto que, por cierto, no me escuchaba. Habia tomado su aguja, pero no porque le sirviera para nada. Tenia los ojos fijos en la mesa, acabando por cerrarlos y quedarse dormida.

Era propensa, como todas las personas activas que se levantan con el dia, á esas lasitudes instantáneas. Fuí bajando poco á poco la voz, cerrando luego el libro y quedé contemplándola. Estaba pálida, pero dormía con una respiracion uniforme, y estuvo descansando así cerca de una hora, sin hacer el menor movimiento. Su pulso era tranquilo, y solamente un poco débil cuando se desveló.

—¿Cómo! ¿Me creéis enferma tal vez? me dijo, pero estoy muy bien.

—No; pero será necesario reforzaros con tónicos durante unos dias. No estais tan fuerte como de costumbre.

—Conoceis muy poco las cosas, repuso con cierta brusquedad; nunca me he sentido mejor que ahora. Tengo necesidad de descansar, y es esto todo. Permitidme que me retire.

Arregló sus trabajos con el mayor cuidado, habló con los criados dándoles sus órdenes para el dia siguiente, segun tenia por costumbre, volviendo luego para cerrar los postigos de la sala. Jamás le habia permitido este trabajo. Se lo impedió naturalmente, diciéndole que no tenia necesidad de recordarme la hora.

—¡Bah! me contestó con singular acritud, ¿es que os molesta,

cuidar de estos detalles? Idos á trabajar allí, á lo alto, estoy segura de que hace mucho tiempo que quisierais estar solo.

—¿Qué os pasa, Felicia? le dije yo tomándole la mano. ¿Os he manifestado algun cansancio por vuestra compañía, alguna impaciencia por retirarme?

—No, contestó ella con creciente amargura. ¡Me he equivocado! ¿Sois vos quien llevais siempre la razon, no es eso?

Retiróse despues de pronunciar estas palabras tan crudas como profundamente injustas, de manera que el estupor me privó de insistir para saber lo que pasaba por ella.

Al poco rato, temiendo que estuviere enferma, fuí á llamar á la puerta de su cuarto; estaba cerrada.

—Dejadme descansar, dijo; nada tengo, como no sea sueño. ¿Qué tiene eso de extraño?

Así rechazaba ella mi amistad reconociendo que ya no poseia mi amor. Debia atenerme á eso tratándose de un carácter tambien tirante, y sin embargo, quedé altamente sorprendido. Creia yo merecer mayor atencion, si no más reconocimiento. ¿Iba naciendo el odio en aquel corazon tumultuoso que no sabia á la verdad enternecerse ni anegarse?

Subí á mi cuarto dejando las puertas abiertas, á fin de poder socorrerla si su despecho venia á parar en una crisis de dolor ó de sufrimiento. Abrí como siempre muchos libros sobre la mesa, á fin de parecer muy ocupado y tranquilo, si se me venia á sorprender. Era este un papel estudiado desde hacia tres meses, porque yo, en realidad, no trabajaba, puesto que me hubiera sido imposible. Pasábame las horas de las veladas y de buena parte de las noches, meditando dolorosamente sobre la vigilia y el mañana.

Estaba, pues, muy atento á cuanto pasaba en la casa. Oí

á los criados cerrar las puertas bajas y retirarse á sus cuartos. Felicia se fué luego al suyo y vino el silencio. En las personas nerviosas y casi en todas las mujeres, la fatiga se manifiesta por la agitacion. Sin duda al ver mis lágrimas habia producido en Felicia una profunda agitacion. Ella debió llorar tambien; estaba quebrantada. Despues de una noche completa de sueño, porque parecia estar durmiendo, debia forzosamente resultar más tranquila y reposada; y si era preciso llegar á una explicacion, debia encontrarla mejor dispuesta á hacerme justicia.

Durante esta esperanza un tanto vaga, yo mismo herido y careciendo de la fuerza necesaria á comentar la actitud inicuamente absurda que ella parecia querer tomar, amodorréme de codos sobre la mesa. No queria de ninguna manera acostarme sin asegurar antes por medio de una espera racional que podia dormirme sin temor.

A poco volví otra vez en mí, gracias á los sonidos del violin. Felicia estaba tocando el aria que me habia cantado por la mañana. Empezaba á tocar con la pureza y agilidad que caracterizaban su notable estilo. Luego, súbitamente, desnaturalizando la melodía, y atacando precipitada no sé qué otra idea, perdíase en una multitud de divagaciones penosas. Habia momentos en que parecia querer recordar en vano el motivo encontrado durante el dia, y en otros parecia querer lanzarlo de sí desdeñosamente, queriendo verter un orden de sentimientos contrarios del todo. Mi imaginacion sobreexcitada hubiera podido interpretar aquellas divagaciones musicales como una especie de relato simbólico que quisiera hacerme ella de sus tribulaciones, de su caida y de su desesperacion; pero yo buscaba en vano en ello la verdadera nota del dolor, porque no estaba. Mejor era de cólera; sus lamentos parecian una maldicion. Aquella voz áspera del violin restregado y fustigado por el trémulo arco, me hacia un daño horrible. Creo que

hubiera preferido á ello las más atroces palabras. Felicia desplegaba una habilidad de ejecucion que aún no le conocia; pero sentia que su espíritu era impotente á producir una emocion sana. Su música estaba loca, sus ideas chocábanse de incomprensible manera como si hubiesen encerrado la idea ó la intencion de hacer sufrir sin confesarse vencida por el sufrimiento.

Por fin, lo fué, no obstante, porque tiró bruscamente el violin, pareciéndome que se rompió al caer. Yo ví, sobre la espesura de los árboles, en frente de la casa, atravesar el reflejo de una luz que cambiaba de lugar dentro de su cuarto; pero Felicia andaba sin hacer el menor ruido, como una sombra.

Una grave inquietud se apoderó de mí. Preguntábame si aquel canto raro, en medio de la noche, era un grito de rebelion ó un adios desatinado. ¿Iba ella á intentar una huida para reunirse con Tonino? Pero Tonino ya no gustaba de ella; estaba cierto. ¿Se haria ella la ilusion, en medio de su disgusto, ó pretendia por algun procedimiento extremo, obligarle aún á fingir una pasion que no turbara su reposo doméstico?

Bajé sin hacer ruido la escalera, y en medio de la oscuridad, sentéme sobre el último escalon junto á su puerta. No podia ella hacer un movimiento ni dar un paso sin que yo me enterase. De ninguna manera queria yo dejarla correr á la vergüenza de su perdicion. Rechazada por Vanina, abandonada por Tonino, no podia encontrar refugio sino en el suicidio, porque yo no me sentia bastante fuerte para tolerar nuevos extravíos.

Parecíame oír el chisporroteo del fuego en su chimenea. Me adelanté hasta el balcon, y ví en efecto una línea de humo sobre el fondo clarísimo y estrellado del cielo. Quemaba ella indudablemente algunos papeles, porque estábamos en pleno verano, y á menos de estar enferma, no podia sentir necesidad ni deseo de calentarse. Un soplo de aire que llevó hasta

mí, parte de aquel humo, me hizo sentir un olor acre, que no era por cierto de papel quemado, pareciendo mejor de lienzo ardiendo. Acerquéme á su puerta, oíla abrir el cerrojo como si se dispusiera á salir. No queriendo que su huida, si lo habia resuelto, llegara ni aun al principio de su ejecucion, hice algun ruido con los piés para advertirla de mi presencia, y le hablé al través de la puerta cerrada todavía, para preguntarle si estaba enferma.

—No, respondió con acento resuelto; ¡entrad si quereis!

—¿Cómo no dormís todavía? la pregunté entrando. Es necesario que sufrais mucho, puesto que al retiraros habeis manifestado deseos de dormir.

—Nada sufro, dijo ella, ya lo sabeis; habeis debido oír que os daba una serenata, porque no os habiais acostado.

—Estaba intranquilo por vos. Nos separamos anoche como no nos habíamos separado nunca; vos me retirasteis friamente la mano, pareciendo irritada. Si os he ofendido, sabed que no he abrigado contra vos la menor intencion de crueldad. Os lo juro. ¿No me lo creeis?

—¡Sylvestre! exclamó ella con severo y áspero acento, podeis jurar cuanto gustéis que yo no he de creerlos, porque me aborreceis hasta tal punto, que habeis querido no hace mucho quitaros la vida. ¡Mostradme vuestro pecho! ¡Ah! ¡veis cómo no quereis! Ahora bien, yo no sé si estais ligera ó profundamente herido. Creo que no es ello peligroso, porque os estoy viendo, pero sé que es sério; sé el pesar que es preciso sentir para desgarrarse como lo habeis hecho. ¡Ved! acababa de quemar vuestra camisa que habeis tirado al entrar en vuestro cuarto, sin preocuparos de lo que los criados podrian pensar de aquellas horribles manchas de sangre. La casualidad ha hecho que diera con eso, y me he caído como muerta, no comprendiendo nada, y creyendo al fin que habia álguien intentado asesinaros, y volviendo en mí, he retrocedido hasta

vuestra desesperacion de esta mañana. Habiais cedido á mis caricias por un resto de amor, ó al deseo del hombre que se encuentra triste y solo por largo tiempo, y luego, enseguida, el horror hácia mí ha reaparecido en vos; y como una especie de locura ó santidad de que sois víctima, habeis desgarrado vuestro pecho para castigar el corazon que encierra, por haber latido por mí algunos instantes! Estais persuadido de que soy un mónstruo á vuestros ojos, y que hariais mejor abandonándome, ó agobiándome á fuerza de injurias, que dejándome ver y adivinar el mal que os estoy haciendo viviendo á vuestro lado. Dejad, pues, que me vaya. No puedo estar más aquí donde seria despreciada de todos, porque vuestro disgusto es evidente. No hay quien no me pregunte cómo habeis cambiado y envejecido tanto. ¿No habeis echado de ver por ventura que en solos dos meses se han vuelto grises vuestros cabellos? Y esta camisa desgarrada y manchada de sangre que yo he hecho desaparecer, ¿cómo hubiera podido justificarse? ¿Creeis que la partida de Tonino no ha dado que hablar? ¿Os imaginais, sin duda, haber obrado prudentemente? Habia que hacer algo mejor que esto. Era preciso hacer justicia, la justicia del que ama. Habia que matar á aquel miserable á quien odio, odiaré y he odiado siempre tal vez, y despues de haberos vengado, debiais derribarme, pisotearme y escupirme á la cara; despues de lo cual me hubierais perdonado, y me amariais ahora tanto como antes de haberos faltado; mientras que con vuestra paciencia y vuestra virtud no os habeis desahogado (*sfogato*), y conservais en vuestro corazon un resentimiento que os sofoca y que no desaparecerá jamás. Esto que os digo, os admira sin duda, y me encontrais salvaje. Pues bien, ves no lo sois, en verdad, lo cual quiere decir que no amais, porque el amor es salvaje, y quererle moralizar, es no comprenderlo ni haberlo sentido jamás.

Continuó hablando largo tiempo en italiano en el mismo

tono de reconvenccion é invectiva, tildando mi conducta, desconociendo ó desdeñando mi carácter, pintando el amor del que queria ser ella el abogado ó la sacerdotisa, entre mil expresivas frases llenas de cinismo y poesía vulgar, al estilo de Tonino. Que ella pertenecia á su escuela despues de haber sido la *escuela* de él. La corrupcion de costumbres habia pro-



ducido sus frutos, se habia enseñoreado de aquel corazon, el cual estaba gangrenado, pervertido, siendo monstruosamente ingrato. De un alma generosa, de una cabeza inteligente, de

una vida de fuerza, de reconocimiento, de trabajo y de continuo sacrificio, no quedaba ya más que la vanidad femenina irritada y los deseos malditos sin objeto determinado, pues que estaba destinado su futuro á quien se lo quisiera tomar.

Yo escuchaba silencioso y atontado. El desprecio se habia apoderado de mí y pesaba sobre mí como una masa de hielo. La contemplaba y la hallaba fea en medio de su belleza flaca y ardorosa. Medio desnuda á mis ojos, no se preocupaba de cubrirse, y aquella desnudez me hacia el efecto, á mí, su marido, de algo vergonzoso. La compasion me habia abandonado. No era ella para ya entonces, mi pupila, ni mi protegida; se me antojaba una antigua querida que me hubiese dejado por capricho, que volviese á mí por despecho, y que aquella galantería malsana me encontraba despegado é indiferente.

No alcanzaba á contestarle una sola palabra; el despecho es mudo; no logra velar el disgusto ni la cólera. No habia ya lenguaje posible entre nosotros. No nos hubiéramos comprendido.

Levantéme para dejarla.

—Esto es, dijo ella exasperada; que ¿lo mismo os importa que me vaya ó me quede?

—Os prohibo que partais, respondiéndole friamente.

—¿Empleareis la fuerza para privármelo? ¡Vamos á ver!

—¡Jamás pondré mis manos sobre vos! Llamaré á cuantas personas os sean más adictas, les probaré que estais loca, y ellas os impedirán de correr á vuestra deshonra.

—¿Y me mandareis encerrar?

—Os encerraré si es necesario.

—¿En una casa de locos?

—En vuestra propia casa. Sois aún bastante rica para estar bien guardada y bien cuidada.

—Y vos permaneceréis aquí como principal carcelero.

—Permaneceré en el lugar que me corresponde.

—¿Diez años, veinte?...

—Toda la vida si es necesario.

—¿Y si llega mi locura á ser furiosa?

—No siendo yo loco ni furioso, haré que se os trate con inalterable dulzura.

Ella rompió á reír. Aquella risa horrible penetró en mi corazón como una herida mortal, la última. Palpitó un instante bajo el dolor, y se extinguió.

—No quiero partir, repuso Felicia con espantosa tranquilidad. No teneis necesidad de tanta virtud. ¿Es decir que vais á vigilarme?

—Ya sé yo que esto seria inútil, si estabais bien resuelta á huir; pero seria siempre facilísimo el reunirosme, y el llevaros de nuevo, puesto que sé donde iriais.

Lanzóse ella entonces sobre mí, y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Sylvestre! una palabra de cólera, te conjuro; una sola palabra de odio contra Tonino y de celos contra mí! ¡sé hombre! ¡maldice á tu rival y mata á tu mujer! Entonces creeré que me amas, y te adoraré.

—No me adoreis, le dije; me seria imposible devolveros lo que me dariais.

La dejé así. La medida se habia colmado. Al dia siguiente la encontré levantada, cuidadosa, activa, y como extraña al drama de aquella noche horrible. Tenia toda su presencia de ánimo natural; daba disposiciones y trabajaba, ó regañaba; estaba á veces amable con todos, y conmigo, delante de ellos, casi alegre. ¿Pensaria en mis amenazas, y queria mostrarme que no seria muy fácil hacerla pasar por loca, si emprendia la huida? Agitóme esta debilidad. Sabia ella que yo no la habia de acusar jamás de culpable ante un tribunal. ¿Iba á trabajar

para hacérseme odiosa, ó á hacer que, á pesar mio, acabara con mi paciencia y me pervirtiera?

Crearne obstáculos y dificultades era su último recurso.

Probó y resbaló. Yo me habia encerrado dentro una cortesanía deferente é inexpugnable. El saber vivir es una fortaleza, de la cual las personas mal educadas desconocen la solidez. Felicia resultó vencida, y á cada momento quebrantada por mi paciencia á toda prueba. ¡Ah! no tenia yo el menor mérito. Nada que viniese de ella podia ofenderme ni hacerme la menor impresion. Ya no la amaba.

Y sin embargo, aceptaba un trabajo de abnegacion que podia absorber el resto de mi vida. Yo no podia ni queria olvidar que Juan Morgeron me habia, con su confianza y lealtad, legado aquella tarea en la cual me habia dado tan noble ejemplo. Felicia me habia amado todo lo que ella podia amar. Su afeccion me habia rejuvenecido y embriagado por algun tiempo; yo habia pasado, gracias á ella, dos años de felicidad, ilusoria en realidad, pero positiva para mí, porque habia creído. Además, me habia asociado á una vida de bienestar en la cual no probé jamás inútilmente el deseo, pero que me habia hecho tan dulce como honrada en apariencia. Todo esto estaba gastado y amancillado; pero obligándome ante Dios y ante los hombres á aceptar y guardar aquello en que yo creia ver un honor y un bien, el amor y los deseos de aquella mujer, habia yo perdido, al parecer, el derecho de proclamar que era aquello un mal y una vergüenza. No podia comprobarlo sino en secreto; decírselo á ella misma, no hubiera hecho sino exasperar la crudeza de mi situacion.

Mi enlace con ella habia sido un error de mi juicio, una locura, ó una sutileza, para hablar el lenguaje de la vida práctica. Era preciso saber sufrir las consecuencias de sus propias faltas; y, cuando no tiene uno que reprocharse más que un exceso de candor y de probidad, se sufren tales decepciones

sin mucha amargura, puesto que uno no puede sonrojarse ante sí mismo.

Yo habia ido aún más léjos en mi ceguedad. Me habia interesado por Tonino creyendo en su sinceridad. Yo le habia hecho volver al redil. Me habia entregado atado de manos y piés, á aquel salteador de caminos, que, como Don Quijote, habia tenido la ridícula esperanza de realzar y purificar. Ocupada mi imaginacion por ese tipo del ideal caballeresco, reconocia que era él más grande que yo; porque yo habia abierto los ojos y él no, llevando su quimera hasta la muerte: sublimidad tanto más tierna cuanto más inútil. Yo no era realmente menos loco incurable que santo absoluto. Era hombre, y no queria dejar de serlo. Si la paciencia me parecia siempre un deber, la altivez anticipada se me antojaba un deber harto serio. Ni venganza ni debilidad; hé aquí el círculo dentro del cual me habia encerrado.

Sintiéndome más fuerte que ella, gracias á lo que llamaba ella mi inercia, Felicia renunció muy pronto á la idea de luchar. Temia, por otra parte, mucho el escándalo, y cuando se habia envanecido conmigo, como he dicho, de no hacer el menor caso de la opinion, se estaba mintiendo á sí misma. Cuando ella vió que á pesar de sus previsiones, ninguno de nuestros disgustos domésticos se hacia público, hizo todo lo posible por parecer dichosa y me agradeció la deferencia de mi actitud ante ella; pero el mal era demasiado profundo para ser curado por el tratamiento normal que dicta la lógica comun.

El disgusto se habia enseñoreado de Felicia, y el deseo de escapar á aquel sufrimiento intolerable por ella, se manifestaba violentamente. Volvió de nuevo á manifestar por mí una pasion loca, imponiéndome el suplicio de luchar contra sus reproches, sus injurias y sus llantos.

Mi vida se trocó en un infierno, y sentia por momentos tur-

barse mi razón; pero yo vencí al infierno y sus lavas. Púseme á trabajar seriamente para instruirme por mi propio bien, levantando mi carácter con los sanos alimentos del espíritu. No cesaba por eso de velar por mi desdichada compañera; la cuidaba como á una enferma, asidua y concienzudamente, y con alternativas de indulgencia y severidad, segun yo apreciaba la oportunidad de uno ú otro método. Tenia á veces necesidad de que se la regañara como á un niño, para evitar que se exasperara. Otras veces, habia necesidad de dejar que pasara la crisis. Con estos paliativos íbamos ganando tiempo. Yo esperaba de continuo que el tiempo, es decir, la edad, traería la calma. Pasóse así un año.

XLIII

CUARTO día, me pareció verla sombría y distraida; al día siguiente y el subsiguiente, me lo pareció aún más. Ella estaba, sin embargo, bien, relativamente. Propúsele una excursión para distraerla, y, contra mis esperanzas, aceptó la proposición sin discutirla. Partimos, pues, en un calesín, con un solo criado que gobernaba un buen caballo. Descendimos por la vertiente de los Alpes italianos. Continuó ella triste y absorta, pero más suave, y despues de tres días de paseo sin fatiga y sin emoción, volvió á casa sin placer ni disgusto aparentes. Recogióse temprano al estar de vuelta, sin que nada pudiera ponerme en cuidado. Yo me acosté igualmente en el cuarto situado sobre el suyo. Era la casa alta y estrecha, y distribuida de manera que nuestros cuartos no podían estar contiguos.

Hacia algun tiempo que su humor distraido y fantástico no me habia dejado la menor tregua, así fué que me dormí profundamente aquella noche.

Por la mañana, cuando el primer rayo de sol vino á blanquear las cortinas de mi alcoba, levantéme segun tenia por costumbre.

barse mi razon; pero yo vencí al infierno y sus lavas. Púseme á trabajar seriamente para instruirme por mi propio bien, levantando mi carácter con los sanos alimentos del espíritu. No cesaba por eso de velar por mi desdichada compañera; la cuidaba como á una enferma, asídua y concienzudamente, y con alternativas de indulgencia y severidad, segun yo apreciaba la oportunidad de uno ú otro método. Tenia á veces necesidad de que se la regañara como á un niño, para evitar que se exasperara. Otras veces, habia necesidad de dejar que pasara la crisis. Con estos paliativos íbamos ganando tiempo. Yo esperaba de contínuo que el tiempo, es decir, la edad, traería la calma. Pasóse así un año.

XLIII

CUARTO día, me pareció verla sombría y distraida; al día siguiente y el subsiguiente, me lo pareció aún más. Ella estaba, sin embargo, bien, relativamente. Propúsele una excursión para distraerla, y, contra mis esperanzas, aceptó la proposición sin discutirla. Partimos, pues, en un calesín, con un solo criado que gobernaba un buen caballo. Descendimos por la vertiente de los Alpes italianos. Continuó ella triste y absorta, pero más suave, y despues de tres días de paseo sin fatiga y sin emoción, volvió á casa sin placer ni disgusto aparentes. Recogióse temprano al estar de vuelta, sin que nada pudiera ponerme en cuidado. Yo me acosté igualmente en el cuarto situado sobre el suyo. Era la casa alta y estrecha, y distribuida de manera que nuestros cuartos no podían estar contiguos.

Hacia algun tiempo que su humor distraido y fantástico no me habia dejado la menor tregua, así fué que me dormí profundamente aquella noche.

Por la mañana, cuando el primer rayo de sol vino á blanquear las cortinas de mi alcoba, levantéme segun tenia por costumbre.

Felicia madrugaba ordinariamente más que yo, pues se levantaba con el alba. Quedé sorprendido al bajar sin oír el menor ruido; aproximé el oído á la cerradura; oí su respiración más regular y fuerte que de ordinario. Era señal de un sueño reposado. Retiréme sin hacer ruido y me bajé al jardín. Poco despues ví pasar el anciano médico que comenzaba su ruta cotidiana. Le llamé, y estuvimos hablando de la salud de Felicia. Aprobóme lo del paseo, aconsejándome la repetición de semejantes excursiones. La habia visto hacia algunos dias, y la encontró muy bien. Creí deber decirle, sin embargo, que estaba más triste que de costumbre y como indiferente á todo lo que de ordinario gravitaba sobre ella. Hícele observar igualmente que sus ventanas permanecían cerradas aún. Era la primera vez que la habia visto dormir hasta tan tarde. En fin, le supliqué que atara su caballo á la puerta y esperase conmigo un poco hasta que mi mujer estuviera visible, y él consintió.

Pasóse como media hora, durante la cual estuvimos hablando de ella.

—Habeis seguido mi consejo, me dijo Morgani; habeis, por uno ú otro medio y bajo no sé qué pretexto,—que no me atañe—impedido la vuelta de Tonino; habeis hecho bien. Este truan le ha dado muchísimos disgustos, y si no hubiese sido ella una mujer tan fuerte como es, hubiera podido acarrearle grandes males. Ahora, todo marcha; está tranquila, como veis, y duerme de mañana. Os parece abatida; es ello el descenso de la actividad febril. No debeis, pues, inquietaros; la habeis cuidado y tratado con inteligencia y cariño. Vuestro trabajo no habrá sido efímero, y pronto recogeréis el fruto.

Así hablaba el médico, mientras Felicia no se levantaba. Admirábase de mi intranquilidad; pero yo le supliqué que esperara. Entré en la casa, subí á llamar á la puerta del cuarto de Felicia; nadie respondió. Los criados alarmados me dijeron que habian ya llamado inútilmente; que el ama estaba encer-

rada; que no dormia, porque habian oido rumor, pero que como no queria contestar á sus llamamientos, no sabian que hacerse.

Derribé la puerta. Felicia estaba sentada en un sillón junto á la mesa, con la cabeza apoyada en ambas manos, y los miembros completamente envarados, tanto, que no pude cambiar su actitud; despues y como por encanto, el cuerpo se ablandó; enfrióse la piel ardiente hasta entonces, dejando levantar la cabeza; abriéronse los ojos, y articularon los labios algunas palabras confusas.

Morgani, atraído por el ruido que hice al derribar la puerta, se abalanzó casi sobre mí, diciendo:

—¡Aire, aire! se está ahogando.

Mientras abria yo las ventanas, Felicia espiraba en sus brazos. El doctor, desatinado, mostróme con un gesto expresivo una carta abierta y un vaso vacío sobre la mesa. Aspiré el vaso; habia contenido láudano. Pasé los ojos por la carta; iba dirigida á Tonino; la tomé, y guardé en mi bolsillo.

Es preciso leerla, me dijo Morgani.

—Como no es para mí.

—No importa, es preciso saber si se ha dado la muerte voluntariamente.

—No hay duda, repuse yo presentándole el vaso; pero no pensemos ahora en esto. Es cuestion de obrar sin perder tiempo; puede que la muerte no sea más que aparente.

Todo fué inútil; Felicia habia muerto. La muerte tiene cierta grandeza sagrada, que borra como un trazo de pluma, las cuentas más difíciles de arreglar durante la vida; siéntese verdaderamente el soplo divino llegar por sí mismo, al realizarse este misterio, que, todo recuerdo terrenal y todo resentimiento se funde y desvanece en el seno del perdón. La muerte trueca

súbitamente en respetable el sér arrancado de los brazos del sufrimiento, pintando con la palidez del ascetismo y la tranquilidad del justo, las frentes devastadas por el vicio sobre las líneas contraídas por el furor. Doblemente culpable así en vida como en muerte, puesto que acababa por el suicidio, yacia Felicia entre blanquísimas sábanas cubiertas de flores, reaparecía tan bella y pura, que besé respetuosamente su frente y sus manos heladas, sin recordar el daño que me habia hecho, ni preocuparme por el que quiso hacerme al quitarse la vida voluntariamente.

Sin duda existia allí un postrero y sangriento reproche que creyó ella deber guardarme. No quise saberlo, no queria yo pensar en ello antes de haber tributado á su cuerpo las honras de la sepultura. Velé su cuerpo junto al lecho fúnebre, impuse silencio á todo grito, á toda duda y á toda manifestacion ruidosa. Morgani me manifestó mucha afeccion y no me abandonó. Preocupábale mucho mi resignacion, temiéndole una reaccion violenta. Temía asimismo otra cosa; cuando volvimos del cementerio, me habló de esta manera:

—No he podido ocultar á las autoridades la causa de esta muerte. No solamente vos, sino cuantas personas rodeaban y servian á esta pobre mujer, están completamente al abrigo de todo supuesto, pues se me ha consentido atribuir la muerte á un ataque de apoplegia fulminante, del cual, por otra parte, ofrecia el cadáver todos los señales más característicos. Comprometíme por mi honor á no revelar el secreto del suicidio como no fuera en el caso de investigaciones judiciales. Este caso no ha de llegar, si alguna persona mal intencionada no se mezcla en ello; pero yo creo á Tonino capaz de todo. Es conveniente que leais la carta que le escribió vuestra esposa en el momento del suicidio. Os lo exijo por vos y por mí, como por el esclarecimiento de la verdad. En este escrito postrero, debe haber manifestado ella, indudablemente, su resolucion de

morir; ha de ser prueba de vuestra inocencia, de la que no debeis desprenderos para ponerla en manos de un hombre que será vuestro enemigo, si cree que no ha de aventurar nada y que sus intereses se lo exigen.

El nombre de Tonino me hizo encoger de hombros.

—Tonino es el único heredero de mi esposa, respondí, y no ha de ser mi enemigo sino en caso de desavenencia, que no ha de llegar.

—¿Por qué no? Vuestra esposa debe haber arreglado sus disposiciones para aseguraros toda su fortuna, ó, cuando menos, el usufructo.

—Mi mujer sabia perfectamente que semejantes disposiciones serian un ultraje para mí; y no ha de haberlas tomado.

—¡Un ultraje! exclamó el doctor; ¿por qué habian de ser un ultraje?

—Porque habiendo cometido ella una falta durante su juventud, me habia yo casado con ella con la condicion de no aceptar nada suyo durante su vida ni despues de su muerte.

—¡Estais loco, dijo el doctor Morgani; pero como no deja de haber su lógica en semejante locura, debo respetarla, Sylvestre!..... ¿Pero qué va á ser de vos?.....

—Nada, seguiré siendo lo que soy; un hombre amante del trabajo sin la menor necesidad de bienestar.

—¡Pero llegarán los años á pesar vuestro! y vuestra salud, que ha sufrido mucho en estos últimos tiempos...

—No os inquieteis por mí. Os juro que no he de conocer la miseria, ó que la sufriré sin manifestarla.

—¿Cómo os arreglareis?

—Sin pedir nada á nadie ni lamentarme jamás.

—Venid, Sylvestre, venid á vivir conmigo. Yo estoy solo, y no soy del todo pobre. Os enseñaré la medicina, y vos me enseñareis á mí todo lo demás. Viviremos y moriremos juntos, lo cual será menos triste que vivir y morir solos.

—Gracias, amigo mio; pero yo no sabría permanecer aquí. Es indispensable que me vaya y que no vuelva jamás.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo... ¿no maldecís de nadie? ¿no odiais el recuerdo de vuestra esposa?

—De ninguna manera. ¿Por qué suponeis que...?

—Sylvestre, ¡basta de disimulos entre nosotros! Vos lo sabiais todo, puesto que ella me lo dijo la última vez que le hablé. Yo tambien lo sé todo desde mucho tiempo. Es preciso saber perdonar; hay fatalidades de organizacion ante las cuales ha de ser la medicina forzosamente materialista... Y ¿si os dijera que, aun vos mismo, habeis sido víctima de esta fatalidad, ocasionando el despego á la vida que ha conducido al suicidio á vuestra esposa?

—¿Os lo dijo ella?

—No, pero me repitió por tres veces: «¡Sylvestre no puede amarme ya!»

—¿Se lamentó de mis reproches, de mis arrebatos?

—¡Oh no! ¡muy al contrario! ¡Os hacia plena y completa justicia! Por esto os repito: Leed la carta y conservadla; ha de contener probablemente alguna alusion á cierta falta de la que vos quereis anular todo vestigio.

—¿Pero si es un testamento á favor de Tonino, como todo me lo hace creer?

—¡Y eso qué importa! En tal caso, se lo remitireis religiosamente, y, sabreis lo que os haceis.

La observacion fué acertada, y cuando estuve solo, abrí la carta que estaba doblada apenas y completamente abierta. Felicia habia querido en realidad que aquel escrito pasara por mis ojos.

CARTA DE FELICIA

«Basta de esperanza, basta de todo.... ¡El no me ama ni me amará jamás! Su corazon ha muerto, lo hemos matado nos-

otros. Desde hace un año, estoy luchando para reconquistar su afecto, ó por apagar el que siento por él; me esfuerzo por odiarle, y, á veces lo consigo. ¿Puede mujer alguna perdonar el más sangriento de los ultrajes, la indiferencia? ¡Y sin embargo, voy á morir para que él me perdone á mí! Muerta, me compadecerá tal vez, sentirá tal vez algun pesar, tendrá piedad de mí, y recordando indudablemente que me amó, olvidará mi crimen; me conservará en su corazon, purificado por el castigo que no ha querido él imponerme, y que yo me he infligido á mí misma. ¡La muerte! es todo lo que yo puedo hacer, porque mi vida no puede rehacer nada. He querido escribir esto: No quiero que de ninguna manera puedas creer que he muerto por tí, y que te echo de menos. No, te desprecio y te maldigo. Y no creas, no, en verdad, que estoy encolerizada contigo; he intentado perdonarte y amarte todavía; ¡qué no habré intentado en todo un año, para huir del horror del aislamiento! Todo ha sido inútil. El desagrado que yo inspiraba á Sylvestre, lo he sentido y sufrido por tí. ¡Infame! tú vendrás á recoger mi herencia, ¿no es eso? Vivirás en mi casa. ¡Tu esposa se acostará en mi lecho y á tulado! ¡y, mientras ella descansará á tu derecha, tú verás á la izquierda mi eterno cadáver!

«¡Oh! ¡Dios mio! ¡morir ya, jóven aún, fuerte y llena de voluntad! Yo no puedo en verdad imaginarme que es lo que la muerte viene á ser. Lánzome, pues, así, á lo desconocido, como quien se precipita en las tinieblas, sin saber si va á caer en un abismo ó en el vacío eterno. ¡Tal vez no se caiga del todo! Tal vez se encuentre uno luego de pié y activo, ante una nueva deshonra, entre otros séres, otros padecimientos y otras ideas. ¡Ah! ¡puesto que olvidamos, indudablemente, esta vida que voy á dejar, no puedo dejar otra cosa que el olvido! ¡Basta con saber que estoy deshonrada y que se me desprecia! A este precio, aceptaría gustosa los tormentos más atroces y el mismo fuego del infierno con todos sus horrores.

„¡Ah! yo no sé, á la verdad, si hay un Dios, pero siento que existe una justicia, porque he sido yo bien castigada. ¿Después de haber sido tan dichosa, tan amada y honrada, verse desdeñada y sola, sintiéndose la más completa impotencia de reconquistar la estimación?...

„Ni aun él mismo ha podido hacer nada! quiso amarme, pero se interpuso entre él y yo una fuerza que me rechazaba. Bien claramente me había él predicho que, desde el día en que dejara de amarme, sería yo para él como mujer agena é indiferente. En ello está mi culpa toda entera. Hubiera yo debido casarme contigo y engañarte á tí para él. ¡Tú me lo hubieras perdonado, tú que careces de corazón y que el dinero te consuela de todo! Hé aquí lo que yo de tí creo, hé aquí mi adiós. El lo leerá, él á quien yo no me atrevo á hablar. Escupirá sobre tu nombre y sobre mi herencia que ensuciarían sus manos impecables; pero no escupirá sobre mi tumba. Derramará sobre ella flores, ¡y, quien sabe, si alguna lágrima!... ¡Ah! Sylvestre: ¡si supierais cómo os he amado!... Pero no podríais creerlo, vos no alcanzaríais á comprender cómo es posible que ame uno mismo y haga traición.— Vos... No, no quiero hablarle, le irritaría. Todo lo que sea vida mía le es á él amargo y repulsivo. Adelante, es preciso morir. Siento, sin embargo, el horror de la muerte, y jamás hubiera creído llegar á ella. He estado frecuentemente y por largo tiempo enferma para contar con ella y librarme de mis tormentos... Llegué á curarme, no sufro ya de cuerpo, pero el alma me está turturando. ¡Es preciso que me dé á mí misma esta muerte que me está dando miedo!... Pues bien, razón de más: si yo tuviere deseos de morir, si me sintiera agotada, enferma, ó falta de fuerzas, ¿dónde estaría el valor? ¿dónde el castigo?

„... He concluido, he agotado el vaso. ¿Sufriré? ¿será ello largo? Siento fuerzas aun, veo claro, clarísimo todo el espacio de mi vida, y, no he de excusarme. Sylvestre, admirable; tú,

infame; yo... el orgullo me prohíbe aceptar el calificativo. Yo he cometido indudablemente un grave crimen; pero, ¿para que humillarme cuando nada ha de alcanzar á borrarlo? Solo la muerte... ¡Ah! morir pronto!—Sí... desde luego. Ya no puedo pensar.—Todo es confuso, todo vago, todo me aplasta. Todo me... nada no... Felicia... treinta y dos años... muerta por... no lo sé.,

Leí y releí repetidas veces esta carta desgarradora, que copié luego para conservarla, y remití el original, yendo como carta de negocio, allí donde el amor había matado á Felicia.

Yo me preguntaba, sin embargo, con horror, si no era yo al par de él, el asesino de aquella desventurada. A juzgar por los hechos ¡ay, sí! indudablemente. Yo hubiera podido sacrificarle mi amor, y ella hubiera podido vivir. Yo no creí en el suyo; estaba mezclado con un año entero de resentimientos y de cólera. El orgullo herido había acarreado el odio y la desesperación. Si hubiera yo sabido fingir, la hubiera salvado; pero las naturalezas que no saben mentir lo intentan en vano. ¿Podía yo reprocharme el no haber sido hipócrita? E igualmente, antes de su muerte, ¿podía yo perdonar á aquella mujer que no había querido aceptar la consecuencia inevitable de su extravío, y que parecía pretender castigarme de su falta, infringiéndome un remordimiento eterno?

La perdóné sin embargo. Veía yo en aquel suicidio la parte mal alumbrada, pero real, de cierta grandeza nativa. Felicia había aspirado á lo ideal sin comprenderlo bien. Había sentido sed de honor, había creído que puede perderse y recobrase, puesto que, caída ya, había merecido mi consideración y recibido mi fe. No había tenido libertad para reflexionar, en el día de la segunda caída, y luego de ésta había sido ménos libre aún de comprender su situación y la mía. La luz del alma

no atraviesa jamás impunemente ciertas sombras. La conciencia se va desvaneciendo, la llama interior va palideciendo poco á poco. Entre esta turbia claridad de su razon y de sus afecciones hácia mí, esperaba purificar con una muerte que ella creia heróica, y en la cual el ateismo no habia por cierto evitado el miedo. Esto era horroroso, pero habia ella, en verdad, creído, hacer lo contrario de una cobardía, puesto que contaba que con el sacrificio de su vida se redimiria á mis ojos. ¡Pobre Felicia!

Arreglé yo por mí mismo con respetuoso cuidado el cuarto en el cual habia dormido su sueño postrero, y cuando llegó la noche, satisfice su última voluntad yendo á cubrir su tumba de flores. Lloré con todo el dolor de que era susceptible mi alma, y le remití con todo fervor el perdon absoluto que puede y debe abrir los horizontes de esta vida.

Retirábame á eso de la media noche, cuando encontré un hombre que procuraba ocultarse para no cruzarse conmigo á la puerta del cementerio. Reconocíle sin embargo, á pesar de su cuidado en esconderse. Era Sixto More.

—¿Por qué me excusais? le dije. ¿No hay por ventura bastantes recuerdos tristes en este triste lugar?

Precipitóse llorando en mis brazos sin decir por de pronto una palabra; habia amado, realmente, mucho á Felicia.

—M. Sylvestre, dijo despues de habernos alejado un poco del cementerio, es preciso que lo sepais todo. No ha sido la ruindad de su amante, ni la altivez de su marido las que la han muerto, han sido mis amenazas, ¿he sido yo!

—¡No es cierto, Sixto, es imposible! ¿habeis faltado por ventura á vuestro juramento?

—¡Yo no habia jurado no decirle nada! Estaba, pues, en

libertad de recordarle su falta y de echarle en cara la infelicidad de mi existencia. El azar nos puso frente á frente hace ocho dias, en un lugar desierto en que vagaba ella como alocada, y en el cual he de confesar que no procuré evitarla. Yo era desgraciado ¡ay! desgraciado por culpa suya, hacia mucho tiempo! Sentia necesidad de decirle que ella habia engañado á un hombre virtuoso, que estaba echando de ménos á un miserable, y que si hubiese sido mi mujer, la hubiera yo hecho pedazos. Tuvo miedo de mí. Intentó aplacarme, y me volvió todavía más loco, porque se manifestó coqueta, y... ¡me mintió! Pretendió haberme amado, dándome á entender que podia amarme todavía. Ví su comportamiento y la llamé infame. En fin... matadme, si quereis; ahora estoy yo tambien cansado de la vida; no me defenderé. Esta mujer me hizo perder la razon. Me hizo aparecer culpable ante vos, ante vos, que me habiais sublimado y considerado digno. Ella no me amaba en realidad, luego me lo dijo. Y no quiso ya volverme á ver. Me escribió que queria matarse. No quise yo crearla, y, se ha matado. Ahora bien, vengaos en mí, M. Sylvestre. Esta mujer era víctima de pasiones terribles; me habia pertenecido ya antes de ser de Tonino ni vuestra. Yo queria casarme con ella; ella fué quien se apartó de mí y me puso en el caso de faltarle. Matadme, os digo, ó concededme antes ocho dias, porque me falta un deber que cumplir; es necesario antes que yo acabe con aquel que nos ha ultrajado á los dos.

—Hablad, explicaos mejor todavía, le dije, basta de reticencias, quiero saber si queda aún algo que reprocharme sobre la muerte de esta desgraciada. ¿En aquel lugar desierto, de hace quince dias, fué vuestra esta mujer?

—Sí.

—¿Por miedo á vuestras amenazas?

—Por miedo á mis revelaciones; pero no la amenacé con ello, porque estaba cohibido por mi palabra.

—¿De qué la amenazasteis entonces?

—De ir á provocar á Tonino para poder matarle.

—¿Y le impusiste como condicion, para desistir de vuestro proyecto, el que os perteneciera?

—¡No! os lo juro ante Dios, no. No le impuse condicion alguna, nada le pedí, porque no queria nada suyo. Fué ella quien atrajo mi corazon y mi espíritu con miradas y palabras á las cuales un hombre locamente enamorado no habia de poder resistir. Soy, pues, culpable, pero no por cálculo ni premeditacion; y vos... vos mismo sois culpable tambien en cierto modo, no sé cómo deciroslo... Era necesario que volviérais á ser el amante de vuestra mujer. Sus pasiones no se hubieran, por cierto, extraviado.

—Una palabra todavía. Estais exaltado, pero sois sincero. Despues de recibir los postreros abrazos de esta mujer que no estimabais, ¿os creiais uno de tantos? ¿La bendijisteis por la dicha que acababa de concederos? ¿Os prometió fiar de vos? ¿Os separasteis vos estando ella enamorada? ¿estabais seguro de vos? ¿Hubo en vuestras almas un momento, un solo momento de olvido del pasado y de esperanza de una reconciliacion en lo porvenir?

—¡No! Estábamos violentos uno y otro, avergonzados, y, creo que odiándonos. Díjele yo: “¡Vete, vete, no me hables! capaz seria de arrojarte al torrente...”

—¿Y ella, entonees?

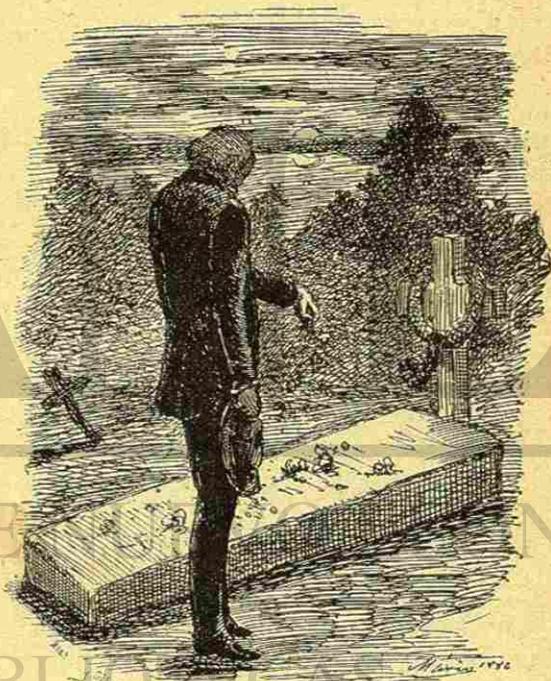
—Entonces ocultó la cara entre ambas manos, desapareciendo sin volver la cabeza.

—¿Y luego, vos habeis sin embargo procurado y solicitado verla de nuevo?

—Sí, para asesinarla, sí; esta ha sido desde entonces mi idea fija.

—Pues bien, Sixto, este es el efecto del amor que sobrevive á la estimacion, y hé aquí porque yo no he querido, porque

no he debido volver á ser el amante de mi esposa. Idoos. No profaneis su tumba con vuestro adios. Vos no teneis derecho á rogar por ella. Os prohibo que os acerqueis al lugar donde reposa. Os prohibo igualmente que os vengueis de Tonino. Yo no puedo castigaros á vos ni á él, sin atentar á la memoria de Felicia en el aprecio público. Es lo único que le queda. Que mueran con ella sus secretos. En nombre del Dios misericordioso que ha recogido su alma y cuyos designios ignora-



mos, os encargo que dejéis vivir á Tonino. Felicia ya no le pertenece, como no pertenece á vos ni á mí.

Sixto bajó la cabeza, y se retiró, sin decir una palabra más. No he vuelto á verle.

Quise yo todavía absolver á aquella de quien acababa de saber un nuevo extravío. Cogí un puñado de flores en el prado cercano, y volviendo á esparcirlas sobre su tumba, exclamé:
— ¡Olvida mis heridas y cure Dios las tuyas!

XLIV

El día siguiente se me pasó como un sueño, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno mio. Me pedían que dispusiera y diese órdenes, sin que comprendiera de lo que se trataba ni qué me querían. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, alcancé sacudir en parte mi torpeza. Entregué todas las llaves, enterándole del estado de todo lo de la casa al más anciano y más honrado de todos los criados; despues de lo cual, no llevando conmigo más que algunos instrumentos indispensables y mis documentos particulares, fuime á esperar en casa del doctor el derecho de partir sin que mi marcha pudiese parecer una huida.

Tres días despues llegó Tonino. No se atrevió á pedir para verme, y sin embargo, al verse dueño de aquellos bienes que temiera sin duda tener que compartir conmigo, espantóse de la posesion absoluta de aquella mal adquirida riqueza, pensando en señalarme una pensión. Llegó á concebir esta última bajeza. Morgani, sabiendo perfectamente cuál había de ser mi

Sixto bajó la cabeza, y se retiró, sin decir una palabra más. No he vuelto á verle.

Quise yo todavía absolver á aquella de quien acababa de saber un nuevo extravío. Cogí un puñado de flores en el prado cercano, y volviendo á esparcirlas sobre su tumba, exclamé:
— ¡Olvida mis heridas y cure Dios las tuyas!

XLIV

El día siguiente se me pasó como un sueño, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno mio. Me pedían que dispusiera y diese órdenes, sin que comprendiera de lo que se trataba ni qué me querían. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, alcancé sacudir en parte mi torpeza. Entregué todas las llaves, enterándole del estado de todo lo de la casa al más anciano y más honrado de todos los criados; despues de lo cual, no llevando conmigo más que algunos instrumentos indispensables y mis documentos particulares, fuime á esperar en casa del doctor el derecho de partir sin que mi marcha pudiese parecer una huida.

Tres dias despues llegó Tonino. No se atrevió á pedir para verme, y sin embargo, al verse dueño de aquellos bienes que temiera sin duda tener que compartir conmigo, espantóse de la posesion absoluta de aquella mal adquirida riqueza, pensando en señalarme una pensión. Llegó á concebir esta última bajeza. Morgani, sabiendo perfectamente cuál había de ser mi

respuesta, antes de encargarse de la comision, desentendióse desdeñosamente de aceptarla.

En cuanto supe haber tomado posesion Tonino de la fortuna de los Morgeron, abracé al doctor y partí en secreto. Era yo bastante estimado en el país, y quise evitar una escena de despedida; no queria que compadeciera nadie mi pobreza, que nadie admirase mi desinterés, ni que se me diese cuenta por nadie, de los hechos y acciones del nuevo heredero que álguien podia suponer agradables por lo denigrantes.

A ciertas tristezas se hace necesaria la soledad, como á ciertas altiveces el silencio. Fuíme hácia los ventisqueros despues de haber descansado unos momentos en los chalets de Zemmi. El sol era caliente, sin embargo huia yo la sombra del peñon del *Bolo*; habia para mí en ella un recuerdo emponzoñado. Contemplaba el cielo, las cimas, las águilas que descendian, los bosques de las regiones inferiores que me ocultaban la casa y la isla, la pradera muellemente ondulada bajo mis piés, y á lo léjos la compacta cordillera de los Alpes italianos. Todo lo cual era bello y grandioso. La naturaleza era inocente de mis males. No habia yo recibido de ella sino sonrisas, ejemplos y fuerzas. No tenia yo sobre la tierra un solo amigo; porque, yo mismo habia muerto para todos aquellos con quienes habia sido afable, humano y justo durante cinco años.

No queriendo y no debiendo verlos jamás, ni saber nada de lo que pudiera suceder en aquel rincon de tierra, en el cual habia creído acabar mis dias, iba á ser en él recordado solamente un poco, y pronto olvidado.

Nadie se ocupa mucho de las personas más ó menos altivas que no gustan de que se les compadezca. Así es que me encontré á la vuelta de cinco años, tan solo, desconocido, y abandonado á mí mismo, como el dia en que dormí en la posada del simplon donde me encontré á Juan.

Cuantos lazos me habian unido así con la vida como á

la sociedad, y estaban entonces rotos, estábanlo ahora nuevamente y más aún. Todo lo habia sido para mí el pasado; nada habia para mí en lo porvenir. Es tal vez imposible imaginarse una existencia más amargada y una situacion más alarmante.

Pues bien; volví á tomar mi hatillo y mi baston ferrado, caminé sobre el hielo, luego sobre el musgo de las sendas y despues entre el polvo de las carreteras. Estuve andando casi todo el dia, y llegada la noche, dormí sin soñar. Al dia siguiente, ví nacer el sol bello y deslumbrante desde un lugar sublime; no sé entonces qué especie de vigor físico y moral inundó por completo todo mi sér. Volví á encontrar aquella especie de vehemencia de goce misterioso que me habia abandonado el dia del descubrimiento de mi desdicha. Me sentia dichoso de existir, dichoso de volver de nuevo á revivir y de haber ya vivido.

¿Yo dichoso? ¿por qué? ¿de qué? ¿Cómo era esto posible? ¿Era yo por ventura un corazón de hielo, ó un estúpido egoista? No; no podia creerlo. No me hacia la menor ilusion sobre las dificultades de continuar viviendo; porque, cualquier cosa que pudiera sobrevenirme, una existencia nueva cualquiera habia de crearme nuevos deberes. No poseia nada absolutamente, y no era que el deber de trabajar, al que debia someterme al dia siguiente ó tal vez desde luego.

Cualquier nombre nuevo á quien fuese á encontrar y con el cual debiera trabajar, habia de ser extraño para mí, y siendo necesario crear un lazo moral entre él y yo, habia de resultar una lucha fuese quien fuere. Habia veinte probabilidades contra una de que inspirase yo la desconfianza propia de todo el que se presenta, sin apoyo alguno y sin recursos, á pedir trabajo. Nada de todo esto me causaba el más insignificante temor, pues tenia fuerzas y voluntad para el trabajo y,

además, sabía trabajar. Estaba convencido de saber hacerme útil y de obligar por consecuencia á los demás á que lo fuesen para mí. A carecer de fuerzas para asegurar mi vida, nada más fácil y sencillo que echarme en un barranco cualquiera y allí morir en paz, si algun viandante compasivo no me hubiera levantado. Mi situación moral y social ofrecia la gran ventaja de que la muerte no podia ser para mí una desgracia. ¿De qué debía, pues, regocijarme, al sentir como penetraba en mí la fuerza para ser, tanto como le pluguiera á Dios, uno de tantos habitantes del mundo?

Intentaré decirlo: yo no estaba, en realidad, descontento de mí. Habia sido, indudablemente, poco previsor, me habia faltado penetracion y atractivo bastante para convencer, ciencia moral é intelectual para sanar del todo; pero no siendo orgulloso y no viendo en mí sino un hombre común, podia atestiguarne que habia sacado de mi fondo natural cuanto me habia sido posible, consagrándolo á la verdad y al bien. Habia podido cometer faltas de apreciacion, pero nunca mi corazon se habia extraviado, y todo cuanto constituia mi sér moral habia hecho todo el bien que habia podido hacer; ninguna pasion indigna habia torturado mi conciencia.

La conciencia, hijos míos, exclamó el anciano Sylvestre al terminar su narracion, levantándose con el vigor de un joven, á pesar de sus setenta y cinco años; la verdadera conciencia, es ese algo de verdad y lucidez, ese talisman puro, ese clásico espejo del alma que hace que penetremos las cosas tal cual son, esto es: bella la naturaleza perfectible, el honor eternamente aceptable, la vida y la muerte sonriente.

Palaiseau, 15 Mayo 1863.

FIN

